Lucien Musset

Las Invasiones
las oleadas germánicas

NUEVA CLIO
la historia y sus problemas

Las Invasiones
las oleadas germánicas

Lucien Musset

Profesor de la Facultad de Letras
y Ciencias humanas de Caen

EDITORIAL LABOR, S. A.
Calabria, 235-239 : BARCELONA-15
1973

Traducción por
ORIOL DURÁN

Con 5 mapas

Primera edición: 1967
Segunda edición: 1973

Título de la obra original: **Les invasions. Les vagues germaniques**
Editada por PRESSES UNIVERSITAIRES DE FRANCE, París
© EDITORIAL LABOR, S. A.: Calabria, 235-239. Barcelona-15
Depósito Legal: B. 36570 - 1973. Printed in Spain
I.S.B.N.: 84-335-9320-X
Impresión offset: Gráficas Diamante, Zamora, 83. Barcelona-5

Prólogo

Este libro formará un todo con otros dos tomos de esta colección, que evocarán, el uno, los problemas institucionales y políticos, y el otro, las cuestiones económicas y sociales. Por tanto, nos hemos limitado a breves incursiones en estos campos de investigación, cuando nos han parecido indispensables para comprender las invasiones, objeto de nuestra exposición. Las cuestiones literarias y artísticas también han recibido una atención muy limitada.

Así como la I y III parte pretenden no omitir nada importante, la II es el resultado de una larga serie de elecciones, a veces bastante subjetivas. Hemos intentado exponer diversos problemas, con la esperanza de verter una buena luz sobre el mundo bárbaro. Si hemos evocado los aspectos geográficos, lingüísticos o sociales de las invasiones, más a menudo que los problemas de crítica de las fuentes, de cronología o de interpretación política, ha sido voluntariamente. Hemos creído que la formación general de una óptica histórica debía tener preferencia sobre las preocupaciones técnicas propias del medievalista. Por último, aunque el redactor de una obra como ésta sea mucho más el notario de una generación de historiadores que el abogado defensor de sus propias tesis, no negaremos haber cedido de vez en cuando a la tentación de dar una opinión personal, incluso sin pararnos a justificarla o a basarla sobre una argumentación erudita.

Nuestro tema, que en suma no es más que el estudio de un movimiento ininterrumpido, no permitía fijar límites cronológicos precisos. Hemos tomado cada pueblo invasor un poco antes del instante en que empieza a agitarse, y lo hemos abandonado después de su fijación definitiva o de su desaparición. De ahí que al comienzo rebasemos en ocasiones la fecha fatídica de 476, que señala el límite de la competencia del medievalista occidental. Solicitamos el perdón del lector por este atrevimiento.

Índice de materias

Págs.

Prólogo VII

Índice de mapas XIII

Abreviaturas XV

PRIMERA PARTE

ESTADO ACTUAL DE NUESTROS CONOCIMIENTOS

Introducción. **La era de las invasiones** 3

Capítulo I. **El torbellino de las invasiones** 6

1. El lado de los bárbaros 6
2. El lado de Roma 18

Notas del Capítulo Primero 25

Capítulo II. **Las invasiones terrestres: la primera oleada (siglos IV-V)** 29

1. El desmembramiento oriental 30
2. El demembramiento occidental 49

Notas del Capítulo II 60

Capítulo III. **Las invasiones terrestres: La segunda y tercera oleadas (siglos V-VII)** 66

1. La segunda oleada de invasiones (siglos V-VI) 66
2. La tercera oleada de invasiones (siglos VI-VII) 81

Notas del Capítulo III 91

Capítulo IV. **Las migraciones marítimas en la Europa del Noroeste** ... 95

1. La oleada germánica: previkingos, anglos, sajones y jutos .. 95
2. Pictos y escotos 106
3. Las migraciones bretonas hacia el Sur 109

Notas del Capítulo IV 112

Capítulo V. **El choque de las civilizaciones** 113

1. Las conquistas del germanismo. Una nueva frontera lingüística 113
2. La persistencia de la romanidad en las distintas clases sociales 121
3. Una nueva civilización 128
4. Ensayo de balance: las diversidades regionales 134

Notas del Capítulo V 143

CONCLUSIÓN 146

SEGUNDA PARTE

DEBATES ENTRE HISTORIADORES Y DIRECTRICES PARA LA INVESTIGACIÓN

Introducción. **Trabajo a realizar sobre las fuentes** 149

Págs.

Capítulo I. **Problemas de conjunto** 153
1. ¿De dónde proviene la «barbarie» de la Alta Edad Media? 153
2. Luchas sociales y luchas contra el invasor 158
3. Los invasores 163
4. La defensa y las víctimas 169
5. ¿Existió una oposición ideológica entre bárbaros y romanos? 174
6. Problemas de poblamiento 180
7. Problemas de civilización 188
8. Problemas de instituciones 195
Notas del Capítulo Primero 203
Capítulo II. **Aspectos locales** 210
1. El mundo mediterráneo 210
2. Galia 215
3. El mundo atlántico 220
Notas del Capítulo II 226
CONCLUSIÓN GENERAL 230

TERCERA PARTE

DOCUMENTACIÓN

Advertencia 233

Sección I. Publicaciones de fuentes 235
I. Fuentes epigráficas 235
II. Fuentes papirológicas y afines 236
III. Fuentes narrativas 236
IV. Fuentes diplomáticas y afines 237
V. Fuentes hagiográficas 238

Sección II. Trabajos modernos 238
I. El legado de la Antigüedad 238
II. Las invasiones. Generalidades 240
III. Los germanos 240
IV. Los godos 242
V. Los burgundios 245
VI. Los vándalos 245
VII. Los lombardos y la Italia lombarda 246
VIII. Los francos 246
IX. Los anglosajones 249
X. Pueblos germánicos diversos 251
XI. Estudios regionales sobre el Occidente bárbaro 252
XII. Problemas de continuidad del Imperio romano en la Edad Media 254
XIII. Las migraciones de los pueblos celtas 256
XIV. Los pueblos de la estepa 257

CUADROS CRONOLÓGICOS 261

ÍNDICE ALFABÉTICO 267

Índice de mapas

		Págs.
1.	La España visigoda (según J. M. LACARRA)	41
2.	La expansión franca	72-73
3.	La Italia lombarda a fines del siglo VI	85
4.	La colonización anglosajona en Inglaterra	103
5.	El fenómeno lingüístico	115

Abreviaturas

AA..... *Auctores Antiquissimi.*
AESC.... *Annales (Économies, Sociétés, Civilisations)* (París).
BEC..... *Bibliothèque de l'École des Chartes* (París).
CCM .... *Cahiers de Civilisation Médiévale* (Poitiers).
CHM .... *Cahiers d'Histoire Mondiale* (París).
CRAI.... *Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* (París).
CSEL.... *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* (Viena).
DA..... *Deutsches Archiv* (Colonia).
EHR .... *English Historical Review* (Londres).
HZ..... *Historische Zeitschrift* (Munich).
JRS ..... *Journal of Roman Studies* (Londres).
MA ..... *Le Moyen Age* (París y Bruselas).
MAHR .. *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire publiés par l'École française de Rome* (Roma).
MGH.... *Monumenta Germaniae Historica.*
NA..... *Neues Archiv* (Hannóver, luego Berlín).
RA..... *Revue Archéologique* (París).
REA .... *Revue des Études Anciennes* (Burdeos).
RBPH ... *Revue Belge de Philologie et d'Histoire* (Bruselas).
RH..... *Revue Historique* (París).
RHD .... *Revue Historique de Droit* (París).
RMAL... *Revue du Moyen Age Latin* (Estrasburgo).
SS ..... *Scriptores.*
Settimane. *Centro italiano di studi sull' alto medioevo. Settimane di studio* (Espoleto).
ZRG..... *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte* (Colonia).

PRIMERA PARTE

ESTADO ACTUAL DE NUESTROS CONOCIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

La era de las invasiones

La estabilidad de la población de Europa occidental y meridional, que tan fácilmente aceptamos como un hecho inconmovible, es un estado relativamente reciente que la Europa oriental aún no ha alcanzado. Nuestra visión tradicional considera el período de las «grandes invasiones» como un intervalo de perturbaciones entre dos eras de estabilidad normal: la del Imperio romano y la nuestra. Sería más prudente adoptar una actitud inversa, y considerar la época romana como una excepción, un descanso en medio de un torbellino de invasiones.

Por tanto, ¿es ilegítimo desglosar, entre estas invasiones, las posteriores a la dislocación de la unidad romana? No, pues las últimas invasiones de la protohistoria y las que estudiaremos están separadas por una diferencia considerable. Las migraciones que precedieron a la conquista romana se realizaron a partir de la Europa central y, en parte, en el sentido de oeste a este: se trata de los movimientos celtas, que se dirigieron hacia el oeste en la Galia y en Bretaña, hacia el sur en Italia (toma de Roma en 391 a. de J. C.), hacia el sudeste en Grecia (toma de Delfos en 278) y en Asia (establecimiento de los gálatas hacia 275-270). Desde mediados del siglo III antes de nuestra era, y, sobre todo a partir del siglo II d. de J. C., las grandes migraciones se realizaron de este a oeste, o de nordeste a sudoeste. La conquista romana, primero, y la organización del *limes* renano y del Danubio luego, detuvieron momentáneamente las manifestaciones de esta nueva tendencia, cuya aparición sienta un punto de partida para nuestra investigación.

Es el comienzo de una crisis en la que resulta difícil señalar un final. Si se consideran los hechos a escala europea, es imposible pararse en la época en que el poder de los francos se estabilizó en la Galia. Hubo aún un recrudecimiento de importancia capital hacia finales del siglo VI, marcado por la invasión de los lombardos en Italia, la llegada de los ávaros a la cuenca de Panonia y el avance eslavo a través del Danubio. Tampoco pueden separarse, dados sus efectos, la conquista musulmana de los siglos VII y VIII en África y luego en España y la Galia, y las

empresas de piratería que la prolongaron en el mundo mediterráneo hasta más allá del siglo XI. Y, casi inmeditamente, se añadieron dos movimientos más al avance islámico: el de los vikingos (que empezó, en su forma definitiva, hacia 790, y se prolongó, sin interrupción aparente, hasta 1066 por lo menos) y el de los húngaros (que poco más o menos cubrió el período 875-955). Incluso es bastante arbitrario no señalar, como última oleada de las grandes invasiones, la conquista mongol del siglo XIII, que alcanzó a Rusia en 1237 y a Hungría en 1241; pero como apenas afectó a la Europa occidental, centro principal de nuestras preocupaciones, terminaremos esta investigación, en otro volumen, hacia mediados del siglo XI.

Esta tempestad de siete u ocho siglos agitó pueblos extraordinariamente variados. El juego de interacciones es tan complejo que pocas veces es posible decir quién es el primer responsable de cada movimiento. La oleada de los siglos IV y V hizo avanzar sobre todo a germanos; pero los turcos (los hunos) desempeñaron un papel decisivo en su desencadenamiento; también se mezclaron en ella iranios (los alanos) y celtas (los escotos). La del siglo VI impulsó hacia el oeste, indistintamente, a germanos (los lombardos), asiáticos (los ávaros) y una masa de eslavos. La del siglo IX concierne —aunque en zonas a menudo separadas— a escandinavos, árabes, bereberes, ugrofineses, turcos... Por tanto el estudio más bien debe ser realizado por grandes períodos cronológicos que por grupos étnicos.

Un movimiento tan prolongado y tan complejo sólo puede tener causas múltiples. En cada gran oleada, cabe reconocer algunos factores comunes. La debilidad del Bajo Imperio, en el siglo V, el fracaso de la reconquista de Justiniano, a finales del VI, la decadencia del imperio carolingio, a finales del IX, son los más evidentes. Pero, ¿puede ser satisfactoria una explicación de las invasiones siempre dada por los invadidos y nunca por los invasores? Por otra parte, es imposible, incluso para un pueblo tan original como son los hunos, atribuir su migración a una sola causa. ¿Fueron lanzados hacia el oeste por la política china en la Alta Asia?, ¿atraídos hacia el oeste por la mayor riqueza de las estepas occidentales, las de la «tierra negra»?, ¿impulsados por la amenaza a su retaguardia por parte de otros jinetes nómadas?, ¿o, simplemente, movidos por el afán de botín? Seguramente, todo esto a la vez. Por eso creemos prudente rechazar desde un principio todos los intentos globales de explicación: el sistema simplista adoptado por los clérigos de la Edad Media, que lo atribuía todo a la poligamia (erróneamente considerada como un factor de expansión demográfica) y al odio al nombre cristiano, o los sistemas, más modernos, que buscan la causa de todas las migraciones en las relaciones del mundo chino con sus vecinos o en las pulsaciones climáticas.

Los fenómenos de invasión son, por esencia, difíciles de conocer. El trastorno general no favorece la redacción de notas históricas; las perturbaciones se traducen en destrucciones de documentos; los desastres son exagerados y los vencidos muestran una tendencia natural a explicar el éxito del adversario por su irresistible superioridad numérica; el pánico favorece la proliferación de los relatos más extraordinarios, especialmente los de traición. Además, durante la Alta Edad Media, después de la adopción del cristianismo, las mejores mentes tienden a ver en los acontecimientos históricos sólo un reflejo, meramente secundario, de los designios profundos de la divinidad, los únicos que merecen atención. Como quiera que, por otra parte, han heredado de la Antigüedad un desprecio absoluto por nociones que ahora nos parecen esenciales —tales como la lengua o la «nacionalidad» exacta de los bárbaros— se comprende el carácter a menudo decepcionante de las informaciones que nos transmite la historiografía. Recordemos, finalmente, que después del siglo v, todo escrito procede de una fuente eclesiástica. Voluntariamente o no, todos los hechos son apreciados con relación a la Iglesia y a los clérigos: por eso los bárbaros arrianos fueron sistemáticamente despreciados, mientras que se exaltaba a los católicos francos.

Será preciso tener siempre bien presentes estos límites estrechos y a menudo irritantes que confinan nuestros conocimientos. Incluso el recurrir con frecuencia a las ciencias auxiliares apenas permite eludirlos. Por tanto, muchas cuestiones quedarán sin respuesta cierta.

CAPÍTULO PRIMERO

El torbellino de las invasiones

1. El lado de los bárbaros

A. EL MUNDO GERMÁNICO

Durante la época augústea, los romanos adquirieron conciencia de la amplitud y relativa unidad del mundo germánico. Necesitaron un término para designarlo: fue *germani*, introducido sin duda en la lengua literaria por el historiador griego Posidonio, en el siglo I antes de nuestra era, y en todo caso popularizado por los *Comentarios* de César. Este nombre seguramente designó primero unas tribus semiceltas de la orilla izquierda del Rin, los *germani cisrhenani*. Por tanto podemos preguntarnos si el origen del vocablo acaso fue céltico (cf. *cenomani, paemani*) [1]. En todo caso, los mismos germanos nunca adoptaron un nombre genérico; sólo los que permanecieron en el continente después de la migración anglosajona se dieron tardíamente (¿siglo VIII?) el nombre, poco significativo, de *Deutsche*, literalmente «la gente del pueblo», que primero sirvió sobre todo para marcar la diferencia entre elementos germánicos y romanos en el imperio carolingio. Los escandinavos sólo tienen denominaciones comunes de origen erudito *(Nordboer, Skandinaver)*.

El descubrimiento del mundo germánico por la Antigüedad clásica se realizó primero por vía marítima (Piteas de Marsella, siglo IV antes de nuestra era) [2]. Luego hubo algunos contactos con las vanguardias de las primeras migraciones: bastarnos y esquiros en el mar Negro (finales del siglo III a. J. C.), cimbrios y teutones en Nórica, Galia, España e Italia (113-101 a. J. C.). Pero hasta las campañas de César y Augusto no se tuvo una visión de conjunto. Tras un siglo de guerras y contactos comerciales los romanos pudieron intentar algunas síntesis: las del geógrafo Estrabón (hacia el año 18 de nuestra era), de Plinio el Viejo (antes del 79), de Tácito, en su *Germania*, desgraciadamente demasiado literaria (en el 98), y finalmente de Tolomeo (hacia el 150).

Los autores latinos propusieron diversas clasificaciones de los germanos. La de Plinio es topográfica. Distingue 5 grupos: *vandili* (que comprenden los *burgundiones*, los *varini*, los *charini* y los *gutones*), *ingvaeones* (que comprenden los *cimbri*, los *teutones* y los *chauci*), *isthaeones* (un solo pueblo de nombre deformado, los sicambrios sin duda), *hermiones* (que comprenden los *suebi*, los *hermunduri*, los *chatti* y los *cherusci*), y por último los *peucini* o *basternae*. La de Tácito adopta la forma, tan cara a la historiografía antigua, de una genealogía mítica. Hace remontar los germanos a un progenitor común, *Mannus* («hombre»), y a sus tres hijos, antepasados de los *ingaevones* cercanos al océano, los *herminones* y los *istaevones*. Pero dado que la verdadera unidad germánica es de orden lingüístico, tomaremos de los estudios de los lingüistas las bases de una clasificación racional de los pueblos germánicos actuales o desaparecidos.

Desde el nacimiento de la gramática comparada, a comienzos del siglo XIX, el cuadro corrientemente admitido es tripartito:

dialectos nórdicos: escandinavo antiguo y lenguas modernas surgidas de él;

dialectos ósticos: gótico, seguramente burgundio, vándalo, rugio, bastarno, etc., todos desaparecidos;

dialectos wésticos: los demás dialectos, es decir los de los francos, alamanes, bávaros, lombardos, anglos, sajones, frisones; alemán, holandés e inglés modernos.

Mientras sólo se le conceda un valor relativo, más geográfico que histórico y genealógico, este esquema puede servir para situar someramente los pueblos mezclados en las invasiones. Pero los lingüistas están transformando este esquema, al subrayar la proximidad relativa del nórdico con el gótico y dialectos afines, y poner simultáneamente de manifiesto las transiciones que relacionan el nórdico con los dialectos del interior de la Germania. El protagonista de esta revisión, E. Schwarz [3], propone, para la época de las invasiones, una clasificación tripartita: en los dos polos opuestos, el germánico continental (dialectos de los francos, alamanes, bávaros, lombardos...) y el goto-escandinavo (dialectos nórdicos y ósticos de la clasificación tradicional), y equidistante, un «germánico del mar del Norte» *(Nordseegermanisch)*, tronco del anglosajón y del frisón, y quizás un «germánico del Elba» *(Elbgermanisch)*.

Los historiadores y los lingüistas generalmente piden a los arqueólogos que sitúen el primer asentamiento de los germanos; se trata de un trabajo de los más aventurados, pues es utópico creer que a un grupo lingüístico dado se le puede asignar una facies arqueológica de la protohistoria. No obstante, fácilmente se identifica la cultura germánica

primitiva con cierta civilización de la última fase de la edad del Bronce, que, a partir de un núcleo en la Escandinavia meridional [4], comienza a emigrar hacia la costa entre el Oder y el Weser. Luego sigue la extensión de esta civilización a través de la gran llanura europea: hacia el año 1000 a. de J. C., alcanza desde el Ems hasta la Pomerania central; hacia el año 800 comprende desde la Westfalia por el oeste al Vístula por el este; hacia el año 500 llega hasta el curso inferior del Rin, Turingia y la Baja Silesia.

Todo esto es muy discutible; pero es cierto que, desde el siglo V al siglo VII antes de nuestra era, durante la época de La Tène, el avance germánico hacia el sur fue frenado por la expansión celta. Los galos, dueños de la Europa central durante algún tiempo, gozaron de un prestigio tal que sus instituciones fueron imitadas por los germanos hasta en Escandinavia. Este obstáculo céltico se derrumbó en el transcurso de los últimos siglos antes de nuestra era, sin duda porque los galos habían ido demasiado de prisa y habían llegado demasiado lejos para poder afianzarse en estas regiones. Los germanos establecieron contacto con los mediterráneos primero por el este (bastarnos), luego por el oeste (cimbrios y teutones), y por último por el centro. La conquista romana puso en seguida límites a su expansión, primero por el oeste (conquista de la Galia en 58-51 a. de J. C.) y luego en el sur (organización de las provincias de Recia y de Nórica en 16-15 a. de J. C.); sólo pudo continuar algún tiempo la expansión hacia el este a través de los espacios mal delimitados del istmo formado entre el Báltico y el mar Negro.

A partir del siglo III antes de nuestra era —y quizás antes— el mundo germánico estuvo afectado constantemente por pulsaciones migratorias, de ritmo primero lento, y luego cada vez más precipitado. Los historiadores contemporáneos ya lo advirtieron; recuérdese la fórmula lapidaria del godo Jordanes: *Scandza insula, quasi officina gentium aut certe velut vagina nationum* (*Getica*, IV, 25). Como casi siempre ocurre en esos casos, es imposible atribuir el fenómeno a causas simples. Sin duda hacia mediados del último milenio antes de nuestra era se produjo un empeoramiento climático en Escandinavia y las regiones bálticas, pero no tuvo por qué provocar necesariamente la emigración. No se dispone de ninguna señal de superpoblación; al contrario, los últimos siglos antes de nuestra era figuran, en lo que se refiere a Dinamarca, entre los más pobres en hallazgos. ¿Hay que confiar en explicaciones sociológicas? Los germanos conocieron el *ver sacrum*, que obligaba a los jóvenes de cada generación a buscar fortuna en el exterior por las armas. ¿O simplemente se trata de un deseo general de aventura y botín? Sin duda nunca se sabrá.

La primera oleada afecta a pueblos poco conocidos, aún con bastantes influencias célticas, que se mueven con extraordinaria libertad a través de una Europa aparentemente poco poblada [5].

La migración de los bastarnos y el comienzo de la odisea de los cimbrios ilustran una primera dirección de la expansión germánica: el desplazamiento hacia el sudeste, desde Escandinavia hasta la costa meridional del Báltico, luego desde aquí hacia Ucrania y las estepas. Detrás de los bastarnos, a cierta distancia, los godos siguieron palmo a palmo la misma ruta; después de ellos, vándalos y burgundios recorrieron sus primeras etapas.

El final de la expedición de los cimbrios inaugura una segunda dirección, hacia el sudoeste, cuyo mejor exponente es Ariovisto, en el año 58 antes de nuestra era. Sa trataba de ganar terreno en la Europa central a costa de los celtas, entonces en plena decadencia, y también de los pobladores de la Galia, que fueron preservados por su sumisión a Roma [6]. El límite meridional del poblamiento germánico, en la época de Augusto, alcanzó de este modo el Danubio a lo largo de todo su curso hasta la cuenca panónica.

El período siguiente se caracterizó, hasta Marco Aurelio, por una relativa estabilidad. No porque los germanos hubiesen dejado de desplazarse: se observan, especialmente hacia el este, constantes movimientos, que renuevan a los adversarios de Roma a lo largo del *limes* a medida que se agotan en la lucha contra las legiones. Pero la muralla fue suficientemente fuerte y los contraataques lo bastante frecuentes para impedir que ganaran terreno. Merced a esta estabilización, penetraron en el mundo germánico influencias llegadas del sur. Muchos germanos sirvieron como auxiliares en los ejércitos romanos, donde adquirieron un barniz de latinidad, como el bátavo Civilis y el querusco Arminios; esa influencia alcanzó hasta los escandinavos. Se establecieron contactos. Los hallazgos arqueológicos jalonan grandes rutas comerciales: una, de Aquilea al Báltico, atravesaba el *limes* en Carnuntum (aguas arriba de Bratislava); otra, que venía desde la Galia a través de Westfalia, llevaba hasta la costa del ámbar, de la Jutlandia occidental [7]. Las clases ricas de Germania adoptaron ciertos modos del lujo romano. Por último, en el siglo II nació, sin duda en Dinamarca, una escritura alfabética de origen mediterráneo, el rúnico; sin prestar nunca grandes servicios a la vida intelectual, subsistió en el continente hasta el siglo VII, en Inglaterra hasta el IX y en Escandinavia hasta el XV. Esta creación manifiesta cierta voluntad de colocar la civilización germánica al nivel del mundo mediterráneo [8].

Esta calma relativa terminó definitivamente en la segunda mitad del siglo II de nuestra era, quizás a causa de una debilitación de las defensas romanas, pero sin duda porque había aumentado la densidad

de población de la Alemania media, porque la presión sobre el *limes* era más fuerte y, sobre todo, porque en el ala oriental del mundo germánico la migración de los godos desencadenó una serie de reacciones en cadena. Este gran despertar comenzó en el año 166: una doble brecha permitió llegar a cuados y marcomanos hasta Véneto, costobocos y bastarnos hasta Acaya e incluso Asia. Sólo fue una pequeña llamarada, pero para colmatar las brechas se precisó una encarnizada guerra.

Hacia mediados del siglo III se produce un nuevo paroxismo: el *limes* de la Germania superior cae en el año 254; hacia 259 se produce un fuerte avance bárbaro en Bélgica, y entre 268 y 278 es devastado todo el interior de la Galia y algunas bandas penetran hasta España. Sucumbe una parte de las ciudades, y las demás se rodean de estrechas murallas, levantadas a menudo con las ruinas del *suburbium*, y las *villae* arden por centenares: es la peor catástrofe de la historia de la Galia. Engendra una fisura sin duda más profunda que la de las «grandes» invasiones del siglo V [9]. Los alamanes se lanzan sobre Italia en 260 y 270, luego los godos saquean por tierra y por mar la Tracia, Grecia y el Asia Menor de 258 a 269. Aureliano consigue restituir el *limes* a su antiguo trazado, salvo en la Dacia, que fue abandonada a los godos, y en la Galia, donde la recuperación no se completó hasta 278, con Probo. Aún hubo otra irrupción catastrófica en la Galia durante el reinado de Maximiano [10]. Por último, la brutal energía de Diocleciano consiguió, tras una generación siniestra, cerrar el acceso al Imperio a los germanos. Pero éstos ya habían visto a la vez su riqueza y sus debilidades, y no lo olvidarían [11].

Del mismo modo que el siglo III está marcado por el fracaso repetido de las rupturas del *limes*, también lo está por una refundición del mundo germánico. Las confederaciones, más culturales que políticas, citadas por Plinio y Tácito, se han disgregado, y desde finales del siglo II aparecen nuevas formaciones de carácter más militar. Los ribereños del mar del Norte renuncian al nombre de caucos por el de sajones. A comienzos del siglo III algunos pueblos de la Alemania central se agrupan bajo el nombre de alamanes, y luego las tribus opuestas al *limes* del curso inferior del Rin forman el pueblo de los francos. En el siglo IV los turingios ocupan el lugar de los hermunduros. La evolución dura hasta el siglo V, fecha en que nace la última de estas agrupaciones, la de los ávaros. Simultáneamente, movimientos confusos transforman la Escandinavia meridional: las antiguas tribus de Jutlandia (cimbrios, teutones, carudos) han desaparecido, los hérulos de las islas danesas emigran y sobre sus ruinas aparecen los jutos y los daneses. Por último, los germanos del mar del Norte descubren su vocación marítima; desde el año 285 aproximadamente, todas las

orillas de la Galia, de la Bretaña e incluso del norte de España son infestadas por piratas llegados de la Alemania y la Dinamarca actuales. De este modo el mundo germánico adquiere la fisonomía que presenta en la época de las grandes migraciones.

Desde esta época la civilización de los germanos es compleja y variada. Germanos de las estepas (los godos y sus vecinos), germanos de los bosques (la mayor parte de los de la actual Alemania) y germanos del mar (sajones y frisones, daneses, etc.) tienen géneros de vida muy distintos. Nos atendremos, por tanto, a los rasgos más generales (a veces comunes a los germanos y a otros pueblos asociados a su destino, como los alanos).

Hacia el siglo v las lenguas germánicas ya están lo bastante diversificadas para no permitir una intercomprensión general. Sólo dos comienzan a fijarse en una tradición escrita. El nórdico se escribe en runas, a escala restringida (los germanos del continente no adoptaron el rúnico, tímidamente, hasta el siglo VI). El gótico se convirtió súbitamente, bajo el impulso de un hombre extraordinario, el obispo arriano Ulfila (hacia 311-383), en una lengua literaria, aplicada primero a la traducción del Nuevo Testamento; dotado de un alfabeto inspirado en el griego, se afirmó como parejo a las grandes lenguas de la cultura, aunque luego pereció sin posteridad hacia finales del siglo VI. Los demás dialectos debieron abrirse solos, lentamente y con muchos desperdicios, el camino que los conduciría a la condición de lengua literaria [12].

A falta de coherencia lingüística, ¿hay unidad religiosa? El problema es casi insoluble: ignoramos los cultos de algunos pueblos esenciales (como los godos) y las fuentes faltan casi por completo entre Tácito y la era de las misiones cristianas. Se cree que existió un panteón común, formado por varias capas cronológicas; en cuanto a la mitología, sólo se conoce la versión escandinava, pasada a la escritura en el siglo XIII (*Edda en verso*, comentada por la *Edda en prosa* del islandés Snorri Sturluson). Las grandes figuras divinas son **Wôthanaz* (al. Wotán, y nórd. Odín), dios de la magia y de la victoria; **Tiuz* (Ziu, Tyr), dios del derecho y de las asambleas; **Thunraz* (Donnar, Thor), dios del trueno, y, por último, las divinidades de la guerra y de la fecundidad, Niördhr (forma nórdica) que, según Tácito, era una diosa, Nerthus, y Freyr con su paredra Freyja. ¿Cuál era su papel entre los invasores del Imperio? El único testimonio patente es su incorporación a los nombres de los días de la semana... Se conocen muy pocos detalles del culto y del ritual: el sacrificio en masa de las armas y los prisioneros tras una victoria, por inmersión, como testimonian los relatos de la guerra de los cimbrios y confirma la arqueología danesa; las procesiones con carros sagrados; algunas prácticas adivinatorias o propiciatorias. El paganismo

de los germanos meridionales en la víspera de las invasiones seguramente es débil, casi delicuescente; su única resistencia al cristianismo fue bajo forma de supersticiones populares. Al contrario sucede con los sajones, los suecos y quizás los daneses, entre quienes se observa, desde el siglo VIII, un culto nacional y santuarios centrales, pero, ¿tuvo este fenómeno mucha importancia? [13].

Aún sería más peligroso tratar a los germanos como unidad antropológica. Conocido es el retrato que los autores y escultores grecorromanos hacían del bárbaro occidental: alto, rubio, rasgos acentuados, expresión feroz, cuadro que ha pasado, de siglo en siglo, de los gálatas de Asia a los galos de la Galia y de éstos, finalmente, a los germanos. Estrabón, en un conocido pasaje, admite que entre galos y germanos sólo existen matices, lo cual es, al menos, sospechoso [14]. Los esqueletos muestran una relativa homogeneidad del tipo dolicocéfalo —que nunca es exclusivo— en Escandinavia, una variedad más acentuada en el sur de Germania y un aumento de la dolicocefalia y de la talla en las zonas conquistadas por los germanos durante las invasiones. No se puede decir mucho más, salvo que algunos pueblos ósticos, principalmente los burgundios, muestran señales poco dudosas de mestizaje con elementos mongoloides. El uso de la cremación, muy extendido durante los primeros siglos de nuestra era, nos impide disponer de materiales para los períodos más antiguos.

La vida económica era muy diversa. Todos los germanos practicaban la agricultura sedentaria, pero sajones y frisones, cuyas casas se alzan sobre los cerros de la *geest*, en medio de una llanura húmeda, persisten en la ganadería bovina. Los germanos del bosque verifican sobre tierra artigada un cultivo más o menos intermitente, organizado sin duda colectivamente. Los de la estepa, sin ignorar las ciudades o el cultivo, conceden gran importancia a la ganadería, especialmente equina. El artesanado es mediocre en cuanto a la cerámica y, en menor grado, en cuanto a los tejidos; pero puede realizar verdaderas obras maestras en metalurgia y en orfebrería [15]. Es significativo que muchas palabras relativas al comercio, los transportes y las medidas estén tomadas del latín de las guarniciones (al. *kaufen*, dan. *købe*, del lat. *caupo*; al. *Pferd*, del lat. *paraveredus*; dan. *øre*, del lat. *aureus*, etc.). Pese a la penetración de monedas romanas, en cantidades inmensas, en Germania y en Escandinavia, nunca tuvieron un uso propiamente monetario; el patrón de valor es aún el ganado o las barras y anillos de metal precioso. Germania sigue refractaria a la vida urbana. Por tanto, existió un desfase considerable entre uno y otro lado del *limes* germánico, prometedor de grandes beneficios a los traficantes.

La estructura social en la época de la independencia sólo la conocemos a grandes rasgos. Hay muchos puntos dudosos, particularmente

la existencia, en muchos pueblos, de una nobleza ajena a las familias reales. La base de la sociedad estaba constituida por los hombres libres los guerreros, cuya muerte implicaba la indemnización más elevada. Debajo de los libres, que quizás no constituían una mayoría en todas partes, existía una clase numerosa de «semilibres» —el término es discutible— que, sin duda, tenían sus orígenes en poblaciones vencidas. Por último había los esclavos, domésticos o dedicados al cultivo de las tierras; a menudo eran cautivos. En el siglo IV, los ciudadanos romanos trasplantados (como los antepasados capadocios del apóstol de los godos, Ulfila) representan en algunos pueblos un papel considerable. Tanto si el pueblo tiene una organización monárquica como «republicana», los objetivos fundamentales del Estado son de orden militar, y las únicas subdivisiones sólidas son las del ejército. La argamasa de la jerarquía social es una institución esencialmente guerrera, el séquito (lat. *comitatus*, al. *Gefolgschaft*), que a los jefes une grupos de jóvenes guerreros que han prestado juramento y cuya fidelidad ha sido probada [16].

En tiempo de paz, los poderosos sólo tienen la autoridad que les confiere su influencia social y el número de sus fieles; los reyes añaden a la autoridad un prestigio religioso, pero el verdadero poder pertenece a las asambleas locales de hombres libres (v. al. *mahal*, lat. *mallus*, escand. *thing*), que se celebran periódicamente al aire libre. En tiempo de guerra, en cambio, los jefes hereditarios o elegidos (lat. *duces*) gozan de un poder casi absoluto, con la condición de respetar ciertos derechos elementales (como el de los soldados sobre el botín). El mundo escandinavo, Sajonia y, hasta cierto punto, los reinos anglosajones, son fieles al primer tipo, el de la sociedad pacífica. La mayor parte de los Estados implantados en el territorio romano surgieron de la conquista, y por tanto recuerdan más bien la estructura de un pueblo en armas. La monarquía merovingia, en la que el *mallus* desempeñaba un gran papel, pero donde la autoridad del rey era considerable, se situaría en la conjunción de estos dos tipos [17].

Se ve fácilmente el abismo que separaba el mundo germánico de la sociedad romana: el primero, animado por un dinamismo singular, pero únicamente rural, casi analfabeto, sin verdadera organización estatal; la segunda, un poco decrépita, fundada en las ciudades y el derecho escrito, y sometida, a partir de Diocleciano, a la aplastante autoridad de una burocracia totalitaria.

La sociedad germánica del siglo V representaba la continuación de un tipo que los romanos habían hallado y destruido hacia comienzos de nuestra era en la Galia, en Bretaña y en las regiones danubianas, más arcaica y rudimentaria que las sabias realizaciones heredadas por Roma del mundo grecooriental. El desquite militar de los germanos

sobre Roma significó, por tanto, cierto retroceso, un regreso a un pasado ya considerado caduco. Sobre todo, el contacto de dos civilizaciones tan distintas obligó a una renovación general de los cuadros sociales. De este episodio decisivo surgió la Edad Media europea.

B. El trasfondo asiático y el mundo de las estepas

Al nordeste del mundo mediterráneo existe una inmensa franja esteparia que se extiende desde los Cárpatos hasta el Amur, con un anexo en la cuenca panónica. Es el dominio de civilizaciones nómadas, móviles e inestables, en contacto —en su margen meridional— con civilizaciones sedentarias muy variadas, de las cuales reciben, propagan y mezclan influencias. A pesar de sus raíces étnicas y lingüísticas distintas, los pueblos de la estepa presentan rasgos sociales y culturales afines que permiten considerarlos como un conjunto homogéneo.

Hasta el siglo II de nuestra era este espacio no se comporta aún como un todo. El sector occidental es relativamente autónomo; evidentemente, no resisten al placer de efectuar correrías entre los vecinos sedentarios, pero se trata de incursiones limitadas, que en general sólo movilizan un pueblo y no tienen muchas repercusiones sobre el equilibrio de Europa. Esta situación cambia bruscamente con la aparición de los hunos, primer pueblo no indoeuropeo llegado del fondo de Asia. Todo el mundo de las estepas, desde el Pacífico hasta el Danubio medio, se encuentra unificado inmediatamente; el torbellino migratorio cada vez arrastra a más pueblos periféricos, extraños a la civilización nómada. A intervalos cada vez más próximos se desencadenan las oleadas.

La estepa occidental había sido inicialmente el ámbito de pueblos iraníes, los escitas, y luego, a partir del siglo IV a. J. C., de los sármatas; en el siglo II, los roxolanos ocupan las regiones comprendidas entre el Don y el Dniéper, e impulsan a sus parientes, los yacigos, hacia la cuenca panónica. Desde el siglo I al IV de nuestra era, el *limes* del Danubio se enfrenta con iraníes, sobre todo el frente que se halla más abajo de Aquincum (Budapest). Pero estos iraníes se agotan en la guerra de posiciones y son sorprendidos por la retaguardia por unos recién llegados, mayoritariamente germanos; muchos piden asilo a los emperadores, hasta en la Galia (de aquí los topónimos como Sermaize). No obstante, la tribu iraní de los alanos, que surge del actual Turquestán en el siglo I de nuestra era, les aporta un elemento de renovación [18].

Desde el siglo III antes de nuestra era, mezclados con los sármatas del bajo Danubio, se encontraba un pueblo germano, los bastarnos. En el siglo II d. J. C., fueron reforzados por la llegada de pueblos pertenecientes al grupo óstico, los costobocos, luego los godos y sus acólitos. Estos germanos vivieron en simbiosis con los iraníes; desde el siglo I,

numerosos textos evocan contactos entre bastarnos, por una parte, y sármatas y roxolanos, por otra; en el siglo IV aparecen pruebas de matrimonios entre alanos y godos. Los iraníes, que tienen una civilización más avanzada y, sobre todo más adaptada a un medio en que los germanos son novicios, les han transmitido numerosos elementos de cultura: combate a caballo, vestido (el vestido de piel de los reyes godos parece de tipo iraní) y principalmente el famoso «arte de las estepas», cuyas raíces son sármatas y sasánidas.

Esta coexistencia parecía bastante estable cuando el equilibrio del mundo de las estepas fue roto por la llegada de un nuevo grupo de nómadas, que avanzaría durante siete u ocho siglos: los turcos y sus satélites, cuya vanguardia está representada por los hunos.

La primera mención de los hunos se halla en la *Geografía* de Tolomeo, terminada en el año 172 de nuestra era: cita los *Χοῦνοι* en la estepa situada al norte del Cáucaso, no muy lejos de los roxolanos y los bastarnos, sin duda entre el Manich y el Kubán. Luego ya no se oye hablar de ellos hasta un poco después de su imprevisto triunfo sobre los alanos y los godos (374-375), que para el mundo romano fue como un rayo: Amiano Marcelino cita la *Hunnorum gens, monumentis veteribus leviter nota,* y luego habla de *repentinus impetus, subita procella.* Desde el año 378, establecen contacto con los ejércitos romanos en la Tracia. Al mismo tiempo, unas tribus homónimas, y sin duda idénticas, irrumpen en el Irán septentrional y oriental: los hunos blancos (heftalitas), citados por vez primera en el año 390; se instalaron en Bactriana y en Sogdiana, en el siglo V, y luego conquistaron el noroeste de la India, donde su reino duró hasta el año 650 aproximadamente [19].

¿Quiénes son estos hunos? En general se les asigna un origen turco, pero los argumentos no son absolutamente decisivos. En todo caso, se trata de un pueblo nómada de rasgos acentuados y de costumbres originales. Llevan la cabeza rapada, practican la deformación craneal, matan a sus ancianos, incineran a sus muertos y hacen su aparición en el Mediterráneo como la encarnación misma de la fiereza y la barbarie. Quizás presentan una fisonomía mongólica, pero existe la duda. ¿Poseen un arte? Si se le atribuye los bronces del Ordos, las sepulturas de Minussinsk y de Pazirik al pie del Altai, prototipos del «arte de las estepas», sí; si estas obras se asignan a los hiong-nu, pueblo europoide que sometió una parte de la China del Norte durante los siglos anteriores a nuestra era, no. En todo caso, los hunos participan en la civilización de las estepas y desempeñan un papel notable en su difusión hacia el Oeste.

Su carrera europea comienza con un golpe maestro. En 374-375 el rey huno se lanza, en Ucrania, sobre los godos del rey Ermanarico que, vencido, se suicida. Los hunos invierten unos veinte años en explotar

su victoria. Hacia 396 han ocupado las llanuras de la actual Rumania, y desembocan en la cuenca panónica; algunos años más tarde, la potencia húnica se extiende desde los Alpes orientales hasta el mar Negro, y con los reyes Uldin y Mundziuch se forma un Estado más o menos digno de este nombre.

Tras la irrupción huna, de momento sólo se manifestaron poblaciones secundarias de origen turco: los sabiros, que llegaron de Siberia a finales del siglo V, se instalaron en el norte del Cáucaso y guerrearon hasta finales del siglo VI contra los bizantinos situados al este del mar Negro; los uguros, que, empujados por los sabiros, abandonaron la estepa del río Ural por la del Volga, y que luego, a finales del siglo VI, efectuaron algunas incursiones por los Balcanes antes de contribuir a la formación del pueblo búlgaro en el siglo VII, y del pueblo húngaro en el siglo VIII; por último los paleoturcos, que, sin rebasar el Volga, en el siglo VI mantuvieron relaciones continuas con Bizancio. Ninguno de ellos desempeñó un papel apreciable en la historia europea. Pero tras ellos aparecieron inmediatamente, hacia 461, los primeros ávaros, que surgieron en el horizonte de los historiógrafos de Constantinopla. Ocuparían el primer plano de la escena durante tres siglos aproximadamente [20].

El papel de los ávaros en Europa se inicia en 558: empujados por los turcos, piden tierras a Justiniano, que se las niega. Desde 561-562 alcanzan el Danubio; en 567 comienzan a establecerse en la cuenca panónica, vacante desde la ruina de los hunos, al tiempo que exploran el interior de los Balcanes y amenazan de paso a Bizancio. Tras un siglo de esfuerzos contra el Imperio de Oriente, se dirigen hacia occidente a mediados del siglo VII; sus luchas contra los francos duraron hasta la época de Carlomagno. Más sólido y mejor organizado que el de los hunos, su Estado ha tenido una influencia notable en la historia de Europa. Esta influencia se manifiesta ante todo por la ruptura del gran itinerario comercial del Adriático al Danubio medio y al Báltico, uno de los ejes de la Europa antigua.

Detrás de los ávaros venían unos grupos compactos de turcos. Son ante todo los búlgaros, citados por vez primera en 482 en Ucrania, pero que en realidad no aparecen en escena hasta 680, cuando, al mando del jagán Asparuch, atravesaron el Danubio y ocuparon la Mesia. Una parte del pueblo no siguió el movimiento y permaneció en el Volga medio hasta el siglo XII, donde fue arrinconada poco a poco hacia los bosques por tribus más afortunadas. En su migración, los búlgaros recogieron los restos de muchos movimientos anteriores, especialmente de los oguros.

Luego vienen los jázaros, avistados hacia el año 626 al norte del Irán y que en seguida se fijaron entre el Cáucaso, el mar de Azov, el

Don y el Volga medio y, por último, el Ural. No se movieron hasta su desaparición, a finales del siglo X, bajo los golpes de los rusos y de los pechenegos.

En esta marea turca, la irrupción de los magiares, en su mayoría ugrofineses, representó un interludio, que abarcó desde el siglo VIII hasta el X. Luego llegaron más turcos: los pechenegos (siglos IX-XI), cuyo relevo tomaron los cumanos (siglos XI-XIII). El alud mongol del siglo XIII aún es, en cierto sentido, una continuación de este mismo movimiento; su último recrudecimiento lo constituirá la llegada de los calmucos, en el siglo XVII, a la estepa situada al oeste del Bajo Volga.

Por tanto, durante un milenio y medio las estepas vieron cómo se sucedían las oleadas llegadas del este, con una escenificación monótona. En la región de las estepas aparecen pueblos, que vienen de alguna parte que no se conoce demasiado, situada hacia el Oriente. Insignificantes primero, en seguida forman una bola de nieve y penetran en dirección al oeste. Si no consiguen conquistar algún sector bien delimitado de la llanura, en contacto con sedentarios que podrán explotar, su carrera es muy breve. En caso contrario, la carrera se extiende a lo largo de tres, cinco o hasta diez generaciones. Forman un Estado más o menos sólido, alcanzan cierta prosperidad, que crea envidiosos; éstos acuden del este para destruirlo todo, y el pueblo ayer potente se desvanece aún más aprisa de lo que había aparecido. Sólo los magiares pudieron escapar a este círculo vicioso. ¿Cómo explicar esta repetición, estos nacimientos rápidos, estas muertes súbitas?

Ante todo, porque nuestras fuentes proporcionan la historia de los nombres étnicos más que la de los hombres. En torno a un pueblo victorioso se aglomeran elementos llegados de todas partes: de aquí estas generaciones espontáneas. Cuando un pueblo fracasa, lo pierde todo, incluso el nombre. Y el prestigio del nombre es tal que a veces se usa de él abusivamente (como ocurre sin duda con la historia de los ávaros y, para algunos autores, también con la de los hunos). A menudo, los hombres permanecen, esperan que cambie la fortuna, y en seguida entran en otra combinación. De este modo pueden establecerse sucesivamente y con los mismos materiales muchos Imperios, que nos parecen muy distintos porque sólo nos citan los clanes dirigentes, que en efecto cambian. Las mismas designaciones lingüísticas tampoco deben sobrevalorarse: muchas de estas confederaciones efímeras son plurilingües (como lo serán los Estados gengisjánidas del siglo XIII), y el nombre del pueblo a menudo subsiste cuando todo su contenido ha cambiado, comprendida la lengua (tal es la historia de los búlgaros, convertidos de turcos en eslavos).

No hay que negar, sin embargo, la realidad y amplitud de las migraciones. Aparecen ligadas a un resurgimiento del nomadismo que afecta, entre los siglos V

y XI, no sólo a las estepas frías, sino también a los desiertos subtropicales del antiguo mundo (irrupciones árabe y seldjúcida, renacimiento del nomadismo beréber en África del Norte). ¿Se trata de una pulsación climática? La hipótesis es seductora, pero la climatología histórica aún está en su infancia. Para África, los historiadores se mantienen escépticos; rusos y húngaros creen en esta motivación más que en otras para explicar los movimientos de los ávaros y de los magiares. En cualquier caso, la interrupción de las migraciones hacia el Oeste es resultado en general de una sedentarización en regiones semihúmedas. Como sea que se precisa diez veces más espacio para mantener un jinete en la estepa que un campesino en su tierra, las oleadas humanas pueden terminar una tras otra en la llanura panónica y sumarse sin crear una superpoblación.

La contribución de los pueblos de la estepa a la formación de Europa no se puede comparar a la de los germanos. No obstante, fue importante en la historia inmediata. Aportaron a Occidente objetos, armas y joyas producidas por el artesanado oriental, y por tanto constituyen, en medida discutida, los orígenes de una renovación de la estética y de las técnicas [21]. El prestigio de los hunos causó suficiente impresión para que Atila se convirtiera en uno de los personajes centrales de la epopeya germánica y para que ciertos germanos (burgundios) imitaran la extraña práctica de las deformaciones craneanas. La táctica de los jinetes nómadas produjo una transformación del arte militar de Bizancio y de Persia, que dio un lugar cada vez más amplio a los arqueros montados. Algunos autores incluso han creído en influencias institucionales, muy discutibles [22].

Según parece, el mundo de los nómadas fue más atraído por China que por el Occidente, y la faz europea de su historia es sin duda alguna menos importante que la asiática. Además, estas caras son curiosamente simétricas: las etapas de la evolución en contacto con sedentarios y las reacciones diplomáticas de los antiguos imperios son poco más o menos las mismas en el horizonte de Bizancio o en el de las capitales chinas [23]. En ambos casos el sedentario siempre ha intentado contener al bárbaro por medio de otros bárbaros más lejanos, o sembrar la división entre nómadas, antes que someterlos directamente.

2. El lado de Roma

No hay necesidad de recomponer el cuadro del Bajo Imperio al final de su decadencia. En otro lugar se ha estudiado cómo se edificó y arruinó este Estado totalitario, casi constantemente sometido a un régimen de excepción, que por medios feroces permitía la supervivencia de una clase dirigente limitada, formada por senadores letrados y rudos oficiales. Se vio cómo la Iglesia católica conquistaba una situación dominante en este Estado, aceptando los límites que le indicaba el poder civil. Se vio también la degradación de la vida económica en Occidente mientras Oriente gozaba de prosperidad [24]. Sólo recordaremos los des-

tinos de dos instituciones, el ejército y el imperio, para mostrar cómo su descomposición preparó el triunfo de los bárbaros.

A. Las modalidades de la resistencia romana

Atacado por todas sus fronteras, el mundo romano tuvo que resignarse a reformas militares que, por lo demás, conocemos mal. Nuestra fuente fundamental, *La Notitia dignitatum* (h. 428-430), es un conjunto de documentos dispares, que sin duda representan para Oriente el ejército de Diocleciano, para la mayor parte de Occidente el de Constantino, y para la frontera del Rin quizás el de Juliano [25]. Este documento muestra que a una defensa lineal, pegada a las orillas del Rin y del Danubio, se prefirió cada vez más, en el siglo IV, un conjunto de ejércitos de campaña, a las órdenes inmediatas del príncipe o de los jefes de la milicia, capaces de intervenir rápidamente en los puntos amenazados. Entre estas dos formas de defensa, el gobierno seguramente nunca realizó una elección consciente; los acontecimientos se encargaron de ello. Aunque efectivos importantes permanecieron mucho tiempo junto al *limes* o a su equivalente costero, el *litus saxonicum* de la Galia y de Bretaña, parece ser que se trataba de tropas de segunda línea. De hecho, en el siglo V no se libró ninguna batalla decisiva en la frontera misma o en la costa. Las regiones que para su protección sólo disponían de *ripenses* o de *limitanei,* fueron sacrificadas, como ocurrió, por ejemplo, con Bretaña después del año 470, o con la Nórica.

La defensa sólo presentó mordiente y eficacia en los lugares en que se hallaban estacionados los ejércitos de intervención. Su utilización sin duda era onerosa para las provincias: las más de las veces no se desplegaban hasta que el enemigo había penetrado profundamente en el territorio romano —por tanto ya los daños eran considerables—, y como sea que muchas veces estaban formados por los más feroces bárbaros —Aecio, por ejemplo, sintió gran predilección por los alanos y los hunos—, su proximidad realmente no resultaba cómoda. Pero su valor militar y político no puede dar lugar a dudas. A veces consiguieron verdaderos triunfos, como en el año 451 frente a Atila, y nunca traicionaron a Roma. La mayor parte sobrevivieron al propio Imperio.

Uno de los más importantes se encontraba en el norte de la Galia; fue dirigido sucesivamente por Aecio, el conde Paulo, Egidio y Siagrio. Abandonado a su suerte tras la muerte de Mayoriano, en el año 461, se mantuvo aislado 25 años, hasta la victoria de Clodoveo en 486. Su cuartel general se encontraba entonces en Soissons. En el norte de Italia, entre Milán y Rávena, a orillas del Isonzo, se hallaba otro ejército, dirigido por Ricimero hasta 472, luego por Orestes y finalmente por Odoacro, que de hecho no desapareció hasta que Teodorico se apoderó

de Rávena en 493. Un tercer ejército, menos importante, restos del ejército del Danubio, se había replegado en Dalmacia; desde 454 hasta 481, su autonomía fue casi completa bajo Marcelino y su sobrino Julio Nepote (efímero emperador en 474-475); después se dividió entre la obediencia a Odoacro y la obediencia al Imperio de Oriente. Bretaña había perdido su pequeño ejército de campaña en 407, cuando el usurpador Constantino III lo había llevado consigo al continente. El ejército de África seguramente perdió su cuerpo de batalla antes de finales del siglo IV. España nunca tuvo ejército.

La localización de estos ejércitos explica ciertas supervivencias de la romanidad, especialmente en Dalmacia y en el norte de la Galia. Es un hecho capital el que desde sus primeros pasos el reino merovingio incorporara uno de los últimos y más sólidos bastiones de la defensa romana; su orientación quedó fijada de forma decisiva. El germanismo sólo realizó conquistas profundas más allá del radio de acción de estos ejércitos.

El destino de las defensas fronterizas había quedado sellado mucho antes. La crisis de los efectivos hacía imposible mantener al mismo tiempo los innumerables puestos del *limes*. Lienzos enteros de la muralla fueron abandonados sin combate. El muro de Adriano, en Bretaña, no recuperó la mayor parte de sus soldados tras la irrupción de 367, y seguramente fue abandonado después de 388, salvo algunos cuerpos de reclutamiento local; en lo sucesivo la esencia de la defensa la constituyen las murallas locales y los combates contra los pictos, del siglo V, se libraron lejos, en el interior. En la Galia, la parte inferior del *limes* renano, aguas abajo de Xantén, seguramente no fue reconstruida después de las invasiones del siglo III. Una línea fortificada que posiblemente la remplazó, a lo largo de la ruta de Colonia, en Tongres, en Bavai y en Bolonia [26], dejó de ser mantenida firmemente en tiempos de Graciano. El resto de las defensas del Rin perdió toda cohesión después de 406; sólo quedaron *castella* y ciudades fortificadas perdidas en medio de campos abiertos. En la Suiza actual, el *limes* seguramente fue evacuado poco después de 401; también aquí sólo quedaron algunos refugios apresuradamente consolidados. La frontera danubiana fue desguarnecida por Estilicón hacia 395-398, y las tropas fueron enviadas a los ejércitos de campaña de la Galia y de Italia; la mayor parte de los *castella* aún resistieron durante una generación. Los habitantes se replegaron hacia las ciudades, que se defendieron hasta 440 aproximadamente en Panonia y 475 en Nórica, en espera de la evacuación general de 488.

Sin duda esta táctica era la única posible, a falta de hombres seguros y de dinero. Pero su aplicación comprometía lo esencial. La civilización romana descansaba en el complemento entre las ciudades y el campo, y en la seguridad y rapidez de las relaciones. Las zonas intersticiales.

que fueron más o menos deliberadamente abandonadas, eran tan necesarias para su prosperidad como los núcleos centrales, que fueron defendidos hasta el final. Cuando la autoridad imperial sólo se ejerció en realidad sobre cuatro o cinco sectores mal intercomunicados, es decir a partir de 405-410, el Imperio quedó herido de muerte [27].

B. La descomposición del Imperio en Occidente. Odoacro

El destino del Imperio quedó sellado a partir del momento en que los bárbaros consiguieron asentarse en los intersticios entre los núcleos de resistencia, sin entrar, no obstante, a título individual, en el sistema de la sociedad romana.

A lo largo del Bajo Imperio diversos contingentes bárbaros habían afluido sin cesar al interior de las fronteras romanas, unos por la fuerza —hasta 378 todos habían fracasado, y su aventura había acabado con la muerte, la captura o la expulsión— y otros pacíficamente: esclavos vendidos por los mercaderes, campesinos en busca de tierras o soldados de fortuna (estos últimos a menudo conseguían triunfar y alcanzaban a veces elevados puestos, incluso el trono, pero antes habían aceptado plenamente la civilización romana).

Las cosas cambiaron cuando pueblos enteros, considerándose y comportándose como cuerpos extraños, penetraron colectivamente en el Imperio y consiguieron permanecer en él. Primero fue un estado de hecho, fundado sólo en la violencia; Roma aún reaccionaba y mantenía la esperanza de un triunfo final, como después de la crisis del siglo III. Luego se convirtió en un estado de derecho: el *foedus*, contrato político aplicado primero a los vecinos de la frontera que interesaba someter a los puntos de vista del gobierno romano, y que luego fue propuesto a bárbaros afincados en el corazón mismo del territorio imperial. Por una ficción jurídica, en un mismo terreno se superpusieron dos poderes: el del jefe bárbaro, que continuó siendo jefe absoluto de sus tropas, con la condición de principio de utilizarlas solamente al servicio de Roma, y el del gobierno civil romano, que teóricamente permanecía intacto, con la condición de proporcionar a los bárbaros los víveres y la vivienda. Evidentemente el primero de estos poderes, que disponía de la fuerza, aventajaba infinitamente al segundo, que, aparte de la zona de los ejércitos, sólo tenía la autoridad moral y los recursos de un tesoro irregularmente repuesto. A partir del día en que se generalizó este régimen, el Imperio estaba condenado a desembocar, de abandono en abandono, en la desmembración [28].

Una vez expoliado el territorio, quedaba la institución imperial. No vamos a trazar de nuevo la historia de su desaparición en Occidente. Pero interesa recordar algunas fechas y algunos hechos.

De derecho, el Imperio no desapareció. Cuando el ejército «romano» de Italia se sublevó, reclamando tierras, bajo la dirección de Odoacro, y cuando fue destituido el último emperador, el niño Rómulo Augústulo (4 sep. 476), se produjo una simple reunificación del Imperio en beneficio del príncipe con sede en Constantinopla, Zenón. A los ojos de los romanos, Odoacro sólo era un patricio como Ricimero y Orestes [29]. Teodorico, su enemigo y sucesor, respetó la ficción de la autoridad del emperador en Italia. Como quiera que la autoridad de un Glicerio o de un Rómulo ya era ficticia, la transición de una a otra ficción fue, sin duda, poco percibida [30].

¿De qué se componía este fantasma cuando se desvaneció? Hay que distinguir entre las provincias. Bretaña, de hecho, estaba totalmente perdida, y nadie mantenía la unión con Roma, aunque algunos jefes celtas la alegaban cuando les convenía. En la Galia septentrional aún existía un poder romano, el ejército de Siagrio; por lo demás, este ejército no había reconocido ningún emperador desde 461. Aquitania, sometida de hecho a los visigodos, vivía de derecho bajo un *foedus* renovado en 453 o 454; pero no se preocupaban mucho de las prerrogativas imperiales. Las regiones del Ródano, sometidas a los burgundios, aparentaban mayor respeto hacia ellas; el rey Gundebaldo tenía el título de patricio desde 472. El sudeste de la Galia, en cambio, permanecía auténticamente romana, en torno al prefecto del pretorio instalado en Arlés y a numerosos aristócratas refugiados en la región. Por lo demás, este islote se reducía rápidamente: la Auvernia, su bastión, había capitulado ante los visigodos a finales de 475; Lyón, su mayor ciudad, estaba ocupada por los burgundios (¿desde 472?). Sólo quedaba Provenza, que Odoacro abandonó de hecho a los visigodos a partir de 477 [31].

En España el único título jurídico de los visigodos era el *foedus* de 453-54, que les encomendaba perseguir a los bagaudas en la Tarraconense. Fue confirmado en 475 y 477 por Odoacro en nombre de los emperadores; para las demás provincias sólo hubo ocupación sin título. En África unos tratados de 435 y 442 regularizaron la situación de los vándalos; Mauritania y Tripolitania fueron incluidas en 455. En Dalmacia, Roma conservó derechos concretos hasta la desaparición de Nepote, en 480; después el estatuto del país pasó a ser semejante al de Italia. Recia, Nórica y Panonia, o por lo menos lo que en ellas quedaba de organizado, también siguieron la suerte de Italia hasta después de 476.

Es decir que resistieron hasta el final cuatro reductos romanos: las zonas de operaciones de los ejércitos de campaña y el «reducto civil» del sudeste de la Galia. En el transcurso del último siglo habían presenciado innumerables golpes de Estado, bajo el pretexto de sentar

en el trono a tal o cual pretendiente, pero en realidad para asegurar el éxito momentáneo de una facción, generalmente respaldada por un pueblo bárbaro. Rómulo Augústulo sucumbió en uno de estos golpes de Estado, realizado de forma descubierta, sin pretexto imperial, en 476. El Imperio fue derrocado desde el interior, y no sumergido por una invasión.

Esta vez el beneficiario de la maniobra era un bárbaro. Su paso al poder fue como una transición entre el gobierno romano y las soberanías germánicas, a las que transmitió algunas de las soluciones que había preparado. Odoacro *(Odovacar)* era sin duda un esciro [32]; su padre, Edica, había pertenecido al séquito de Atila, y había sido muerto en 469 por Teodomero, el padre de Teodorico; su hermano mayor, Hunwulf, había hecho una brillante carrera en Oriente. Había llegado a Italia a la muerte de su padre, con otros refugiados esciros, y se había convertido en guardia de corps de Antemio. Ignoramos por qué cualidades se impuso a las tropas que, el 23 de agosto de 476, lo eligieron rey en Pavía.

El régimen que inauguró, y que imitó de cerca su enemigo hereditario Teodorico, constituye un curioso dualismo. Por una parte, Odoacro es rey, en virtud de su pertenencia a un linaje principesco y de la elección de sus soldados; se hace llamar *Odoacrius rex* a secas, pues sus tropas están muy mezcladas [33]; por tanto no es una soberanía nacional, sino una soberanía del ejército. Instala sus tropas en la Alta Italia, alrededor de cuarteles generales (Rávena, Verona y Milán), los distribuye entre los grandes dominios según las modalidades ya familiares de la hospitalidad —la presencia de los bárbaros no llama la atención, pues, mucho más que antes de 476— y ejerce sobre ellos una autoridad directa. Pero, por otra parte, el patricio Odoacro, que al final de su administración adopta el gentilicio imperial de Flavio, gobierna como los últimos emperadores de Occidente, por medio de las oficinas de Rávena y del Senado de Roma. La aristocracia, más interesada en la conservación de la tradición áulica y burocrática que en la persona misma de un emperador, siempre se mantuvo leal y satisfecha [34].

El soberano interviene sólo en los nombramientos militares, se rodea de un séquito personal germánico y sigue siendo ario, pero respeta el gobierno civil romano y mantiene relaciones satisfactorias con la Iglesia católica. El régimen instaurado por este «destructor del Imperio» es, por tanto, un compromiso conservador que defiende mejor los intereses romanos que un emperador zaherido. Aporta la paz interior y exterior, la promesa de apartar de Italia a los grandes pueblos bárbaros, infinitamente más voraces que las modestas tribus que forman el ejército de Odoacro. El precio pagado fue el de algunos abandonos: cesión de

la Provenza a los godos en 477, evacuación de la Nórica en 488; la opinión italiana no se sorprendió mucho de ello.

Odoacro sólo se permitió excepciones a esta norma de prudencia al final de su reinado, cuando Zenón lanzó contra él a los ostrogodos [35]. Esto no tuvo consecuencias; Odoacro murió el 15 de marzo de 493, pero, más allá de la tumba, legó a Italia su forma de gobierno, que perduró hasta la reconquista de Justiniano y que sirvió de modelo a la España reorganizada después de 507. Hérulos, esciros, rugios y turcilinguos de Italia perecieron en la misma catástrofe que el soberano que habían elegido, pero los godos recogieron los frutos de su obra.

NOTAS DEL CAPÍTULO PRIMERO

1. Este problema sigue siendo objeto de vehementes discusiones; para hacerse una idea de éste, véase De VRIES, *Kelten und Germanen* [n.° 117], págs. 55 y siguientes. La hipótesis actualmente más en boga consiste en atribuir a la palabra un origen ilirio, lo cual resulta cómodo, dada la ignorancia que tenemos sobre esta lengua.
2. Véase al respecto el excelente librito de Emile JANSSENS, *Histoire ancienne de la mer du Nord*, 2.ª ed., Bruselas, 1946.
3. *Goten, Nordgermanen, Angelsachsen* [n.° 129].
4. Región donde los lingüistas nunca han podido descubrir ningún substrato pregermánico.
5. Hacia 230 antes de nuestra era, los colonos griegos de Olbia (act. Nikolaiev), cerca de la desembocadura del Dniéper, vieron cómo surgían de la estepa —hasta entonces dominio de los escitas y de los sármatas, nómadas iranianos— nuevos pueblos amenazadores: gálatas (galos), y con ellos dos tribus germánicas, los bastarnos y los esciros. Los dacios del Bajo Danubio, y luego los reyes de Macedonia, tuvieron que luchar contra estos incómodos vecinos, cuyo centro de gravedad estaba seguramente situado en los Cárpatos orientales. Se sospecha que llegaron del Norte por el istmo Báltico-mar Negro. Los romanos los derrotaron el 29 a. de J. C., pero los bastarnos permanecieron oscuramente en la misma región hasta el siglo III de nuestra era. Los esciros volvieron a aparecer en la migración de los godos; su independencia duró hasta 469; Odoacro, el sepulturero del Imperio de Occidente en 476, surgió precisamente de sus filas. Pocos pueblos germánicos tuvieron una carrera tan larga.

   No vale la pena narrar detalladamente la dramática aunque rápida odisea de los cimbrios, de los teutones y de los ambrones. Partidos de Jutlandia, atravesaron la Europa central, chocaron con los galos boios de Bohemia y en 113 se presentaron ante la plaza romana de Noreia, en Carintia. Derrotando uno tras otro a cuatro cónsules, siguieron un itinerario ilógico, por la Baviera, el este de la Galia, el valle del Ródano y Cataluña. Mario aniquiló a los teutones en Aix-en-Provence, en otoño de 102, y luego a los cimbrios en Vercelli (Piamonte), en el verano de 101.

   Los cimbrios dejaron su nombre al Himmerland, al sur de Aalborg, y los teutones quizás legaron el suyo al Ty, alrededor de Thisted; de los ambrones tomó nombre la isla de Amrum. Algunos hipercríticos, como el suecó L. Weibull, han pretendido equivocadamente, desviados por un error de Estrabón, que la migración partió de las orillas del Elba inferior.
6. Una vanguardia que se aventuró al oeste del Rin, los *Germani Cisrhenani*, fue detenida por la conquista de la Galia y sometida a una intensa romanización.
7. Véanse los mapas de H. J. EGGERS, *Der römische Import im freien Germanien*, Hamburgo, 1951, y la cómoda exposición de WHEELER, *Rome beyond the imperial frontiers* [n.° 81].

8. El origen del alfabeto rúnico (llamado *futhark* por el orden de sus primeros signos) ha sido objeto de apasionadas discusiones. Actualmente se está más o menos de acuerdo (¿por mucho tiempo?) en buscarlo en las escrituras norditálicas, tal como eran en vísperas de la conquista romana. Los primeros textos, muy breves, están grabados sobre armas y joyas del siglo III. Cf. MUSSET y MOSSÉ, *Introduction à la runologie* [n.º 148].
9. Adoptamos las fechas de H. KOETHE, Zur Geschichte Galliens im 3. Viertel des 3. Jahrhunderts. *32. Bericht der römisch-germanischen Kommission*, 1942 (1950), *págs.* 199-224.
10. Cf. finalmente Jean GRICOURT, Les événements de 289-292 en Gaule d'après les trésors monétaires, *REA*, LVI, 1954, págs. 366-376.
11. Las crisis del siglo III se conocen casi exclusivamente por la arqueología y la numismática. De ahí la incapacidad en que nos encontramos para discernir los daños causados por invasiones terrestres e invasiones marítimas en la Galia. Los bárbaros seguramente no tuvieron más programa que saquear y vivir sobre las regiones enemigas; ningún índicio revela la intención de crear Estados; ni siquiera lo hicieron en la Dacia, donde fueron dueños del territorio. Por tanto la *Romania* tuvo una gran suerte en no quedar sumergida hasta un siglo o siglo y medio más tarde; mientras tanto los germanos pudieron concebir planes menos rudimentarios, y Roma, por su lado, pudo perfeccionar los mecanismos de asimilación.
12. El germánico occidental debe al gótico una parte de su vocabulario cristiano; la cuestión de los términos políticos tomados del gótico es muy discutida.
13. No obstante, hay un índice de la relativa fuerza del paganismo sajón a partir del siglo V: su importación por parte de Inglaterra.
14. ESTRABÓN, VII, 1, 2: «Los germanos habitan al otro lado del Rin, al este de los celtas; difieren poco del pueblo celta, salvo en una salvajez, una talla y un color rubio más acentuados ; en todo lo demás se les parecen mucho, tanto por el aspecto físico como por las costumbres y el modo de vida».
15. Cf. págs. 189-190.
16. Este cuadro, que será profundizado en los volúmenes siguientes, elude voluntariamente algunas discusiones: la existencia de una propiedad privada o comunidad agrícola *(Markgenossenschaft)*; el origen de la «centena» entre los diversos pueblos (parece distinta en los godos, los francos y los escandinavos); las influencias célticas en los orígenes del «séquito»; el papel respectivo de los factores romanos y germánicos en la formación de los ejércitos privados del Bajo Imperio, etc.
17. Quedaría por colocar el pintoresco retrato del guerrero germánico de la era de las invasiones, por ejemplo a través de Sidonio Apolinar. Su vestido es ajustado y cosido, sin repliegues, como el de la antigua Roma (que en el siglo IV ya no es más que un vestido de ceremonia). La pieza más característica es el pantalón (con el nombre galo de bragas); lleva los cabellos largos (hasta formar, en los suevos, un moño, el «nudo suevo»), y se los unta de grasa; algunos llevan barba. Su cocina a base de grasa horroriza a los romanos, pero rápidamente adopta los platos mediterráneos (un médico griego elaborará un tratado culinario para Thierry I). Finalmente ignoran, horror supremo, las termas y el deporte gimnástico.
18. Primero dirigieron su avance hacia el Sur, contra el Imperio parto, a través del Cáucaso. El remplazamiento, en 226, del débil Estado parto por el Imperio sasánida los obligó a retirarse hacia el oeste. Formaron un Estado poco coherente, entre el Ural, Cáucaso y Don. Bajo el efecto del avance huno, a finales del siglo IV fueron empujados con los godos a través de Europa, salvo un resto que se fijó en la ladera norte del Cáucaso, y que aún sobrevive: los osetas.

19. El problema de los orígenes hunos es uno de los más complejos. Los esfuerzos realizados desde el siglo XVIII (De Guignes, 1756) para armonizar fuentes chinas y fuentes occidentales parecen haber fracasado por completo, de modo que los puntos de vista de conjunto sobre el desarrollo de la migración huna actualmente son acusados de ilusiones por la mayoría de orientalistas (Haussig, Moor, Altheim, Hambis). La exposición que sigue se atiene a los únicos hechos demostrados. Rechaza las conjeturas fundadas en la pretendida identidad del chino *Hiong-nu* y del griego *Khounoi*. Esto amputa la historia de los hunos de toda la prehistoria oriental que tradicionalmente se les atribuye.
20. El origen de los ávaros apenas es menos controvertido que el de los hunos. Desde el siglo XVIII normalmente se les ha identificado como un pueblo tonguso, los Yuan-Yuan, citados por las fuentes chinas como fundadores de un efímero imperio entre Corea y el Turquestán. En 552 estos yuan-yuan, que una fuente bizantina también denomina *Abaroi*, fueron derrotados por los turcos. Pero seguramente este pueblo no tenía nada que ver con los *Abaroi* señalados por Prisco hacia 461 como nómadas en Kazakstán, a lo sumo hubo usurpación del nombre de unos por parte de los otros. Los ávaros que atañen a Europa, ¿eran turcos (como lo indicaría el título de su jefe, *jagán*), o iraníes del Este (Haussig)? No sabemos nada, pero está demostrado que su civilización presentaba una gran influencia turca.
21. Véase pág. 188. Señalemos algunas de estas aportaciones: en una tumba de Wolfsheim, en el Hesse renano, fue hallado un medallón con un texto pehleví (siglo V); las tumbas de jefes de Wolfsheim y de Mundolsheim (cerca de Estrasburgo) pertenecen al mismo horizonte que las de Panonia, de Ucrania o de la Siberia occidental. En Airan (Calvados) fue hallado, en 1876, un tesoro de orfebrería póntica del siglo V; la tumba de Pouan (Aube), sin duda la del rey visigodo Teodorico I, muerto en 451, incluye dos armas procedentes del sur de Rusia.
22. DARKO, *Rôle* [n.° 501].
23. Cf. SINOR, *Barbares* [n.° 504] y E. F. BALAZS, Les invasions barbares, en *Aspects de la Chine*, París, 1959, t. I, págs. 72-76.
24. Véase Roger RÉMONDON, *La crisis del Imperio romano de Marco Aurelio Anastasio*, Labor, Barcelona, 1967.
25. Resumimos a grandes trazos los puntos de vista, bastante revolucionarios, de D. VAN BERCHEM, *L'armée de Dioclétien et la reforme constantinienne*, París, 1952, que han tenido muchas adhesiones y dispensan de acudir a la enorme literatura anterior.
26. Véase pág. 215.
27. A causa de no ver claramente este encadenamiento, la opinión romana, durante gran parte del siglo V, al comprobar que los ejércitos no habían sido vencidos y que, sin embargo, el país estaba destruido, acusó de traición a los oficiales de origen o educación bárbaros. Nada menos justificado: todos fueron fieles a la idea romana hasta la muerte (o por lo menos fieles a efímeros emperadores). Roma consiguió precisamente en el ejército, hasta el final, las asimilaciones más sólidas.
28. Los visigodos fueron los primeros que consiguieron entrar en el Imperio, primero pacíficamente, en 376, y luego por la fuerza, en 378, tras su victoria de Andrinópolis; luego estuvieron 23 años errando por los Balcanes, sin que se consiguiera expulsarlos. También fueron los primeros que disfrutaron en gran escala del régimen del *foedus* en el interior del Imperio, a partir de 418. Una segunda oleada penetró en el Imperio abriendo una brecha en el *limes* del Rin en 406; sus principales elementos —vándalos, alanos, suevos y burgundios— tampoco pudieron ser neutralizados; la mayor parte consiguieron en seguida el

estatuto de *foedus:* los vándalos en 435, los burgundios en 443. Por último, los ostrogodos, tras haber vivido en situación más o menos regular en los Balcanes durante unos veinte años, en 489 se convirtieron en ejemplares federados. Por tanto, todo el siglo v, hasta Clodoveo, está dominado por este esquema que en un plazo más o menos largo, convierte un invasor en un ocupante provisto de título. El siglo VI renunció a ello por falta de un Imperio superviviente en Occidente, pero las fórmulas de coexistencia aplicadas a lo largo de esta larga transición incluso influyeron en los pueblos que no la atravesaron.

29. En detalle, las cosas son más complicadas: el Imperio de Oriente, depositario de toda legitimidad, no había reconocido a los emperadores de Occidente, Glicerio (473-474) y Rómulo (475-476); su candidato era Julio Nepote, que ostentaba el mando del ejército de Dalmacia, que no desapareció hasta el 9 de mayo de 480. Sólo entonces se resignó Zenón a la combinación propuesta por Odoacro.
30. CARCOPINO, *Un empereur maure* [n.º 426], se equivoca cuando lo imagina repercutiendo hasta el fondo del África romana.
31. Por las necesidades de la política de Teodorico, en 508-509 fue restablecida allí una fachada romana, con la prefectura de Arlés, que duró hasta 537.
32. Algunos textos afirman que era hérulo; de todos modos es un error creer que era huno. Los esciros vivían a orillas del Danubio medio; era un pueblo óstico, asociado durante mucho tiempo a los bastarnos; sus últimos restos seguramente llegaron a Baviera.
33. A una mayoría hérula se mezclan esciros, rugios y turcilinguos, estos últimos tan oscuros que no se dispone de ninguna otra mención.
34. Comprendido el ex emperador Rómulo, que vivió como rico propietario en el Sur, hasta 510 aproximadamente.
35. Acuñó algunas monedas a su nombre, y luego, cuando se vio acosado, proclamó emperador a su hijo Thela.

Capítulo II

Las invasiones terrestres: La primera oleada (siglos IV-V)

Tres grandes ondas migratorias se propagaron a través de Europa desde finales del siglo IV hasta terminar el siglo VI. Pero sólo la primera, verdadera ola de fondo, afectó todo el continente desde el Caspio hasta Gibraltar e incluso más allá, y transportó hasta África un pueblo formado a orillas del Báltico. Las ondas siguientes fueron menos amplias, y sus remolinos se amortiguaron progresivamente; para las retaguardias, como los bávaros, apenas cabe hablar de una verdadera invasión. Pero así como el Estado más duradero de los que surgieron de la primera oleada no logró sobrevivir más allá de 711, un Estado moderno, Francia, tiene sus orígenes más o menos directos en la oleada siguiente.

Hacia 375, en la estepa póntica, los hunos se lanzaban sobre los godos; el Imperio romano, reconstituido por Diocleciano desde hacía casi un siglo sobre bases que parecían sólidas, aún estaba intacto, desde las Tierras Bajas de Escocia hasta la primera catarata del Nilo. En 439 Genserico entraba en Cartago, y la mitad occidental del Imperio quedaba reducida a algunos pedazos mutilados entre los cuales circulaban libremente los bárbaros. De una a otra de estas fechas, un encadenamiento sorprendente de catástrofes, marcado por dos puntos culminantes —la batalla de Andrinópolis en 378 y el paso del Rin en 406— condujo a la civilización romana al borde del precipicio. No obstante, aún se defendió durante mucho tiempo, y en Oriente con tanto éxito, que el Imperio de Constantinopla enterró finalmente a todos sus enemigos. En Occidente, las formas políticas romanas, heridas de muerte, desaparecieron tras una larga agonía, pero las formas sociales consiguieron imponerse, desde el interior, a los Estados fundados por los conquistadores. Cuando se apaciguó esta primera oleada se pudo comprobar que la romanidad no había desaparecido en ninguna parte del continente; que algunos de los pueblos victoriosos preparaban su adhesión sincera a la civilización de los vencidos y que la fuerza bruta no había preva-

lecido en todas partes. Resulta dudoso pensar que, sin la aportación de las oleadas siguientes, la Europa medieval hubiese diferido de la Europa romana.

1. El desmembramiento oriental

Un grupo heteróclito formado por tres pueblos —turcos (?), iraníes y germanos del Este— fue como el motor de esta primera pulsación migratoria. Las trayectorias que señalan sus desplazamientos a través de Europa son las más largas y las más caprichosas; rebotan sin cesar entre sí y dibujan la trama de toda la historia de los siglos IV y V.

A. Los hunos

Sería un error creer que, a pesar de su papel decisivo en el desencadenamiento de la gran oleada migratoria de finales del siglo IV, los hunos aparecieron desde el primer momento como los enemigos necesarios e implacables de Roma. La tormenta premonitoria de 375 —el ataque y la destrucción del Estado gótico de Ucrania— no fue comprendida. El Imperio de Oriente primero sostuvo relaciones pacíficas con los recién llegados y quizás favoreció su establecimiento en la cuenca panónica, hacia 390. En tanto que los visigodos de Alarico representaron el principal peligro en los Balcanes, la amistad con los hunos constituyó un factor favorable. Las desavenencias no comenzaron hasta después de la partida de los godos hacia Italia, cuando, hacia 408, el rey huno Uldín intentó establecerse en la Tracia y en Mesia. En cuanto a Occidente, al no considerarse directamente amenazado, durante casi medio siglo pudo practicar una política de entendimiento con los hunos. El principal artífice de ello fue Aecio: el futuro dueño de la milicia había pasado su juventud (sin duda a partir de 406) entre los hunos, como rehén; además de contraer relaciones personales, ello le hizo despertar una gran admiración por la capacidad militar de aquéllos. En los momentos decisivos de su carrera, Aecio acudió a buscar ayuda de los hunos —contra los visigodos en 427; contra los francos en 428; contra los burgundios en 430— y cuando cayó en desgracia, en 432-433, buscó refugio entre ellos. En reconocimiento, los ayudó a consolidarse en Panonia. Los hunos fueron durante mucho más tiempo los amigos y auxiliares de Roma, o de algunos romanos, que no los «azotes de Dios», para usar un epíteto demasiado famoso.

Los hunos sólo constituyeron un peligro grave a partir del día en que, hacia 425-434, formaron un verdadero Estado en Panonia, transformación que seguramente fue debida a los reyes Mundziuch y Rúa, el padre y el tío de Atila. Hay motivos suficientes para creer que el modelo seguido fue el del Estado sasánida, cuya influencia en el arte huno

es evidente. Algunos ritos observados en presencia del rey, como la proscinema o la libación, parecen tomados del ceremonial iraní, así como la diadema como símbolo de soberanía. En torno a la realeza, hereditaria, una reorganización social tiene como efecto la sustitución de la antigua estructura tribal por la dominación de una nobleza áulica enriquecida por el botín. Aparentemente esta clase estaba bastante mezclada: además de verdaderos hunos, comprendía germanos, y por lo menos un romano de Panonia, Orestes (el padre del futuro emperador Rómulo Augústulo), jefe de las oficinas del rey. Durante el reinado de Atila, según testimonio de Prisco, embajador llegado de Constantinopla en 449, incluso hubo un ensayo de fundación de una especie de capital del reino: además de su campamento móvil, el rey tenía un palacio de madera y termas de piedra edificadas con materiales importados del Imperio.

Esta monarquía naciente debía su fuerza a un instrumento militar heredado de las tribus nómadas. La caballería huna no valía tanto, en realidad, como la de los alanos —cuyos caballos tenían fama desde el siglo III por su excelencia— pero era numerosa e infatigable, hábil en la táctica de los arqueros orientales. ¿Acaso comprendía algún otro elemento pesado, una caballería acorazada análoga a las del Irán o de los heftalitas? No se puede afirmar. El arco reflejo, con flechas triangulares, la silla de montar de madera, el látigo, el lazo, la espada de uno o dos filos, constituyen su equipo. En torno a este núcleo huno se aglomeraban los contingentes de los pueblos vasallos, en su mayor parte germánicos.

Es difícil asignar a un Estado nómada un territorio definido. Algunos han hablado de un imperio que se extendería desde el Oder hasta el Irtych; otros han limitado el Estado de Atila a Hungría y Rumania (con reservas en lo que se refiere al Bajo Danubio). La primera interpretación seguramente es demasiado amplia: se trata de una área de civilización, no de una de dominación política. La segunda sólo es aceptable si se matiza con consideraciones sobre la densidad de población; los hunos sólo ocupaban de forma compacta la parte oriental de la puszta, pero enviaban vanguardias hacia las llanuras adyacentes, en Servia, Valaquia, Ucrania e incluso Silesia.

Durante la generación de Atila los hunos fueron la potencia dirigente del mundo bárbaro. Más de un pueblo germano asimiló su ejemplo y adoptó sus modos de vida (especialmente los burgundios). Conocido es el considerable lugar que ocupan en los relatos épicos de los Nibelungos [1]. La arqueología confirma uno de los elementos de este prestigio: la extremada riqueza en oro de la aristocracia huna.

La potencia construida por sus predecesores fue puesta a prueba por Atila. Nacido hacia 395, llegó en 434 al poder (que compartió con

su hemano Bleda hasta 445). Durante los quince primeros años de su reinado, dirige todas sus empresas hacia Oriente. El Occidente, entonces regido por Aecio, es tan amigo que incluso entrega a los hunos la Panonia occidental, en 439. Cada año, los hunos y sus satélites —ostrogodos, gépidos, rugios, hérulos y esciros— penetran en los Balcanes; en 447, irrumpen a través de Macedonia hasta las Termópilas. Son devastadas casi todas las grandes ciudades: Naiso, Viminaco, Singiduno, Sirmio. En 449, Atila, en pleno apogeo de su poder en Oriente, recibe la embajada que le envía Teodosio II a su campamento, sin duda en Valaquia: es de este viaje que Prisco dejó un relato que es nuestra fuente principal para el conocimiento del Estado huno.

El año siguiente, Atila cambió bruscamente de política. Hacía algunos años que sentía cierta atracción por Occidente. En 449 había acogido a Eudoxio, jefe de los bagaudas galos, que sin duda lo había informado de las debilidades del régimen romano. Un clan franco se había dirigido a él para hacer triunfar un pretendiente suyo. Quizás los vándalos lo habían impulsado a ello en vistas a la formación de una alianza contra los godos. Finalmente, y sobre todo, Honoria, hermana de Valentiniano III, furiosa contra su hermano, que había matado a su amante, le había ofrecido la mano. Como se ve, este cambio de opinión no es el arrebato irreflexivo de un bárbaro que corre sin pensar adónde se dirige, sino más bien el resultado de una preparación diplomática notablemente informada. Por lo demás, el objetivo era el mismo que el de las expediciones orientales: no hacer conquistas, sino recoger el máximo botín posible con los menores riesgos.

Una primera incursión se realizó en 451, remontando el Danubio por la orilla izquierda, luego se profundizó en dirección al Rin, que fue atravesado por los alrededores de Maguncia; Bélgica es asolada, y Metz incendiada el 7 de abril. Luego, a finales de mayo, los hunos se presentan frente a Orleáns. Aecio acude en ayuda desde Italia, con lentitud (sin duda esperaba auxiliares góticos) [2]. Entonces Atila da media vuelta, con los «romanos» (de hecho no eran romanos, sino un extraordinario amasijo de bárbaros, francos y burgundios, y algunos galos armoricanos) y el ejército del rey visigodo Teodorico pisándole los talones. Es alcanzado en la Champaña, el 20 de junio de 451, y tras una sangrienta refriega (llamada de los «Campos Cataláunicos» o del *campus Mauriacus*) sufre un descalabro, por lo demás poco importante. Sin inquietarse, regresa a Panonia.

En la primavera de 452 vuelve a partir, esta vez hacia Italia. Fuerza las defensas del Friul, y Aquilea, Padua, Mantua, Vicenza, Verona, Brescia, Bérgamo son asaltadas. Quizás Atila pensaba marchar sobre Roma (Rávena está fuera de alcance, detrás de los pántanos). Entonces tiene lugar, a orillas del Mincio, una entrevista con el papa León, tan

ilustre como difícil de apreciar. A Atila le ofrecen a Honoria y un tributo. ¿Pero regresa precipitadamente hacia el este por esto o porque el emperador Marciano ataca el Danubio? Poco después de su regreso, muere (453).

Sus hijos, Ellac y Ernac, se disputan entonces su sucesión, y los germanos satélites se aprovechan de ello para recuperar su autonomía. Ellac ataca a los que se han sublevado: es vencido y muerto a orillas del río Nedao, en Panonia (454). Es el final de la grandeza huna. Privados de su prestigio, los hunos supervivientes no son más que una horda mediocre. Muchos grupos pasan al servicio del Imperio de Oriente y son acantonados al sur del Danubio; otros continúan como tributarios de Roma, en la Panonia oriental; algunos regresan a la estepa ucraniana. Una guerra entre los dos últimos hijos de Atila, Ernac y Dengizik, termina el derrumbe de los hunos. Aún se oye hablar esporádicamente de ellos hasta el reinado de Zenón (474-491), y luego se produce un silencio definitivo.

A causa del revuelo que había levantado Atila, el nombre de los hunos se hizo famoso. Muchos historiógrafos lo han aplicado a otros pueblos de la estepa (ávaros, magiares...). Inversamente, muchas tribus los consideran sus antecesores, especialmente los búlgaros y los sículos (montañeses húngaros de Transilvania).

A pesar de la aptitud política de sus jefes, el pueblo huno sólo ha dejado un rastro negativo en la historia, aún aumentado por la literatura. Sólo fue grande a la cabeza de una coalición, dominada sin duda por los germanos. En cuanto les abandonó la suerte, sus satélites recuperaron su libertad y bastó una generación para borrarlos del mapa.

B. Los alanos

La historia europea de los alanos empieza al mismo tiempo que la de los hunos, en 375, cuando estos últimos hunden el imperio alano de la región caspia. Después de este tropiezo, los alanos nunca consiguieron formar una unidad política. Las bandas alanas erraron sin plan a través de toda la Europa occidental y África del Norte durante el siglo V, y luego se fundieron, pese a presentar orígenes étnicos muy distintos, en la masa de los conquistadores germánicos. Su papel histórico es secundario [3].

Desde 406 los alanos están divididos en bandas que ignoran cualquier solidaridad. Todos toman parte en el paso del Rin; pero un grupo, dirigido por el rey Goar, se pone en seguida al servicio de Roma, primero en Renania y luego en la Galia central. Otro, dirigido por el rey Respendial, hace causa común con los vándalos y desemboca en España tras ellos. Otros asedian Bazas hacia 414. Un último grupo, unos

treinta años más tarde, es avistado a orillas del Ródano, en las cercanías de Valence, a la órdenes del rey Sambida.

El grueso de los alanos de la Galia terminó por someterse a Roma y ponerse bajo las órdenes de Aecio, quien los acantonó a orillas del Loira medio, primero para contener a los visigodos, y luego para cortar el paso a los hunos. Su rey Sangibán, a pesar de una fidelidad algo vacilante, desempeñó un papel decisivo en el fracaso de Atila frente a Orleáns. Poco después se sometieron a los visigodos. Aecio seguramente pensó establecer federados alanos en Armórica; sin duda, topónimos como Allaines (Eure-et-Loire, Somme) derivan de ellos [4].

En cuanto a los alanos que pasaron a España en 409, recibieron, por sorteo, la Lusitania y la Cartaginense, territorio considerable que, dado su escaso número, apenas podían ocupar. Desde 418, los visigodos enviados por Roma acabaron con su autonomía. Lo que quedó de los alanos se juntó a los vándalos asdingos, a los que siguieron por Galicia, Andalucía y luego hasta África: los reyes vándalos llevaron hasta el fin el título de *rex Vandalorum et Alanorum*, pero los alanos no pudieron escapar a una rápida fusión y no ejercieron ninguna influencia profunda sobre los vándalos.

C. Los godos

Con los godos abordamos un grupo de una importancia muy distinta, el único que atravesó el Imperio de parte a parte, el primero que fundó Estados duraderos y consiguió una síntesis de los elementos germánicos y romanos, el único, finalmente, que dispuso de una cultura intelectual autónoma. Hasta Justiniano, los godos asumieron la jefatura del mundo bárbaro, y el prestigio que recogieron entre los demás germanos se expresó durante un milenio en la tradición épica.

En cuanto al oscuro problema de los orígenes góticos, lo mejor es remitirse a las tradiciones que Casiodoro y Jordanes recogieron en el siglo VI entre los ostrogodos de Italia [5]. Los godos seguramente procedían de la «isla de Escanda», atravesaron el mar y llegaron «a la orilla del Océano citerior», conquistaron la región de los «ulmerugios» y sometieron a los vándalos. Es decir, que, llegados de Escandinavia, se instalaron en la costa meridional del Báltico, aproximadamente en el actual litoral polaco [6]. Aunque adornados de detalles legendarios, estos datos pueden perfectamente admitirse. Dan bastantes referencias de la formación de un grupo de pueblos relacionados durante mucho tiempo —godos, rugios, vándalos; luego hérulos y esciros—. Esta unión se debería seguramente a su estancia común a orillas del mar Báltico.

Aunque la lengua gótica es perfectamente conocida, gracias a Ulfila, la lingüística nos da poca luz sobre el origen de los godos: sólo indica

que no hay que buscarlo muy lejos del medio nórdico. ¿Pero cuáles eran los límites del medio nórdico en vísperas de nuestra era? No se sabe. Dos pueblos escandinavos de la Edad Media llevan nombres que parecen recordar el de los godos, los *Gutar* de la isla de Gotlandia, y los *Götar*, de Götalandia (mitad meridional de la antigua Suecia). Ningún argumento decisivo permite separar a estos primos putativos [7].

La arqueología tampoco aporta gran cosa: sólo datos bastante contradictorios. Por fortuna, los godos presentan, desde su estancia en Pomerania, una costumbre funeraria muy característica, opuesta a la de casi todos los pueblos germánicos: no depositan armas en las tumbas masculinas. Ahora bien, esta práctica se encuentra también, en los albores de nuestra era, en la parte occidental de Götalandia (Västergötland), región que seguramente quedó vacía de hombres en el mismo momento en que las fuentes romanas atestiguan la instalación de los godos en el sur del Báltico [8]. Pero, en cambio, los godos del Vístula seguramente practicaron la inhumación, mientras que Escandinavia sólo conocía la incineración... Los arqueólogos no pueden afirmar ni negar seriamente la tesis de Jordanes.

La verdadera historia de los godos empieza con Plinio, que hacia el año 75 de nuestra era cita a los *gutones*, y con Tácito, que, hacia 98, conoce a los *gothones*. En esta época están al nordeste de Germania; Tolomeo precisa luego: en la orilla derecha del bajo Vístula. Su dominio se extiende sin duda hacia el norte, pues en las lenguas bálticas se han encontrado numerosos elementos que parecen estar tomados del gótico. Poco antes de 150, el rey Filimer decidió seguramente una migración hacia el sudeste, a través de los pantanos del Pripet, en dirección a la estepa póntica. Hacia 230 los godos se encuentran asentados al noroeste del mar Negro; entre los Cárpatos, el Don y el Vístula forman un Estado de contornos inestables y cuyo centro parece ser el valle bajo del Dniéper. Recoge restos de los bastarnos y los esciros y experimenta una fuerte influencia de los antiguos ocupantes iranianos de la región. Los godos se convirtieron en jinetes seminómadas, adoptaron la cota de mallas y —por lo menos para sus reyes— el vestido iraní, de modo tal y tan bien que los autores grecorromanos frecuentemente los confundieron con los escitas o tomaron a los alanos por una de sus ramificaciones. Los verdaderos godos, sin duda, sólo formaban una parte de la población de este inmenso espacio, en el que ya estaban instalados los antepasados de los eslavos.

Es entonces cuando se manifiesta la división bipartita que domina toda la historia de los godos; en primer lugar se distinguen los *tervingi* y los *greutungi*, denominaciones que enseguida fueron remplazadas por las de visigodos y ostrogodos [9]. Ni la unidad de la lengua, ni el sentimiento, que fue muy fuerte, de un parentesco estrecho, se vieron

afectados por ello. Grupos e individuos pasaron siempre sin dificultad de un conjunto a otro. Pero, sin duda, hubo dos reinos; el de los ostrogodos seguramente gozaba de cierta primacía. Dos pueblos satélites, los gépidos y los taifales, conservaron su autonomía.

El primer contacto entre los godos y el Imperio se verificó en la Dacia, durante el reinado de Gordiano III; desde 238 se *tiene conocimiento* de una incursión en la Tracia. Luego los godos descubrieron el mar, como harían más tarde, en el mismo sector, los eslavos y los varegos. A medias con los hérulos, saquearon las costas del mar Negro, forzaron el Bósforo en 257-8, y reincidieron cinco o seis veces hasta 276, año en que alcanzaron incluso Cilicia. Tras esta brusca llamarada, volvieron a empresas terrestres, todavía más provechosas; en 271 Aureliano les cedió la Dacia [10]. Durante un siglo, sus dominios confinaron con los de Roma a todo lo largo del curso del Danubio, desde la cuenca panónica hasta el delta, sin ningún incidente notable. Como todos los vecinos del Imperio, los godos proporcionaron reclutas a los ejércitos y cobraron tributos. Tras una victoria romana en 332, se estableció un *foedus* con los visigodos. Respetado durante 35 años, permitió notables intercambios de civilización y especialmente la penetración del cristianismo entre los godos.

La misión en Gotlandia empezó a principios del siglo IV (uno de sus arzobispos estuvo en el Concilio de Nicea). El arrianismo se apuntó aquí su éxito más notable, al dar a un visigodo de ascendencia anatolia, Ulfila, la consagración episcopal en 341. Ulfila dio muestras de una mente verdaderamente superior, al crear una escritura y una lengua literaria góticas para traducir el Nuevo Testamento. Hizo salir el cristianismo del círculo estrecho de los descendientes de prisioneros, aunque en 348, y luego en 369, los jefes godos desencadenaron persecuciones. El apóstol de los godos murió en exilio en Constantinopla, sin duda en 383. Su fe no fue adoptada por la aristocracia hasta su incorporación al Imperio. De ese modo el pueblo godo se convirtió en el teatro de una experiencia intelectual y religiosa única entre los que participaron en las invasiones.

Todo esto se desarrolla entre los visigodos. De los ostrogodos casi no disponemos de datos antes de 375. En esta fecha Atanarico era jefe de los visigodos (con el título de «juez»), y Ermanarico, conquistador activo, reinaba entre los ostrogodos.

La sociedad goda, que parecía orientada hacia un proceso de rápida estabilización, se desmoronó por el ataque de los hunos en 375. Los ostrogodos, situados en el Don inferior, fueron presa de una especie de pánico; Ermanarico se suicidó, y su sucesor fue muerto en combate. Dos jefes, el godo Alateo y el alano Safrac condujeron al pueblo hacia el oeste, más allá del Dniéper, y luego a través del Danubio. Siguieron los visigodos, así como alanos, rugios, esciros, taifales y hérulos [11].

En otoño de 376 los godos pidieron asilo en el Imperio. La mayor porción, dirigida por el visigodo Fritigerno, fue acogida y establecida en la Tracia, donde los traficantes romanos explotaron a fondo su miseria. El resto remontó el Danubio por la orilla izquierda y, bajo

Atanarico, se estableció en los Cárpatos y en Moldavia, bajo protectorado huno [12]. En los dos grupos se encuentran ostrogodos y visigodos, pero la mayoría de los primeros permanecieron al norte del Danubio, y la casi totalidad de los segundos pasaron al Imperio. Hasta 470 aproximadamente, los visigodos casi fueron los únicos que preocuparon a los romanos.

Los visigodos se rebelaron en 377 contra las condiciones que les eran impuestas en la Tracia. Valente quiso aniquilarlos. Pero fue él quien encontró la muerte en la batalla de Andrinópolis, el 9 de agosto de 378, y los godos llegaron a establecer el sitio de la capital del Imperio. No obstante, Teodosio los obligó a levantarlo rápidamente. Fue reconstituida la fortificación a lo largo del Danubio, pero Fritigerno y sus godos continuaron errando por la península balcánica; no aceptaron el *foedus* hasta finales de 382, sin duda contra la concesión de tierras en Mesia, provincia totalmente arruinada por las invasiones. Esta paz sólo duró nueve o diez años; en 392, Estilicón consiguió imponer la renovación del *foedus* al nuevo jefe visigodo, Alarico; una nueva ruptura en 395 condujo por segunda vez a los godos ante Constantinopla. Luego el este de los Balcanes quedó tan arrasado que Alarico se dirigió hacia Iliria, no sin antes haber asolado de paso a Grecia. En 397 el Imperio tuvo que resignarse a cederle el Epiro y nombrarle jefe de la milicia en Iliria, lo cual le confería todos los poderes militares en la mitad occidental de la península. Mientras tanto, otros godos, dirigidos por un oficial que había estado mucho tiempo al servicio de Roma, Gainas, se sublevaban en las cercanías de Bizancio (400): hubo que llamar a los hunos para dominarlos. Parecía que la *pars Orientis* estaba a punto de caer en poder de los godos. Pero sin duda aparecía demasiado esquilmada para prometer aún un botín satisfactorio. En 401 Alarico decidió bruscamente trasladar su pueblo a Italia [13].

Por tanto, a una fase balcánica de veinticinco años sucede, en la historia de los visigodos, una fase italiana de once años, pero el pueblo no ha cambiado nada esencial en su comportamiento, y continúa siendo un ejército errante, que agota una tras otra las fuentes de aprovisionamiento. Casi sin combate, Alarico se instala primero en Véneto en el invierno de 401-402, luego marcha sobre Milán, donde reside Honorio, pero éste se refugia en la inaccesible Rávena y los años siguientes están ocupados por maniobras diversas de Estilicón a través del norte de Italia. Un tratado establece por un instante el repliegue de los godos a Dalmacia, luego a la Nórica, y es durante este intervalo cuando se abate sobre Italia la invasión de Radagaiso, que aporta nuevos elementos godos. Luego se rompe el tratado, y en 408 Alarico se presenta de nuevo en la llanura del Po, reclamando la enorme suma de 4.000 libras de oro. Es el momento que escoge Honorio para hacer asesinar a Es-

tilicón. En octubre de 408, sin resistencia, Alarico llega frente a Roma. Exige un enorme tributo, obtiene una parte de él, se retira a Toscana, prosigue unas interminables negociaciones, luego se enoja, obliga al Senado a proclamar a un usurpador, Atalo [14], y bloquea Rávena. La imposibilidad de llegar a un acuerdo con Honorio lo exaspera. Entonces, para vengarse, decide saquear Roma, que nadie defiende y a la que una revuelta de África había reducido a la miseria y al hambre. El 24 de agosto de 410 el jefe godo entra en Roma, sin duda por traición, y la Ciudad Eterna es saqueada, con excepción de algunos santuarios. El acontecimiento pareció una terrible catástrofe, pero sobre todo un escándalo, que hizo dudar a algunos de la Fortuna de Roma y a otros de la misma Providencia. El choque moral fue peor que los daños materiales y las pérdidas humanas, aunque éstas fueron considerables [15]. Una buena parte de la población huyó para no regresar. No obstante, el episodio sólo duró tres días. Desde el 27 de agosto los godos abandonan Roma, llevando consigo como rehén a Placidia, hermana del emperador. Su intención es buscar en África otro terreno de saqueo, pero la falta de navíos les impide pasar a Sicilia. Alarico muere en Calabria al día siguiente de este contratiempo (finales de 410).

Ataúlfo, su cuñado, condujo a los visigodos de nuevo hacia el norte. Tras un año y medio de duda, se dirige hacia la Galia, por el monte Genèvre, en la primavera de 412. Entonces la Galia era el dominio de un efímero usurpador, Jovino; Ataúlfo propuso a Honorio abatirlo. Pero como quiera que el abastecimiento prometido no llegaba, el rey tomó Narbona, Toulouse y Burdeos (413). De ese modo terminó la larga marcha de los godos: permanecieron tres generaciones en Aquitania y tres siglos en Narbona.

Para preparar una reconciliación definitiva entre godos y romanos, Ataúlfo tomó por esposa a su rehén Gala Placidia, hija de Teodosio, en Narbona (enero 414), con ceremonias completamente romanas [16]. Luego formó en Burdeos un gobierno rudimentario, dirigido por aristócratas aquitanos (con Paulino de Pellá). No obstante, continuaba la guerra con Rávena; en busca de pertrechos, el rey se trasladó a España; fue asesinado en Barcelona (agosto de 415).

Este crimen revelaba una tensión interna entre los godos, de los cuales sólo la aristocracia había comprendido y seguido la política de fijación al terreno escogida por Ataúlfo. El nuevo rey, Valia, se dejó imponer como programa la vuelta a las migraciones; como Alarico, quiso trasladarse a África (por Gibraltar), y fracasó. Entonces un hábil jefe, el patricio Constancio, consiguió orientarlo al servicio del Imperio (416), dosificando bloqueos y medidas militares. Valia se marchó de España, negoció sobre la base de un acantonamiento en Aquitania, pero murió en el momento en que entraba en vigor este acuerdo, que

daba a luz al primer Estado bárbaro incrustado en el territorio del Imperio: el reino tradicionalmente llamado «de Tolosa» [17].

La región donde los visigodos intentaron su experimento político era una de las más ricas de la Galia, una de las menos afectadas por las invasiones anteriores y, sin duda, también una de las menos combativas (a diferencia de la Auvernia). Su concesión calmó los escrúpulos de los godos más opuestos a Roma. Teodorico I (418-451) pudo respetar el *foedus*, proporcionó tres o cuatro veces ayuda militar y murió luchando contra Atila, habiendo velado por los intereses de los jefes godos, ya convertidos en una aristocracia rural. Su hijo Teodorico II (453-466) podía —dicen— leer a Virgilio, y conocía el derecho romano; la suavidad de su régimen le valió las alabanzas de Salviano. Tras haber renovado el *foedus*, se puso al servicio de Roma para combatir a los bagaudas hispanos y luego para eliminar el peligro suevo. Pero se le ocurrió colocar en el trono imperial a su protegido Avito, el suegro de Sidonio Apolinar. La operación costó cara y fracasó. Hubo que devolver a Mayoriano todos los beneficios que se habían obtenido en España. Muerto Mayoriano, se resarcieron ocupando la Novempopulania y Septimania (462).

Teodorico II fue asesinado en 466, y su hermano Eurico (466-484) condujo el reino de Tolosa a su apogeo. Aprovechando la desaparición del Imperio, llevó una política doble: aumentar su parte de la Galia (victoria sobre los bretones en Berry en 469, y ocupación de Aquitania I; ocupación temporal de Arlés, Aviñón y Valence en 470-471; conquista de Auvernia en 474-475), al tiempo que afirmaba su protectorado sobre España (a partir de 468). No es seguro que la ocupación brutal de dos reductos de Roma, la Auvernia y la Tarraconense, provocara la denuncia del *foedus*. En todo caso, Eurico hizo legalizar fácilmente sus conquistas: la de Auvernia por Nepote, en 475; la de la Tarraconense (a la que se añadió Provenza) por Odoacro y Zenón, en 477. Para aniquilar las resistencias locales bastaron medidas relativamente benignas, como el exilio de Sidonio a Burdeos y a Llivia.

Eurico fue un rey legislador, aparentemente aficionado a la literatura latina; su corte de Burdeos atrajo a bárbaros de todo tipo, como, por ejemplo, ostrogodos e incluso sajones: prefiguró la de Teodorico el Grande en Rávena. Su ministro León parece anunciar a Casiodoro. Eurico respetó los cuadros administrativos romanos y nombró a condes y duques tanto godos como romanos. Él mismo, aunque conservando el vestido de los reyes godos, asumió voluntariamente los títulos menores del protocolo imperial *(clementia vestra, mansuetudo vestra)*; pero afirmó su independencia renunciando a las fechas consulares en favor del cómputo por años de reinado.

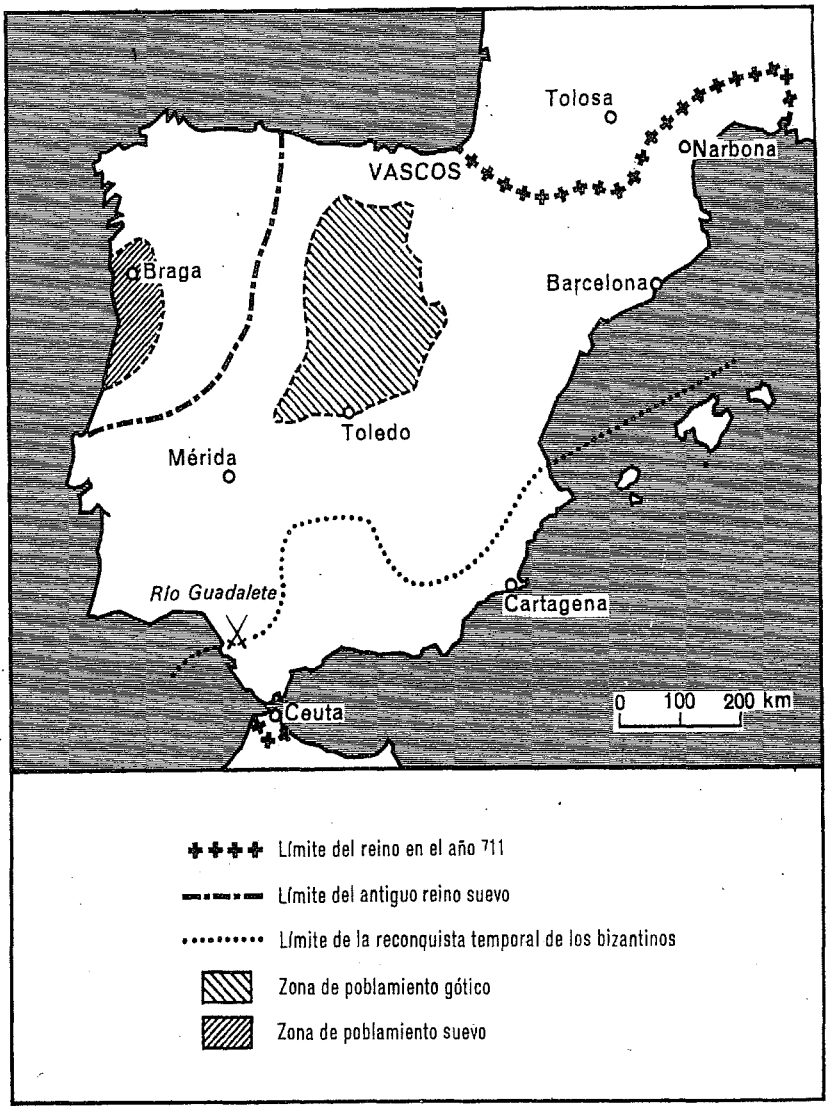
Sin duda la población goda se asentó en las regiones del primer establecimiento y en torno a puntos estratégicos (valle del Garona, Bazadais, Bas-Quercy, Montaña Negra). Entre los numerosos topónimos terminados en *-ens* sólo se le pueden asignar con seguridad aquellos cuyo primer término es un nombre de hombre gótico, pues seguramente el tipo continuó siendo fecundo después de la conquista franca. Faltan indicios arqueológicos seguros, salvo en los confines de la Septimania.

Alarico II, hijo de Eurico (484-507), seguramente fue un individuo mediocre que se dedicó a disfrutar lo que había amasado su padre. No obstante, consolidó la dominación gótica en España, uniendo a la ocupación militar un inicio de colonización civil: la *Crónica de Zaragoza* indica, durante los años 494-497, una «entrada de godos en España», y luego un «establecimiento de los godos». Fueron eliminados brutalmente diversos islotes de resistencia. No está demostrado que este primer asentamiento, así como el siguiente, se verificase en Castilla la Vieja. Pero la gran tarea del reino fue contener la marea franca al sur del Loira; desde 498, las tropas de Clodoveo alcanzan Burdeos. La cronología de estas luchas es muy poco conocida (pág. 219); terminaron con una catástrofe: Alarico fue vencido y muerto en Vouillé en 507. La Aquitania católica se sometió fácilmente al vencedor.

El pueblo visigodo fue salvado por la intervención de los ostrogodos, en nombre de la solidaridad que unía las dos ramas. Durante una generación, Teodorico y sus lugartenientes dirigieron los destinos de los vencidos. El renacimiento fue conseguido al precio de una transformación radical: el reino de Tolosa esencialmente galo y ampliamente abierto al exterior, se convirtió en el reino de Toledo, casi únicamente español y cuidadosamente cerrado sobre sí mismo; pero fueron preservadas sus instituciones fundamentales: arrianismo, *modus vivendi* con los romanos, estructura del Estado. Seguramente Teodorico quiso extender a España el régimen dualista que practicaba en Italia [18]. Pero las costumbres del reino de Tolosa volvieron a adquirir primacía después de 531, cuando el reino se resignó a ser solamente español.

Al abrigo de estas estructuras consolidadas, el pueblo visigodo emigró en masa desde la Aquitania hacia Castilla la Vieja, impulsado, sin duda, por la decisión tomada en 511 por un concilio galo de cerrar las iglesias arrianas. La columna principal debió de atravesar los Pirineos por Roncesvalles o Somport, pero unos cuantos godos se quedaron en Septimania.

El intermedio ostrogodo terminó con un nuevo drama. Amalarico, ya mayor de edad, quiso mezclarse en las disputas de los hijos de Clodoveo, sus cuñados. Vencido en 531, resultó muerto cerca de Barcelona. Esto significó el fin de la dinastía de los Baltos. El antiguo gobernador ostrogodo, Teudis, ciñó la corona y se instaló en Barcelona. Se reconcilió con los romanos, favoreció la reunión de concilios católicos y



MAPA 1. La España visigoda (según J. M. Lacarra)

tomó por esposa a una romana. Su política exterior, muy prudente, salvó lo esencial: rechazó una invasión franca en 541, desalentó a los bizantinos (instalados en Ceuta desde la caída de los vándalos) en sus propósitos de cruzar el estrecho y, sobre todo, ahorró a España el tener que aguantar el contragolpe de las victorias de Justiniano sobre los ostrogodos. Cuando fue asesinado en 548 —el crimen político fue una de las enfermedades nacionales de los visigodos—, otro general ostrogodo, Teudiselo, lo remplazó, y a su vez fue asesinado en Sevilla (549).

Entonces tomó el poder Ágila, un visigodo cuyo origen se ignora, y ante la amenaza de un desembarco bizantino (551), trasladó su residencia a Mérida; pero su intransigencia arriana fue mal acogida en un Sur enteramente romano. Fue asesinado en 554. Su sucesor, Atanagildo, viendo los avances de los bizantinos (dirigidos por un antiguo ministro de Teodorico, el patricio Liberio), se replegó al corazón de la meseta, en el mismo límite de las tierras de colonización gótica, en Toledo.

Este acontecimiento señala el final de las migraciones del pueblo visigodo. El reino de Toledo se mantuvo firmemente sobre sus bases hasta la conquista islámica, en 711. El peligro bizantino, tan amenazador a mediados del siglo VI, finalmente abortó, pues los ejércitos de Justiniano, agotados por una lucha interminable en Italia, nunca pudieron realizar un esfuerzo serio en España. Un enclave costero, de Denia hasta Cádiz, fue todo lo que pudieron ocupar, con la base naval de Cartagena como centro; se sostuvo oscuramente hasta 620-630. Las simpatías que Bizancio podía encontrar entre los católicos españoles no fueron explotadas a fondo. Poco a poco los visigodos realizaron la unidad hispánica en torno a Toledo, con verdadera pasión. Primero la unidad religiosa, que Leovigildo intentó realizar, sin éxito, en los años 570-580, en el seno del arrianismo, y que Recaredo estableció triunfalmente al convertirse al catolicismo en 587. De ello surgió la original institución de los concilios de Toledo, asambleas a la vez eclesiásticas y políticas que fueron el cerebro de la monarquía hasta su fin. Después vino la unidad política: el reino suevo fue aniquilado en 585 por Leovigildo, la cabeza de puente bizantina fue reducida por Sisebuto (612-621), y el separatismo vasco fue más o menos eficazmente combatido. En cuanto a la unidad espiritual, nació rápidamente (salvo para los judíos, numerosos en las zonas mediterráneas y generalmente perseguidos), a causa de la comunión en una misma fe, una misma cultura (marcada por el renacimiento que en la Bética inició Isidoro de Sevilla) y una misma ley (el derecho fue unificado más tarde, en 654, por Recesvinto) [19]

Pese a sus debilidades (su política fue de una torpeza insigne, aliándose prematuramente al Islam) y sus divisiones crónicas (a las que

los godos aportaron una pasión muy española), la monarquía de Toledo merece un lugar eminente en la historia de los Estados bárbaros. Fue la única, después de la muerte de Teodorico, que favoreció la vida intelectual. Sobre todo legó a Europa algunas de las instituciones más características de la realeza medieval: la promesa de la consagración (citada por vez primera en 638) y el rito de la unción (que aparece en 672 para el rey Wamba). De ese modo mereció la adhesión póstuma, casi fanática, que le consagraron las primeras generaciones españolas de la Reconquista [20].

¿Cuál fue, en resumen, la aportación gótica en España? Una antroponimia abundante, lo bastante vigorosa para sobrevivir las crisis del siglo VIII (por ejemplo *Adefonsus, Alvarus, Fredenandus, Rodericus*), una toponimia mucho más limitada (sobre todo en las provincias de Burgos y Segovia), elementos de derecho y de vocabulario administrativo, algunas modas de indumentaria y ritos funerarios. La lengua gótica, ya moribunda, pereció con el abandono del arrianismo. Pero sobre todo había nacido un espíritu nacional, el más fuerte del Occidente bárbaro, capaz de conquistar a latinos tan decididos como Isidoro de Sevilla.

La carrera de los ostrogodos fue más breve, pero más brillante. Los hemos dejado, tras la batalla de Andrinópolis, divididos en dos grupos: uno, en Panonia, vive como satélite de los hunos en un antiguo territorio romano, tan devastado que en él sólo pudieron adquirir residuos de civilización, mientras que el otro, que se había pasado al servicio del Imperio, estaba acantonado en la península de los Balcanes. Este segundo grupo, netamente minoritario y sin autonomía política, fue un intermediario entre la civilización de Constantinopla y los ostrogodos cuando, hacia 482, sus supervivientes se unieron a Teodorico el Grande.

Los godos de Panonia, dirigidos por Valamer, descendiente de un hermano de Ermanarico, se mostraron fieles vasallos de Atila, al que acompañaron por la Galia y por Italia; pero no se sintieron ligados a sus hijos, y cuando sucumbió el poder huno, en 454, se mantuvieron neutrales. En el torbellino que siguió, Valamero se aproximó al Imperio: un *foedus* le concedió, hacia 455, la región del lago Balatón. En esta época, poco más o menos, el hermano del rey, Teodomero, tuvo de una concubina católica un hijo que sería Teodorico el Grande. De vez en cuando, Valamero, cuando Oriente pagaba mal el tributo, efectuaba alguna incursión en Iliria, y luego se renovaba el acuerdo. En la época del *foedus* de 461, el joven Teodorico fue enviado como rehén a Constantinopla, episodio que tuvo consecuencias decisivas.

En la capital, Teodorico fue colocado bajo la dirección de su dueño en aquel momento, un alano con sangre goda, Flavio Ardabur Aspar, que desempeñaba el mismo papel de tutor con León I que Ricimer con respecto a los soberanos de Rávena. Durante nueve años —los de la

formación de un hombre, de 8 a 17 años—, Teodorico pudo observar a la vez la grandeza del Imperio y los medios de ponerlo bajo tutela en beneficio de los bárbaros. La lección sirvió; León hizo asesinar a su molesto protector en 471, pero Teodorico ya había recuperado su libertad desde hacía un año.

Mientras tanto, Valamero había sido muerto por los esciros: Teodomero le había sucedido y había triunfado sobre su peor adversario, el esciro Edica (el padre de Odoacro), en la batalla de Bolia (470), y luego sobre un rey sármata, Babai. Estos éxitos impulsaron al padre y al hijo —cuando el asesinato de Aspar los hubo librado de su juramento de fidelidad a Roma— a intentar suerte en Iliria. Atravesando el corredor Morava-Vardar, los ostrogodos amenazaron Salónica y luego Andrinópolis. En 473 León pactó con Teodorico, al que la muerte de su padre había colocado en el trono. Los godos serían federados, acantonados en la Macedonia y percibirían un tributo; su rey sería *magister militum praesentalis*. Tras un siglo de espera en las fronteras, los ostrogodos obtenían un estatuto parecido al concedido a los visigodos en 418.

No obstante, los ostrogodos no quedaron fijados: en 475 se trasladan a Mesia, en 479 de nuevo a Macedonia, en 480 al Épiro, en 483 a la Dacia Ripuaria. Con el nuevo emperador, Zenón, Teodorico tan pronto está enemistado como aliado; de ello extrae algunas ganancias sustanciales: el gentilicio imperial de Flavio, el consulado ordinario en 484, el triunfo en 485 tras una breve campaña en Asia Menor contra un usurpador; pero llegado el caso, también recurre a la acción militar contra el emperador: en 488 bloquea Constantinopla por las dos orillas del Bósforo. De paso, une a su pueblo las diversas bandas góticas de los Balcanes, sobre todo la que dirigía su homónimo, Teodorico Estrabón

Zenón acaba comprendiendo que el único medio de desembarazarse de los godos es enviarlos más lejos. Desde hace algún tiempo piensa en expulsar a Odoacro de Italia; Teodorico será el instrumento apropiado. En 488 se establece un acuerdo, tanto más fácil cuanto que entre Odoacro y el rey godo existía una especie de enemistad familiar. Teodorico concentró en *Novae* (Sistova, en Bulgaria) a todos los voluntarios. Fue una reunión de gentes tan heteróclita como la de Radagaiso, y en la que los ostrogodos auténticos sólo constituirían una minoría; se encuentran godos de todos los tipos, los restos de los rugios [21], y finalmente un cuerpo «romano» dirigido por un pariente de Zenón. La columna se puso en marcha en otoño, invernó en Croacia, y se presentó a las puertas de Italia en la primavera de 489. Odoacro había tenido tiempo de organizar defensas a orillas del Isonzo, pero fueron aplastadas el 28 de agosto de 489; entonces se replegó hacia el Adigio y fue derrotado el 30 de septiembre, bajo Verona. Una parte de su ejército lo

abandonó, y el resto se encerró en Rávena. Teodorico pudo ocupar sin combate los campos de la Alta Italia, e incluso Milán y Pavía. Pero aún tuvo que esperar cuatro años para derrotar a Odoacro, en 493 [22].

Las experiencias acumuladas por Teodorico, como rehén en Constantinopla, como jefe de federados en los Balcanes, y luego durante estos años de lucha en Italia, van a permitirle realizar una obra muy distinta de lo que cabía esperar del pasado de su pueblo, todavía tan poco civilizado. Pero esta obra tuvo el carácter precario de una hazaña personal, aún mucho más que la de los reyes visigodos. Todo fue bien mientras el rey vivió; pero tras su muerte bastó menos de una generación para borrar totalmente sus realizaciones. La idea fundamental de Teodorico fue organizar Italia sobre una base dualista: godos y romanos vivirían en el país bajo administraciones paralelas, pero separadas, con el único contacto entre ellas de la persona del príncipe y algunas oficinas. Este sistema delicado fue edificado con verdadera maestría; cada cara de Italia prestaba su apoyo a la otra: aunque la fuerza material provenía del ejército godo, Teodorico comprendió que la civilización romana era la única base sobre la que se podía levantar un Estado capaz de proporcionar a los ostrogodos una primacía duradera entre los bárbaros.

Para su ejército, Teodorico vive y piensa como un rey germano [23], y lleva a cabo una política de alianzas familiares con los demás príncipes bárbaros: contrae matrimonio con una hermana de Clodoveo, casa una de sus hijas con el burgundio Segismundo y otra con el visigodo Alarico II; por último, su hermana se casa con el vándalo Trasamundo. Protege a los germanos en dificultades, y su ministro Casiodoro envía a los reyezuelos de Turingia, amenazados por los francos, unas cartas conformes a los mejores cánones de la retórica latina. Alista en su clientela a los hérulos de Panonia, los varnos del Rin, los alamanes vencidos por Clodoveo, los restos del pueblo gépido. Son acogidos todos los guerreros disponibles, y paga soldadas tan buenas que incluso acuden de Escandinavia. En resumen, el rey ostrogodo es la providencia y el tutor de los bárbaros de Occidente.

Incluso considerando que, gracias a la correspondencia de Casiodoro, conocemos su política mucho mejor que la de sus contemporáneos, Teodorico aparece como una mente muy superior a la de los demás reyes bárbaros, que sólo tuvieron problemas personales y, a lo sumo, tribales o dinásticos. Creyó con ahínco en la solidaridad necesaria entre germanos, y supo llevar a cabo una actividad diplomática a escala europea, actitud facilitada por la tranquilidad excepcional de que disfrutaron entonces los godos. Nadie los empujaba por detrás, y los pueblos de la estepa habían desaparecido de la escena por algún tiempo. Pero

el pueblo ostrogodo, ¿estaba a la altura de las ambiciones que para él alimentaba Teodorico?

Para los romanos de Italia, Teodorico es un patricio bárbaro más soportable que muchos otros. Da pruebas de un gran apego al pasado de Roma y sus instituciones; cuando habla de los antiguos emperadores y los nombra *majores nostri*, y cuando se proclama *bono reipublicae natus*, casi lo hace sinceramente. Su viaje de entronización a Roma en 500 fue la ocasión propicia para un discurso-programa que no podría ser desaprobado por el viejo romano más imbuido de su superioridad: «Nos alegramos de vivir bajo el derecho romano, al que deseamos defender armas en mano... ¿Para qué rechazar el desorden bárbaro, si no es para tomar de la ley nuestras reglas de vida? Nuestra ambición es, con la ayuda de Dios, conseguir victorias tales que nuestros súbditos tengan el pesar de no haber estado ya antes bajo nuestra soberanía» [24]. Pero Teodorico supo conservar la mente fría; recordando su ascendencia bárbara, se abstuvo de la reivindicación expresa del Imperio, del que siempre respetó las prerrogativas formales [25].

Inspirado en esta doble ideología, Teodorico gobernó a sus godos por medio de *comites Gothorum*, a la vez civiles y militares, a los que transmitía directamente sus órdenes por medio de agentes especiales, los *saiones* (y no el *cursus publicus*). Sus generales germanos, como Ibbas o Tuluino, son los ejecutores más seguros de su política. Para los romanos, conserva la jerarquía tradicional de las funciones áulicas y senatoriales, que hace funcionar con una regularidad ejemplar. Su «testamento político» prescribe a los godos «amar al Senado y al pueblo romano, y ganarse siempre la buena voluntad del emperador de Oriente» [26]. Pero el rey interviene en la elección de los hombres, y casi siempre prefiere sistemáticamente la aristocracia provincial a los jefes del Senado [27]. De este modo toma su principal consejero y portavoz entre los romanos, Casiodoro, calabrés, hijo de un alto funcionario de Odoacro. Gobernador de Lucania, cónsul en 514, luego *magister officiorum*, por último prefecto del pretorio de 534 a 536, sobre todo asoció su nombre al puesto de *quaestor palatii*, que ocupó de 507 a 534. Su ilustración literaria permitió que se conserven, bajo el nombre de *Variae*, 500 escritos de su correspondencia administrativa.

La administración militar gótica y las oficinas del Sacro Palacio de Rávena coexistieron sin fricciones. El rey tuvo menos éxito con las dos Iglesias paralelas, la arriana y la católica, pero evitó conflictos abiertos. Su método fue una separación rigurosa de las atribuciones y de las funciones (a los romanos les fue prohibido llevar armas, a los godos el proselitismo arriano), lo que condujo a una verdadera segregación social (cf. pág. 179) [28].

El centro de este vasto Estado fue la corte de Rávena. Teodorico fue el único rey bárbaro que asimiló el concepto romano de capital. Amó y embelleció Rávena, donde prosiguió la obra de Gala Placidia y de Valentiniano III. Fue un gran constructor que levantó palacios, iglesias, baptisterio e incluso su propia estatua ecuestre, en espera de su mausoleo. En Roma fue más restaurador que constructor, pero se mostró casi tan activo como en Rávena. Sus edificios son de alta calidad, como los de Justiniano, que se erigirían al cabo de poco tiempo. Pero el reinado brilló sobre todo en el dominio intelectual. Está dominado por tres nombres: Enodio, futuro obispo de Pavía, cuyo talento es sobre todo formal; Casiodoro, hombre de Estado antes de crear, en su monasterio de Vivarium, una especie de conservatorio de la cultura, y sobre todo Boecio, la última mente verdaderamente original que produjo la Antigüedad, también administrador, pero sobre todo filósofo y matemático imbuido de cultura griega. No obstante, las esperanzas que el rey abrigaba sobre el nacimiento de una cultura goda no llegaron a verse realizadas.

En resumen, el reinado fue excepcionalmente largo y feliz: treinta y seis años, de ellos treinta y tres de paz completa en Italia. Pero los últimos años mostraron síntomas precursores de dificultades que, tan pronto como desapareció el rey, asaltaron su obra. Teodorico vio en primer lugar cómo se preparaba una crisis de sucesión: él quería dejar Italia a su yerno Eutarico, y había obtenido el asentimiento del emperador Justino, pero Eutarico murió y sólo quedó un niño de 7 años, Atalarico, nieto del anciano rey. Luego registró el fracaso de su política de solidaridad bárbara: fueron eliminados sus amigos entre los burgundios y los vándalos. Por último, sobre todo, la colaboración con la aristocracia romana y la Iglesia católica se vio gravemente comprometida en 523-525: Boecio fue ejecutado (por traición en beneficio de Oriente) y el papa Juan fue acusado (por no haber sabido defender en Constantinopla la política religiosa del rey, que exigía la libertad para los arrianos en Oriente).

Teodorico murió en 30 de agosto de 526. La transmisión de poderes se efectuó sin problemas. Atalarico reinó bajo la regencia de su madre Amalasunta. Hasta 534 nada parecía haber cambiado, aunque España había recuperado su libertad. Pero el ambiente exterior evolucionaba peligrosamente; los burgundios eran eliminados por los francos, la reconquista bizantina comenzaba en África y el reino sólo tenía un aliado oficial, Justiniano. En 534 Atalarico murió, sin heredero. La regenta, para aferrarse al poder, se asoció a su primo Teodato; pero poco después éste se libró de ella en un oscuro drama que soliviantó la opinión. Justiniano estaba esperando la más mínima ocasión para intervenir; se erigió en vengador de Amalasunta y envió a Belisario a Italia. Los

primeros desembarcos se verificaron en julio de 536, en el Sur, y provocaron un sobresalto. Teodato fue depuesto, asesinado y remplazado por un buen general, Vitiges [29]. Pero el ejército, cuyo dispositivo estaba orientado al norte, no pudo impedir que Belisario entrara en Roma el 10 de diciembre de 536 y que multiplicara los gestos simbólicos de un retorno a la unidad imperial.

El Estado godorromano se desintegró; pero quedó un ejército godo que luchaba, con jefes electivos, contra otro ejército que, no por estar colocado bajo estandartes romanos, era menos bárbaro [30]. Los intereses de Italia y de la población civil fueron sacrificados fríamente por una y otra parte. La península sólo tenía la perspectiva de sustituir unos bárbaros saciados por una larga estancia con otros, mucho más rapaces. Además los imperiales casi siempre estuvieron en número tan insuficiente, que sólo pudieron realizar una operación a la vez. La guerra se arrastró interminablemente, salpicada durante veinticinco años de episodios atroces. En realidad, más que una liberación fue una destrucción de Italia.

Se comprende la actitud reservada de los romanos, que no se identificaron en absoluto con los soldados de Belisario. Sólo el Sur, donde no hubo muchos combates y donde las relaciones con Oriente eran estrechas, los acogió bastante bien. Por lo demás la actitud dominante fue la de una neutralidad desolada. Algunos romanos, poco numerosos, tomaron partido y causa por los godos. Los estamentos de Rávena fueron desanimados por la «rebarbarización» progresiva del ejército de Vitiges; Casiodoro, que permaneció en su puesto mientras hubo esperanza de solución negociada, se retiró cuando comprendió que se trataba de una guerra de exterminio. Los godos, desconfiados, tomaron rehenes en la clase senatorial, 300 jóvenes, que fueron ejecutados durante la catástrofe final de 552. Los supervivientes fueron apartados de los puestos de mando, en la parte reconquistada, por funcionarios enviados desde Constantinopla. Por último, muchos fueron atrozmente maltratados: en 546, Rusticiana, hija de Simaco y viuda de Boecio, fue reducida a la mendicidad. La aristocracia senatorial nunca se repuso de estos reveses, y su hundimiento significó un giro en la historia italiana, pues era esta clase activa, competente e ilustrada la que había mantenido la continuidad de la Italia romana a través de los regímenes sucesivos de los emperadores títeres y de los reyes bárbaros.

Abocados a la destrucción, los ostrogodos dieron muestras de una firmeza muy distinta de la de los vándalos ante Justiniano en 534, o incluso de la de los visigodos ante los árabes en 711. Durante casi toda una generación, resistieron con valentía. Cuando su primer jefe, Vitiges, desesperado por la situación de Italia, capituló en 540 —lo que permitió a Belisario entrar en Rávena— lo remplazaron por un tal

Ildibaldo, y luego por el sobrino de éste, Totila, que resistió once años con gran genio inventivo y quizás intentó trasladar la guerra al terreno social. Totila fue muerto en un combate en 552, y fue remplazado por Teyas, que pereció en una última batalla, al pie del Vesubio (1 de octubre de 552). Algunos destacamentos resistieron en algunas plazas hasta 555, y aún estalló un levantamiento en Brescia y Verona en 561.

Ante tal encarnizamiento, Justiniano decidió suprimir el pueblo ostrogodo. Cuando sus falsas victorias, había pensado en la clemencia. En 540 el ejército había sido simplemente devuelto a sus tierras. En 550 Justiniano aún enviaba a Italia dos jefes autorizados para la conciliación. Pero en 552, con el retorno de Narsés al mando, se terminaron las consideraciones: se enviaron a Italia incluso persas, y los lombardos del rey Alduino; todos los godos capturados fueron deportados a Oriente. Algunos adictos de primera hora salvaron su situación personal y subsistieron en pequeños grupos al pie de los Alpes; de otros se hace mención en los papiros de Rávena, como esclavos en la ciudad que había sido su metrópoli [31]. Pero como fuerza histórica los ostrogodos dejaron de existir. Les cupo el consuelo de arrastrar en su caída los últimos vestigios de la Antigüedad romana [32].

Los lombardos, inconscientemente, se encargaron, menos de veinte años después de la muerte de Teyas, de vengar a los ostrogodos; pero esto no devolvió la vida a Italia.

2. El desmembramiento occidental

Con la entrada en masa de los ostrogodos en el Imperio se termina la serie de migraciones surgidas en la Europa oriental ante la amenaza del avance huno. El Imperio disfruta en seguida por este lado de una relativa seguridad hasta mediados del siglo VI: el *limes* danubiano resistió hasta la migración ávaro-eslava. Pero el *limes* occidental, casi impermeable, salvo pequeñas irrupciones a lo largo del siglo IV, en los diez primeros años del siglo V se vio arrasado por una marejada que finalmente sumergió todo el Occidente. La mayoría de los pueblos que lo componían atravesó el *limes* por el Rin, después de la memorable rotura del 31 de diciembre de 406 [33]. Otros, bajo Radagaiso, habían intentado una vía más directa hacia Italia en 405, pero su suerte fue incomparablemente menos favorable: su tentativa fue abortada por Estilicón en Fiésole en agosto de 406, mientras que los miembros del primer grupo proseguían su expedición fructuosa hasta África [34].

Es inútil querer trazar una delimitación neta entre los desmembramientos oriental y occidental. En una y otra parte se hallan pueblos del mismo grupo; los golpes que asestan a las defensas romanas son

más o menos contemporáneos; sus empresas se complementan (sin Radagaiso, Alarico sería difícilmente explicable), y, desde 412, los dos desmembramientos se combinan en la Galia meridional. Es imposible ignorar que existía una relación entre ambos movimientos: las repercusiones del gran avance de los pueblos de la estepa se dejaron sentir incluso en la Germania occidental, puesto que los mismos alanos y hunos también terminaron por atravesar no ya el Danubio inferior, sino el Rin. Los contemporáneos, a pesar de su carencia de una visión general del mundo bárbaro, parecen tener neta conciencia de este encadenamiento, por lo menos en la medida en que se extendía desde la estepa póntica hasta Iliria [35].

Los beneficiarios de la irrupción de 406 no desempeñaron un papel comparable al de los godos ni al de los grandes pueblos de la segunda oleada. Muchos no llegaron a fundar Estados. Entre los que lo consiguieron, dos tuvieron una existencia efímera: los reinos españoles de los vándalos silingos y de los alanos. Sólo tres lograron mantenerse a flote, aunque su carrera no fue muy duradera: los reinos vándalo y burgundio, ambos muertos en 534, y el reino suevo, desaparecido en 585. Sólo el Estado burgundio consiguió realizar una síntesis bastante estable entre bárbaros y romanos. La historia vándala no es más que un curioso paréntesis en medio de la historia de África del Norte. En cuanto a los suevos, apenas tienen historia: en las fuentes se encuentra respecto a ellos casi un siglo de silencio total, de 469 a 558.

A. Los vándalos

La historia primitiva de los vándalos descansa en datos inseguros, mezclados con las tradiciones godas, lombardas o inglesas, y sobre algunos hechos onomásticos y arqueológicos. La mayor parte señalan hacia Escandinavia, a un territorio cercano al de los orígenes góticos. Los vándalos seguramente dejaron su nombre a la pequeña región de Vendsyssel (cuyos habitantes aún se denominan *Vendel-boer*), en la extremidad norte de Jutlandia, más allá del Limfjord [36]. Su lenguaje parece haber sido un dialecto óstico, parecido al gótico. Por último, la arqueología indica semejanzas entre el material hallado en Vendsyssel y en Silesia (primer habitat de los vándalos conocido a ciencia cierta), en vísperas de nuestra era. Por tanto es posible que los vándalos siguieran vías paralelas a la de los cimbrios y de los godos.

La historia establece contacto por vez primera con los vándalos en el siglo I de nuestra era, en la orilla sur del Báltico. El nombre de *vandali* o *vandili* designa entonces un vasto grupo de pueblos, entre los que Plinio cita los burgundios y los varinos; su habitat se sitúa hipotéticamente hacia Pomerania o Posnania. Luego este nombre se

vio limitado a dos tribus, los silingos (mencionados por Tolomeo en la Silesia actual) y los asdingos (citados en el siglo III por Dion Casio, sin duda entre el alto Vístula y el alto Dniéster) [37]. Desde el siglo III al V estas tribus llevaron existencias paralelas, pero separadas.

Los primeros conatos de movimiento hacia el Imperio se registran en 171 con los asdingos: intentan vanamente penetrar en la Dacia, arrastrados por la corriente que impulsaba a los godos hacia el mar Negro. A mediados del siglo III, los dos pueblos efectúan una rápida traslación hacia el sudoeste: se encuentra a los asdingos en la llanura panónica desde 248, y a los silingos a orillas del Main superior desde 277. En estos nuevos asentamientos se mantuvieron estables durante siglo y medio, hasta la aparición de los hunos; en contacto prolongado con el *limes*, el grupo oriental evolucionó bastante de prisa [38].

Poco antes de 400, los asdingos, empujados sin duda por los hunos, partieron hacia el oeste, remontando la orilla izquierda del Danubio; en el camino encontraron a los silingos, y entre las dos facciones se estableció cierta coordinación. Hacia 401 se hallan frente a Recia, y en 405 están a orillas del Rin, en medio de los pueblos que intentan atravesar el *limes*. El rey asdingo Godagisel fue vencido y muerto durante el combate que abrió la brecha, pero la masa de los dos pueblos, dirigida por su hijo, consiguió pasar a la Galia. Sin duda se lanzaron hacia el Mediterráneo; pero la amenaza de un doble contrataque romano, por fuerzas llegadas de Bretaña e Italia, los impulsó a buscar otro terreno de saqueo al sur de los Pirineos [39]. Durante todo este movimiento, formaron una banda común con una parte de los alanos y, sin duda, con los suevos.

Cuando la invadieron en otoño de 409, España estaba no solamente desarmada, sino dividida por una guerra civil. El desastre fue total; sólo fueron defendidas algunas ciudades. Los bárbaros se distribuyeron el país como un botín. Asdingos y silingos se quedaron con lotes separados, los primeros al noroeste de Galicia, los segundos en la rica Bética (411 o 412). La llegada de los visigodos a la Galia les imposibilitó cualquier veleidad de regresar; incluso cambió el estado de cosas, pues Valia fue encargado por Roma de poner orden en España, y actuó con gran brutalidad. El rey de los silingos fue hecho prisionero y enviado a Rávena; en 418 su pueblo fue aplastado hasta tal punto que dejó de llevar una existencia autónoma. Los asdingos, menguados, engrosaron sus filas con los restos de los alanos, también vencidos por Valia. Todo lo que quedaba de los vándalos se unió a los asdingos. Estos, descontentos de la ruda Galicia y de la proximidad de los suevos, se trasladaron a la Bética en 419-420, sin que el Imperio pudiera impedírselo.

No se sabe mucho qué fue el Estado vándalo en España [40]. Sin duda nunca rebasó el nivel muy elemental de un ejército acantonado en un

país enemigo. Pero a pesar de la ley que prohibía, bajo pena de muerte, iniciar a los bárbaros en la construcción naval, los vándalos tomaron contacto con el mar y se convirtieron en unos piratas temibles. Desde 426 atacan las Baleares y Mauritania, y en 428 toman la base naval de Cartagena. Durante veinte años, parece que sólo vivieron del saqueo; con un régimen como éste, España se agotó. Por ello, el rey Genserico (o Geiserico) maduró la idea —inconscientemente heredada de Alarico— de ir a explotar la única provincia aún intacta de Occidente, África, cuya defensa estaba paralizada por una guerra civil.

Era una empresa arriesgada y complicada. Se ignoran los detalles, salvo uno: la concentración de todos los expedicionarios —asdingos, silingos, alanos y algunos hispanorromanos— en Tarifa, en mayo de 429. Sin duda desembarcaron cerca de Tánger y siguieron una ruta terrestre por el desfiladero de Taza [41] El ejército llegó frente a Bona en mayo o junio de 430: en un año habían recorrido casi 2.000 km en un país ingrato. A pesar de este retraso, el conde de África no pudo oponer una barrera eficaz; se encerró en Bona, que resistió más de un año (San Agustín murió durante este sitio). Sin duda, algunas vanguardias ya habían llegado a la Proconsular.

Incapaces de rechazar a los vándalos, los romanos les propusieron un *foedus;* temiendo no poder tomar las demás plazas fuertes, Genserico lo aceptó (Bona, 11 de febrero de 435). El dominio concedido cubría sin duda el norte de Numidia, la Proconsular occidental (con Bona y Güelma) y la casi totalidad de la Mauritania sitifiana (las regiones situadas más al oeste quedaron, sin duda, fuera del acuerdo). Genserico no se contentó por mucho tiempo: el 19 de octubre de 439 se lanzó sobre Cartago, que ocupó casi sin combate. La ciudad fue concienzudamente saqueada y algunos de sus edificios incendiados o demolidos [42]. Entonces invadieron el resto útil del África, hasta Tripolitania. Luego Genserico amenazó con tomar Italia por la retaguardia, por el sur: los vándalos desembarcaron en Sicilia en 440. Para detenerlos, Valentiniano III les ofreció un nuevo *foedus* (442), que los estableció en la Proconsular, en Bizacena y en una parte de la Tripolitania y de la Numidia. Este fue el molde definitivo del Estado vándalo [43].

El grueso de los vándalos fue acantonado en la Proconsular, especialmente en torno a Cartago. Algunos pequeños grupos se establecieron en el norte de la Bizacena y en la costa de las Mauritanias, en Tipasa y Cherchell. En las principales comunidades se instalaron obispos arrianos. La lengua corrientemente utilizada desde el principio fue el latín (del vándalo no quedó nada, salvo algunos nombres propios). En la tercera generación, el rey Trasamundo manifestó cierto interés por la literatura latina, incluso teológica, y tuvo sus poetas oficiales, por lo demás muy mediocres.

Para asentar su ejército, Genserico se entregó a inmensas confiscaciones, en vez de adoptar, como los demás reyes bárbaros, el principio de un reparto. Una parte de las tierras confiscadas formó los lotes *(sortes)* de los vándalos, y el resto correspondió a la corona. Los vándalos se convirtieron en propietarios rurales, que vivían a costa de sus semejantes romanos, muy numerosos; nada indica que cultivaran con sus manos. Adoptaron las costumbres de aquellos a quienes ellos mismos habían despojado, incluidos los placeres de las termas y del circo. Los antiguos propietarios fueron exiliados a Italia o a Oriente; sus descendientes a veces consiguieron recuperar algo [44], pero el episodio creó un abismo de odio que el arrianismo hizo aún más sensible. Hasta el final, los reyes vándalos sólo pudieron basarse en la fuerza para asegurar su porvenir.

Las instituciones llevan la impronta de esta situación. El pueblo quedó dividido en grupos de mil hombres, como un ejército. En su testamento, Genserico dictó disposiciones para perpetuar la unidad de mando, a costa de la tradición del reparto familiar. El jefe de la administración tuvo el título, tomado del vocabulario militar, de *praepositus regni*. Ningún puesto importante fue confiado a romanos, y desaparecieron los cuadros provinciales. Para las necesidades esenciales, sobre todo la nueva distribución del impuesto territorial, que gravó únicamente a los romanos, bastaron algunos *notarii*. En resumen, un gobierno sumario, no trabado por tradiciones y que funcionaba sin ambages en el único beneficio de los vencedores [45].

Los vándalos de la primera generación africana seguramente sólo tuvieron una idea política: la expansión continua, la renovación del saqueo aplicado sin cesar a nuevas regiones. Fijados en África, quizás por la mera razón de que no se atrevieron a afrontar el desierto de Libia, se dedicaron a imponer privaciones al mundo mediterráneo. Es lo que se llama, con un término altisonante, la constitución del «Imperio vándalo» [46]. Genserico empleó toda su inteligencia en ello; una flota con base en Cartago le permitió, desde 440, introducirse en Sicilia (la verdadera conquista no se verificó hasta 468). La isla sirvió sobre todo como baza diplomática, por ser escala obligada de los convoyes anuales que transportaban a Roma el trigo de África; en 476, Odoacro la obtuvo contra un tributo; en 491, Teodorico la ocupó, pero hacia 500 devolvió el oeste a los vándalos (como dote de su hermana), y la isla quedó dividida hasta la victoria de Justiniano. Hacia 455, Genserico tomó Córcega y Cerdeña y sin duda también las Baleares; no obstante, sólo fueron utilizadas como colonias de explotación y deportación. Paralelamente, se efectuaban incursiones en las costas españolas, italianas y griegas, que culminaron con el saqueo de Roma en 455. Los vándalos no abandonaron esta actitud agresiva hasta la muerte de Genserico (477), tras

una generación de apacible disfrute de las riquezas de Cartago. En esta fecha, tras tres cuartos de siglo, parece detenerse la historia de su migración [47].

El término de la historia de los vándalos demuestra cuán precaria fue su obra: se hundieron como un castillo de naipes bajo los golpes de Justiniano. Belisario desembarcó el 30 de agosto de 533; el 15 de septiembre se encontraba en Cartago; le bastaron dos batallas para hacerse con toda el África útil; en marzo de 534, Gelimer, refugiado en el oeste, se rindió y fue transferido a Asia. Su pueblo lo siguió, como esclavos, deportados o incorporados forzosos al ejército bizantino. Algunos pequeños grupos se escondieron entre los moros, pero sucumbieron en una segunda batida en 539-540. Los vándalos enviados a Oriente se anegaron en el caos étnico de las tropas bizantinas opuestas a los persas. «La historia de los vándalos desemboca en la nada» (Courtois). África del Norte careció, pues, de la componente germánica: los acontecimientos de 534 contribuyeron, tanto como la conquista islámica, a orientarla en una dirección diferente del resto de Occidente. La principal huella que dejaron los vándalos fue negativa: el África romana perdió, durante este siglo de un régimen brutal, lo mejor de sus fuerzas espirituales y de su clase dirigente, así como parte de sus territorios periféricos.

B. Los suevos de España

El nombre de los suevos, como el de los vándalos, goza de un pasado ilustre, muy superior al lugar que ocupaba este pueblo en 406. Primero sirvió para designar todo un vasto subgrupo de los *herminones*, y al mismo tiempo a un núcleo más reducido, que hace su entrada en la historia hacia el año 72 antes de nuestra era, con Ariovisto. Entonces se hallaban a orillas del Rin medio. Más tarde se los vuelve a hallar, con este mismo nombre o con el de cuados, hacia la actual Moravia. Es bastante delicado hacer coincidir con estos datos el nombre de *Suebicum mare* que Tácito da al Báltico, y la mención *Suebi Nicretes* del Neckar. Sin duda, el pueblo suevo estaba dividido en muchas ramificaciones que llevaron a cabo políticas distintas frente a Roma. Durante la época de las invasiones se encuentran suevos, en segundo plano, por todas partes: en Suabia (a la que dejaron su nombre), en Véneto, en Flandes, en la Gran Bretaña y, por último, en España.

Sólo estos últimos tuvieron verdadera importancia. Se puede admitir que atravesaron el Rin en 406-407; en 409 penetraron en la península ibérica [48]. El reparto de 411 les atribuyó la parte meridional de Galicia, lote que aumentaron con la parte septentrional en 419, cuando partieron los asdingos. El embarque de estos últimos hacia África, y la retirada momentánea de los visigodos permitieron a un rey suevo,

Hermerico, constituir un verdadero Estado en torno a Braga (que le sirvió de capital) y Lugo. Los hispanorromanos intentaren aplastarlo por medio de Aecio, a quien, como legado, enviaron al obispo gallego Hidacio, nuestra única fuente; pero Aecio, demasiado ocupado con la Galia, no quiso intervenir, y las autoridades locales pactaron con sus molestos huéspedes una especie de *foedus* (se firmaron paces en 433, 437 y 438).

Los suevos no dejaron de proseguir su marcha a través del despoblado ibérico. En 439 tomaron Mérida, luego Sevilla (411) e incluso una parte de la Cartaginense. Parecía que toda España iba a caer en manos del rey Requiario, pero los suevos no tenían talla para ocuparla y gobernarla. Una expedición de castigo, organizada en nombre del emperador Avito, por el rey visigodo Teodorico, en 456, derribó tan endeble construcción. Requiario fue derrotado el 5 de octubre frente a Astorga, a orillas del Orbigo; dos semanas más tarde, los godos entraban en Braga y saqueaban la ciudad, sin distinguir entre suevos y romanos. Requiario fue hallado en la costa, cerca de Oporto, y ejecutado. La familia real se extinguió. Pero tan pronto los godos hubieron vuelto la espalda, los suevos recuperaron su independencia. Hacia 464 el rey Remismundo pudo obtener el reconocimiento oficial de la corte de Tolosa. Después de esto el reino —como la misma Galicia— desapareció de la historiografía durante casi un siglo.

Este Estado suevo seguramente fue inestable y brutal, incluso esclavista, como el de los vándalos [19]. De su historia interna sólo conocemos oscilaciones religiosas, reflejo de su debilidad exterior: el rey Réquila, muerto en 448, era pagano; su hijo Requiario (448-456) se hizo católico para complacer al Imperio y evitar la intervención de los godos; hacia 465 un obispo enviado de la Galia visigoda. Ajax, convirtió a los suevos al arrianismo. Hacia mediados del siglo VI el rey Charrarico probablemente se hizo católico por un momento para obtener la intercesión de San Martín de Tours y quizás una alianza franca: pero el arrianismo volvió a ganar ventaja. En seguida fue minado por la misión de otro Martín, Martín de Braga. Hacia 561 el rey Teodemiro se hizo católico. Era una provocación para el reino aún arriano de Toledo: Leovigildo atacó al rey suevo Miro en 576. En 585 el último rey, Andeca, fue capturado y su Estado anexionado, un año antes de la adhesión de los godos al catolicismo. Aún hubo dos revueltas suevas al año siguiente, y luego todo terminó: los suevos se fundieron entre los godos.

Los suevos dejaron en Galicia algunas pequeñas huellas onomásticas y arqueológicas, concentradas en la costa a uno y otro lado de Braga. Apenas unas palabras (cinco o seis) de su lengua pasaron al portugués; pero Galicia, sin duda, debe a su estancia una parte de su originalidad, especialmente en el dominio eclesiástico. De sus instituciones no se sabe

nada, salvo que acuñaron moneda de tipo imperial antes de 456. Aparte la obra de Martín de Braga —que debe poco al medio local [50]—, no hay cultura sueva en absoluto, y el arte gallego no es más que una rama del arte hispanogodo. Si los suevos de España no hubieran existido, la historia no habría cambiado en nada importante.

C. Los burgundios

Los burgundios (o más exactamente burgundiones) [51] aparecen en el siglo I en la región báltica, como un elemento del grupo de los *vindili;* luego se introducen en el interior, a orillas del Vístula medio. Pero su lengua y sus tradiciones permiten, sin duda, hacerlos oriundos de Escandinavia. Su dialecto óstico era parecido al gótico y sus tradiciones, tardíamente recogidas, conducen a la «isla llamada *Escandinavia*» [52]. De hecho, muchos territorios escandinavos llevan nombres análogos al suyo: la región de Borgund, a orillas del Sognefjord, en Noruega, y sobre todo la isla báltica de Bornholm (*Borgundarholm* en el siglo XIII).

Los burgundios comenzaron a trasladarse desde su habitat polaco hacia el oeste durante el siglo III. Después del 260 se hallan junto a los alamanes en sus tentativas para abrir brechas en el *limes* de los Campos Decumates, pero no consiguen establecerse en territorio romano. Su territorio, que se extiende del Rhön a la Suabia central, se estabiliza hasta tal punto que en 359 se describen los hitos fronterizos entre romanos y burgundios [53]. Durante 140 años su contacto con el Imperio permite el desarrollo de cierta actividad económica. A pesar suyo, sin duda, fueron impulsados hacia el oeste por las agitaciones premonitorias de la irrupción de 406, que los condujo al oeste del Rin, a la Germania II, es decir aguas abajo de Coblenza [54].

Desde 411, estos burgundios pasaron al servicio de un partido romano, el del usurpador Jovino; en 413 firmaron un *foedus* con el emperador legítimo y obtuvieron «la parte de la Galia más próxima al Rin». Este reino renano duró treinta años poco más o menos. Sus veleidades de expansión en Bélgica le valieron la hostilidad de Aecio: en 436 éste desencadenó contra ellos a sus amigos los hunos. El rey Gondicario fue muerto, la casa real aniquilada, y los burgundios obligados a migrar. Todo el pueblo partió hacia el sur [55].

No obstante, Aecio no quería destruir a los burgundios, pues podían proporcionar buenos soldados; le bastó con apartarlos de la Galia del Norte. Por tanto los estableció en la Galia oriental, frente a otros germanos más amenazantes, los alamanes, sus enemigos tradicionales. En 443, los burgundios se beneficiaron de un nuevo *foedus* que los estableció en *Sapaudia*, es decir, sin duda, en la Suiza romanche y el sur del Jura francés, alrededor de Ginebra [56]. Se comportaron como fede-

rados modelos, dispuestos a todas las necesidades del servicio de Roma, contra Atila en 451 o contra los suevos de España en 456. En 457, de vuelta de España, se pagaron ellos mismos con terrenos, tomando una buena parte de la Lyonense I y de la Viennense. Mayoriano acudió para contenerlos y los hizo retroceder, pero cuando éste partió, volvieron con refuerzos, ocuparon Lyón [57], y luego se extendieron por la región del Ródano, hacia el sur (Die, hacia 463; Vaison, antes de 474) y hacia el norte (Langres, antes de 485). Hacia 495, su reino se extendía desde la Champaña meridional hasta el Durance y los Alpes Marítimos.

Fue un Estado bicéfalo (el rey tenía sede en Lyón, su heredero en Ginebra) y binacional, pues los romanos tuvieron en él un lugar casi igual al de los burgundios. La toma de posesión de las regiones del Ródano se había efectuado poco a poco y muy pacíficamente; la tradición pretendía que en el siglo VII los burgundios habían llegado «llamados por los romanos y por los galos». La aristocracia había visto en este pueblo, fiel a los principios, aunque no siempre a la letra, del *foedus*, un mal menor, casi una garantía. Todos los reyes burgundios de los que conocemos algo más que el nombre se mostraron dignos de esta confianza. Chilperico I, el fundador del reino de Lyón, aunque era arriano contrajo matrimonio con una católica; protegió a los monjes del Jura y fue amigo de Paciente, obispo de Lyón. Gundebaldo, su sobrino (hacia 480-516), era casi un romano, oficial superior del ejército de Italia, fiel segundo, y luego sucesor, del patricio Ricimero, el fabricante de emperadores. Él mismo había creado dos emperadores, Olibrio (472) y Glicerio (473), y sin duda no ambicionaba más título que el de patricio, obtenido del primero de estos fantoches; pero la llegada de Nepote (474) lo había obligado a volver a su pueblo [58]. Gregorio de Tours, que no sentía muchas simpatías por los arrianos, le hace honor con una legislación que protege a los romanos [59] y san Avito, jefe moral del episcopado católico de su reino, mantuvo con él relaciones cordiales, hasta la conversión de Clodoveo. La ley de los burgundios (ley Gombeta) es una de las leyes bárbaras más romanas, y proclama explícitamente la identidad de condición entre romanos y burgundios; incluso les concede *wergeld*, les abre el servicio militar y autoriza matrimonios mixtos. El burgundio sólo conserva una preeminencia honorífica.

El poblamiento se efectuó según las normas de la hospitalidad, impuesta por el *foedus* de 443 en el antiguo reino de Ginebra y adoptada por el nuevo reino rodaniano en 456, de acuerdo con los senadores romanos. Los territorios burgundios, señalados sobre todo por topónimos en *-ingos* (fr. *-ans, -ens*), se concentran en la Suiza romanche, el Jura y la llanura del Saona; son más escasos en Saboya y en Borgoña, y casi inexistentes al sur del Isère. Los hallazgos arqueológicos de facies burgundia (antes de 534) presentan una distribución más o menos parecida.

La lengua debió de perdurar hasta el siglo VII [60], y el asentamiento nacional fue intenso hasta el siglo IX. La ley burgundia fue una de las últimas que desapareció ante el derecho franco.

El germanismo del Estado burgundio plantea complejos problemas. Los antropólogos han establecido —en una de sus contribuciones más notables a la historia de las invasiones— que se había producido «contaminación cultural y racial de los burgundios por los hunos» [61], tal como indica la costumbre de las deformaciones craneanas. Se ha conjeturado que el nombre del rey *Gundioco*, hermano y predecesor de Hilperico, debía su segundo término a influencia huna. En diversas ocasiones los alamanes se establecieron en la llanura suiza y el Jura septentrional. Un apéndice a la ley Gombeta (XXXI, 2), de 524 (?), habla de unos refugiados burgundios, quizás expulsados del sur por la conquista goda de 523, y prescribe acoger todos los elementos asimilables, visigodos e incluso esclavos fugitivos. Una inscripción de 527 (Saint-Offange, cerca de Evian) subraya los daños causados por los saqueos francos. Seguramente, en este momento crítico, el pueblo se creyó amenazado de extinción. Hasta la época merovingia no se alcanzó un verdadero equilibrio.

Las instituciones burgundias son un buen ejemplo de dualismo. El rey tiene un título doble: para los romanos, *vir inluster, magister militum* o *Galliae patricius*, y para los germanos, *dominus noster rex*. El respeto de los derechos preeminentes de los emperadores aparece constantemente en los textos oficiales y los actos de la práctica (uso de las fechas consulares). Aunque el ejército está organizado para las incursiones y el saqueo [62], la administración cuenta con cuadros calcados de los del palacio de Rávena y es dirigida por senadores: Siagrio bajo Chilperico, Laconio bajo Gundebaldo, Pantagato y san Avito bajo Segismundo. Por último, cada *pagus* recibe su conde burgundio, que juzga a los germanos, junto al conde romano, que juzga a los antiguos habitantes [63].

A pesar de esta armonía interior, el Estado burgundio no era muy viable. Colocado en una región de importancia estratégica y económica considerable, tenía una base étnica demasiado estrecha para rechazar a sus competidores francos y godos. La situación se hizo insostenible cuando la familia real se dividió y los francos pudieron testimoniar su catolicismo ante los romanos.

Clodoveo, aprovechándose del conflicto entre Gundebaldo y su hermano Godegiselo, penetró, en 500, hasta Vienne. La conversión de Segismundo, hijo de Gundebaldo, al catolicismo, provocó la intervención de los godos en sentido inverso, en medio de atroces discordias: las regiones situadas al sur del Drôme, quizás incluso del Isère, se perdieron en 523. Los francos se aprovecharon de ello: Clodomiro capturó a Segismundo y lo hizo asesinar. Godomaro, hermano de Segismundo, ciñó la corona, batió a los francos en Vézeronce (junio de 524) y se mantuvo con dificultades hasta 533-534, época en que desapareció en circunstancias poco claras. Los merovingios ocuparon todo el reino, pero

respetaron las instituciones y la nacionalidad burgundias en el seno de una especie de unión personal. Hasta el siglo XI algunos individuos se acogieron al derecho burgundio, pero la conversión al catolicismo, realizada bastante antes de 533, había facilitado la asimilación. La herencia burgundia se expansionó en el cuadro de la Galia merovingia.

NOTAS DEL CAPÍTULO II

1. Por lo demás confunden a los hunos auxiliares de Aecio con los soldados de Atila.
2. Orleans estaba defendida por el rey alano Sangibano. ¿Fue realmente asediada (según el tradicional y famoso relato de Sidonio Apolinar y de la vida de san Aignán)? Recientemente se ha dudado de ello, sin aducir razones decisivas (Stragó, *Galla Placidia* [n.° 76], pág. 359 y n. 4).
3. Casi no se sabe nada de la migración de los alanos del este al oeste entre 375 y 406. Algunos historiadores incluso la han puesto en duda (Courtois, *Vandales* [n.° 233], págs. 40-41). No obstante, la oposición de los alanos contra los hunos, que desempeñó un importante papel en los acontecimientos de 451 en la Galia, se explica mejor si los alanos de Orleans eran descendientes de los vencidos de 375.
4. También se les atribuye, con menos certidumbre, algunos hallazgos arqueológicos (bronces de Vendômois, etc.).
5. Jordanes, *Getica*, IV, 25, y XVII, 94.
6. El nombre de Escandza es idéntico al de Escania (y, por tanto, al de Escandinavia), y los ulmerugios parecen ser los «rugios de las islas», sin duda de las existentes en la desembocadura del Oder.
7. Si la mayor parte de historiadores se pronuncian en favor de Götalandia es, sobre todo, porque su considerable superficie resulta idónea como patria de un gran pueblo. Los dialectos de las dos regiones (nórdicos) no tienen nada que ver con el gótico (tipo del óstico).
8. Véase ante todo Oxenstierna, *Urheimat* [n.° 166].
9. Estos nombres han hecho correr mucha tinta. Aparecen, bajo una forma corrompida, en la *Historia Augusta*, a propósito de los acontecimientos de 269. En general se admite que *tervingi* designa las «gentes del bosque» (¿taiga rusa o bosques de los Cárpatos?), y *Greutungi* las «gentes de la playa». La segunda pareja, *ostrogoti* y *vesi* (más tarde *visigoti*), al principio se interpretó como «godos del Este» y «del Oeste»: esta interpretación, que desde hace una generación tenía pocos adeptos (se proponía «godos brillantes» y «godos sabios»), vuelve a ganar terreno, puesto que se apoya en Jordanes.
10. El único efecto duradero de esta fase marítima fue instalar entre los godos un grupo importante de cautivos capadocios, que fueron los mediadores entre la cultura griega y el mundo germánico. Ulfila surgió de este grupo.
11. Por lo menos éste es el relato del único testigo fidedigno, Amiano Marcelino. Jordanes expone las cosas de otro modo, y muestra a los godos sometiéndose a los hunos. Junto a los detalles inventados, esta tradición contiene una parte de verdad: un grupo de godos permaneció en Ucrania bajo soberanía huna. Sobre el grupo que se refugió en las montañas de Crimea, v. pág. 213.
12. Se les atribuye la construcción del *vallum* de Moldavia, desde el Seret al Danubio, destinado a separar los asentamientos góticos de la Alta Moldavia

de las estepas del Sur dejado a los hunos: Radu VULPE, *Le vallum de la Moldavie inférieure et le mur d'Athanaric*, La Haya, 1957.

13. Durante esta estancia en los Balcanes la política romana intentó dividir a los godos, suscitando una facción prorromana, con Fravitas y sobre todo con Gainas. Algunos oficiales godos obtuvieron puestos brillantes. Pero la mayoría del pueblo continuó siendo hostil. Durante toda su carrera, Alarico seguramente vaciló entre dos tendencias: forjarse una posición personal en el Imperio o proporcionar a su pueblo un establecimiento definitivo. Casi seguro que fue durante estos años balcánicos cuando terminó la conversión de los visigodos al arrianismo. Todo esto ha sido muy bien demostrado por E. A. THOMPSON, *The Visigoths from Fritigern to Euric* [n.° 172].
14. Atalo fue depuesto antes del saqueo de Roma, pero continuó siendo un fiel consejero de los visigodos, a quienes se adhirió tanto que incluso, aunque pagano, se hizo administrar el bautismo arriano.
15. Véase pág. 171; los documentos han sido reunidos y comentados por COURCELLE, *Hist. littéraire* [n.° 106], págs. 35-55; cf. también André PIGANIOL, *Le sac de Rome*, París, 1964.
16. Sobre las ideas políticas de Ataúlfo, véase pág. 174.
17. Aunque su capital oscilara durante mucho tiempo entre Burdeos y Tolosa (a veces Arlés, durante el reinado de Eurico).

    Las bases del *foedus* de 418 no las conocemos. ¿Por qué Constancio llamó a los godos de España a la Galia? ¿Y qué provincias les dio? Pero hay dos hechos seguros: la concesión se verificó según el régimen de la hospitalidad; devolvió a Roma la Narbonense I, puente entre la Galia que había continuado siendo romana y España.
18. Es una de las ideas más interesantes de R. de ABADAL, *Del reino de Tolosa al reino de Toledo* [n.° 182], págs. 61 y sigs.
19. Sobre la unificación del derecho, véase págs. 196-197.
20. Adhesión abusiva, al parecer de algunos autores españoles modernos, que quieren negar la «hispanidad» de la historia visigoda. A nuestro entender esta opinión es errónea. La crónica de Albelda muestra a Alfonso II (791-842) concediendo a Oviedo *omnem Gotorum ordinem sicut Toleto fuerat*.
21. Los rugios tenían que vengar la derrota que Odoacro acababa de infligirles cerca de Viena, a finales de 487. Conservaron cierta autonomía en el seno del ejército godo, incluso después de la conquista de Italia. No contraían matrimonio como los godos y tenían administradores particulares. En 541, en el momento de la ruina del Estado godo, eligieron un soberano propio, Erarico, que reinó 5 meses. Esto no les impidió desaparecer en la misma catástrofe que los ostrogodos.
22. Las peripecias de esta campaña no interesan mucho; tan pronto Teodorico bloquea a Odoacro encerrado en Rávena, como es bloqueado por éste en Pavía. Odoacro intenta vanamente despertar el patriotismo romano restableciendo la dignidad imperial (en beneficio de su hijo Thela). Todo termina con un terrible bloqueo de Rávena, gracias a una flota de Teodorico con base en Rímini. Odoacro capitula el 25 de febrero de 493, sobre la base de una corregencia de Italia, que ejercerían él y Teodorico. Pero cuando Teodorico entra en la capital de Occidente, el 5 de marzo organiza el asesinato de Odoacro, de su familia y de sus lugartenientes, introducción bastante atroz a un reinado que, a fin de cuentas, será razonable y humano. Fue la última concesión de Teodorico a una política puramente bárbara.
23. Rey a secas *(Flavius Theodericus rex)* como Odoacro, y no rey de los godos, pues el ejército es plurinacional. Es un rasgo que hay que subrayar. En Italia, todos los germanos libres, los *capillati*, son iguales.

24. CASIODORO, *Variae* [n.º 30], III, 43 (ed. Mommsen, pág. 100).
25. Se discute la naturaleza de los poderes ejercidos por Teodorico en Italia en nombre de Zenón La solución más probable es la de E. STEIN, *Histoire du Bas-Empire* [n.º 77], t. II, pág. 40, n. 1: Teodorico habría sido *magister militum per Italiam*, por tanto teóricamente colega del rey burgundio Gundebaldo, jefe del ejército de las Galias; pero interpretó sus funciones como una delegación general de los derechos del emperador. La inscripción de Terracina está dosificada muy sabiamente: *Augustus* está, pero no *Caesar, triumphator*, ni tampoco *imperator* (FIEBIGER-SCHMIDT, *Inschriftensammlung* [n.º 3], n. 193). El rey se arriesgó a acuñar una moneda de oro (monopolio imperial), en la que figura con el vestido imperial, pero tan discretamente que sólo disponemos de un ejemplar. En su corte conserva elementos del protocolo imperial, por ejemplo la adoración de la púrpura (CASIODORO, *Variae*, XI, XX y XXXI).
26. JORDANES, *Getica* [n.º 32], c. 308.
27. STEIN, *Histoire du Bas-Empire* [n.º 77], t. II, págs. 127-128.
28. El ejército fue acantonado, bajo el régimen de la hospitalidad, por el prefecto Liberio, en el mismo lugar donde se habían agrupado las tropas de Odoacro: primero en la llanura del Po y alrededor de Rávena, y también en Toscana, Picenum y Samnio, más algunas guarniciones aisladas en Campania y Dalmacia. A causa del estrato lombardo sobreañadido, la aportación toponímica de los godos es difícil de discernir; consiste especialmente en una parte de los nombres en *-engo* de la Lombardía actual (por ejemplo: Gottolengo, Marengo, Offanengo). La aportación lingüística seguramente es pequeña: Gamillscheg la evalúa (por exceso) en 70 palabras, sobre todo términos de la vida práctica. El mantenimiento de estas colonias planteó pocos problemas, pues los godos habitaban en la Italia anonaria, organizada a comienzos del siglo IV con vistas a la producción en masa de cereales y vino.

    En las dependencias de Italia Teodorico aplicó, de una forma simplificada, el mismo régimen. Se trataba de la Recia (cuya zona Norte no es más que un protectorado), la Iliria del Norte, la Dalmacia y una pequeña parte de la Panonia (donde el rey estaba representado por un mestizo de huno y gépido, Mundo). Las islas italianas, salvo el este de Sicilia, fueron dejadas a los vándalos. Después de Vouillé, Teodorico se adueñó de la Provenza, sin anexionarsela formalmente, e instaló allí un embrión de gobierno autónomo, bajo un prefecto con sede en Arlés.
29. El cual quiso propiciarse a los Amalos contrayendo matrimonio con la hermana de Atalarico en contra de la voluntad de ésta.
30. Véase John L. TEALL, The barbarians in Justinian's Army, *Speculum*, XL, 1965, págs. 294-322.
31. Sobre los últimos ostrogodos, el trabajo clásico de SCHMIDT, *Die letzten Ostgoten* [n.º 212], debe ser completado con los datos papirológicos bien resumidos por Fulvio CROSARA, Dal V al VIII secolo, sulla traccia dei papiri giuridici d'Italia, *Annali di Storia del Diritto*, III-IV, 1959-60, págs. 349-390, especialmente páginas 372-381.
32. La suerte de las dos capitales puede considerarse simbólica. Milán, que en 538 se había declarado en favor de los imperiales, fue destruida en 539 por Vitiges y desapareció durante cuatro siglos, en beneficio de Pavía. Roma estuvo asediada por vez primera en 537, durante un año. Para reducir a Belisario, encerrado en la ciudad, Vitiges cortó 14 acueductos, que nunca más fueron restaurados, y Belisario, para sobrevivir, expulsó las «bocas inútiles», que no regresaron jamás. Un segundo sitio, dirigido por Totila, duró dos años, de 544 a 546, y se saldó con un desmantelamiento parcial y la miseria del Trastévere. Un tercer asedio duró desde la primavera de 547 hasta enero de 550: en conjunto, casi seis años

de bloqueo en un lapso de trece. Roma no pereció a causa de su función religiosa. Solamente Rávena sobrevivió relativamente intacta.

33. La fecha ha sido discutida: ¿406 o 405? Nos atenemos a las conclusiones de COURTOIS, *Vandales* [n.° 233], pág. 38, n. 3.
34. La expedición llamada de Radagaiso es poco conocida. Se trata de una masa mixta que entró en Italia por el Nordeste y llegó hasta la Toscana. Una sola batalla bastó para aniquilarla. El ejército «romano» tenía en Fiésole una composición étnica parecida a la del invasor: dirigido por un jefe de sangre vándala, Estilicón, y un visigodo, Saro, reunía sobre todo a alanos y hunos.
35. Véase el texto de San Ambrosio, *Expositio in Lucam*, X, 10, y su comentario por COURTOIS [n.° 233], pág. 40.
36. Por lo demás, el mismo radical también se encuentra en Escandinavia.
37. Los silingos dejaron su nombre a Silesia; el nombre de asdingos seguramente sólo designó a la familia real.
38. No es seguro que su arrianismo date de esta época; su conversión sin duda no se verificó hasta que se trasladaron a España.
39. Es imposible reconstruir el itinerario de los vándalos en la Galia, dado que su reputación era tan mala que se les cargó en cuenta desastres con los que no tenían nada que ver.
40. El paralelismo tradicional entre el nombre de los vándalos y el de Andalucía es infundado.
41. Es la hipótesis de LE GALL, *L'itinéraire de Genséric* [n.° 239], secundada por COURTOIS, *Vandales* [n.° 233].
42. Courtois ha considerado falsa esta aserción de Víctor de Vita. La arqueología lo ha desmentido (sobre las termas de Cartago, cf. [n.° 434]).
43. Por lo tanto Roma conservó teóricamente las tres Mauritanias, el oeste de la Numidia y el este de la Tripolitania. Eran las regiones más pobres, las de los rebrotes bereberes más acentuados: el Imperio no estuvo en posesión de ellas mucho tiempo. No se conoce ninguna huella de su intervención en África latina después de 455. Una gran parte del Oeste cayó en poder de las tribus bereberes; algunas ciudades costeras, como Tipasa, tuvieron, en fecha desconocida, una guarnición vándala, e incluso Orán, y quizás Tánger, recibieron influencias vándalas, directas o no. El Estado vándalo propiamente dicho apenas rebasó, hacia el oeste, el meridiano de Constantina.
44. Cf. *Vie de Fulgence de Ruspe*, ed. Lapeyre, pág. 11.
45. Este cuadro, basado en documentos lacónicos y hostiles, es incompleto y sin duda parcial; las fuentes no autorizan ningún otro. El único documento de la práctica, las famosas *Tablillas Albertini*, muestra que el pueblo común conservó instituciones puramente romanas [n.° 13]. Pese a su brutalidad, los vándalos guardaron cierto respeto a las prerrogativas imperiales (acuñación de oro, tributos); los actos reales, no obstante, fueron fechados según los años de reinado.
46. Sobre los debates que suscita su interpretación, cf. págs. 210-211.
47. En seguida se observa, sólo con fijarse en el desfile de reyes, que la romanización realizó grandes progresos. Pero el abismo religioso impidió que estos progresos dieran sus frutos: sólo consiguieron debilitar la fuerza vándala. Hunerico (477-484) había sido rehén en Constantinopla, había contraído matrimonio —por la fuerza— con la hija de Valentiniano III, y quiso vanamente imponer una sucesión hereditaria a la romana. Casi no se sabe prácticamente nada de Guntamundo (484-496). Trasamundo (496-523), salvando las proporciones, fue el Teodorico de los vándalos: no sólo contrajo matrimonio con la hermana del rey godo, sino que, como él, comprendió que una minoría germánica únicamente

podía sobrevivir adaptándose al medio romano; se aficionó a la poesía y las construcciones y se interesó por la teología, pero, a diferencia de su cuñado, no consiguió encontrar eco en la única clase que le podía proporcionar dirigentes: la aristocracia senatorial. Hilderico (523-530) fue, por la sangre y las costumbres, más que medio romano, pero en lo demás fue un incapaz total. Gelimer (530-533) pasó sin dejar huella.

48. Véase pág. 214, donde se estudia su itinerario.
49. La amplitud de los daños causados a las ciudades del noroeste de España está confirmada por los textos y por la arqueología; se sabe por lo menos de tres ciudades romanas y de dos poblados indígenas que jamás resurgieron. Cf. J. M. LACARRA, Panorama de la historia urbana en la península ibérica desde el siglo v al x, *Settimane...*, VI, 1958, pág. 328.
50. Cf. *Martini episcopi Bracarensis opera omnia*, ed. Barlow, Newhaven, 1950. Martín poseía una profunda cultura griega, a causa de una larga estancia en Palestina.
51. La historiografía francesa (salvo COVILLE, *Recherches sur l'histoire de Lyon* [n.° 224]), prefiere la forma «burgundios», poco avalada por los textos (4 o 5 ejemplos), mientras que el pueblo se denomina corrientemente *burgundiones;* para la alternativa, cf. *Goti/Gutones* y *Frisii/Frisones*.
52. *Passio s. Sigismundi, MGH, SS. Rer. Merov.*, II, 333. Sin duda este texto experimentó una fuerte influencia de Jordanes
53. Amiano MARCELINO, XXIV, 2, 15.
54. Una tradición historiográfica tenaz quiere corregir este dato, debido a un fragmento de Olimpiodoro, y situar el reino en la Germania I alrededor de Worms, basándose en la única autoridad del *Nibelungenlied* (donde Worms es la capital del rey Gunther). Actualmente se deja sentir una sana reacción; hay que abandonar el clisé del «reino de Worms» y hablar sólo de un «reino renano de los burgundios». Véase un resumen del debate en ALTHEIM, *Geschichte der Hunnen* [n.° 509], IV, págs. 193 y sigs.
55. Esta catástrofe tuvo una gran resonancia épica, como demuestra el *Waltharius* en el siglo IX, y luego el *Nibelungenlied*, que la mezcla —erróneamente— con Atila. Gondicario se hizo famoso en todo el mundo germánico, tanto en el *Widsith* anglosajón (Gudhhere) como en el Edda (Gunnarr).

    A la estancia de los burgundios en Renania se asocia la cuestión, mal aclarada, de su conversión. Orosio afirma que se hicieron católicos en 417; pero la mayor parte de los autores creen que pasaron directamente del paganismo al arrianismo en una fecha insegura entre 413 y 436. Sólo COVILLE, *Recherches* [n.° 224], págs. 139-152, se adhiere al texto de OROSIO, *Hist. adv. pag.* [n.° 17], VII, XXXII, 13. Es singular que los apóstoles de los burgundios en el siglo VI no citen este episodio católico.
56. Tal es la interpretación, bastante convincente, de este nombre muy discutido, dada por DUPARC, *La Sapaudia* [n.° 225]. En todo caso, no era exactamente la Saboya actual.
57. Fecha incierta: ¿461 (Coville), o sólo hacia 470-474?
58. Recobró sus ambiciones italianas por un momento en 490, cuando fue a ayudar a Odoacro contra Teodorico.
59. *Hist. Franc.*, II, XXIV. Gregorio era descendiente de un obispo de Langres, antiguo súbdito de Gundebaldo.
60. Los textos rúnicos de Arguel (Doubs) y de Charnay (Saône-et-Loire), son los únicos que ha proporcionado el suelo de la Galia.
61. Marc SAUTER, Quelques contributions de l'anthropologie à la connaissance du haut Moyen Age, *Mélanges P. E. Martin*, Ginebra, 1961, págs. 1-18; *Caractères dentaires* [n.° 231].

2. Gregorio de Tours da un buen ejemplo de ello en tiempos de Gundebaldo, *Liber de virtutibus s. Juliani, MGH, SS. rer. Merov.*, I, 2, págs. 567-568.
3. El Estado burgundio es uno de los que se acomodaron mejor a la vida urbana, como ha demostrado la arqueología en Ginebra (cf. págs. 186-187). Los textos confirman la supervivencia de las curias, de los *defensores* y de los *gesta municipalia* (cf. págs. 187-188). La cultura del reino de Lyón (no se sabe nada del período ginebrino) fue honorable y completamente latina. Gundebaldo escribió a Teodorico para hacerse mandar una clepsidra y un reloj de sol, y parece que tuvo un poeta oficial, un tal Heracliano. Avito de Vienne, influyente en la corte, fue, a imagen de su pariente Sidonio Apolinar, un perfecto letrado. A comienzos del siglo VI aún funcionaban en Lyón escuelas de retórica; en Vienne también, sin duda. Por último, la epigrafía latina conservaba una actividad real.

Capítulo III

Las invasiones terrestres: La segunda y tercera oleadas (siglos V-VII)

1. La segunda oleada de invasiones (siglos V-VI)

Detrás de la primera oleada de invasiones, que había barrido Europa de parte a parte, avanzaba un grupo de pueblos más oscuros, constituidos más tardíamente, menos aventureros. Avanzaron constantemente, pero paso a paso, procurando no perder contacto con sus bases situadas más allá del *limes*. En su historia no se encuentra ninguna incursión espectacular, muy pocas batallas y no muchos más saqueos resonantes de las metrópolis del mundo romano. Por otra parte, este grupo era mucho más homogéneo que los que lo precedieron y siguieron; eran solamente germanos, de lengua wéstica y procedentes de regiones vecinas. Quizás eran más numerosos; en todo caso, en vez de bandas de actuaciones fugaces, se registran sobre todo masas de colonos rurales que en vastas regiones consiguieron ocupar el terreno durante bastante tiempo. Aunque la primera oleada había sido desastrosa para Roma, de hecho no había conquistado ninguna región de Occidente para las lenguas germánicas. La segunda hizo que la frontera lingüística efectuara desplazamientos apreciables. A los Estados brillantes, pero efímeros, nacidos de la primera oleada, se oponen la monarquía franca y su duración más que milenaria, el sólido arraigo de las poblaciones alamánicas y bávaras en torno al Rin y el Danubio superiores.

A causa de su lentitud y del carácter a menudo local que presentó el avance, es difícil delimitar esta oleada con fechas precisas. En lo que respecta a los francos, el elemento dirigente, su avance no comenzó a atraer la atención de los contemporáneos hasta 440, y se puede considerar que 534, fecha de la sumisión de la Borgoña, fue el término de su migración. En cuanto al avance alamánico y bávaro, la ausencia de textos impide establecer jalones, incluso aproximados; digamos solamente que fue un poco más tardío y se prolongó por más tiempo, al menos hasta comienzos del siglo VII. En la región alpina, incluso cabe

afirmar que de hecho nunca se detuvo por completo a lo largo de toda la Edad Media; pero no conservó el carácter de una conquista política.

A. Los francos

Los francos son uno de los pueblos germánicos que aparecen más tarde y uno de los que presenta orígenes más oscuros; no obstante sería uno de los principales beneficiarios de las migraciones, el único cuya obra, proseguida a través de toda la Alta Edad Media, ejercería una influencia profunda y duradera en la historia de Occidente [1].

El nombre mismo de francos aparece por vez primera en una canción de marcha del ejército romano, transcrita por la *Historia Augusta* —fuente mediocre— a propósito de unos acontecimientos de 241, y luego, de forma más segura, en los relatos de la gran invasión que irrumpió en la Galia bajo Galiano, sin duda en 257; seguramente una banda franca incluso llegó a España. Poco después, en tiempos de Probo (276-282), un relato bastante extraordinario habla de una partida de francos, llegada no se sabe cómo hasta el mar Negro, y que regresa a su patria por Gibraltar. Finalmente, hacia 286, Carausio tenía a su cargo la defensa de los accesos del Paso de Calais contra los piratas sajones y francos. Es decir, los primeros francos aparecen como un pueblo peligroso a la vez en tierra y en el mar, sin duda localizado en algún punto del curso medio o inferior del Rin.

¿De dónde provenían? Su nombre informa poco: parece ser un derivado de una raíz que significa «valiente, intrépido» (cf. v. nor. *frekkr*) [2]. Su lengua —base de los dialectos alemanes del Noroeste y del holandés— también es poco indicativa. Desde el siglo XVII, aunque no exista ningún texto antiguo en este sentido, la mayor parte de los historiadores han admitido que los francos habían surgido de la agrupación de diversas poblaciones anteriormente conocidas a orillas del Rin inferior. Entre las componentes probables de esta síntesis, hay que citar a los camavos, los brúcteros, los amsivarios, los catuarios, los catos, sin duda los sicambrios, y con menor probabilidad los tencteros, los usipetos y los tubantes, y de hecho también algunos bátavos.

Estos antepasados de los francos son pequeños pueblos de oscuro destino; en su mayor parte, apenas son citados entre finales del siglo I de nuestra era y mediados e incluso finales del siglo III, a veces hasta en el siglo IV. A diferencia de otros grandes pueblos que desaparecieron en seguida (cuados, marcomanos, etc.), no tuvieron que agotarse en ataques continuos contra el *limes;* en cierto modo reservaron sus fuerzas. La mayor parte habitaron, durante un período prolongado, junto al mismo territorio romano, cerca de las plazas de comercio, como Colonia o Xantén; es imposible que de ello no recibieran una profunda influen-

cia. De todos los germanos, seguramente debían de ser los más bien dispuestos a comprender la civilización romana.

Se ignoran los factores que, en el siglo III, condujeron a la fusión de estos pueblos. Quizás fue el deseo de resistir mejor a la vez a los romanos y a los avances que provenían del interior de Germania, como el de los alamanes. En todo caso, esta fusión fue bastante superficial. Sin contar los camavos, los brúcteros y los hessenses, que hasta el final formaron grupo aparte, entre los francos hubo siempre muchos subgrupos relativamente autónomos.

El pueblo primeramente citado, y el más importante, es el de los salios, que aparece inicialmente en un discurso de Juliano a los atenienses, junto a los camavos; su nombre figura luego en la denominación de diversos cuerpos auxiliares en la *Notitia dignitatum*. Se cree que fueron la vanguardia del avance franco en Bélgica. Pero en la época merovingia su nombre no es más que un término jurídico; no aparecen en las fuentes literarias o diplomáticas, pero tienen su ley, la *Lex Salica*, que se aplica en principio a todos los francos situados entre el «Bosque Carbonero» y el Loira (o sea, excluyendo a los francos del Rin, los camavos y otras pequeñas tribus).

El segundo grupo, el de los francos del Rin, es menos coherente y sin denominación antigua. El nombre de ripuarios, corriente en la historiografía moderna, es impropio [3]; pero el «Cosmógrafo de Rávena», un compilador que escribió hacia 475-480, habla de una *Francia Rinensis* que comprende las orillas del Rin de Maguncia hasta Nimega, el valle del Mosela desde Toul hasta Coblenza, el valle inferior del Mosa, etc.

Estos dos grupos inestables sólo constituyeron unidades políticas, antes de Clodoveo, durante breves períodos. Para las épocas más antiguas, el historiógrafo encuentra nombres de reyes en cantidad suficiente para demostrar que entonces no había una monarquía, sino muchos reinos tribales que coexistían. El primer rey conocido es Genobaldo, que pactó un *foedus* con Roma en 287-288; quizás era un camavo. Las fuentes del siglo IV dan otros siete nombres, todos ignorados por la tradición merovingia (si Gregorio de Tours conoce algunos, es a través de una fuente libresca perdida, Sulpicio Alejandro). Parece evidente que estos reyes tribales no son los antepasados de Clodoveo.

¿Dónde están éstos? Parece que entre el siglo IV y el V la confederación franca cambió de estructura y se estableció cierta preponderancia en beneficio de los jefes salios. Incluso Gregorio de Tours sabía bastante mal lo que había ocurrido; cita un poco al azar a un rey Teodomiro, del que sólo conocemos el nombre. Tomando este pasaje en el siglo VIII, el *Liber Historiae Francorum* introduce como primer rey a Faramundo, hijo de Marcomero; este último nombre proviene de los acontecimientos de 388, pero no se sabe de dónde sale Faramundo. El primer merovingio de quien se conoce algo concreto es Clodión *(Chlogio)*, del que Gregorio dice que tomó Cambrai y avanzó hasta el Somme a mediados del siglo V. A pesar de las genealo-

gías elaboradas más tarde, no es seguro que sea el abuelo de Clodoveo; más bien es el antepasado de tres reyezuelos citados a finales del siglo v, *Ragnacharío*, de Cambrai, y sus hermanos *Ricchario* y *Rignomerio*, primos de Clodoveo en un grado ignorado. En cuanto a Meroveo, es el epónimo mítico de la dinastía más bien que un rey histórico. En realidad, la historia continua de la dinastía comienza con Childerico, padre de Clodoveo, que aparece hacia 457 como jefe de un cuerpo de auxiliares que cooperan con el maestro de la milicia Egidio contra los visigodos en la región del Loira.

La arqueología aporta pocos retoques complementarios a este cuadro impreciso. No ha conseguido ni identificar material propio de las distintas poblaciones que se fusionaron para formar los francos, ni individualizar una facies típicamente franca en los primeros tiempos después del paso del Rin [4]. Cementerios, armas y joyas sólo son característicos a comienzos de la época merovingia, cuando se forma una nueva civilización sobre el suelo de la Galia conquistada.

El avance de los francos por el Imperio se produjo de dos formas muy distintas. Hubo una «imbibición» interior del mundo romano, desde el siglo IV, por multiplicación de los cuerpos francos en el ejército y jefes francos en los puestos de mando, aspecto muy aclarado por los textos, pero en el fondo de pocas consecuencias para el futuro de los francos en tanto que pueblo. Luego se produjo una lenta colonización, en las fronteras casi abandonadas del Imperio, en una región de la que nuestras fuentes apenas conocen nada en ninguna época, y en un nivel social que no interesa a la historiografía antigua. Este aspecto casi desconocido es, sin embargo, capital, pues sus consecuencias aún persisten. Felizmente, aquí las ciencias auxiliares pueden ofrecer su ayuda: la lingüística, la onomástica y la arqueología.

La aparición de los francos en el ejército de la Galia se remonta a finales del siglo III, quizás a Póstumo; con la Tetrarquía este fenómeno fue masivo; las campañas germanas de Maximiano y de Constancio Cloro en parte fueron realizadas gracias a auxiliares francos. Bajo Constantino se encuentra el primer oficial superior franco, Bonito, en 324. Hacia 370-390, un grupo de oficiales francos dominó el Imperio; tres francos alcanzaron el consulado ordinario, Ricomero (384), Bauto (385) y Merobaudo (377 y 383). Muchos de estos jefes seguramente fueron miembros de familias principescas; realmente fueron muy capaces: Amiano Marcelino hizo excepciones en favor de muchos de ellos en su odio contra los bárbaros. Su adhesión a Roma parece sincera. El franco Silvano, hijo de Bonito (obsérvense estos nombres romanos) dirigió durante mucho tiempo, muy lealmente, las tropas de Constancio contra los francos del Rin; usurpador a pesar suyo en 355, se rodeó de un ambiente típicamente romano. Arbogasto, sobrino del cónsul Ricomero de 384, a todo lo largo de su carrera o bien vivió a la sombra de protectores francos, como Bauto, o bien favoreció a otros francos, como Carieto; pero al hacerse con el poder en 392, lo aprovechó no para operar una «translación» del Imperio de los romanos a los francos, sino para coronar a uno de los «últimos romanos», el retórico Eugenio, agente de una reacción pagana típicamente romana, y defendió enérgicamente el Rin contra los francos. Estos hombres no tienen nada de precursores de Clodoveo.

En un nivel social menos elevado, Roma introdujo muchos prisioneros francos para repoblar los campos. La cláusula figuraba ya en el *foedus* firmado en 287-288 con Genobaldo. Constantino estableció más en Bélgica. Muchas de sus colonias corresponden quizás a cementerios de tipo germanizante atribuidos a los *laeti* (págs. 117-118). Pudieron preparar la elaboración de una cultura nueva romanogermánica [5].

Pero lo esencial del avance franco se hizo independientemente de Roma. Las primeras etapas seguramente estuvieron relacionadas con una modificación de las defensas romanas después de los desastres de 268-277. Aguas abajo de Xantén, fue abandonada la orilla del Rin, y el *limes* lineal reemplazado por *castella* dispersos, algunos cerca del río, pero la mayor parte en el interior, protegiendo la ruta Colonia-Tongres-Bavai-Bolonia. El siglo IV ya no ofrece más vestigios romanos entre el Rin y este camino [6], lo que quizás no prueba una evacuación, pero por lo menos un empobrecimiento, un desprendimiento de la civilización.

Los textos son breves y decepcionantes. Se puede partir del relato de Amiano Marcelino: en 358 Juliano se dirige contra los salios que habían tenido la osadía de establecer en territorio romano *apud Toxandriam locum*, luego firma la paz con ellos en Tongres y acepta concederles la tierra. ¿Dónde se halla este *Toxandria locus* ? Sin duda, como la *Texandria* del siglo IX, al noreste de Amberes [7]. Por tanto, parece que el Brabante holandés fue colonizado por los salios lo más tarde a mediados del siglo IV. Luego hay la *Crónica* de san Jerónimo, que cita una derrota de los sajones en *Deusone in regione Francorum*, pero este topónimo no es susceptible de ninguna identificación segura (la más probable es en Güeldres, al norte del Rin). Por último, en 388, Sulpicio Alejandro (copiado por Gregorio de Tours) sitúa un combate librado con los francos, que habían atravesado el Rin cerca de Colonia, en un lugar *apud Carbonariam*, tampoco identificable. El contexto implica que la *Francia*, y por tanto el grueso del pueblo franco, aún se hallaban al este del Rin.

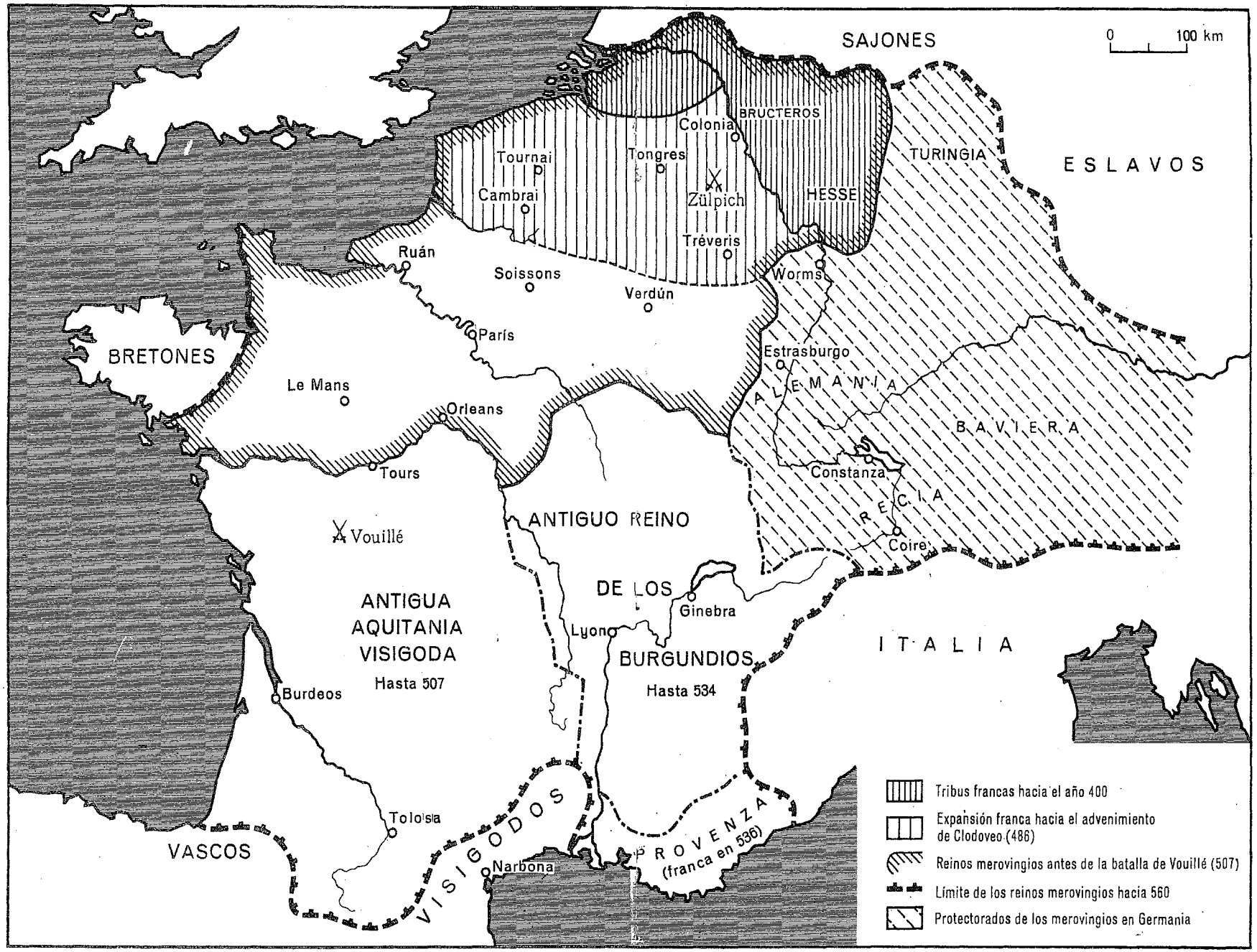
Luego se establece un silencio total hasta principios del siglo V, lo cual parece indicar que la presión se relajó. Sin duda hubo una ocupación tranquila de territorios que Roma consideraba desprovistos de interés. Por tanto, el único dato claro es que los salios, a partir de 358, se instalaron legalmente más acá del Rin, en un terreno antiguamente romano, con un estatuto jurídico (el de los federados, sin duda) que los distingue de los bárbaros enemigos del Imperio. Otros grupos francos, como los camavos o los brúcteros, se mantuvieron refractarios y hostiles.

Durante la invasión de 406, los francos no figuraron entre los asaltantes; algunos, en el ejército romano, incluso disputaron a los

bárbaros el paso del Rin. Los francos no son responsables en absoluto del inmenso desastre que siguió. El acontecimiento tuvo para ellos consecuencias especialmente indirectas, al debilitar la autoridad y las defensas en el norte de la Galia. No obstante, algunos grupos, sin duda los que no habían pactado ningún *foedus*, no pudieron resistir mucho tiempo a la tentación de participar en el festín. Se sabe que asaltaron Tréveris dos veces antes de 411; en 428, unos francos ocuparon una parte de la Renania, de donde los expulsó Aecio; un texto impreciso deja entrever nuevos conflictos en 432. Por último, hacia 440-450, Salviano describe sumariamente la suerte de las ciudades del Rin: Maguncia dañada y derruida, Colonia «llena de enemigos» (por tanto, ocupada sin duda), Tréveris cuatro veces saqueada (por tanto, aún dos veces más después de 411; la ocupación definitiva seguramente no fue anterior a 475) [8].

Quizás hubo un restablecimiento de la defensa romana a mediados del siglo V: según un panegirista, la frontera del Rin fue recuperada en 446. Mejora de corta duración, pues en 451 se produjo el alud de los hunos, al que se asociaron catos. No obstante, el grueso de los francos no se movió; pero el *limes* fue abandonado definitivamente. La autoridad romana en el norte de la Galia se ciñó al ejército de campaña establecido en la cuenca parisiense y confiado en 456 o 457 al nuevo maestro de la milicia Egidio y a algunos mandos territoriales más o menos ilusorios: el ducado de Bélgica, en la costa situada al norte del Somme; el *Tractus Armoricanus*, del Loira al Somme; quizás también un mando organizado por Aecio a orillas del Loira, en torno a Orleáns. Los reyes francos maniobraron entre estas bases de defensa: Childerico se puso al servicio de Egidio, quien lo utilizó en 463 en Orleáns contra los visigodos; Paulo, sucesor de Egidio, lo empleó contra los sajones en la región de Angers. Se ignora lo que hacía mientras tanto el pueblo sobre el que reinaba en el norte de la Galia; sin duda continuaba su lenta marcha hacia el Sur [9].

El hecho mejor documentado de la historia de Childerico es su muerte (¿en 481?) en Tournai, donde se halló su tumba en 1653, en medio del cementerio romano, lo que sugiere cierta continuidad en la historia de la ciudad. Pero Childerico no era el único rey franco: después de su muerte se citan otros en Cambrai y en Colonia, sin contar dos de los que se ignora dónde tenían su sede [10]. Hasta 508 aproximadamente, los francos fueron dirigidos por un grupo de reyes emparentados más bien que por un soberano único. No se sabe seguro quién acaudilló el avance hacia el sudeste (se cree que los francos ocuparon Maguncia hacia 459, Tréveris, Metz y Toul hacia 475). Tres jalones más o menos seguros limitan el avance franco hacia la época en que Clodoveo subió al trono: Soissons, de la que se sabe explícitamente que aún era



Mapa 2. La expansión franca

la capital de Siagrio, hijo de Egidio, en el año v del reinado de Clodoveo; Verdún, de la que la *Vida de san Mesmín de Orleáns* dice que fue conquistada por Clodoveo, y Worms, que el Cosmógrafo de Rávena coloca entre los alamanes.

Es probable que, a causa de los establecimientos de *laeti* y de colonos y de sus propias campañas, los reyes francos dispusieran de amplias informaciones sobre las regiones que conducen hasta el Loira. Esto explicaría que en la época siguiente casi no se mencione para nada la ocupación de las regiones entre el Sena y el Loira por Clodoveo: no fue una verdadera conquista, sino una simple reaparición de los francos en un terreno donde habían estado ya a menudo; sólo tuvieron que eliminar algunos focos romanos, como Soissons o París, pero no sumergir metódicamente todo el país. El avance franco no se parece en nada a las conquistas de los godos en Italia y España, o de los vándalos en África, que se pueden jalonar con fechas precisas y cuyo itinerario se puede dibujar sobre el mapa.

Oscuros hasta aquí, los francos ascienden de golpe al primer plano con Clodoveo. Pero la figura histórica de este conquistador es muy difícil de perfilar [11]. No se sabe, ni con diez años de error, cuándo hay que situar los episodios más decisivos de su carrera; apenas se sabe lo que significa su titulación, y, por descontado, se ignora por completo su pensamiento político. El único relato relativamente coherente de su reinado es el de Gregorio de Tours, escrito después de 576, por tanto con tres cuartos de siglo de retraso. Este relato mismo aparece como una reconstrucción bastante hipotética, establecida por Gregorio sobre la base de fuentes analíticas extremadamente pobres y de tradiciones orales. Además, las intenciones de Gregorio no son puramente históricas, especialmente en este lugar: Clodoveo, instrumento del éxito de la Iglesia, sólo puede ser para Gregorio un hombre providencial. Pero no se puede prescindir de Gregorio: aparte su texto, sólo se dispone de algunas cartas y vidas de santos que apenas hacen contadas menciones episódicas del rey.

Clodoveo [12] seguramente nació hacia 465 de Childerico y de la turingia Basina (lo que explica que hiciera una de sus primeras campañas en Turingia). No se sabe nada más de él antes de su ascensión, que sin duda data de 481. En el año v de su reinado (por tanto en 486), con su pariente Ragnacario, rey de Cambrai, ataca a Siagrio, hijo de Egidio, «rey de los romanos», que reside en Soissons. Siagrio, vencido, se refugia en Tolosa junto a Alarico II, rey de los visigodos; pero este último lo entrega a Clodoveo, que lo hace asesinar. Este éxito le valió sin duda toda la región hasta el Loira, en todo caso, en el año xv del reinado, Amboise se halla en la frontera de su Estado. Más tarde, en una fecha desconocida, Clodoveo se desembarazó de su asociado Ragnacario y se convirtió en el único dueño del país conquistado [13].

Sin seguir a Clodoveo paso a paso, jalonaremos las grandes etapas de sus empresas [14]. Unas se dirigen hacia el este: campañas contra los

turingios (491), luego contra los alamanes (¿495 o 505-506?), marcadas por victorias de las que se ignora el alcance. Preparan el protectorado franco sobre el oeste de Germania, que se establecerá bajo los hijos de Clodoveo. La mayor parte se dirigieron hacia el sur, contra los burgundios (o por lo menos contra la facción de Gundebaldo) en 500-501, con poco éxito, y sobre todo contra los visigodos de Alarico II, hasta la victoria decisiva de Vouillé, en 507. Por último, con motivo de una campaña contra los alamanes, Clodoveo, marido de una católica burgundia, Clotilde, adquirió el compromiso de hacerse cristiano y católico. Recibió el bautismo, sin duda en Reims y de manos del obispo Remigio, un día de Navidad (¿496, o 498, o 506?). Su pueblo, poco a poco, lo imitó y por tanto se encontró —el primero entre los conquistadores bárbaros— compartiendo la fe y el culto de los romanos sometidos.

Insistamos sobre la derrota de los visigodos y la anexión al reino franco del cuadrante sudoeste de la Galia. Dueños de Aquitania desde hacía tres generaciones, los godos estaban allí sólidamente arraigados, tanto más cuanto que podían apoyarse en los ostrogodos de Italia por Provenza. Pero eran arrianos, y Clodoveo, desde hacía diez años o algunos meses, era católico. Algunos obispos del reino de Alarico II intrigaban desde hacía mucho tiempo en favor de los francos: el africano Quintiano, obispo de Rodez, los obispos de Tours, Volusiano y Vero. Por otra parte, el emperador Anastasio, celoso de Teodorico, animaba todas las empresas que podían revertir en detrimento de los godos, y sin duda excitó a Clodoveo, mientras que Teodorico intentaba una mediación vana. Los burgundios, quizás por docilidad a los consejos llegados de Constantinopla, se adhirieron a los planes de Clodoveo, a pesar de la reciente guerra entre éste y Gundebaldo [15].

Después de una entrevista con Clodoveo en Amboise, Alarico II sintió acercarse el peligro. En 506 lo vemos multiplicar los gestos de conciliación con los católicos: llamamientos de obispos exiliados, autorización de un concilio en Agde y, sin duda, también la promulgación (el 2 de febrero de 506) del *Breviario de Alarico* (pág. 197). Fue efectivamente ayudado por un destacamento de romanos de la Auvernia, dirigidos por Apolinar, el propio hijo de Sidonio. Pero esto no bastó.

Se conoce poco el desarrollo de las operaciones. Reforzado por su pariente el rey de Colonia, Clodoveo avanzó por la carretera de Tours a Poitiers. El combate se libró a cierta distancia de esta última ciudad, en Vouillé. Alarico II fue muerto. Clodoveo ocupó rápidamente sus dos capitales, Burdeos y Tolosa y tomó sus tesoros, mientras los burgundios avanzaban hasta Limousin y las puertas de Tolosa.

Clodoveo se contentó con ocupar el norte y el oeste del antiguo reino godo. Sin duda sus fuerzas no le permitían hacer más, y la prudencia le recomendaba no avanzar hasta el Mediterráneo, para no provocar a Teodorico. Los francos no se opusieron ni a la emigración de los visigodos hacia España, ni al mantenimiento de un puente entre los Estados góticos a través de Septimania y Provenza. No es seguro que bajo Clodoveo ocuparan la Gascuña, al sur del Garona. Pero se empeñaron en eliminar el arrianismo de las regiones anexionadas.

De regreso de la expedición de Vouillé, que había doblado su reino y había incorporado algunas de las regiones más romanas de Occidente, Clodoveo desempeñó su papel en Tours, en una enigmática ceremonia. Sólo la conocemos por ocho líneas de Gregorio de Tours: Clodoveo

recibe, del emperador Anastasio, «tablillas consulares»; en la basílica de San Martín se reviste con la túnica de púrpura y la diadema; atraviesa la ciudad distribuyendo oro y plata, mientras es llamado *consul aut Augustus*. Más adelante examinaremos las posibles interpretaciones de este hecho [16]. El episodio no tuvo consecuencias prácticas (los reyes francos nunca llevaron el título de cónsul o de Augusto), pero consagró simbólicamente la unión establecida, con la bendición del Imperio, entre el rey conquistador y la Romanidad meridional que, libre de los godos, debía proporcionar a los sucesores de Clodoveo una parte apreciable de los cuadros de su Estado.

De los últimos años del reinado sólo conocemos dos hechos, ambos considerables. En primer lugar, la liquidación de los reyezuelos francos y sobre todo del de Colonia, Sigiberto. Clodoveo hizo buscar a todos sus parientes para matarlos, estableciendo de ese modo el monopolio de su propio linaje en el interior de una familia real hasta entonces muy amplia. Luego, la fijación de la residencia real en París, muy lejos de las bases de partida de la conquista, en un medio galorromano casi intacto. Estos gestos muestran que Clodoveo deseaba sentar su Estado sobre bases muy distintas de las que habían tenido sus predecesores; desde entonces, el reino merovingio es una síntesis innovadora entre elementos romanos y elementos germánicos.

Clodoveo murió en París el 27 de noviembre de 511. No obstante, el avance aún prosiguió durante una generación, bajo la forma de una expansión política más que de una migración de un pueblo. Al oeste, la segunda generación merovingia avanzó hasta establecer contacto con los bretones, algo más allá de la línea Rennes-Vannes. Al sudoeste, Gascuña fue ocupada hasta los Pirineos. En el sudeste, sobre todo, el reino burgundio fue vencido, anexionado y repartido en 533-534, luego la Provenza fue ocupada en 537 con el consentimiento simultáneo de los ostrogodos acorralados y de su enemigo Justiniano. De ese modo, toda la Galia, salvo la Baja Bretaña y Septimania, quedó reunida bajo la autoridad de los francos.

La segunda generación merovingia añadió a la Galia la mayor parte de la Germania antiguamente independiente, hasta el Danubio medio, los montes de Bohemia y una línea que iría aproximadamente desde Halle hasta Duisburgo. Esta conquista fue superficial y poco sólida; la conocemos mal; pero si la ignoráramos no podríamos comprender toda una vertiente de la obra de los merovingios. La empresa fue realizada por los hijos y los nietos de Clodoveo —sobre todo los reyes de Reims y de Metz, Teodorico I (Thierry) (511-534) y Teodeberto (534-548)—, que supieron beneficiarse de la desaparición de la influencia ostrogoda al norte de los Alpes.

Esta política seguramente fue inspirada y conducida por un hombre de Estado romano, el patricio Partenio, descendiente del emperador Avito, provenzal que pasó del servicio de Teodorico al de los francos. Su idea motriz fue repetir en torno al rey merovingio la política llevada a cabo por Casiodoro en torno a Teodorico. Sin duda fue él quien impuso características góticas a los derechos de la Alemania del Sur (Alemania, Baviera). Para disponer de medios para una gran política, quiso reinstaurar en la Galia la percepción regular del impuesto rural, lo que le valió ser lapidado por la multitud a la muerte de Teodeberto. A pesar de este fracaso personal, su política, en el fondo, tuvo bastante éxito; es el punto de partida de la lenta evolución que aproximó Germania a las antiguas tierras imperiales [17].

Turingia, sometida por Thierry y Clotario hacia 530, se convirtió en un protectorado vigilado por duques francos, pero continuó siendo pagana. Thierry primero y Clotario luego se dirigieron contra Sajonia, que primero capituló y pagó tributo, y luego se sublevó hacia 555, y así recuperó su libertad. La política de Clodoveo con los alamanes fue una de las más directas: destruyó su familia real y colocó bajo su protectorado la parte renana de su territorio. El resto fue sometido por Teodeberto después de 536. El Oeste (Alsacia y Palatinado) fue estrechamente asociado al reino de Austrasia, gobernado por los obispos de Estrasburgo y de Basilea y convertido durante el siglo VII; en cambio, la Alamania transrenana conservó su autonomía, con sus duques nacionales, y fue pagana hasta 750 aproximadamente. En Baviera y Panonia, antiguos protectorados de los ostrogodos, los francos recogieron su herencia. Hacia 555 Clotario impuso su soberanía al duque bávaro; su influencia se extendió por un momento entre los lombardos. Esta expansión, que culminó hacia 560, fue seguida por una neta recesión durante el siglo VII. Sólo excepcionalmente (sobre todo en Alsacia) estuvo acompañada por una obra de civilización y asimilación. No obstante, es uno de los grandes acontecimientos de la historia europea. Por primera vez, Germania era sometida a una dominación con sede situada al oeste del Rin, y desaparecía la división tribal. Sólo los frisones y los sajones, entre los Alpes y el mar del Norte, conservaban su total independencia [18].

De ese modo, un pequeño pueblo, cuyos reyezuelos se disputaban penosamente, hacia 470, algunos cantones a orillas del Rin y en Bélgica, en tres generaciones se había convertido en dueño de un territorio que abarcaba desde los Pirineos hasta el Saale y desde la Mancha hasta al Danubio medio. Y lo más asombroso es que este Estado rápidamente construido fue el más duradero del Occidente bárbaro. Sin duda fue debido al relativo equilibrio entre sus elementos romanos y germánicos.

B. Los alamanes

Al igual que los francos, los alamanes seguramente surgieron de un reagrupamiento de tribus dispersas, desgastadas por un prolongado

contacto con los romanos de los «Campos Decumates», entre el Danubio superior y el Rin medio; se les cita por vez primera en 213. Pero su presentación es mucho más brillante que la de los francos: casi en seguida suponen una seria amenaza para el *limes;* en 260 efectúan una irrupción que los conduce, a través de los Alpes, hasta Milán, y lo repiten muchas veces en el transcurso de los quince años siguientes. Una gran victoria de Probo en 277 interrumpe esta meteórica carrera, pero finalmente se adueñaron de las regiones del Neckar, avanzando de paso hasta el Rin alsaciano, el lago de Constanza y el Iller. Durante el siglo IV multiplicaron las tentativas para establecerse en la orilla izquierda del Rin; cada vez fueron rechazados (por Constancio, hacia 350; por Juliano, cerca de Estrasburgo, en 357; por Graciano, de nuevo en Alsacia, en 378), a pesar de algunas brechas profundas, como la que, bajo Constancio Cloro, los había llevado hacia Langres.

El nombre mismo de *alamanni*, «todos los hombres», parece indicar un origen mixto. ¿Cuáles fueron los elementos de la síntesis? Como sea que la región de los alamanes tomó finalmente el nombre de Suabia, se piensa sobre todo en los suevos, pero por lo menos una rama importante de este pueblo conservó su nombre. También se citan los cuados, teutones del Neckar, carudos y *eudusii*, pueblos muy oscuros. La formación del pueblo alamán es un caso casi desesperado de la *Stammesbildung*.

A partir del siglo VI, el nombre de alamanes sirvió sobre todo para el uso externo (hasta extenderse en francés y otros idiomas a todos los germanos del continente), mientras internamente preferían el antiguo nombre de suabos.

A horcajadas sobre el antiguo *limes* de los Campos Decumates, con su centro de gravedad netamente en el interior del antiguo territorio romano, los alamanes formaron en los siglos IV y V una unidad política bastante fuerte. Se les conoce una dinastía que duró hasta Clodoveo. Su fuerza descansaba en una sólida caballería armada con espada larga de dos filos. Se cree que aniquilaron el ejército romano situado al norte del Danubio y que convirtieron en esclavos a una parte de los habitantes; durante mucho tiempo, el único objetivo concreto de sus incursiones fue la captura de hombres.

Los alamanes tuvieron una parte considerable en la irrupción de 406. Probablemente de entonces data su primer establecimiento en Alsacia y el Palatinado; pero no se consolidaron hasta después de una ofensiva de Aecio, poco antes de 455. Una parte de la población consiguió sobrevivir, conservando ciertos topónimos antiguos (como *Tabernae*, Saverne). A partir de esta base, avanzaron primero hacia el norte y el noroeste, bajando por el Rin; toparon con los reyes francos de Colonia, que los detuvieron, entre otras, en la famosa batalla de *Tolbiacum* (Zülpich, al oeste de Bonn). Cuando estos régulos fueron remplazados por Clodoveo, esta dirección quedó definitivamente cortada: un vigoroso contraataque franco, en 506, provocó la quiebra de la dinastía, la huida de muchos alamanes hacia las zonas de protectorado gótico (sobre todo

Recia) y la inflexión del eje de avance hacia el sur. El noroeste del dominio alamán (Palatinado, Hesse renano, región del Maine), fue rápidamente asimilado por los francos; en cambio, Alsacia conservó su carácter alamánico intacto, aunque pasó a depender de un protectorado franco bastante directo.

El avance hacia el sur y el sudeste en principio sólo fue una desbaratada serie de empresas de saqueo. En 457, los alamanes penetran otra vez en la Alta Italia, luego, hacia 470-480 renuevan sus incisivas correrías en diversas direcciones, desde la *Maxima Sequanorum* (Franco Condado) hasta la Nórica. La verdadera consolidación no comenzó, en la Suiza actual, hasta los últimos años del siglo V, después de los primeros fracasos ante los francos. No se encuentran cementerios bárbaros al sur del Rin hasta después de 500. El avance hacia la llanura suiza, contenido momentáneamente por el reino burgundio, prosiguió después de su caída, y rodeó, ahogándolas, las ciudades que subsistían, como Augst (cerca de Basilea) o Windisch (al oeste de Zurich). A comienzos del siglo VII, los alamanes alcanzan la región de Avenches, derrotan en Wangen a dos condes francos, en 610, y ocupan la región. Al mismo tiempo, unos destacamentos intentan penetrar en el Franco Condado por la puerta de Borgoña o los pasos del Jura; la tribu de los varascos se establece alrededor de Besançon, otra deja su nombre a la vecina región de Ecuens *(pagus Scotingus)*, pero la masa apenas rebasa los contrafuertes orientales del Jura [19]. En toda esta zona, a pesar de las matanzas que, según Fredegario, se produjeron después de la batalla de Wangen, una gran proporción de habitantes debió quedarse allí, pues casi todas las localidades importantes conservaron sus nombres antiguos (por ejemplo: *Turicum*, Zurich; *Salodurum*, Soleura; *Augusta*, Augst, etcétera) [20].

Más hacia el este, los alamanes fueron acogidos pacíficamente en las llanuras de Recia por orden de Teodorico, y los habitantes romanos se replegaron al sur del lago Constanza y en los Alpes. Las dos poblaciones quedaron yuxtapuestas durante mucho tiempo, y en torno a Coire se constituyó un pequeño Estado semiautónomo. Más tarde, cuando toda la región pasó a depender de la autoridad directa de los reyes francos, este islote fue anulado.

La mediocridad de las estructuras políticas de los alamanes después de la época de Clodoveo, contrasta con el dinamismo de su expansión colonizadora; constituye ésta una diferencia importante con las francas. En 536, Alamania fue colocada bajo el gobierno de un duque nombrado por el rey de Austrasia; no obstante, pocas veces tuvo bajo su autoridad la totalidad del país (Alsacia se le escapó a menudo a partir del siglo VII). Su poder tenía por centro el Hegau y la región situada al oeste de Constanza, pero nada indica el más elemental inicio de cris-

El pueblo fue pagano durante mucho tiempo, a pesar de la supervivencia del cristianismo en algunas localidades de origen romano; la conversión no comenzó hasta finales del siglo VI, con la fundación de un obispado en Constanza (hacia 590), y sus progresos decisivos no se registran hasta la misión columbaniana [21]. El derecho de los alamanes no fue codificado hasta que se dejó sentir la influencia de Austrasia.

Esta atonía política duró hasta la disolución del Imperio merovingio en Germania. A finales del siglo VII, los duques alamanes se tomaron de nuevo total libertad de movimientos, y los mayordomos de palacio Pipínidas tuvieron grandes dificultades para reducirla. Carlos Martel lo consiguió finalmente en 709-712. A comienzos del siglo IX, Recia de Coire se sometió a su vez y recibió condes francos. La historia de los alamanes se fundía en la del pueblo alemán.

C. Los bávaros

El origen de los bávaros es aún más oscuro y tardío que el de los alamanes. Caso único en la historia de las invasiones, son citados por primera vez después de atravesar el *limes*, en 551 (por Jordanes). A partir de esta época, se encuentran en su territorio actual, que jamás abandonaron. Lingüistas y arqueólogos aún no han conseguido descubrirles una genealogía segura.

El asentamiento de los bávaros más acá del *limes* también es muy oscuro. Se conjetura que su llegada es anterior al establecimiento del protectorado franco [22], y posterior a la época descrita por el biógrafo de san Severino, tan atento a los movimientos de los bárbaros. Por tanto, su inmigración se situaría entre 488 y 539, sin duda en el momento en que los lombardos abandonaron la Baja Austria para trasladarse a Panonia. Hasta el siglo VIII a menudo hubo una estrecha colaboración entre bávaros y lombardos [23].

Al igual que los alamanes, los bávaros de momento sólo ocuparon las regiones bajas, dejando subsistir importantes grupos romanos en los Alpes y entre las mallas de una población muy desparramada. Su avance se prolongó también por mucho tiempo hacia el sur; en el siglo VIII atravesaron la cresta de los Alpes y desembocaron en el Alto Adigio. Pero los bávaros se distinguieron por la rápida formación de una entidad política en torno a los duques agilolfingios, el primero de los cuales, Garibaldo, aparece a mediados del siglo VI. No se sabe si fueron impuestos por los protectores francos o si eran de origen local, pero es seguro que los bávaros formaron un bloque en torno a ellos. A finales del siglo VII obtuvieron una autonomía completa y emprendieron la conversión de sus súbditos con misioneros llegados de todas partes, y en el siglo VIII constituyeron un centro de atracción para los germanos

que querían escapar a la supremacía franca. Carlomagno no toleró esta situación e incorporó de nuevo, esta vez sin ninguna consideración, Baviera al reino franco en 788, cuando el duque Tasilón III se entendió con los ávaros.

Es delicado precisar los límites del territorio bávaro. Se admite que a comienzos del siglo VI, se extendía a lo largo del Danubio, desde Ingolstadt hasta Straubing. En 565, Fortunato ya señala el valle del Lech como región bávara; la frontera oeste fue en seguida adelantada hasta el Iller, en contacto con los alamanes. Por el este, antes de 600 llegaron al Enns; hacia 610 llegaban vanguardias a Carintia, en contacto con los eslavos. Se ignora cuándo el Oberpfalz, dominio turingio durante el siglo V, se convirtió en bávaro.

La relativa docilidad con que en el siglo VI los bávaros aceptaron el protectorado de los merovingios se explica por la amenaza ávaro-eslava. Cuando el reino lombardo les ofreció una mayor seguridad, prefirieron sacudirse aquella servidumbre rápidamente. Y es la segunda amenaza ávara de finales del siglo VIII la que explica la sumisión final a Carlomagno.

2. La tercera oleada de invasiones (siglos VI-VII)

Con el triunfo de Clodoveo, parecía que los bárbaros de Occidente habían encontrado si no una estabilidad definitiva, por lo menos cierto equilibrio. Cada una de las divisiones geográficas de la *pars Occidentis* estaba dominada por un pueblo que comenzaba a echar raíces: anglosajones en Bretaña, francos en la Galia, visigodos en España, ostrogodos en Italia, vándalos en África. Dos pueblos secundarios —los burgundios en la Galia oriental y los suevos en la España septentrional— aún conservaban una autonomía precaria, pero ya se anunciaba su absorción por sus potentes vecinos. Aún habían zonas discutidas (Septimania, Provenza, Sicilia), pero esto no afectaba en nada a lo sustancial. En cuanto a los islotes celta en Armórica o vasco en Gascuña, no tenían ninguna significación política. El proceso de consolidación de los Estados se estaba desarrollando en todas partes.

Un acontecimiento alteró estas previsiones y, a causa de sus repercusiones, llevó la inestabilidad a la parte central de la cuenca mediterránea durante muchos siglos. Fue la reconquista emprendida por Justiniano. Unos comienzos rápidos y victoriosos en África (533-534) lo incitaron a continuar por Italia y España la obra ya comenzada. Pero fue precisa una generación de encarnizadas luchas para destruir a los ostrogodos (535-562), e Italia pagó con su ruina total la eliminación de un pueblo que se había establecido satisfactoriamente en ella. España no corrió la suerte de Italia a causa de su situación apartada, y porque los efectivos de que disponía Bizancio eran escasos: Justiniano sólo ocupó el sudeste de la península (después de 552).

Esta reconquista, que llegó a su término hacia 560, dejaba una casilla libre en el tablero de países disputados por los bárbaros: Italia. Este

vacío atrajo en seguida a los lombardos, que abandonaron Panonia para ocuparla (568). Panonia, a su vez, atrajo a los ávaros, que procedían de la estepa póntica. Para sostener durante tanto tiempo el doble y formidable esfuerzo de la lucha contra los persas y la reconquista de Occidente, Justiniano había desguarnecido el frente del Danubio: la península de los Balcanes se abrió a los bárbaros como en el siglo IV. Los ávaros irrumpieron en ella sin establecerse, pero los búlgaros y los eslavos, que los seguían, se quedaron allí para siempre. En el mundo de las estepas, este doble avance hacia el oeste y el sur creó un nuevo vacío, que acto seguido llenaron los jázaros[24].

Esta tercera oleada duró aproximadamente un siglo, desde el paso de Alboíno a Italia hasta la consolidación del janato búlgaro. Fue muy compleja, y comprendía germanos (lombardos), pueblos de la estepa (ávaros, búlgaros, jázaros) y eslavos. Pero presentó una innegable unidad en el movimiento general.

A. Los lombardos

La invasión lombarda, la última y quizás la más devastadora de las invasiones germánicas, fue la obra de un pueblo que había permanecido en segundo plano hasta mediados del siglo VI, y al que nada parecía anunciar que desempeñaría un papel superior al de los gépidos o los hérulos del Danubio. La destrucción del Estado ostrogodo por Justiniano les abrió de golpe unas posibilidades inesperadas. Pero sobre todo se beneficiaron de la gran capacidad de decisión de su rey Alboíno; esto permitió que fueran el único pueblo que conseguiría escapar de Panonia antes de que esta región se convirtiera definitivamente en el dominio de invasores de la estepa.

Sobre el origen de los lombardos existe una doble tradición. La tradición nacional, por lo demás mítica, fue recogida después de la conquista de Italia[25]; se forjó en el mismo molde que las tradiciones góticas: los lombardos provienen de Escandinavia *(Scadanan)*, de aquí se trasladan a *Golaida* o *Scoringa* (¿en la costa meridional del Báltico?), donde durante algún tiempo llevan el nombre de *Winnilos*, y por último llegan a *Mauringa* (¿a orillas del Elba?). La historiografía antigua es más seca y más segura: en el año 5 a. de J. C. los lombardos son vencidos por Tiberio a orillas del Elba inferior; Veleyo Patérculo los describe como «el pueblo germánico más feroz a causa de su salvajez»; en tiempos de Tácito, aún están a orillas del Elba. Luego se desplazan hacia el sur; en 167 se encuentran en contacto con la Panonia romana. Sigue un prolongado silencio. En 489 reaparecen como invasores de la región de los rugios (Baja Austria), que la victoria de Odoacro había dejado vacía.

No hay que descartar un origen escandinavo. El lombardo es un dialecto wéstico —más concretamente *Elbgermanisch*—, pero la Escandinavia anterior a nuestra era no hablaba únicamente el nórdico. El derecho lombardo parece presentar analogías escandinavas. Los datos

arqueológicos son neutros. Pero la historia no encuentra a los lombardos hasta su estancia a orillas del Elba, que fue bastante larga y facilitó los contactos entre lombardos y caucos (los antepasados de los sajones), los cuales explican la participación de sajones en las expediciones lombardas entre 568 y 573 [26].

La migración de los lombardos hacia el sur, paralela a la de todo un grupo de pequeños pueblos (rugios, hérulos, etc.), se extiende a lo largo de un prolongado período. A su término, en 489, los lombardos ocupan un sector de la actual Baja Austria, donde permanecen algún tiempo (¿15 o 57 años?), como clientes de los hérulos. Siempre permanecen en segundo plano.

Pero a comienzos del siglo VI todo cambia. Engrosando sus filas con los restos de varios pueblos, los lombardos se trasladan a Panonia y se convierten allí en jinetes seminómadas. Desde esta posición central, efectúan incursiones en Dalmacia. Su rey Waco (h. 510-540) adquiere prestigio internacional: casa sus hijas con los reyes merovingios Teodeberto, Teodobaldo y Clotario, mantiene buenas relaciones con Bizancio y se declara neutral en 539 cuando Vitiges solicita su ayuda contra Justiniano. Este Estado panónico se enriquece gracias a la gran ruta comercial de Aquilea al Báltico; se civiliza y sin duda adopta entonces el arrianismo [27]. Muchos lombardos se alistan en el ejército imperial y constituyen los cuadros de una organización militar eficaz (duques, condes, centuriones, *decani*).

Alduino, cuñado y sucesor de Waco, poco después de 540 pacta un *foedus* con Justiniano: su pueblo se establecerá en Panonia y en Nórica y recibirá subsidios. Justiniano piensa utilizarlo a la vez contra los francos (que acaban de ocupar la Nórica) y contra los godos (para amenazar su retaguardia e impedir el envío de socorros desde el Norte). Los lombardos incluso cooperan en el esfuerzo final de Narsés en Italia, en 552: varios duques se trasladaron a la llanura del Po con 2.500 guerreros y 3.000 auxiliares. Esto representaba ofrecerles imprudentemente la ocasión de darse cuenta de sus posibilidades y de las riquezas de Italia.

Alduino, hijo de Audoíno, se sintió rápidamente inclinado a aprovechar esta revelación, pues tenía dificultades a la vez con Bizancio y con un pueblo nómada recién llegado, los ávaros. Lombardos y ávaros habían colaborado primero contra los gépidos; estos últimos fueron derrotados en 567 y Alboíno había matado personalmente a su rey. Pero Bizancio protestaba contra esta violación de su protectorado y el jagán ávaro, Bayan, se mostraba peligrosamente exigente en el reparto del país sometido.

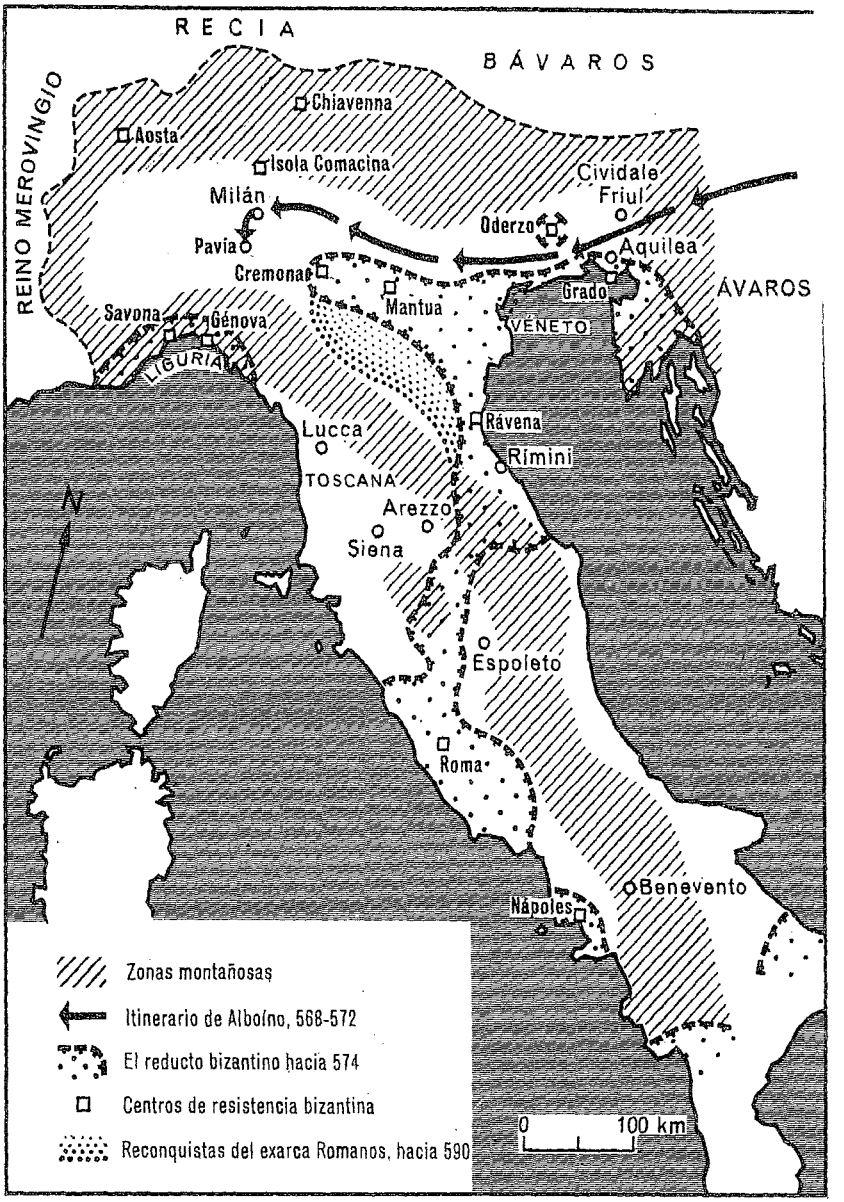
Entonces Alboíno tomó una decisión extremadamente arriesgada: la de abandonar Panonia para conquistar Italia. Un tratado con los ávaros

les cedió Panonia, reservándose, durante un período de 200 años, el derecho de regresar. Toda la población se dirigió hacia el oeste; este *trek* comprendía los elementos más heteróclitos: «gépidos, búlgaros, sármatas, panónicos, suevos, nóricos», según Pablo Diácono [28], a los que habría que añadir turingios, bávaros, sajones y taifales. Ni siquiera se les impuso que renunciaran a su autonomía: búlgaros, sármatas y sajones hicieron grupo aparte durante mucho tiempo, incluso después de la conquista. La gran partida se verificó en abril de 568. Los ávaros ocuparon lentamente la región evacuada, introduciéndose de paso en dominio bizantino, al sur del Save.

Esta evacuación representa una fecha capital en la historia del continente. La ruta Adriático-Báltico queda definitivamente cortada, y en el flanco norte del Imperio se instala por mucho tiempo una barrera impenetrable, que favorece las irrupciones de los búlgaros y los eslavos en los Balcanes. Sus repercusiones incluso se perciben claramente en el mundo escandinavo, en el que cesa la afluencia de oro mediterráneo y oriental hasta la época de los vikingos.

Para conquistar Italia, Alboíno tenía que forzar el *limes* de Friul, desorganizado por las luchas entre Justiniano y los godos. Se hundió casi de golpe el 20 de mayo de 568. Aquilea fue tomada inmeditamente; su patriarca buscó refugio en la isla costera de Grado, primera etapa de una huida general de la población hacia el litoral. Los lombardos tomaron uno a uno los *castella* de Véneto, mientras sus exploradores avanzaban mucho más adelante. El año siguiente Alboíno ocupó casi toda la llanura del Po, y tomó Milán el 3 de septiembre. La antigua capital estaba en una situación lamentable, pero su importancia era tal, que ese día Alboíno comenzó a contar los años de su reinado como *dominus Italiae*. No obstante, el éxito de los lombardos no era completo: los bizantinos conservaban enclaves, fortines que cerraban las rutas de los Alpes (Aosta, que cayó en 575, Susa en 576, Chiavenna e Isola Comacina, que resistieron hasta 650) o ciudades fortificadas de la llanura: Padua, Mantua, Cremona y, sobre todo, Pavía. La partida decisiva se jugó alrededor de esta ciudad: Alboíno tardó tres años en tomarla (569-572) [29].

Durante este sitio, los duques lombardos y sus tropas se extendieron en todas direcciones. Hacia el oeste, a través de los Alpes del Sur, penetraron tres veces en la Galia entre 569 y 576. Hacia el sur, atravesaron rápidamente el Apenino Central e invadieron Toscana y el Lacio; Roma fue bloqueada por tierra a partir de 575. Hacia el sudeste, otros destacamentos se deslizaron a lo largo de las vías Emilia y Flaminia, rodeando Rávena por el sur, y seguramente hacia 575 sentaron las primeras bases de los futuros ducados de Benevento y Espoleto. En 578 se señala una tropa lombarda en Campania, bajo los duques Faroaldo y Zotto.



MAPA 3. La Italia lombarda a finales del siglo VI

Alboíno no tuvo tiempo de aprovecharse de estas victorias: fue asesinado en 572. Fue el final de su dinastía. Un rey elegido para remplazarlo, Clefi, fue muerto a su vez en 574. Los lombardos decidieron prescindir de reyes. Durante diez años fueron dirigidos por 35 duques vagamente confederados. Es decir que los años decisivos de la ocupación lombarda corresponden a un régimen de jefes de bandas, que vagan sin objetivo en busca de botín [30]. Cuando se restableció la realeza, en 584, en beneficio de Autario, hijo de Clefi, ya estaba realizado lo más esencial. Se comprende que hasta el siglo VIII el pueblo lombardo fuera considerado como la yuxtaposición de *exercitus* acantonados en las diversas regiones.

Salvo hacia el sudeste, el ímpetu conquistador se apaciguó sensiblemente a partir del interregno. Los bizantinos tuvieron tiempo de recuperarse (v. mapa 3). Consiguieron conservar: Istria, la costa de Véneto, la región de Rávena y un triángulo a lo largo del Po, hasta Cremona; la ruta militar de Rávena a Rímini y a Roma, apoyada en fortines de etapa, y la campiña romana con restos de la Toscana meridional; la costa ligur con Génova; la Campania litoral; Calabria y la tierra de Otranto. El conjunto lo dirigía un exarca residente en Rávena. Por lo demás, las autoridades imperiales no cesaban de pensar en una reconquista: en 586, por ejemplo, el exarca consiguió tomar, por un período de 10 a 15 años, Módena, Reggio Emilia, Padua y Placencia. El arzobispo de Milán y el vicario de la Alta Italia, encerrados en Génova, no aceptaron el nuevo estado de cosas hasta poco antes de la ocupación de su refugio por el rey Rotario, hacia 640. La situación no se estabilizó realmente, tras un importante retroceso de las posiciones bizantinas, hasta mediados del siglo VII. Mientras tanto, la diplomacia bizantina había intentado, siguiendo su método favorito, sorprender a los lombardos por detrás con otros bárbaros: los francos y sus auxiliares alamanes y bávaros; pero el resultado fue nulo.

El primero y más neto resultado de la invasión lombarda, que sobrevino después de treinta años de guerra implacable entre godos y romanos, fue que en Italia reinara una espantosa anarquía. Los cuadros romanos habían desaparecido o estaban encerrados en los refugios del litoral, y nadie los remplazaba. Los lombardos, durante la primera generación, no crearon establecimientos estables. Sus ejércitos vivían del botín, y los acompañaban auxiliares temibles (búlgaros de Benevento, ávaros, etc.). La defensa de las fronteras fue pronto abandonada, y faltó poco para que Italia, como los Balcanes, se abriera a la invasión eslava, por Istria y la costa adriática [31]. El restablecimiento de la realeza en 584 trajo sus frutos demasiado tarde para borrar las cicatrices de esta fase. El Estado lombardo, aunque construido sobre bases sólidas, quedó inacabado: el Imperio conservó cabezas de puente en las costas

y en Roma; el régimen de bandas, eliminado al Norte por la organización del reino de Pavía, sobrevivió en el Sur, donde los principados lombardos cultivaron un desorden increíble hasta el siglo XI; las llaves de los Alpes quedaron en poder de los francos. Estas circunstancias explican que los lombardos nunca formaran en Italia un Estado nacional coherente como el de los francos en la Galia o el de los visigodos en España.

La decisión de las autoridades imperiales de organizar la retirada de los cuadros hacia la costa es responsable en gran medida de la ruina de Italia. Lo que en principio sólo era un expediente temporal, a la larga se convirtió en definitivo.

Esta política fue trascendental sobre todo en Véneto. Aquilea, metrópoli eclesiástica y económica, fue abandonada por Grado, en el cordón litoral. Los obispos de Concordia y de Oderzo se refugiaron en las desembocaduras del Livenza y del Piave. Los fugitivos transforman aldeas de pescadores en ciudades, sobre todo en Rialto, el núcleo de la futura Venecia. Esta «nueva Venecia» costera, fiel a Bizancio, se vio obligada a mirar hacia el mar: conocida es la prosperidad naval que, más tarde, sacaría de este hecho. Un fenómeno paralelo, pero menos amplio, afectó Liguria: los refugiados milaneses contribuyeron al desarrollo de Génova [32].

El Estado lombardo data, para lo esencial, del hijo de Autario, Agilulfo (590-616). Con su reinado, toma su forma definitiva la implantación de los conquistadores en el medio italiano. Su matrimonio con una bávara católica, Teodelinda, facilita un *modus vivendi* con los católicos; en el palacio de Monza se agrupan los supervivientes de las clases dirigentes, a los que se deja cierto papel intelectual y artístico. Después de la conversión del rey, en 607, aún se produjeron muchas reacciones arrianas, pero los lombardos estaban irremisiblemente comprometidos en la vía de una conciliación. El establecimiento de la corte y del gobierno, en 626, en una ciudad muy activa, Pavía, confirmó la tendencia. A la ley del más fuerte siguió un estado de derecho.

El asentamiento de los lombardos se realizó en gran parte bajo forma de colonización militar. La circunscripción básica —que borra la provincia romana— es el ducado, jurisdicción de un *exercitus* dirigido por un duque. Para conservar la cohesión del ejército y facilitar el culto arriano, la población se organizó en grupos compactos, lo que dio lugar a sensibles desigualdades locales: así, por ejemplo, en Toscana, Siena tuvo su *exercitus*, mientras que Lucca o Arezzo eran dirigidas por sus *cives romanos*. La aportación lingüística lombarda consiste sobre todo en términos militares y administrativos (*arimannus*, soldado; *gastaldus*, administrador de un dominio; *sculdahis*, especie de preboste) o en designaciones sociales (*adelingus*, noble; *aldio*, semilibre), sin contar el vocabulario de un nuevo derecho. Ésta indica la profundidad de las

...ivos, y forma un contraste asombroso con las aportaciones góticas, tan respetuosas del legado institucional romano.

Durante el período de agitaciones, las tierras pasaron de la aristocracia romana a los jefes lombardos. Pablo Diácono describe, bajo Clefi, una expropiación violenta acompañada de matanzas; los supervivientes quedaron reducidos a colonos de los lombardos, a quienes entregaban el tercio de la cosecha [33]. Lo cierto es que la aristocracia romana, ya muy afectada por las guerras góticas, fue eliminada en tanto que fuerza política y social. Incluso se ha llegado a creer, aunque erróneamente, que la ley lombarda ignoraba al romano libre; de hecho, continúa gozando de su derecho, pero con un estatuto político inferior (hasta el siglo VIII le está prohibido llevar armas, signo de la libertad).

El estatuto del romano es muy oscuro, por falta de documentos. No sabemos nada del derecho lombardo antes del edicto de Rotario (643), y éste, de carácter muy germánico, sin duda sólo se aplica a las personas del *exercitus*, a pesar de algunas declaraciones de principio (en el § 386). Las leyes del siglo VIII reconocen la situación particular de los romanos (por ejemplo, bajo Liutprando, en materia sucesoria). Seguramente el derecho del reino de Pavía combina, en su última versión, elementos territoriales (derecho público, instituciones militares) y elementos personales (derecho privado). La *professio legis* —que tanto éxito tendría en Italia hasta el siglo XII— no hizo su aparición hasta la víspera de la conquista franca, en 769. Seguramente los lombardos no reconocieron la autonomía jurídica del elemento romano hasta el final de un prolongado proceso de toma de conciencia [34]. Su sentimiento de superioridad persistió hasta el final: Astolfo aún habla de la *traditum nobis a Domino populum romanum.*

Así como la Galia se convirtió en Francia, Italia se convirtió, para algunos de sus vecinos, en la Longobardia, especialmente para los bizantinos y más tarde los varegos, pero en el siglo IX la denominación antigua volvió a ganar terreno. En cambio, la parte principal del Exarcado de Rávena tomó en el uso italiano, desde el siglo VIII, el nombre de *Romania*, Romaña.

Pese a su decadencia, los romanos dieron a la civilización de la Italia lombarda lo más interesante que tuvo: su carácter relativamente urbano, su latinidad más correcta (Pablo Diácono, lombardo del Friul, contribuirá al renacimiento carolingio), su arquitectura y su escultura (satélites de Bizancio, con notables aportaciones orientales en el siglo VI). Sin duda estas influencias fueron menos debidas a los supervivientes de la primera conquista que a los cuadros dirigentes recuperados con las victorias del siglo VII (en Liguria, Emilia y Venecia) y a los clérigos que regresaron de los enclaves bizantinos cuando el arrianismo perdió su virulencia. Lo que era propiamente lombardo —sobre todo el derecho y el ejército— resultó en parte eliminado o asimilado por los francos después de la destrucción del reino por Carlomagno: la distancia entre vencedores y vencidos no era enorme. No resultaría excesivo escribir que el resultado más neto de la invasión lombarda fue preparar la Italia del Norte para entrar al mismo nivel en la Europa carolingia.

B. Los ávaros

La invasión de Italia por los lombardos dio a los ávaros la oportunidad —por no decir que fue la verdadera causa— de irrumpir en el corazón de Europa. A mediados del siglo VII este pueblo nómada encontraba al norte del Caspio. La presión de los turcos lo obligó a partir hacia el oeste, y su jagán Bayan se presentó en la frontera de nubiana del Imperio; Justiniano le cerró el paso. Durante algunos años erraron por Rumanía, buscando un lugar a costa de los gépidos (entonces situados en la Hungría oriental), los lombardos o incluso pueblos más occidentales. Hemos visto sómo su victoria sobre los gépidos, en 567 fue seguida por el abandono de Panonia por los lombardos. Desde 571 los ávaros ocupan por la fuerza la cuenca media del Danubio; en 578 Tiberio II les concede la región de Sirmio, y en 582 Bayano toma la ciudad, entonces principal nudo de comunicaciones de la Europa danubiana.

De ese modo el Estado ávaro encontró su marco territorial definitivo; pero como quiera que sus principales recursos eran los saqueos y los tributos, casi cada año la caballería, abatiéndose sobre las masas de infantes eslavos, efectuaba profundas incursiones hasta el mar Negro, Constantinopla (en 626), Tesalónica, Venecia, Baviera y Turingia. Más que la defensa griega, fue la victoria final de los búlgaros lo que los excluyó de los Balcanes. Representaron un serio peligro para Italia hasta Carlomagno. Al oeste, apenas rebasaron la Alta Austria. Esta actividad parece que tuvo dos máximos, uno con Bayan, a finales del siglo VI, y el otro en los últimos años del siglo VIII; en el intervalo casi no se sabe nada de ellos. Esta desaparición —que también se traduce por la interrupción de los hallazgos de monedas bizantinas— corresponde a la formación del Estado eslavo de Samo en Bohemia[35].

En la medida que se puede juzgar, el Estado ávaro estaba relativamente evolucionado: tenía una capital nómada (sin duda una ciudad de tiendas, como los mongoles) que las fuentes carolingias denominan con la palabra germánica *ring*, «anillo»; tuvo una diplomacia; sin duda, en algunas ocasiones, acuñó moneda. Los establecimientos ávaros estaban rodeados de protectorados en territorio eslavo, hasta la Alta Franconia. No obstante, la actividad económica seguramente fue escasa —los tesoros hallados por Carlomagno y por los arqueólogos son debidos a la acumulación de botín— y carecieron de vida urbana.

La reanudación de los ataques en Baviera y Friul, a partir de 787, provocó, como réplica, la derrota del Estado ávaro. Los francos contraatacaron en 791, y luego en 795, esta vez con aliados internos. Las sumisiones, iniciadas en 795, se multiplicaron después de la destrucción del

ring por Pipino de Italia en 796, y terminaron en 811. Carlomagno había pensado convertir a los ávaros y mantenerlos en el mismo lugar en estado de vasallaje, pero el pueblo vencido se disgregó antes de la intervención de los misioneros francos. Después de 822 no se encuentra *ninguna* mención de los ávaros.

NOTAS DEL CAPÍTULO III

1. Esta aparente paradoja explica la proliferación de leyendas en torno al origen de los francos y de su dinastía. Para el pueblo dueño de Occidente era difícil contentarse con la afirmación sumaria, aunque justa, de GREGORIO DE TOURS (*Hist. Franc.*, II, 8) «de Francorum vero regibus, quis fuit primus, a multis ignoratur». El mismo Gregorio alude a una leyenda que hace oriundos de Panonia a los francos. Pronto ya no fue suficiente: la época merovingia elaboró un sistema complejo que consideraba a los francos como descendientes de los troyanos, como los romanos, a quienes serían iguales...
2. En el siglo VII ya era la interpretación de ISIDORO DE SEVILLA *(... a feritate morum nuncupatos)*, y también, en el siglo IX, la de ERMOLDO EL NEGRO: *Francus habet nomen de feritate sua.* La relación con el nombre de arma (v. nor. *frakka*, «jabalina, lanza») sin duda es inversa a la que suponen algunos etimólogos: es el arma la que toma su nombre del pueblo. En cuanto a *francus*, «libre», es un adjetivo tomado del nombre del pueblo.
3. Cf. pág. 216.
4. Lo que la arqueología describe como franco —pequeñas casas rectangulares o cuadradas, con entramados de madera y relleno de adobe, y hogar central; cerámica rústica decorada con rodetes o punzones, a menudo en forma de doble cono unido por la base— no difiere fundamentalmente de lo que se encuentra en regiones vecinas, por ejemplo la de los frisios.
5. La hipótesis, arduamente sostenida por WERNER, *Zur Entstehung* [n.° 311] ha sido no menos acaloradamente combatida por DE LAET y DHONDT, *Les Laeti* [n.° 397]. La discusión continúa abierta. Parece imposible seguir a Werner sin reservas: los cementerios presentan, hacia 400, una neta separación, poco favorable a la transmisión directa de una civilización. Pero no se puede negar que esta colonización haya contribuido a «barbarizar» la Galia.
6. El argumento no es tan sólido como parece a primera vista, pues Flandes, país sin piedra, ha dejado pocas huellas de moradas romanas reconocibles.
7. Entonces sería la región situada al oeste del Escalda, donde Plinio cita unos *Texuandri.* Se discute vivamente sobre ello; cf. STENGERS, *La formation de la frontière* [n.° 283].
8. A esta «impetuosidad» de los francos del Rin, VERLINDEN, *Les origines* [n.° 285], quiere oponer la «inmovilidad salia». El hecho es que casi no se sabe nada de lo que ocurre en el Norte. El único acontecimiento seguro, conocido por Sidonio Apolinar (Panegírico de Mayoriano), es un encuentro entre Aecio y una banda franca en un lugar llamado *vicus Helena.* Se discuten su situación (sin duda Hélesmes, Nord, cant. Denain), la fecha (quizás hacia 440) y el alcance de este episodio. Sidonio lo describe como la dispersión de una boda franca, ¿pero por qué Aecio tenía que preocuparse de un asunto tan nimio? Quedémonos solamente con el hecho de que entonces unos francos estaban bastante tranquilamente instalados hacia la actual frontera franco-belga. Clodión, un merovingio, era su jefe; Gregorio de Tours, le atribuye, sin dar ninguna fecha, la ocupación de Cambrai y de la región hasta el Somme.

9. Sobre estos acontecimientos el estudio aún más inteligente es el de M. Bloch, *La conquête de la Gaule* [n.° 255].
10. Rignomerio murió en Mans en manos de Clodoveo, pero nada indica que fuera allí el rey; como antaño Childerico en Agers, probablemente estaba al servicio de los romanos y bastante alejado de su pueblo.
11. La última aclaración sobre su reinado es la de G. Tessier, *Le baptême de Clovis* [n.° 267 bis].
12. Este nombre es artificial; de hecho, *Chlodovechus* es idéntico a *Hludovicus* y corresponde, por tanto, a Luis.
13. Esto es todo lo que se sabe sobre el episodio decisivo de la conquista franca. La leyenda en sí no añade nada. Sin embargo, F. Lot, *La conquête du pays d'entre Seine et Loire* [n.° 264], ha propuesto una fértil conjetura. Al observar que, por una parte, ningún texto trata de la conquista franca directa del oeste de la Galia y, por otra, que el Maine y las regiones vecinas disfrutaban dentro del Estado merovingio de un estatuto un poco peculiar (especialmente en cuanto a la legislación fiscal), ha supuesto que el antiguo *Tractus Armoricanus* —cuyas veleidades de autonomía en el siglo v son conocidas— debió de tratar con los francos por su propia cuenta, sin esperar el conflicto, tal vez por temor a los visigodos o los bretones.
14. A partir de la victoria sobre Siagrio, la cronología del reinado plantea problemas extremadamente arduos que originaron discusiones apasionadas entre los eruditos durante los años 1935-1938. No entraremos en los detalles de esta controversia (v. pág. 218). Muchos episodios van acompañados de dos fechas, la primera según la cronología «breve» de Lot (la más admisible en nuestra opinión); la segunda según la cronología «larga» de Van de Vyver.
15. Sobre los preparativos diplomáticos, véase el profundo estudio de Levillain, *La crise des années 507-508* [n.° 262].
16. Véase pág. 219.
17. Sobre Partenio, en espera de un estudio de conjunto, cf. las notas de A. Nagl, Partenius, n.° 21, en Pauly-Wissowa, *Realenzyklopädie;* Stroheker, *Der senatorische Adel* [n.° 456], pág. 199, y F. Beyerle, Die beiden deutschen Stammesrechte, *ZRG, Germ. Abt.*, LXXIII, 1956, págs. 126-128.
18. Este reagrupamiento se vio favorecido por la aparición de los peligros eslavo y ávaro por el Este. No cabe duda de que los reyes francos, empezando por Teodeberto, sintieran una especie de vocación imperial, o imperialista, de reagrupar a los germanos, como atestigua una carta escrita a Justiniano hacia 539 (*MGH, Epp. Merov. et Karol. Aevi*, III, 133): «Habéis dignado inquietaros por saber quiénes somos y en qué provincias habitamos... Por la gracia de Dios, hemos sometido a los turingios, adquirido su territorio, destruido su raza real; los suabos (= alamanes) se han sometido a nuestra majestad; los sajones y los *eucii* (no localizados) se han puesto voluntariamente a nuestras órdenes; nuestro dominio llega hasta el Danubio, la frontera de Panonia y el Océano».
19. Alamanes aislados debieron de instalarse en diversos lugares de Borgoña: cf. P. Lebel, Noms de lieux dus aux Alamans en Côte-d'Or et en Haute-Marne, *XXVIII^e Congrès de l'Ass. bourguignonne des Soc. sav.*, 1957, págs. 128-130.
20. Tenemos la impresión de que una parte de los alamanes no aceptó colonizar la llanura suiza más que a falta de algo mejor. Su gran ambición continuaba siendo la Alta Italia, que había atisbado a fines del siglo III y luego a mediados del siglo v. Un ejército alamán fue el elemento principal del cuerpo de intervención que el rey franco Teodeberto puso a disposición de Vitiges en Italia, en 539.
21. Tal vez ciertos jefes alamanes sintieron la tentación de hacerse arrianos durante la época de esplendor de los godos, especialmente el rey Gibvulto. No resultó nada duradero.

22. Aunque la carta de Teodeberto a Justiniano, de 539 aproximadamente, no los cita.
23. Algunos bávaros participaron en la conquista de Italia por los lombardos (cf. pág. 84); otros llegaron a Borgoña, de donde provienen los topónimos Beyvière y Beyvier, en el noroeste del departamento de Ain. La última dinastía de la Italia lombarda fue en parte bávara.
24. Sobre estos últimos episodios, véase la obra *El segundo asalto contra Europa.*
25. En el *Origo gentis Langobardorum* (mediados del siglo VII) y, sobre todo, la *Historia Langobardorum* de Paul WARNEFRID o Pablo DIÁCONO (finales siglo VIII); hay que hacer poco caso de la *Historia Langobardorum* del manuscrito de Gotha (principios del siglo IX), más prolija.
26. El nombre de los lombardos, *Langobardi*, parece significar «largas barbas»; la tradición anglosajona *(Widsith)* posee una variante *Headhobeardan*, «*Bardi* del combate»; por último, en la mitología nórdica, *Langbardhr* es un epíteto de Odín: todo ello resulta difícil de aclarar. Durante largo tiempo se creyó que los nombres de Bardengau (un cantón de la landa de Lunebourg) y de Bardowiek (una ciudad carolingia de la misma región) recordaban la estancia de los lombardos a orillas del Elba; pero R. Drögereit ha demostrado que esos nombres estaban asociados a un conde Bardo, que poseía este país en el siglo IX (*Niedersächsisches Jahrbuch für Landesgeschichte*, XXXI, 1959, páginas 38-76).
27. Sobre esta conversión no poseemos más que un texto tardío, que la sitúa en *Rugiland*, o sea hacia 489-505; podría ser obra de misioneros rugios. ¿Estuvo precedida de un episodio católico? No podríamos asegurarlo.
28. Pablo DIÁCONO, *Hist. Langob.* [n.° 33], II, 26. Se conjetura que en este texto, muy literario, se entiende por panonios a la población provincial romanizada; los nóricos representan un caso paralelo, o bien a los bávaros o a los búlgaros.
29. No cabe duda de que la intención primitiva de Alboíno fue ocupar el lugar de los ostrogodos en Italia y, consiguientemente, establecerse en Rávena. Fue a falta de algo mejor que situó su cuartel general en Verona. Sus sucesores dudaron entre Verona, Pavía y Milán. La capital no se instaló definitivamente en Pavía —que había sido residencia secundaria de Teodorico y un fuerte establecimiento arriano— hasta 626 aproximadamente (EWIG, *Résidence et capitale* [n.° 445], pág. 36).
30. Este interregno se ha interpretado de diversas formas. Generalmente se cree en un retorno a las tradiciones germánicas individualistas, como reacción contra una monarquía centralizada. BOGNETTI, *L'influsso* [n.° 481] se pregunta si no es necesario pensar sobre todo en una oportuna intervención del oro bizantino...
31. El peligro ávaro-eslavo (en el que los ávaros constituían, como en los Balcanes, la vanguardia y los eslavos el grueso de la fuerza) se señala por vez primera en Istria, en 601 (Pablo DIÁCONO, *Hist. Langob.*, IV, 24). En 603, el rey lombardo Agilulfo destina al asedio de Cremona un grupo eslavo enviado por el jan ávaro (*ibid.*, IV, 28). En 611 se produce en Istria una segunda irrupción eslava. Luego el movimiento se detuvo, tal vez como consecuencia de la reconstitución del *limes*. La población eslava introdujo, no obstante, una cuña hasta el río Natisona, al oeste de Cividale, hacia 700. Se tienen noticias de un desembarco eslavo en la costa adriática del ducado de Benevento hacia 641 (Pablo DIÁCONO, *ibid.*, IV, 44).
32. Resulta difícil apreciar la suerte de las ciudades del interior, conocida solamente por las lagunas en las listas episcopales. ¿Provienen de las guerras góticas, las guerras lombardas o la intolerancia arriana? La situación no volvió a ser más o menos normal hasta mediados del siglo VII; gran cantidad de sedes reaparecen con motivo de un Concilio de Letrán de 649.

33. Pablo DIÁCONO, *Hist. Langob.*, II, 32. LOT, *Hospitalité* [n.° 452], pág. 1005, cree en una confusión con la hospitalidad, en la cual el romano deja una tercera parte de sus bienes al huésped bárbaro.
34. BOGNETTI, *Longobardi e Romani* [n.° 247].
35. El dominio ávaro, tal como lo atestigua la arqueología, coincide aproximadamente con la Hungría actual. Los ávaros lo compartían con turcos, eslavos, búlgaros y algunos residuos germánicos. Los ávaros constituirían la clase dirigente. Si bien el tipo mongoloide predomina entre los hombres, es minoritario, y a veces no existe, entre las mujeres, lo que parece indicar prácticas de exogamia.

Capítulo IV

Las migraciones marítimas en la Europa del Noroeste

Al mismo tiempo que se desarrollaban las grandes migraciones terrestres, unos movimientos menos conocidos afectaban las zonas costeras de la Europa del Noroeste. La mayor parte surgían de la Escandinavia meridional, de la Alemania marítima y de los Países Bajos. Otros, al principio completamente independientes, tuvieron por teatro el norte y el oeste de las islas británicas. Hacia finales del siglo III estas dos corrientes comenzaron a converger con el efecto principal de eliminar la autoridad y la civilización romanas en Bretaña. Su mayor actividad se sitúa en los siglos V y VI, y entonces afecta todo el litoral, desde Galicia hasta el mar de Noruega. Luego se apaciguan progresivamente, pero algunos episodios muestran una continuidad entre esta primera agitación de los pueblos marítimos y la que más tarde representarán los vikingos y los varegos.

1. La oleada germánica: previkingos, anglos, sajones y jutos

La historia de las migraciones marítimas se abre con las expediciones, poco conocidas, de los hérulos. Este pueblo seguramente residía hacia la Dinamarca oriental o la Suecia meridional. Bruscamente, a mediados del siglo III, inició una carrera marítima que preludia la de los vikingos y los varegos, mientras que algunos de sus elementos se asocian a migraciones terrestres en dirección al Danubio medio. Por el Este, unos hérulos llegaron al mar de Azof en 267, forzaron el Bósforo y devastaron las costas del Egeo; volvieron en 276, contra Asia Menor. Pero la mayor parte tomaron la ruta del Oeste: en 287 y en 409 atacan la Galia; hacia 456, una banda saquea las costas gallegas y cantábricas; hacia 459 avanzan hasta la Bética. Como sea que el poder creciente de los francos impedía su expansión, intentaron aliarse con los visigodos. Ya no se hablará más de ellos a partir de comienzos del siglo VI.

El movimiento siguiente, mucho más importante, tuvo un carácter muy distinto: aunque también se inició con la piratería, rápidamente se transformó en conquista y colonización. Surgido de toda la zona cos-

tera comprendida entre Jutlandia y el Rin, y dirigido sobre todo hacia Bretaña, lo dominan los sajones, los anglos y los jutos.

Los ribereños del Báltico occidental y del mar del Norte situados al este del Weser durante la época romana formaban un grupo coherente, los *ingvaeones* de Plinio, que sin duda hablaban el *Nordseegermanisch* de los lingüistas. Tácito se refiere sobre todo a los *chauci*, situados entre el Ems y el Elba, a los *anglii* del itsmo de Jutlandia, y a una serie de poblaciones de esta misma península (de los cuales sólo perdurarán los *varini*). En el siglo II, Tolomeo cita por vez primera un pueblo situado en este sector, los sajones, que localiza seguramente en el Holstein. Estos sajones, que quizás son una rama desgajada de los caucos, rápidamente suplantan a éstos de su antiguo habitat; a mediados del siglo III dominan aparentemente la Baja Sajonia, desde el Holstein hasta el Weser. Toman contacto, por el oeste, con otra población marítima conocida desde el siglo I, los frisones. Estos tres pueblos —sajones, anglos y frisones— serán los protagonistas de las invasiones germánicas en Bretaña, con un cuarto pueblo, aún más misterioso, los jutos.

Hasta mediados del siglo III permanecen en segundo plano. Su primera aparición de importancia se verifica en 286, cuando la autoridad romana encomendó a Carausio que limpiara el mar de francos y sajones. Es el comienzo de una expansión que duró casi cuatro siglos, expansión ante todo y especialmente marítima, pero también (más tarde) terrestre. ¿Cuáles son las causas de este cambio de actitud?

Desde la Edad Media se han alegado causas geológicas y demográficas. Los estudios recientes han confirmado que en las costas alemanas del mar del Norte, tras una relativa estabilidad que va desde 300 a. de J. C. hasta comienzos de la era cristiana, el período comprendido entre los siglos I y VI estuvo marcado por una transgresión marina e importantes sumersiones, antes de un nuevo descenso de la actividad, del siglo VII al X. Pero otros períodos de sumersión —como el que se inició en el siglo X— no provocaron ninguna migración. La consecuencia más segura de las sumersiones es la elevación continua de los poblados costeros (2,40 m de promedio desde el siglo I al siglo IV), y por tanto la formación de un hábitat sobre dunas (llamadas *terpen* en Frisia, *wurten* en la Baja Sajonia). Esto no puede explicar completamente la migración, tanto más cuanto que la expansión de los sajones por el continente —que sigue a la expansión marítima— alcanza su punto álgido en una época de relativa estabilidad: los siglos VI-VII. Por otra parte, el estudio de los cementerios muestra la existencia de cierta superpoblación en las costas de la Baja Sajonia, entre el Elba y el Ems principalmente; pero esto no es válido para el conjunto del sector. Por tanto el problema continúa siendo, como de costumbre, poco soluble. Seguramente la oportunidad desempeñó un papel decisivo: los primeros éxitos atrajeron seguramente otros.

También hay que pensar en los progresos de la construcción naval, aunque no hubiera alcanzado un estadio muy perfeccionado. El único navío que se conoce de este período, hallado en 1864 en Nydam, en la costa báltica del Sønderjylland, presenta una innovación considerable

(unión de las planchas superpuestas, con clavos de hierro), pero también impresionantes atrasos (quilla reducida, ausencia de mástil, maniobra con remo solamente, dimensiones limitadas: 23 por 3,25 m). Por tanto, en el siglo IV aún se está muy lejos de las embarcaciones vikingas. La mayor parte de los viajes de la Baja Sajonia a Bretaña seguramente se hicieron costeando todo lo posible, con escalas en Frisia y sin duda en Flandes o el Bolonés, cerca del estrecho.

La expansión marítima de los pueblos secundarios —anglos, frisones, jutos— parece estar dirigida únicamente hacia Bretaña. Por el contrario, los sajones tantearon el terreno a lo largo de casi toda la costa entre el Firth of Forth y la Gironda. En muchos puntos, como en Bretaña, intentaron una colonización que dejó algunos vestigios y que, a menudo, prefigura la de los vikingos.

Especialmente cuatro sectores fueron polos de atracción: la costa holandesa y flamenca, la costa del Bajo Bolonés, el Bessin y la costa atlántica de la Galia.

La amplitud de las inquietudes suscitadas desde el siglo III a lo largo de la Mancha y, en menor grado, del Atlántico, es demostrada por la extraordinaria cantidad de tesoros monetarios escondidos en las zonas costeras y, más aún, por la organización en el continente, durante el Bajo Imperio, de un sistema de defensa llamado *litus saxonicum*, paralelo al que evocaremos en Bretaña. Por tanto seguramente no tuvo la misma solidez que más allá de la Mancha y no dejó ningún vestigio arqueológico seguro.

El papel de los frisones en la migración es poco conocido. Sólo el historiador bizantino Procopio los sitúa en la misma categoría que los sajones entre los conquistadores de Bretaña. Se ha creído encontrar vestigios en diversas regiones de Inglaterra, especialmente en Anglia Oriental. Desde el siglo IV al VII, las culturas anglosajona y frisona fueron muy parecidas, como lo son las dos lenguas. La expansión frisona se efectuó sobre todo hacia el nordeste, primero entre el Ems y el Weser (¿siglo VII?), y luego entre el Elba y el Ejder (¿siglo IX?), para ocupar el lugar que la partida de los sajones había dejado vacante.

Los jutos plantean un problema insoluble. Beda les atribuye la colonización de Kent, de la isla de Wight y de una parte de Hampshire. ¿Son jutos de la Jutlandia danesa? Pero estos últimos parecen haber pertenecido a un grupo nórdico, y en Kent no hay nada que indique tal aportación lingüística. ¿Se trata de un pueblo que les había usurpado el nombre? ¿O hay que buscar otra vía, siguiendo a los arqueólogos? El mobiliario funerario de Kent presenta profundas analogías con el de las regiones francas del Rin inferior. Los juristas hacen idénticas comprobaciones en el dominio de las instituciones, sobre todo agrarias. El nombre de jutos, ¿designa acaso una mezcla francosajona? Pero estos caracteres originales de Kent no se hallan en los demás dominios jutos, como Wight y Hampshire. Algunos autores intentan explicarlo todo

distinguiendo dos fases: una nórdica, verdaderamente juta, poco numerosa, a finales del siglo V y comienzos del VI, seguida de una fase franca superpuesta, de 525 a 560 aproximadamente [1].

El caso de los anglos, afortunadamente, es más claro. Provienen, por lo menos en su mayoría, de la región de Angel (en la costa oriental del Schlesvig), que desalojaron durante dos siglos al emigrar hacia Bretaña. Ni su lengua ni su civilización se distinguían mucho de las de los sajones; al igual que hacían éstos a menudo, seguramente realizaron escala en Frisia. En resumen, su movimiento no se distinguiría mucho del de los sajones, y nadie cree que se les puedan asignar sectores de colonización coherentes y claramente delimitados.

Después de la migración, los jutos que quedaban se fundieron en la unidad danesa; los anglos seguramente desaparecieron por completo del continente, dejando su lugar a daneses, suecos, frisones y eslavos. Los varinos (o varnos) intentaron beneficiarse de la marcha de muchos sajones para forjarse una especie de imperio en la Alemania del Norte; fueron eliminados por los francos en 594. Por lo demás, lo que quedaba de los sajones en seguida dio muestras de un gran dinamismo, pero por tierra. Su avance, dirigido sobre todo hacia el sudoeste, se tradujo por la destrucción de los brúcteros (entre el Lippe y el Ruhr) hacia 695, la ocupación de toda Westfalia y la destrucción lenta del Hesse y de Turingia. No fue contenido hasta Pipino el Breve y Carlomagno.

El problema fundamental de la historia anglosajona es evidentemente la conquista de Bretaña. Se desarrolló en tres fases: las incursiones, la creación de núcleos y la verdadera colonización, las tres algo entreveradas entre sí. La evolución fue mucho menos brusca y espectacular que las irrupciones bárbaras en el continente; de ahí la escasez de indicaciones concretas en las fuentes contemporáneas: un fenómeno que se extiende a lo largo de cuatro o cinco generaciones atrae poco la atención. En cuanto a la tradición historiográfica inglesa de la Edad Media, no conservó el recuerdo de ningún episodio anterior a 449. Sólo la arqueología permite restituir la cronología de la migración.

Las primeras alarmas se producen seguramente a finales del siglo II: en tiempos de Marco Aurelio (161-180) se esconden cierta cantidad de depósitos monetarios cerca del Támesis y del Wash, las dos principales puertas de entrada a Inglaterra por el este. Durante el reinado de Caracalla aparecen fortificaciones costeras en los mismos sectores (en Reculver, en Kent, hacia 210-220). A fines del siglo III, bajo el usurpador Carausio, las defensas son coordinadas en una especie de *limes*, quizás dirigido tanto contra el emperador legítimo Maximiano como contra los piratas. Durante los dos primeros tercios del siglo IV, este sistema seguramente fue eficaz; perforado por vez primera en 364, aún resiste en la época de la *Notitia Dignitatum:* es el *litus saxonicum*, que cubre todas las costas este y sur de la isla y cuyo cuartel general se halla en *Rutupiae* (Richborough), al sur del estuario del Támesis.

¿Quién defendía estas fortificaciones? Sin duda, conforme a la práctica del Bajo Imperio, se recurría a antiguos asaltantes entonces a sueldo de Roma. Los primeros sajones que se fijaron en Bretaña seguramente fueron *foederati*, mercenarios y no conquistadores. Los arqueólogos dicen haber descubierto su pista desde los primeros años del siglo V, especialmente en Anglia Oriental, en torno a Caistor-by-Norwich, donde la cerámica recuerda la de los anglos del Schlesvig. Los indígenas, sin duda, cerraron los ojos, pues vieron en su llegada un contrapeso a la amenaza de los pictos y de los escotos, que entonces era más grave. En las guarniciones también había otros bárbaros, especialmente francos (uno de ellos fue *dux Britanniarum* desde 367) y alamanes (Valentiniano I estableció en Bretaña una tribu de alamanes).

La crisis permanente del ejército romano ofreció finalmente a los sajones perspectivas inesperadas. Poco después de 395, Estilicón había restaurado las defensas de Bretaña. Pero cuando el Imperio fue atacado en el continente en 406 y se produjo la catástrofe, la rotura del *limes* renano y de las defensas alpestres, todo se hundió. Bretaña, cortada del gobierno de Rávena, eligió sucesivamente tres usurpadores, el último de los cuales, Constantino III, intentó salvar la Galia y desembarcó en Bolonia en 407 con el ejército de Bretaña. Esta fuerza se perdió en el caos galo. Los sajones, informados, se aprovecharon de ello, y en una crónica gala aparece esta lacónica notación: *Britanniae Saxonum incursione devastatae.*

Pero para emprender una verdadera colonización, aún esperaron una generación: los arqueólogos no descubren indicios de la llegada regular de inmigrantes hasta 430-440 aproximadamente. Incluso parece ser que el grueso de la oleada no es anterior a los alrededores del año 500; ninguna de las dinastías anglosajonas reivindica un afianzamiento anterior al primer cuarto del siglo VI [2].

Bretaña se ofreció en cierto modo a los sajones a consecuencia de una descomposición interna. A partir de finales del siglo IV se comprueba en todas partes, incluso en las regiones en las que los sajones no se instalaron nunca, una neta recesión. Sin duda otros invasores, pictos y escotos, son en parte responsables de ello. Pero el fenómeno es más profundo. Al igual que en Armórica, pero en un grado más notable, se observa un declive irremediable de la vida urbana y del gran dominio en beneficio de formas indígenas más primitivas, y una negativa cada vez mayor a someterse a la autoridad estatal; la aristocracia municipal, en la medida en que sobrevive, se abandona a las tentaciones de una autonomía provincial; a juzgar por los hallazgos monetarios, el comercio con el continente casi se detiene hacia 410-420 [3].

Después de la marcha de Constantino III los romanobretones creyeron por un momento poder valerse por sí mismos. El historiador

griego Zósimo escribe: «Los bretones, al rechazar la dominación romana, vivían según su propia manera, sin obedecer las leyes romanas». Lo que quedaba de la administración se había comprometido en grado variable en la usurpación de Constantino, y por tanto fue muy fácil librarse de ella en nombre de una lealtad teórica hacia Honorio. Así la autoridad pasó a las *civitates*, que conservaron, en cierta medida, contacto con el Imperio. Hubo algunos intercambios de cartas, envíos de tropas y, probablemente, una relativa reconquista del sudeste de la isla (en tiempos de Honorio, las guarniciones aún eran regularmente pagadas con dinero, pero no hay ninguna moneda de su sucesor). Pero en seguida también se perdió el litoral de enfrente, Bélgica II, a causa del avance de los francos, cuando se instalaron en Tournai. Se había roto definitivamente el cordón umbilical que unía la Bretaña al Imperio.

Cuando san Germán de Auxerre fue en 429 a Bretaña a luchar contra el pelagianismo, ya no encontró ningún agente del Imperio; pero en cambio encontró autoridades regulares, por ejemplo, un *vir tribuniciae potestatis* en *Verulamium*. Hay que imaginarse la Bretaña de entonces como un país celtorromano autónomo, una federación elástica de ciudades. La mayor parte de éstas debían de conservar sus decuriones, y un número cada vez mayor de ellas tuvo su obispo. Pero esta estructura superviviente era de notoria debilidad; Germán comprobó que los bretones apenas podían defenderse de las incursiones sajonas, pictas y escotas; el santo, recordando que en su juventud había sido gobernador de una provincia gala, los reagrupó y los condujo a la victoria el día de Pascua de 429 (victoria llamada del Aleluya). Cuando san Germán volvió a visitarlos, hacia 440-444, la descomposición estaba más avanzada: según parece, la organización de las ciudades había sido remplazada poco a poco por jefes tribales celtas, los *tyranni*, que denunciaría más tarde Gildas, y algunos romanos que los imitaban. Se conocen especialmente dos: un celta llamado Vortigern, relacionado con la facción pelagia y hostil a los obispos, y un poco más tarde el «romano» Ambrosio Aureliano, que se hacía pasar por miembro de una familia consular y sostenía la ortodoxia. Ante este desorden, la aristocracia hizo repetidos llamamientos (Gildas escribía, un siglo más tarde, que hubo tres) al ejército «romano» del norte de la Galia, el de Aecio; tenemos conocimiento especialmente de la petición de auxilio de 446, dirigida quizás contra Vortigern y los bárbaros a la vez. Aecio sólo dio respuestas dilatorias; ocupado hasta 451 en la lucha contra Atila, fue muerto en 453 antes de haber podido intentar nada.

Fue sin duda en esta época cuando algunos régulos, en lucha entre sí, decidieron llamar a auxiliares sajones. Beda fecha en 449 la instalación de los jefes Hengist y Horsa en Kent, a petición de Vortigern. El episodio presenta un sabor legendario, pero la fecha parece razonablemente

escogida y el lugar también (el establecimiento de los sajones en los fuertes del estrecho podía representar un seguro contra un desembarco de Aecio). Estos mercenarios seguramente se sublevaron en 455, y entonces debió de comenzar la verdadera conquista de la isla. Muchos detalles son sospechosos (incluso el nombre de Vortigern), pero las investigaciones recientes son mucho más favorables a esta tesis tradicional, al contrario de los historiadores de 1930. La arqueología muestra que no hubo ninguna catástrofe brusca y general; que los tipos de cerámica anglofrisones se extienden progresivamente; que los primeros asentamientos sajones tienen un carácter fraccionario, casi familiar. Seguramente las fuerzas se organizaron sólidamente con cierto retraso, tanto en una parte como en otra, tras una prolongada fase de confusión.

La segunda mitad del siglo V es el período más oscuro. Avanzando a partir de tres zonas de desembarco —el estuario del Támesis y Kent; los Fens; el estuario del Humber— los sajones ocuparon rápidamente el tercio oriental de la isla. Estos primeros colonos seguramente casi prescindieron de organización política. Las realezas no aparecen hasta que se produce una nueva oleada de inmigrantes, que irrumpió después de 500; éstas pretendían tener ascendencia divina [4].

Pese al esquema heredado de Beda, es inseguro que se pueda asignar a cada pueblo una área de establecimiento coherente. Seguramente los «reinos» del siglo VI tuvieron como origen el reagrupamiento de elementos muy diversos. Sus nombres lo demuestran: o bien están tomados de la toponimia celtorromana (Kent, quizás Bernicia), o bien tienen un carácter puramente geográfico («gentes de la marca» o Mercia, «gentes del norte del Humber» o Northumbria, Wessex, Sussex, etc.). Para encontrar verdaderos grupos tribales, hay que descender a una escala muy inferior, la de los *subreguli* (por ejemplo los *Haestingas*, que dejaron su nombre a Hastings en Sussex y que son las «gentes de *Haesta*», su jefe; los *Hrodhingas* de Essex).

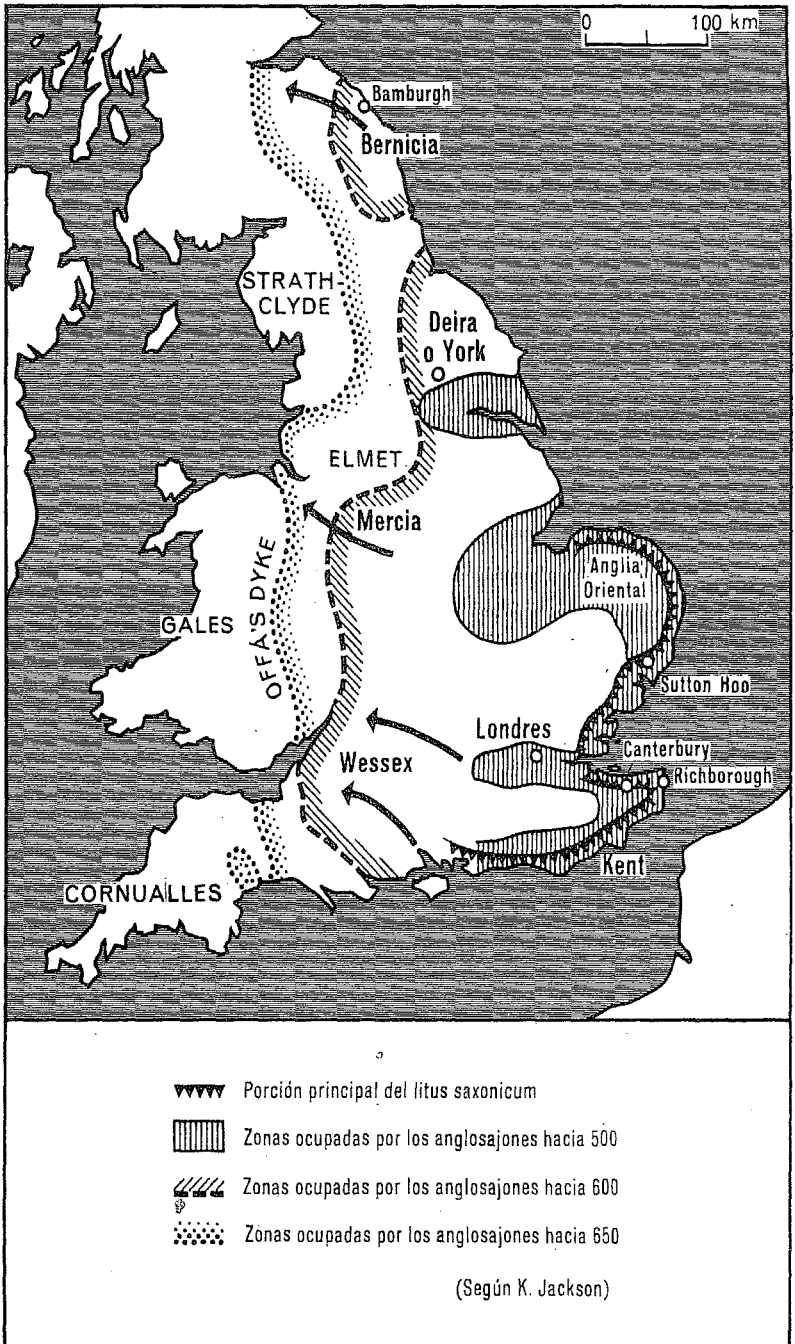
La colonización ocupó las tierras arables (los recién llegados se interesaban menos que los bretones en la ganadería), avanzando a través de los valles (que los bretones explotaban poco). No se conoce ninguna fecha de ocupación de ciudad alguna, pues éstas perdieron cualquier significación. Las etapas de la marcha hacia el oeste y los núcleos de resistencia bretona se pueden llegar a definir por medio de la toponimia y la arqueología funeraria. Los anales, redactados todos bastante tarde, sólo proporcionan algunos episodios violentos y memorables, de una localización a menudo difícil.

Por lo que cabe deducir de estos medios de investigación, parece ser que el avance no fue continuo y uniforme. Hay puestos avanzados sajones establecidos muy prematuramente en el corazón del país, como, por ejemplo, en el alto Támesis, e islotes de supervivencia bretona

bastante alejados, hacia el este, por ejemplo hacia Cambridge. Los bretones no consiguieron reagruparse hasta bastante tarde, hacia mediados del siglo VI, y lo hicieron a lo largo de una línea de resistencia que iba aproximadamente desde Edimburgo, en el norte, hasta Portland, en el sur: la mitad de la isla ya estaba perdida (mapa 4).

La eliminación de los indígenas plantea uno de los problemas más misteriosos de la historia inglesa. Primero se producen algunas comprobaciones generales: el inglés sólo ha tomado del bretón unas 15 o 16 palabras, y los nombres de algunos grandes ríos (Támesis) y de algunas grandes ciudades (Londres, York, Lincoln), que seguramente eran conocidos por los invasores antes de la caída de Roma. La mayor parte de lugares urbanos fueron abandonados como inútiles (la poesía inglesa los considera como *eald enta geweorc*, «la obra antigua de los gigantes»), prácticamente no fue reocupada ninguna *villa*. El cristianismo desapareció (salvo oscuros focos demostrados por los topónimos Eccles, Eccleston). El armamento, las joyas, el mobiliario funerario [5] se lo deben todo a la tradición germánica. ¿Todos los bretones fueron muertos o expulsados? La tradición conserva el recuerdo de algunas matanzas —como la de Anderida, cerca de Pevensey—, pero a título excepcional. Evidentemente se produjo una huida hacia el oeste, pero nada indica el terrible hacinamiento que se habría producido con el repliegue de toda la población de la isla. Por tanto, hay que admitir que tras una fase más o menos prolongada de bilingüismo, algunos romanobretones fueron asimilados totalmente. Quizás en Kent se tiene la huella de una fase intermedia: a finales del siglo VI existían allí los *laet*, clase social habitualmente formada en el mundo germánico por poblaciones vencidas, y en Canterbury aún se conservaba, a la llegada de los primeros misioneros (597), el recuerdo del carácter eclesiástico de algunos edificios.

En los detalles, este cuadro sería susceptible de matices. Cada nombre de ciudad es un caso particular: por cada supervivencia perfecta (*Londinium* = London) y por cada traducción (*Durovernum Cantiacorum* = *Cantwaraburh*/Canterbury), existen muchos nombres mixtos (*Venta* = Winchester) y muchas ciudades que perdieron su nombre en beneficio de algún apelativo vago: *Deva* se convierte en Chester; *Venta Icenorum*, en Caister-by-Norwich; aparte la existencia de muchos otros Chester, Caster, Caistor, etc. A diferencia de la Galia, en los nombres de pueblos no ha sobrevivido ni un solo topónimo de raíz galorromana (¿pero acaso el bretón los había adoptado?); no obstante, los arqueólogos han establecido la supervivencia de algunos asentamientos (por ejemplo, Withington, en los Cotswolds). Evidentemente los sajones no aprendieron el bretón, y sin embargo cierto número de antropónimos del inglés antiguo están tomados o calcados del bretón, empezando por los del primer poeta inglés, Caedmon, y del gran rey de Wessex en el siglo VII, Caedwalla (la frecuencia de estos nombres en la dinastía de Wessex sugiere matrimonios mixtos). Por último, aunque el mobiliario funerario es muy germánico, algunas formas de fíbulas femeninas deben mucho a influencias bretonas. Habría que elaborar una geografía precisa de las supervivencias, como hizo Max Förster para los nombres de los cursos de agua: casi todos los ríos importantes tienen nombres



MAPA 4. La colonización anglosajona en Inglaterra

bretones, los ríos medios se dividen en partes iguales entre nombres bretones y nombres sajones, y casi todos los riachuelos tienen nombres sajones; las supervivencias son especialmente débiles en el Sudeste, y especialmente notables en el Oeste. Las rutas romanas sobrevivieron, pero bajo nombres sajones. En Londres, aunque no se tiene ningún hallazgo sajón anterior al siglo VII, el plano antiguo sobrevivió durante mucho tiempo, y si los edificios públicos desaparecieron rápidamente, fue a causa de que fueron aprovechados como canteras; por lo tanto, por una población superviviente. Algunos autores (T. C. Lethbridge) han llegado a definir la cultura anglosajona como una cultura mixta, ampliamente tomada de fuentes provinciales romanas.

La conquista sajona no adquirió un estatuto regular hasta la fundación de los principales reinos, es decir a partir de mediados del siglo VI, cuando prácticamente hubieron cesado los desembarcos procedentes de ultramar. Sólo tres reinos aportaron a esta última fase una colaboración activa: Wessex, Mercia y Northumbria.

El origen de Wessex se sitúa, según la tradición, en el año 495, y el honor es atribuido a un jefe llamado Cerdic, seguramente legendario. La arqueología indica que el verdadero origen de este reino conquistador hay que buscarlo en la convergencia de dos avances hacia el oeste, uno surgido de los establecimientos sajones del Támesis superior y otro de los del Hampshire costero. El avance hacia el oeste, frente a los bretones de Domnonea (Devon y regiones vecinas), está jalonado por una serie de batallas de difícil localización, desde la de *Mons Badonicus* librada por «el último de los romanos», el jefe romanobretón Ambrosio Aureliano (quizás en Badbury Rings, a orillas del Stour, en Dorset), hasta la de Dyrham, en 577, en la que fueron muertos tres «reyes» bretones y que proporcionó a los sajones, junto con la posesión de las ciudades romanas de Cirencester, Gloucester y Bath, su primer acceso a la costa oeste, aislando a los bretones de Cornualles de los de Gales. Tras una pausa a comienzos del siglo VII, aprovechada sin duda para la construcción de un muro de tierra junto a la frontera, el Wansdyke, la expansión se reanudó hacia 650. Aún transcurrieron dos generaciones antes de que fueran reducidos los celtas del Somerset y del Devon, en gran parte rechazados hacia la Bretaña armoricana. Cuando se inició, mucho más tarde, en 815, la sumisión de Cornualles, el tipo de acción fue muy distinto: una simple conquista política, que respetó la población celta [6].

Mercia tuvo unos comienzos más oscuros y más tardíos. Esta «marca» nació de los esfuerzos de los colonos instalados en la cuenca superior del Trent, alrededor de Lichfield, que bajo el rey Penda consiguieron, en el segundo cuarto del siglo VII, anexar la región de los *Hwicce*, a orillas del Severn medio. El avance principal se dirigió hacia el nordeste, y alcanzó el mar de Irlanda en Chester en 604 o 616, lo que significó una cuña entre los celtas de Gales y los de Strathclyde (en Cumberland y Westmoreland) y de Elmet (en torno a Leeds). A finales

del siglo VIII, la frontera frente a los galeses fue consolidada con un inmenso muro de tierra, el denominado Offa's Dyke, que va desde el Severn hasta el Dee, poco más o menos sobre el trazado del límite actual.

Northumbria estuvo primero dividida entre dos reinos, el de Deira, situado entre el Humber y el Tees, y el de Bernicia, extendido desde el Tees al Firth of Forth. El primero quizás surgió de los federados que después de 450 se establecieron alrededor de York; el segundo seguramente tiene su origen en unos piratas instalados en el siglo VI en la costa, especialmente en Bamburgh, en un medio aún más celta. Los dos Estados se fusionaron a comienzos del siglo VII, y Northumbria rápidamente ocupó el sudeste de Escocia y toda la zona montañosa hasta el mar de Irlanda, pero sin expulsar a los antiguos habitantes. La cultura northumbriana, potente y original hasta la irrupción de los vikingos, debe un sabor especial a su receptividad, única en el mundo anglosajón, respecto de los elementos celtas [7].

Cuando cesó este avance, hacia finales del siglo VII, el espacio donde nacería la Inglaterra medieval estaba enteramente ocupado, y la lengua inglesa había triunfado casi en todas partes, con variaciones dialectales que corresponden a los agrupamientos políticos de la última fase de la conquista. El latín seguramente había desaparecido, desde finales del siglo V, con las clases superiores. El bretón había sido arrinconado en tres sectores costeros del Oeste, los más pobres de la isla; después de la ruptura de la unidad territorial hacia 580-620, adquirió un matiz particular en cada uno de ellos. En Cornualles, el córnico sobrevivió hasta comienzos del siglo XVIII en unas quince parroquias cercanas al cabo Land's End; el último individuo que lo hablaba murió en 1777. En Gales y en el condado adyacente de Monmouth continuó existiendo el galés, con gran vitalidad. En cuanto al bretón de Strathclyde, sin duda desapareció hacia el siglo XI, bajo los golpes sucesivos de los colonos noruegos y de los conquistadores normandos.

En toda el área delimitada de ese modo se estableció una civilización homogénea. Pese a sus variaciones regionales, la lengua es única, y los más antiguos textos le dan el mismo nombre, *englisc*. El paganismo, por lo demás bastante desorganizado (salvo quizás en Northumbria), se extendió por todas partes. La multiplicidad de reinos, que suman más de doce, de rangos muy distintos, no impide que las instituciones políticas sean sustancialmente idénticas en todas partes. El material arqueológico no presenta variedades muy manifiestas; a lo sumo se trata de matices, como los que resultan de un abandono parcial del rito sajón de la cremación (¿bajo influencia bretona?) y su sustitución por la inhumación.

Únicamente las estructuras agrarias constituyen una excepción. Desde finales del siglo VI los inmigrantes sólo conservaron escasos contactos

con la vida marítima (las tumbas reales de navíos de Suffolk son las principales excepciones); rápidamente se convirtieron en campesinos preocupados por los problemas de la tierra, que resolvieron de modos muy diversos. Aunque de forma casi general la aldea rodeada por un vasto *openfield* ha sustituido a la villa romana y ocupa lugares comúnmente nuevos, Kent constituye una excepción, con una población distribuida en caseríos y una concepción muy distinta de los derechos comunitarios, y Anglia Oriental se halla en una situación intermedia entre Kent y el corazón de las regiones sajonas. La aldea anglosajona, según han demostrado las excavaciones, se parece bastante a la de la Baja Sajonia, y está formada por casas rectangulares de madera, más o menos alineadas a lo largo de una calle; su ajuar es rudimentario, y a menudo ignora mecanismos tan simples como el torno de alfarero. No obstante, su organización jurídica está muy elaborada, con una distribución del suelo en unidades tipo, los *hides*, y rotaciones regulares de los cultivos.

Al ocupar Bretaña, los sajones aportaron una parte de su patrimonio intelectual, especialmente la escritura rúnica, que por lo demás utilizaron poco. Durante mucho tiempo sus tradiciones literarias se parecieron a las de las tribus continentales, y los textos épicos —recogidos por escrito en la época cristiana— nunca se refieren a su historia en Bretaña, sino a los grandes acontecimientos de las dinastías escandinavas *(Beowulf)* o continentales *(Widsith)*. Inglaterra no se creó una cultura autónoma hasta el siglo VIII, ya en un marco resueltamente cristiano. Salvo algunos recuerdos sentimentales (especialmente en los escritos de Breda), desaparece entonces toda conexión con los «sajones viejos».

El fenómeno inglés ocupa un lugar aparte en la historia de las grandes migraciones. Surgido de incursiones marítimas, que *a priori* parecen menos favorables a los movimientos en masa que los desplazamientos terrestres, no consistió en una colonización apoyada en unos estamentos dirigentes, como en la mayor parte de los reinos bárbaros del continente, sino en unos asentamientos en masa. Por ello aquí los efectos de los desplazamientos de los siglos V-VII fueron a la vez más radicales y más duraderos que en el resto del Occidente.

2. Pictos y escotos

Las relaciones de la Bretaña romana con Irlanda habían sido pacíficas y muy escasas hasta mediados del siglo III; con la independencia de Escocia, se habían limitado, hasta el año 350 aproximadamente, a escaramuzas a lo largo del muro fronterizo: por el oeste y el norte no había ningún peligro exterior. En el siglo IV todo cambió. Durante tres

o cuatro generaciones, antes del triunfo de los sajones, pictos y escotos de Irlanda pasaron a primer plano. Sin duda son responsables de los primeros desastres que se produjeron en Bretaña y de los golpes más rudos que tuvo que soportar la sociedad romana de la isla.

Escocia estaba habitada por unos pueblos poco conocidos, sin duda preceltas, que tenían fama de extrema barbarie, los pictos, situados al norte del Clyde y del Firth of Forth. Al Sur, unas poblaciones celtas afines a los bretones, no tenían mejor fama: san Jerónimo acusa a los *atecotti* de antropofagia. Su primera incursión se señala en 367, y se encuentran huellas de su paso incluso por Anglia Oriental. San Germán combatió contra ellos en 429. Causaron graves daños, de los que Beda conserva un recuerdo terrorífico, pero no se establecieron en ningún punto situado más allá del muro. Además su combatividad fue absorbida en seguida por la defensa de su propio país contra los escotos.

El peligro escoto en la costa oeste comenzó a mediados del siglo III, al mismo tiempo que el peligro sajón al este. Se han hallado algunos tesoros enterrados, y se construyeron carreteras y puestos fortificados en Lancashire y en Gales (Pembroke). Poco antes de 300, en el canal de Bristol se instaló una base naval, en Cardiff se construyó un fuerte y algunas *villae* fueron fortificadas. Las incursiones se agravaron después de 350. Las tradiciones irlandesas (bastante posteriores) pretenden que unos tránsfugas romanobretones ayudaron a los escotos a constituir una fuerza naval. El rey Niall, el de los nueve rehenes (¿finales del siglo IV?) seguramente organizó desembarcos en Bretaña e incluso en la Galia, donde su sobrino Dathi encontró la muerte hacia 425 (¿como pirata o como mercenario de Roma?). Una de estas incursiones en la costa oeste de Bretaña tuvo consecuencias muy importantes para la historia religiosa: hacia 400 fue raptada la familia de un dignatario romano-bretón, el diácono y decurión Calpurnio, en la localidad de *Bannaventa* (sin duda Ravenglass, Cumberland); dos hijas y un hijo fueron llevados como esclavos a Irlanda; el hijo fue san Patricio, el apóstol de la isla.

Como en el Este, las incursiones dejaron paso en seguida a la colonización. La infiltración irlandesa en las penínsulas occidentales (Cornualles, Gales del Sur y del Norte) debió de comenzar desde el siglo IV, quizás a título de federados, para defender la costa contra otros asaltantes. Estos colonos en seguida adquirieron una independencia de hecho. En la zona sudoriental de Gales, un pequeño reino irlandés que subsistió hasta el siglo X se vanagloriaba de remontarse a unos colonos llegados en el siglo III. En Devon, el establecimiento irlandés data de los siglos IV-V. Estos irlandeses del sudeste de Bretaña fueron portadores de una civilización original, que se expresa por las inscripciones ogámicas (unas cincuenta, la mayor parte en Pembroke); sin duda continuaron hablando irlandés hasta el siglo VII. Al mismo tiempo los inmigrados

habían adquirido cierto barniz romano: 44 inscripciones ogámicas también tienen un texto latino, y en esos textos aparecen con frecuencia nombres tan romanos como Pompeius, Turpilius, Eternus o Vitalianus. Los escotos incluso intentaron asimilar las instituciones del Bajo Imperio: un régulo galés (muerto hacia 550, según Gildas) se hizo grabar un epitafio bilingüe *Memoria Voteporigis protictoris;* evidentemente *protector* fue tomado como denominación de una dignidad romana. Es un buen ejemplo de supervivencia, un siglo después de la desaparición de toda autoridad imperial en Bretaña; muestra una aceptación del hecho romano comparable a la que se halla en la Galia, muy distinta de la actitud de los sajones.

Paralelamente, y con un éxito más duradero, los escotos habían emprendido la colonización del territorio picto. Sus primeras huellas, como piratas, aparecen allí a mediados del siglo IV. En la segunda mitad del siglo V fundan el reino de Dalriada, desde el Clyde hasta las Hébridas del Sur, apoyado indirectamente sobre el Ulster. A finales del siglo VI, el rey Aedan Mac Gabrain extiende ampliamente hacia el norte y el este el perímetro dominado por los escotos, pero topa con los northumbrianos en 603, y la conquista se detiene hasta el siglo IX. Los pictos, debilitados por los vikingos, se sometieron finalmente al rey escoto Kenneth Mac Alpin en 843. Unificado primero con el nombre de Albán, el país en seguida tomó el nombre de sus conquistadores, se convirtió en Escocia y aceptó unánimemente la lengua importada de Irlanda (es el gaélico de Escocia, que aún sobrevive en la extremidad noroeste); el picto desapareció antes del siglo XII. Esta expansión política fue favorecida por el establecimiento, en 563, en la isla de Iona, de uno de los focos más activos de la misión irlandesa.

Desde su conversión, Irlanda había dejado de enviar piratas y colonos. Pero los irlandeses conservaron una singular atracción aventurera bajo su hábito monástico. Las «navegaciones» y los «exilios» no se encuentran porque sí entre los géneros fundamentales de su literatura. Junto al deseo ascético de huir del mundo, esta mentalidad impulsó a monjes irlandeses, sin duda desde el siglo VII, al descubrimiento de las islas del Norte, Far-Oer, islas costeras noruegas y luego incluso Islandia. Estas navegaciones son señaladas por el geógrafo Dicuil y luego por las *sagas* escandinavas. Los vikingos las interrumpieron abruptamente.

El rasgo más singular de las migraciones irlandesas es que se efectuaron con un instrumento náutico de una mediocridad increíble, el *currach*, barca de pieles cosidas sobre una armadura de madera, incapaz de llevar cargas pesadas y difícil de gobernar, pero que tanto navegaba a vela como a remo.

En la destrucción de la Bretaña romana es difícil evaluar la parte que tuvo cada invasor. Los anglosajones desempeñaron un papel decisivo, pero las atribuciones contradictorias abundan cuando se trata de cuestiones de detalle. Una de las dudas más serias se refiere a los orígenes de la gran migración bretona hacia Armórica.

3. Las migraciones bretonas hacia el Sur

Los bretones, abandonados por Roma, fustigados por las invasiones en el norte, el este y el oeste, no supieron dar una respuesta adecuada, por falta de organización política. Los últimos jefes de tipo romano, como Ambrosio Aureliano, el vencedor efímero del *mons Badonicus*, y uno de los prototipos del legendario rey Arturo, desaparecen a comienzos del siglo VI. Sólo quedan reyezuelos tribales, algunos de ellos citados en las crónicas inglesas: Natanleod en 508, Anmail, Conmail, Condidan y Farinmail en 577. Para nosotros no son otra cosa que nombres. Esta incapacidad política explica con creces, sin duda, la marcha hacia el sur de una parte de los bretones; en todo caso, la migración ya era considerable antes de que los sajones ocuparan un tercio de la isla.

Ya desde mediados del siglo V cabe señalar bretones de diversos tipos en el continente. Un obispo bretón, Mansueto, se halla presente en el concilio de Tours, de 461. Hacia 470, el rey bretón Riotimo se bate, con sus 12.000 hombres *(sic)*, contra los visigodos, en Berry, por cuenta del emperador Antemio, y luego se repliega hacia Borgoña. ¿De dónde venía?: ¿de la isla o de un establecimiento ya fundado en la Galia? Nada lo aclara. Su tropa reaparece antes de 489 a orillas del Loira. Por último, a partir de la época de los hijos de Clodoveo, los francos toparon con establecimientos bretones compactos en la Armórica occidental. El primer embrión de construcción política (el *Bro Werec*, en la costa sur) data de finales del siglo VI. Se tiene la impresión de que la migración, iniciada hacia 450, alcanzó su apogeo entre 550 y 600, y no terminó hasta comienzos del siglo VII.

¿De dónde vino la migración? Quizás las primeras oleadas partieron del Sudeste, directamente amenazado por los sajones, pero lo esencial vino del Sudoeste, quizás en parte bajo la presión de los escotos. La costa norte de la Baja Bretaña, desde Saint-Brieuc hasta la rada de Brest, en la Edad Media se llama Domnonea, nombre idéntico al de Devon; poco después de 511 existen huellas de un rey de los *Dumnonii* de Devon, que llegó a la Pequeña Bretaña; el sudoeste de la Armórica aún se llama Cornualles. Esta gran migración parece lógico explicarla con el gran avance del Wessex hacia el oeste, en el siglo VI; la detención de las migraciones coincidiría con el paro de los sajones a las puertas del Cornualles inglés y del País de Gales [8].

El bajo bretón debe de representar el lenguaje de los últimos inmigrantes, los que vinieron del Sudoeste. En todo caso está mucho más próximo del córnico que del galés [9]. Los cuatro dialectos del bretón actual (tregorrés, leonardo, cornuallés, vanés) seguramente no se formaron hasta el establecimiento de emigrados en Armórica. Se conjetura

que algunas supervivencias del galés en el interior pueden haber influido en algunas particularidades dialectales, especialmente del vanés [10].

Las modalidades del asentamiento bretón en Armórica son poco conocidas. Los datos arqueológicos escasean [11], salvo una comprobación negativa: la ausencia de objetos característicos de la civilización merovingia en la Baja Bretaña (salvo en el Vannés oriental). Sólo aporta documentos sólidos la toponimia. Seguramente los bretones llegaron por pequeños grupos; su única organización fue primero religiosa, en torno a monjes galos que fundaron las parroquias. Estas difieren profundamente de las circunscripciones surgidas de las *villae* que se encuentran en el resto de la Galia. El *plou* bretón, bastante vasto, que generalmente lleva el nombre de un santo (el monje fundador), no tiene ninguna relación con la estructura patrimonial, y carece de una verdadera aldea por centro. Las diócesis vinieron después, conservando, como las de las islas británicas, un carácter monástico acentuado. Se duda sobre el papel, sin duda nada despreciable, que pudo desempeñar en estas demarcaciones el recuerdo de las divisiones romanas. La población, extremadamente dispersa, es puramente rural. Las ciudades fueron eliminadas por completo, o reducidas a un estado insignificante (Carhaix, Locmaria cerca de Quimper), salvo Vannés.

¿Hasta dónde se asentó al principio el bretón? Sin duda hasta una línea que iría desde Dol hasta Vannes, incluido el archipiélago anglonormando. Pero este dominio no era coherente. En todo el este sobrevivían importantes poblaciones galorromanas (especialmente en Rennes y Vannes), e incluso se han descubierto numerosos islotes romanos en el oeste, tanto en las costas (Morlaix y península de Taulé-Carantec) como en el interior (en torno a La Feuilléc y a Quimper); la costa del Vannés seguramente fue mixta. En el siglo IX un fuerte avance bretón borró casi todos estos islotes, y sobre todo, bajo el mando de una aristocracia belicosa *(machtierns)*, impulsó la frontera lingüística hasta una línea que va desde el Dol al norte hasta Donges a orillas del Loira, rodeando Rennes por el oeste. (La frontera política fue más lejos, hasta el Vire y el Mayenne, durante la época de los «reyes» bretones.) La desorganización consecutiva a las invasiones escandinavas provocó, a partir del siglo X, la pérdida de la mayor parte del terreno prematuramente ganado en el siglo IX, así como las islas anglonormandas. La retirada, que se continuó hasta nuestros días, fue mucho más profunda en la costa norte (de Dol a Portrieux) que en la costa sur (de Donges a la península de Rhuys).

Es difícil juzgar exactamente las conquistas extremas del bretón. Sin duda detuvieron la evolución fonética normal de los topónimos en *-acum* (que, en una buena parte de la Alta Bretaña, dieron *-ac* y no *-é* o *-y*), pero seguramente, en muchos casos, sólo quedó «bretonizada» la capa dirigente. La antroponimia bretona, ligada

a círculos de prestigio social indiscutible, conquistó adeptos hasta muy lejos, hacia el este: en una gran parte del Maine y de la Baja Normandía, en el siglo XI, se encuentran Judicael y Riwallon. Seguramente hacia el este debió de existir un bilingüismo extendido y prolongado, que explica la gran cantidad de palabras romanas tomadas muy pronto por el bretón. Sea cual fuere la imprecisión de la frontera lingüística, desde el siglo VI la frontera política estaba bien señalada y muy disputada, aunque los príncipes bretones a menudo admitían una soberanía franca. Los francos tuvieron que organizar una marca y edificar una serie de puestos fortificados (que quizás originaron el extendido topónimo *La Guerche*).

Un pequeño destacamento de la migración bretona alcanzó Galicia. Desde 507, una lista de iglesias del reino de los suevos cita una *sedes Britonorum*, que debe de ser Britoña (cerca de Mondoñedo, prov. de Lugo), cuyos obispos de nombres celtas aparecen hasta 675. Aparte de algunos rasgos lingüísticos, se ignoran las consecuencias de esta colonización bretona [12].

Las relaciones creadas por la migración bretona se mantuvieron mucho tiempo. País de Gales, Cornualles inglesa y Baja Bretaña constituyeron, hasta los siglos X-XI, una comunidad cultural, en la que Cornualles asumía la dirección espiritual. Sólo la dislocaron las conquistas escandinavas, al impedir a los celtas la libre navegación por los mares occidentales.

NOTAS DEL CAPÍTULO IV

1. Si hacemos intervenir los textos literarios ingleses antiguos, el problema aún se torna más oscuro: los *geatas* representan un importante papel, pero ¿son jutos o götar de la Suecia meridional?
2. La lentitud del movimiento va ligada a la mediocridad de los medios naúticos y al hecho de que al principio los sajones dispersaron sus esfuerzos. Su decisión se reforzó cuando algunas informaciones confirmaron que la isla era un fruto maduro, mientras que la consolidación de los francos eliminaba toda esperanza de expansión en la Galia.
3. Hay que matizar este cuadro de una decadencia. Las ciudades y *villae* habían experimentado, en ciertos sectores, una especie de renacimiento al abrigo de fortificaciones, a mediados del siglo IV. Después del año 400, aún hay ciudades activas (Ilchester, Wroxeter y, sobre todo, Verulamium/Saint-Albans). Pero la mayor parte de las *villae* ya estaban muertas.
4. Los arqueólogos se preguntan si esta segunda oleada tiene el mismo origen que la primera. Algunos creen distinguir elementos septentrionales, tal vez jutlandeses o escanios, en Anglia Oriental. El cementerio real de los Wuffingas, en torno a su residencia de Rendlesham, cerca de Ipswich, presenta analogías con el medio sueco, especialmente la famosa tumba de barco de Sutton-Hoo (cf. pág. 222). En Kent es donde las aportaciones francas son más evidentes (cementerio de Lyminge). Ante el éxito de los primeros colonos, la inmigración aumentó como una bola de nieve.
5. Con la única excepción de algunos tazones esmaltados celtas.
6. Al principio este avance parece haber sido demasiado rápido para los recursos en hombres de Wessex, lo que provocó numerosos reveses, atestiguados por la crónica anglosajona, y cierta lentitud en el poblamiento del Hampshire central y del Wiltshire. Pero el dinamismo continuó siendo la característica distintiva de Wessex hasta el día en que su dinastía reinó sobre Inglaterra unificada (siglo IX).
7. El hecho tuvo consecuencias de primordial importancia en el campo eclesiástico. Las instituciones más antiguas de Bernicia presentan curiosas similitudes con las del país de Gales.
8. Las rutas de la migración sólo son conocidas por los relatos tardíos y legendarios de las hagiografías, que las hacen salir de Gales o bien de Cornualles. Luego tuvieron un itinerario comercial en sentido inverso, bastante activo en aquella época (cf. págs. 223-224).
9. A partir del siglo X desaparece toda intercomprensión entre bretones y galeses, mientras que persiste con el Cornico hasta el XVIII.
10. Véase esta discusión en las págs. 224-225.
11. GIOT, *Un type de céramique* [n.° 495], sólo atribuye hipotéticamente a los bretones una cerámica violácea extendida por la costa sudoeste, desde Quiberon hasta el cabo Sizun.
12. Obsérvese también que, en el siglo VI, se estableció una pequeña colonia eclesiástica bretona en la orilla sur del estuario del Sena; hasta 1790, cuatro parroquias constituyeron allí un enclave de la diócesis de Dol en la de Ruán.

Capítulo V

El choque de las civilizaciones

El principal resultado de las Grandes Invasiones fue la dislocación de la *Romania*, de la unidad lingüística, cultural y política que el Imperio había labrado en Occidente. En la mayor parte de regiones sobrevivieron fragmentos más o menos coherentes de romanidad, con grados distintos de vitalidad y con una desigual conciencia de su situación de herederos de Roma. El germanismo avanzó a todo lo largo del antiguo *limes*, ocupando más o menos sólidamente el terreno y adoptando diversos compromisos, según las regiones, con las poblaciones preexistentes. En amplias zonas subsistió mucho tiempo la duda sobre el triunfo final de uno u otro elemento, y, de todos modos, en ninguna parte se puede hablar de germanismo integral, sin supervivencias o influencias romanas, ni de romanidad intacta, sin ningún elemento germánico inmiscuido. En distintas proporciones, todas las civilizaciones medievales de Occidente son herederas a la vez de Roma y de los germanos.

1. Las conquistas del germanismo. Una nueva frontera lingüística

El predominio del germanismo en Bretaña apenas se puede contar entre las victorias sobre la romanidad, pues la latinidad bretona, ya moribunda, seguramente desapareció más bien frente a los fuertes embates celtas que no bajo el asalto directo de los anglosajones. Todos los fenómenos —bastante pequeños— de supervivencia y de resistencia frente a la marea germánica atañen al bretón y no al latín; hubo islotes célticos, pero ningún islote romano. La romanidad británica fue víctima de un trastorno social favorecido por las invasiones, más que de las mismas invasiones.

En cambio, en el continente fue muy distinto. El latín era la única lengua de los elementos activos de la población; los rebrotes indígenas sólo afectaron al dominio lingüístico en los Países Bajos (y quizá en la Baja Bretaña). Únicamente los dialectos y las civilizaciones germá-

nicas formaron una barrera al área de la romanidad, al aparecer en las regiones limítrofes del antiguo país germánico, a lo largo del Rin o, mejor, del Danubio. La Galia, la Recia, la Nórica, la Panonia, fueron afectadas profundamente, Italia fue mordida apenas en sus bordes extremos; España y África quedaron intactas, por lo menos en sus estructuras más aparentes.

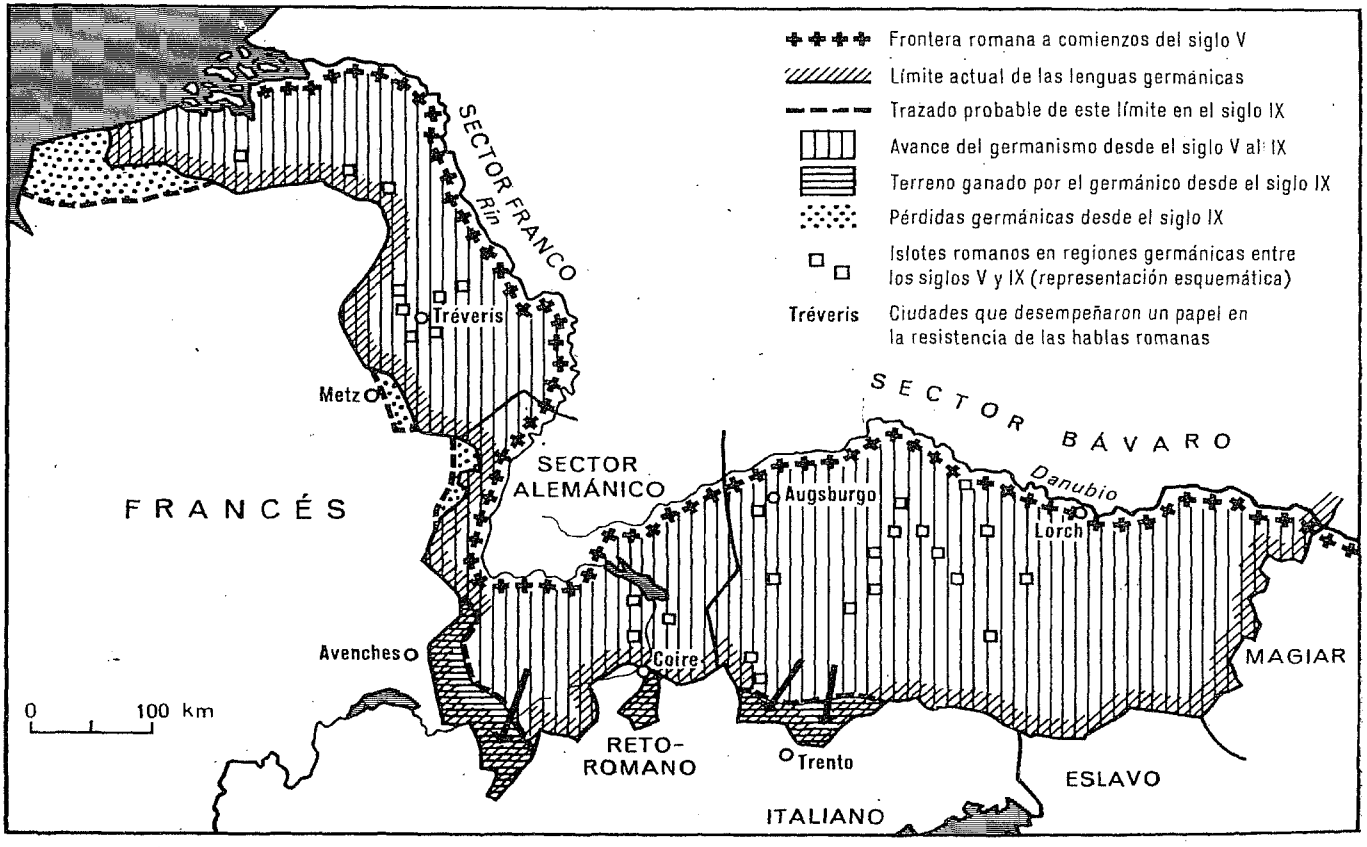
Donde los avances del germanismo han sido mejor estudiados es a lo largo del Rin. Su resultado es conocido: el establecimiento, al oeste del río, de una frontera lingüística que ha variado muy poco desde el siglo XIII, fecha en que por vez primera presenta un trazado preciso. Entonces esta línea partía de Boulogne-sur-Mer (el romano avanzó luego hasta Dunkerque), corría hacia el este en dirección a Lila (dejando Saint-Omer al germánico), luego al norte de Tournai; seguía paralelamente al curso del Sambre y del Mosa, a 30 km al norte aproximadamente, atravesaba el Mosa entre Lieja y Maestricht y desembocaba al oeste de Aquisgrán. De aquí, con un ángulo brusco, giraba hacia el sur, atravesando en línea recta las Ardenas, hasta el sudoeste de Arlon (germánico); luego torcía de nuevo, por el noreste rodeaba Metz (evidentemente un centro de resistencia romana) y llegaba a Donon. Más lejos, en los Vosgos, donde su trazado caprichoso dejaba al romano muchos de los altos valles alsacianos, y en las puertas de la Borgoña tomaba contacto no ya con dialectos fráncicos, sino con el alemánico. Los estudiaremos por separado, pues el avance de los dos dialectos presenta dinámicas muy distintas.

Sólo la toponomia permite remontarnos más allá del siglo XIII. Tras haber divagado mucho tiempo en busca de soluciones globales, actualmente se contenta con establecer algunos hechos: desde los siglos VII-VIII la frontera lingüística estaba estabilizada muy cerca del trazado descrito, pero tenía un aspecto menos lineal, poseía más salientes y enclaves. He aquí las principales modificaciones demostradas [1]:

a) En la costa, en el siglo VIII se debía de utilizar el germánico hasta la desembocadura del Canche aproximadamente, sin duda hasta la línea de Montreuil-sur-Mer a Béthune. El fráncico acaso era reforzado por el legado de los establecimientos sajones del Bajo Bolonés [2].

b) El Brabante seguramente fue durante mucho tiempo una zona mixta. Es muy verosímil la existencia de antiguos islotes germánicos al sudoeste de Namur y a orillas del Sambre (Lobbes); unos nombres de campamentos (por ejemplo *Mutserel* = **macerella; Kainoth* = **casnetum*) demuestran la existencia de un islote romano, hasta el siglo XI, alrededor de Assche (al noroeste de Bruselas).

c) Alrededor de ciudades como Tongres, Maestricht o Aquisgrán, durante algún tiempo pudieron resistir islotes romanos (¿hasta los siglos IX-X?).



MAPA 5. El fenómeno lingüístico

d) Hasta por lo menos el año 750 aproximadamente, existió un islote romano en Eifel, alrededor de Prüm, y en los campos situados en torno a Tréveris sin duda existió hasta el siglo XIII una gran mancha romana; ésta se prolongaba por islotes discontinuos por el valle del Mosela hasta las cercanías de Coblenza [3].

Estos retoques no cambian en nada el problema principal planteado por el establecimiento precoz de una frontera lingüística sobre un trazado que no corresponde a ningún accidente geográfico, a ninguna delimitación política conocida (v. mapa 5). ¿Por qué la marea germánica se detuvo aquí y no en otro lugar? ¿Y cuándo se detuvo?

Antiguamente se creyó en la existencia de obstáculos actualmente desaparecidos a lo largo del sector más arbitrario de la frontera, el que corta a Bélgica en dos. Pero hubo que rectificar: el «Bosque carbonero», alegado primero, se extendía de norte a sur, y no de este a oeste; el *limes belgicus*, a lo largo de la vía Bolonia-Tongres, es discutible (cf. pág. 215), y no explicaría nada para los períodos posteriores a Clodoveo. Hay que rechazar la teoría de los obstáculos.

Ante su fracaso, se ha intentado invertir el problema. La frontera lingüística no sería el frente extremo de un avance germánico, sino de una reconquista romana. Según los defensores de esta tesis (Gamillscheg, Petri, von Wartburg), todo el espacio comprendido hasta el Loira seguramente fue más o menos germanizado durante el siglo VI; en esta área habría existido un bilingüismo hasta el siglo IX por lo menos, seguido de un derrumbe del germanismo a finales de la época carolingia (pero esto tampoco explica el trazado de la frontera).

El representante más típico de esta tesis, Petri (*Germanische Volkserbe*, [n.° 281]), que además posteriormente ha renunciado a sus posiciones más avanzadas, se apoya en un arsenal de argumentos de valor muy desigual. Considerando sólo los hechos lingüísticos, evoca alternativamente: *a*) El área dialectal de algunos vocablos de origen fráncico (por ejemplo: *hêtre* opuesto a *fou* = *fagus*), lo cual sólo demuestra una influencia de civilización, no la extensión de una lengua. *b*) El área de las formaciones toponímicas que incluyen palabras fráncicas desconocidas en romano y compuestas según las leyes propias de las lenguas germánicas (por ejemplo: *baki*, «arroyo», en los compuestos tales como *Marbais*, en Hainaut = al. *Marbach*, «el arroyo del caballo», o *Rebais*, en Brie, 635 *Resbacis* = al. *Rossbach*, mismo sentido), lo cual es mucho más convincente (esta región apenas rebasa una línea Abbeville-Versalles-Nancy para los topónimos en *-bais*). *c*) El área de los topónimos con el sufijo típicamente germánico en *-ing*, tras un antropónimo (por ejemplo: *Doullens*, Somme, 1147 *Dourleng*, o el nombre bastante extendido de *Hodeng*, *Houdan*, *Houdeng*). *d*) Por último el área de algunas costumbres prosódicas germánicas, por ejemplo la conservación de *w* en la inicial, frente al romano *g* (*warder* en vez de *garder*), que cubre casi todos los departamentos del Norte, del Pas-de-Calais, del Somme, toda la Valonia, toda la Lorena, el norte del Jura, el tercio oriental de la Suiza romanche (y Normandía, pero sin duda por otras razones). Muchos de estos argumentos (en particular los agrupados bajo los índices *b*

y c) tienen un valor real, pero sólo sientan la existencia esporádica (se trata de topónimos más bien raros) de núcleos francos que conservaron hasta bastante tarde el uso de su lengua nacional. No se trata de un verdadero bilingüismo.

Algunos autores habían alegado otros argumentos, que han resultado insostenibles. No se puede deducir nada de la difusión de los topónimos en *-court, -ville* o *-villiers,* formaciones puramente romanas aunque estén construidas sobre antropónimos germánicos, adoptados por todo el medio galorromano a partir del siglo VI, y no romanización de nombres terminados primitivamente en *-dorf, -hofen, -heim,* etc. (hay que exceptuar los topónimos de las zonas bilingües, como Thionville/Diedenhofen). Luego hablaremos de los argumentos arqueológicos y antropológicos.

¿Qué se puede concluir de este gran debate, por lo demás bastante fecundo? Muy probablemente, que todo dependió de la densidad de los establecimientos francos durante las primeras generaciones. Los elementos germánicos arraigaron allí donde se estaba cerca de las bases de partida y allí donde la desorganización de las estructuras romanas facilitaba una colonización directa del suelo, y estos elementos, al gozar de una preponderancia social y política, eliminaron con más o menos rapidez los elementos romanos. Allí donde el esqueleto de la sociedad antigua se conservaba mejor, los campesinos-guerreros francos sólo pudieron establecer pequeñas colonias discontinuas, que se mantuvieron algún tiempo gracias a la cohesión de los linajes; algunos penetraron hasta el corazón de la cuenca parisiense. El barniz franco debido a la existencia, en toda la Galia del Norte, de elementos aristocráticos inmigrados, no bastó para salvar estos islotes de una asimilación rápida.

Por tanto, la frontera lingüística definitiva dependería, en último análisis, de dos factores esenciales: la distancia (presenta un paralelismo bastante tosco, a 100 km al oeste, con el *limes* del siglo IV, punto de partida de la conquista), y el estado de devastación de los campos en el siglo V (que es difícil de determinar; pero en el valle del Mosela se comprueba que la persistencia, hasta pleno siglo VI, de *villae urbanae* coincide con la supervivencia tardía de un dialecto romano). No es sino otra hipótesis, simplemente más modesta que muchas de sus oponentes...

Hay que invocar otro factor a título complementario: la existencia previa de colonias germánicas, militares o civiles, implantadas antes de la conquista franca, pudo y debió de desempeñar un papel local importante. Pero aún no existe un acuerdo sobre la extensión y duración de estos establecimientos. El debate gira en torno de dos puntos: la existencia de un germanismo cisrenano en la época imperial, y los establecimientos de «letes» hallados por la investigación arqueológica.

Durante la conquista romana, en la orilla izquierda del Rin había elementos germánicos, especialmente entre los vangiones, nemetas y tribocos del Palatinado y del Hesse renano, y entre los ubianos de la región de Colonia. Además, la tribu germánica de los bátavos moraba sobre ambas orillas del curso inferior del río. El germanismo de estas tribus es poco aparente en la época romana (de unos 150 to-

pónimos hallados entre los siglos I y V, apenas 10 eran germánicos); pero seguramente persistió en la conciencia de algunos medios conservadores (los nombres de muchas divinidades tópicas, los *Matres*, son germánicos). En general se cree que la romanización de la Renania fue profunda, y que sólo escaparon regiones rurales poco extensas: el Brabante holandés y Campina, así como las zonas de Colonia y de Xantén. Todas las ciudades eran romanas. Seguramente los francos aprovecharon algunas cabezas de puente germánicas al oeste del Rin, pero se trata de zonas reducidas y de capas sociales sin prestigio ni influencia.

El problema de los «letos» es delicado. Con este nombre (según algunos autores no muy acertado) se designa a los colonos bárbaros adscritos a la tierra y asentados, bajo vigilancia militar, en el interior de la Galia por los emperadores. Las fuentes narrativas los citan en diversos lugares a partir de 287-288, en el Norte y el Nordeste. Seguramente formaban islotes bastante cerrados, puesto que les estaba prohibido contraer matrimonio con ciudadanos romanos. Sin duda estos datos se reflejan hasta cierto punto en la toponimia (un nombre como *Allemania* podría designar una colonia de letes alamanes). Pero se atribuye un poco a tientas a los letes una facies arqueológica caracterizada por una estrecha síntesis, en las sepulturas, entre elementos germánicos y romanos. Se han hallado cementerios de este tipo en la zona de Namur (Furfooz), en la Champaña (Vert-la-Gravelle) e incluso en Orleáns (Cortrat), de finales del siglo IV. Nada asegura que estos asentamientos —sin duda civiles— gozaran del estatuto jurídico de los letes, pero no hay duda de que se trató de una vanguardia del germanismo. Algunos arqueólogos (J. Werner) le atribuyen un papel decisivo en la elaboración de la civilización merovingia, lo cual es bastante posible. En cambio es más dudoso que influyera durante mucho tiempo en la geografía lingüística.

En el sudeste del sector franco las cosas presentan un aspecto muy distinto. El avance de los alamanes más allá del Rin empieza hacia el año 400 —por tanto sensiblemente más tarde que el de los francos—, pero no se detiene antes del siglo XIII. En consecuencia el avance de los dialectos alemánicos se efectúa a lo largo de un período mucho más largo que el de los francos. Aunque, frente al francés, finalmente se estableció una frontera lingüística relativamente simple hacia el oeste, entre Donon y el Gran San Bernardo, en el sur y el este nunca ocurrió lo mismo: la delimitación lingüística en los Alpes centrales no se consolidó hasta la época contemporánea, según un trazado que prescinde de los relieves más aparentes.

En los Vosgos, las grandes líneas de la frontera lingüística moderna (que a menudo corre al este de las crestas) seguramente quedaron fijadas ya en la Alta Edad Media, al igual que en el dominio fráncico. Pero esta estabilidad desaparece a partir de la región de Basilea: el alemán avanzó sensiblemente desde la época carolingia alrededor de Morat y de Friburgo, en el Oberland bernés y sobre todo en el Alto Valais; hacia el siglo XIII atravesó la línea de cumbres para conquistar el Val Gressoney, en la vertiente italiana. Frente al romanche, se ha llegado a una situación verdaderamente anárquica, dejando al alemán todas las ciudades y valles enteros en plena región romana: es la única frontera lingüística romana que aún en la época actual presenta islotes no estabilizados.

Además, unos núcleos romanos persistieron durante bastante tiempo (hasta finales del siglo VIII por lo menos) al sur del lago Constanza, en el cantón de Saint-Gall y en el Vorarlberg, aunque con la misma inferioridad social en que estaban no hace mucho buena parte de los valles de los grisones.

Este avance alemánico prolongado revistió diversas formas. En el siglo VII, frente a los burgundios, presentó un carácter militar. Finalmente fueron dominados algunos reductos, como el de los varascos en la región de Besançon a finales del siglo VI, mientras otros pudieron resistir. En 610 los alamanes aplastaron en Wangen, cerca de Soleure, a dos condes francos, lo cual aprovecharon para devastar la ciudad de Avenches (al noroeste de Friburgo), centro de la resistencia romana desde que el obispo de Windisch había buscado allí refugio a mediados del siglo VI. Más tarde, a partir del siglo VIII, el avance hacia el sur y el sudeste fue más bien una colonización pacífica, realizada junto con la explotación de los altos valles alpinos.

Se ignora casi totalmente en qué condiciones los alamanes germanizaron las escasas ciudades que sobrevivieron en su zona. Estrasburgo conservó elementos romanos sin duda a lo largo de la mayor parte del siglo VI. Basilea quedó cercada a partir de 550 aproximadamente. En Kaiseraugst *(Castrum Rauracense)* y en Oberburgo *(Castrum Vindonissense)*, el latín subsistió por lo menos hasta finales del siglo VI. La romanidad sólo conservó un bastión urbano, Coire, capital de las *Kauderwelche* («welches de Coire»), denominación alemana de los retorromanos actuales, bajo la dirección de una curiosa dinastía de príncipes-obispos, los Victóridos; sin embargo muy pronto se infiltró una minoría germánica.

Más al este, en las provincias de la Recia II, Nórica y Panonia, el aspecto de la evolución cambia de nuevo. La romanidad sufre un derrumbe casi total, que recuerda más los acontecimientos de los Balcanes que los de la Galia. Pero los bávaros, principales beneficiarios de esta retirada masiva de la romanidad, reducidos a ínfimos islotes discontinuos, no fueron sus verdaderos autores: se aprovecharon de la labor realizada por otros pueblos, germánicos o no, desde comienzos del siglo V, por lo tanto mucho antes de la época en que atravesaron el Danubio (no antes del año 500, quizás incluso antes del segundo cuarto del siglo VI) [4].

Las tribus asaltantes de esta primera oleada no eran lo bastante numerosas como para ocupar duraderamente la región. El germanismo no hizo progresos definitivos hasta la llegada de los bávaros, que desgraciadamente se sitúa en una época de silencio total de las fuentes. Cuando, hacia 565, Venancio Fortunato vuelve a hablar por vez primera de la Nórica, la región ya parece germánica por completo.

En realidad, subsistían muchos elementos romanos, pero eran política y culturalmente insignificantes. En Baviera y en la Alta Austria, los documentos carolingios citan a menudo unos *Romani* (al., *Walchen*), y la toponimia confirma la importancia de estos islotes [5]. Se trata de poblaciones rurales dispersas por la meseta, sobre todo en el valle del

Inn y al norte y oeste de Salzburgo (fig. 5). Salvo en dos refugios alpestres, el *Walchengau*, del Alto Isar, y el *Vintschgau*, del Alto Adigio, habían perdido toda coherencia, y también toda preeminencia social (salvo, a lo sumo, hacia Augsburgo, donde quedaba un obispado). En Baviera se habló también romano por lo menos hasta el siglo IX; en los Alpes se fundieron con los elementos romanches que aún subsistían a orillas del Inn y del Adigio superiores. Pese al embrión de organización política nacido alrededor de Coire, no pudo estabilizarse ninguna frontera lingüística. Salvo ínfimas excepciones, el germanismo estableció contactos con la italianidad en casi todas partes.

Al igual que el de los alamanes, el avance de los bávaros se prolongó mucho más allá del siglo VI. Hacia el sur, a costa de los latinos del Tirol, no obtuvo un éxito definitivo hasta el siglo VII; se transpuso el Brénnero y la germanización del Alto Adigio progresó rápidamente (se cree que terminó en el siglo IX). Hacia el este se produjo un vaivén: primero fue germanizada toda Austria, pero a finales del siglo VI los eslavos y luego los ávaros rechazaron a los bávaros hasta Linz; en el siglo IX el germánico ganó terreno, pero luego lo perdió ante el asalto húngaro. Estas vicisitudes explican la ausencia de supervivencias romanas al este del Enns.

La romanidad panónica murió muy pronto, sin duda a partir de finales del siglo IV, en condiciones oscuras. En este caso, los responsables fueron los hunos y sus aliados. Luego unos germanos (gépidos, sobre todo lombardos) aprovecharon este vacío, pero sin fundar nada duradero. Eslavos y magiares, después de muchas peripecias, ocuparon finalmente la región y actuaron como una cuña entre el último vestigio de la romanidad oriental —los rumanos— y el mundo germánico.

En resumen, el avance germánico fue mucho más profundo al este de Basilea que al oeste. ¿De dónde proviene esta diferencia? Al oeste sólo irrumpió una gran oleada de invasiones después del hundimiento del *limes*, y se estabilizó rápidamente. Al este hubo oleadas repetidas, que se alternaron y completaron durante mucho tiempo. Al oeste la monarquía merovingia, instalada en país romano, se convirtió en gran medida en protectora de la romanidad (por ejemplo, frente a los alamanes), y puso fin a las correrías de los pequeños grupos que buscaban fortuna. Al este las únicas fuerzas capaces de respaldar la romanidad siempre tuvieron como hogar a Italia (Odoacro, Teodorico, Justiniano); para ellas, las regiones situadas más allá de los Alpes no eran sino un descampado sin interés.

Las invasiones sólo son indirectamente responsables del desmenuzamiento dialectal de la *Romania*. Las tendencias centrífugas existían antes de la caída del Imperio; se desarrollaron libremente cuando ya no hubo administración ni enseñanza comunes, cuando la clase dirigente se fraccionó. Desde el siglo III la epigrafía denota la

diferenciación progresiva de una *Romania* oriental (Dacia, Mesia, Dalmacia, Italia peninsular) y de una *Romania* occidental (Panonia, Nórica, Alta Italia, Recia, Galia, más una variedad hispanoafricana). Además de las aportaciones al léxico, las invasiones sólo tuvieron una acción directa en dos puntos: hicieron de la latinidad balcánica, totalmente aislada a partir del siglo VI, un medio muy original; al cortar la ruta directa de la Galia a Recia, los alamanes contribuyeron en gran medida al desarrollo autónomo del retorromano [6].

2. La persistencia de la romanidad en las distintas clases sociales

Privada de dirección central, la romanidad resistió de manera muy distinta según los medios. Se desmenuzó, perdió grandes porciones de su prestigio, pero a pesar de todo persistió, y en gran parte gracias a la Iglesia, conservó cierta conciencia de su unidad y de su grandeza. Las invasiones la trastornaron sin aniquilarla; a menudo incluso pudo reconquistar posiciones dominantes después de ellas.

La mejor forma de analizar las resistencias de un medio tan jerarquizado como el del Bajo Imperio es distinguir las clases sociales. La Galia nos servirá de ejemplo principal.

A la cabeza del mundo romano se encontraba una aristocracia política de aproximadamente 3.000 personas [7], el *ordo senatorius*, formado por familias de las cuales un miembro por lo menos había ascendido a las magistraturas más elevadas, en Roma o Constantinopla. También era una aristocracia del dinero —la entrada en funciones de un magistrado era acompañada por representaciones en el circo increíblemente dispendiosas—, dueña de inmensas fortunas rurales amasadas desde el siglo IV sobre los desastres producidos por las guerras civiles. Por último, era una aristocracia de la cultura, la única beneficiaria de escuelas que, como las de Burdeos o de Autun, lanzaban una luz inesperada sobre las últimas generaciones del Imperio.

Gozaba de privilegios exorbitantes, militares, jurídicos y fiscales, que le proporcionaban un prestigio desproporcionado a los servicios que prestaba. Por cada oficial verdaderamente brillante, había una inmensa mayoría que se limitaba a vivir fastuosamente en la ciudad o en el campo, dedicándose a lo sumo al cultivo de las Letras. La autoridad imperial la temía mucho y la trataba con miramientos. La Iglesia la acogía bien —muchos obispos habían surgido de ella—, pero a veces la hacía apartar de la vida activa. Por un san Germán de Auxerre que ponía su talento a la disposición de los defensores de la Bretaña, ¡cuántas huidas fuera del mundo!

El triunfo de los bárbaros, la desaparición de Roma y del Senado, no significaron el fin de la casta senatorial. En la Galia (donde mejor se ha estudiado su suerte) se perpetuó hasta el siglo VII, y a veces hasta

el siglo VIII, salvaguardando su posición social y reconquistando parcialmente, gracias a su superioridad intelectual, su influencia política. En momentos de peligro, a veces desaparecía, pero una vez se restablecía de nuevo el orden, volvía a surgir. Gracias a ella subsistieron en gran parte la cultura, el derecho y los usos administrativos antiguos.

Las estadísticas de Stroheker, *Der senatorische Adel* [n.° 456], muestran que la mayoría de los senadores galos desertaron, mucho antes de la época de Clodoveo, de las posiciones expuestas de la Galia del Norte. En el siglo IV todas las grandes ciudades tenían sus linajes senatoriales: Colonia, Maguncia, Tréveris, Reims, Sens, Tours; en el Mediodía galo había muchos menos. Pero a medida que se avanza en el siglo V, se pierde el equilibrio: pronto ya no encontraremos senadores más allá de una línea Soissons-Autun, mientras que se multiplican en el Mediodía. El Norte había sido prácticamente evacuado antes de la caída de Siagrio. Los refugiados se instalaron donde pudieron, renunciando a menudo a las ambiciones temporales [8]. No obstante, la mayor parte se recuperaron, y pusieron su capacidad al servicio de los reyes bárbaros. Raros son los laicos que osaron aventurarse entre los francos, como Partenio [9]. Pero esta clase formó el marco civil del Estado visigodo de Tolosa y del Estado burgundio; incluso les proporcionó algunos oficiales, sin contar la mayoría del cuerpo episcopal. Cuando el Mediodía pasó al dominio franco, esta clase conservó allí puestos de mando hasta comienzos de la era carolingia. De ahí la oposición que se manifiesta a todo lo largo de la Edad Media entre el Mediodía y el Norte, feudo este último de una aristocracia franca.

La ilustre familia de los Siagrios ofrece el mejor ejemplo de la tenacidad de supervivencia del *ordo senatorius*. Surgida de Flavio Afranio Siagrio, cónsul en 382, aliada por matrimonios con Tonantio Ferreolo, prefecto de las Galias en 450, culmina en la segunda mitad del siglo V con los últimos jefes de la resistencia romana en el Norte, Egidio y Siagrio. Pero sobrevivió a la catástrofe de 486: en 585 un conde Siagrio, al servicio del rey franco Gontran, va a Constantinopla en misión diplomática. Su fortuna territorial era aún colosal a principios del siglo VIII: una Siagria puede donar en 739, a los monjes de Novalaise, diversas *villae* sitas en ocho pagos, desde el Mâconnais al Gapençais. El último Siagrio de que tenemos noticias es un abad de Nantua, citado en 757 [10].

Incluso nos podemos preguntar si esta aristocracia, en los lugares donde era numerosa, no encontró en el triunfo de los bárbaros una ocasión de expansionarse. La división política satisfacía sus tendencias regionalistas, y la multiplicidad de las cortes principescas aún aumentaba las posibilidades de ocupar cargos. Pese a las pérdidas financieras y las molestias debidas al acantonamiento de los germanos, su género de vida no quedó muy modificado. En más de un caso ya era premedieval antes de las invasiones: Bourg-sur-Gironde, el *Burgus Pontii Leontii* cantado por Sidonio Apolinar [11] ya era un castillo fuerte. Y en plena época merovingia aún era muy romano; para convencerse de ello basta observar las relaciones de Fortunato con sus huéspedes de orillas del Mosela, en 588. Aparte algunos casos individuales, es esta clase la que atravesó el siglo V con menos perjuicios. Sólo la invasión lombarda le asestó en Italia un golpe del que ya no se levantaría. En África, la extrema rudeza de las querellas religiosas limitó mucho su papel.

La clase urbana había sufrido mucho más y durante mucho más tiempo, puesto que desde el siglo III había tenido que hacinarse dentro de murallas reducidas que no permitían ni comodidad ni —excepto los talleres fiscales— una actividad económica seria. Cuando consiguió superar la tormenta, se benefició por más de una razón: el restablecimiento (relativo) de la paz, el aumento de los mercados (en la parte de la Germania antiguamente libre), la posibilidad de salir de estas murallas asfixiantes. Además, no tuvo que temer ninguna competencia: los conquistadores ignoraban la vida urbana.

Encontramos otros ejemplos convincentes en la Galia y Renania. Demuestran la supervivencia, en el antiguo *limes*, de notables agrupamientos urbanos —sobre todo de artesanado y, naturalmente, de clérigos y escribanos—, fieles al modo de vida romano y capaces de conservar, e incluso de desarrollar, sus actividades tradicionales. La desaparición de la economía de Estado del Bajo Imperio ofreció a algunos comerciantes —no latinos, pero sí romanos, puesto que sirios, anatolios y judíos eran súbditos del Imperio— nuevas posibilidades.

El caso de Tréveris, el que conocemos mejor [12], es más bien excepcional, pues la ciudad sufrió tanto por la pérdida de su rango de capital (a finales del siglo IV) como por las mismas invasiones, muy agitadas. Sabemos por Salviano que, a mediados del siglo V, Tréveris ya había sido tomada cuatro veces (sin duda hacia 406, 411, 419 y 440); aún lo fue una quinta vez, definitivamente, hacia 475-480, en todo caso antes de 496. Gracias a su categoría, Tréveris había escapado a las peores consecuencias de la crisis del siglo III; en el siglo V aún conservaba su inmenso recinto de 285 hectáreas.

La aristocracia, mucho más numerosa allí que en otras ciudades, partió en masa hacia el Mediodía (Salviano pasó entonces a Marsella), migración favorecida por la transferencia a Arlés de la Prefectura de las Galias. Los edificios imperiales, muy deteriorados, han pasado al fisco merovingio. La basílica donde el emperador tenía el trono parece abandonada; las termas ahora son, sin duda, la residencia del conde franco; en el siglo VII los depósitos del fisco (para el ejército del Rin) son cedidos a un monasterio. La muralla subsiste, pero es demasiado vasta, y gran parte del terreno que rodea permanece deshabitado. Pero queda una población bastante abundante como para mantener en actividad una importante red de calles, que conserva la cuadrícula antigua, y sobre todo para conservar un número impresionante de santuarios y cementerios (estos últimos *extra-muros*, conforme al derecho romano). Subsiste la doble catedral legada por Constantino. Numerosos documentos demuestran la utilización continua de los cementerios; una abundancia inusitada de inscripciones funerarias [13] muestran una sólida supervivencia de las tradiciones romanas e incluso de relaciones curiosamente profundas con Oriente (estela de estilo copto, epitafios de sirios y de griegos). Se ven todas las transiciones entre la onomástica latina y la germánica: desde el siglo IV los soldados de la guardia tienen nombres germánicos Flavius, Gabso, Hariulfus), y hasta el siglo VIII persiste un grupo de nombres latinos, sobre todo entre el clero (Aufidios, Ursinianus). Los talleres artesanos, muy activos en la época imperial, a finales del siglo V se hallan en profunda decadencia, a causa de la desaparición de la clientela de lujo, pero vuelven a renacer en el siglo VII.

En Colonia, más expuesta, la escasez de hallazgos entre el siglo V y el IX es tal que se ha pensado en un abandono completo. Los últimos historiadores opinan muy

distintamente: aunque las termas son abandonadas, persiste la cuadrícula de calles, el templo del Capitolio está ocupado por una iglesia, y sobre todo el palacio (pretorio) se ha convertido, sin grandes transformaciones, en la residencia de los condes francos. Las excavaciones de la catedral mostraron la continuidad de su utilización, especialmente por la presencia de sepulturas principescas del siglo VI. Sin duda Gregorio de Tours habla de la presencia de un templo pagano en la ciudad hacia 520, pero también describe, desde 590, una suntuosa basílica *Ad Sanctos Aureos* (san Gereón). Por tanto, a pesar del paro de los grandes talleres de vidriería, hubo una larga continuidad.

Es inútil dar más ejemplos detallados. En Worms, los cementerios suburbanos siguen siendo utilizados, subsiste el arzobispado, y aunque el sur de la ciudad está medio abandonado, el norte y el centro están ocupados. Estrasburgo fue incendiada a comienzos del siglo V, pero la población se acomodó en construcciones edificadas con materiales de recuperación, y el obispo Arbogasto (hacia 550), a pesar de su nombre germánico, es lo bastante fiel a la tradición romana como para hacer moldear ladrillos con la marca *Arboastis eps ficet.*

Aún es más instructivo investigar el destino de los *vici* y de los *castella.* Un caso revelador es el de Andernach, a orillas del Rin [14]. Desde 250 aproximadamente, Antunnacum era un *castellum* del *limes,* unido a un centro artesano de una actividad casi industrial; su puerto exportaba las muelas de basalto de Mayen y de Niedermendig (Eifel), y sobre todo la cerámica del gran taller de Mayen. La guarnición desapareció a comienzos del siglo V, pero el *castrum* supervivió, aunque la comandancia romana fue ocupada en el siglo VI por una residencia real. Los cementerios *extra-muros* muestran una continuidad casi total, y los epitafios atestiguan la prolongada supervivencia de elementos romanos (Crescentius, Agriculus, etc.) junto a otros que llevan nombres francos (Adelbert, Austroald, etc., por lo demás grabados sobre *tituli* de tipo romano). Todo indica que las canteras de lava, las alfarerías, las vidrierías continuaron su actividad sin interrupción sensible e incluso continuaron exportando lejos, incluso hasta Escandinavia. Este artesanado gozó de una prosperidad real: la riqueza de las tumbas de Andernach contrasta con la pobreza de los demás cementerios de la región.

Evidentemente, junto a estos casos de continuidad hay ejemplos de destrucción total y violenta, sobre todo en los establecimientos militares. Bonn y Neuss perdieron su campamento y su anexo económico, los *canabae*, pero supervivió el *vicus* civil, y dio nacimiento a la ciudad medieval.

Lo que acabamos de demostrar para la zona fronteriza se aplica *a fortiori* para el interior de la Galia. Algunas ciudades desaparecieron, como Nyon *(civitas Equestrium)*, a orillas del Lemán, pero el caso es raro y concierne sobre todo a centros militares (por ejemplo, Bavai). Otras se desplazaron un poco, como la *civitas Vallensium*, cuyos habitantes se refugiaron en la plaza fuerte de Sion (Valais), y sobre todo Lyón, que bajó desde la meseta de Fourvières hasta las orillas del Saona. Pero los casos de continuidad abundan mucho más que los de discontinuidad. H. Pirenne ha demostrado que en Tournai un dominio del Estado romano se pasó directamente a un fisco merovingio y luego carolingio, y esto en la misma ciudad donde se hizo enterrar Childerico [15]. En París, después de los desastres del siglo III, los suburbios situados en la orilla izquierda del Sena (montaña de Santa Genoveva, Saint Marcel) renacieron rápidamente y conocieron una verdadera floración durante la época merovingia. Estos suburbios, más considerables que la misma ciudad [16], no fueron devastados hasta el siglo IX, con los ataques normandos.

Estos indicios arqueológicos, difícilmente discutibles, desmienten el error bastante extendido que atribuye a las invasiones del siglo V la principal responsabilidad de las miserias urbanas, mientras que las

verdaderas cesuras se sitúan en el siglo III y, secundariamente, en el IX. Resulta imposible creer en la «ruina y desaparición de la clase media», esencialmente urbana, bajo la influencia directa de las invasiones. Pero hay un hecho seguro: a finales del siglo V y durante el siglo VI, una parte de las actividades económicas de la ciudad se traslada al campo. Vidrierías y armerías, sobre todo urbanas en la época imperial, son esencialmente rurales (o, más exactamente, forestales) durante la época franca.

¿Cuál fue la reacción de los elementos germánicos frente a las ciudades? A veces se entrevé cierta desconfianza de la clase dirigente franca, pero parece tardía, porterior en muchas generaciones a la conquista, debida quizás a la precaución de evitar choques con la Iglesia (como en Tréveris, cuyo conde se traslada a Bitburg a finales del siglo VI). A menudo los francos tuvieron que establecer guarniciones en el antiguo reducto de la defensa: en Ruán se implanta un grupo de *seniores Franci* (Gregorio de Tours, *H. F.*, VIII, 31). La segregación no se produjo en ninguna parte, a causa de la identidad de culto.

La extensión de las supervivencias y el vigor de algunos rebrotes no deben ocultar una lenta degradación de la vida urbana, iniciada mucho antes de las invasiones y destinada a proseguir durante mucho tiempo. La multiplicidad de las construcciones eclesiásticas (edificadas, por lo demás, a menudo con materiales mediocres) no compensa la interrupción casi total de las obras públicas, y no hay necesidad de incriminar únicamente a la mediocridad de los estudios de epigrafía merovingia para darse cuenta de la aplastante desproporción entre los testimonios escritos dejados por el Bajo Imperio y la época siguiente. La clase urbana casi no ha sido asesinada en ninguna parte, pero se debilita por doquier, a consecuencia de una evolución económica que aquí no podemos estudiar.

La suerte de las clases rurales es el problema principal y también el más difícil. Las pocas informaciones escritas y los documentos arqueológicos se refieren a tres puntos relacionados: la transformación de los terrenos, la desaparición de las *villae*, el florecimiento de las aldeas. Por lo demás, se trata de un tema aventurado, en el que abundan los debates y escasean las certidumbres [17].

¿En qué medida las invasiones cambiaron la fisonomía de los terrenos explotados? Es una cuestión que apenas empieza ahora a plantearse en términos arqueológicos concretos, más allá de los apriorismos de escuela. Los terrenos completamente abandonados parecen ser poco numerosos, y la causa de ello son más bien los acontecimientos del siglo III que los del V; el caso más claro lo constituyen los meandros del Bajo Sena, ocupados, hasta Póstumo o Constantino por muchas *villae* y aldeas, y luego devastados e invadidos por el bosque [18]. En Renania,

expuesta de una forma más directa, no hay muchos abandonos, sino más bien roturación de nuevos terrenos en las mesetas del Eifel y del Hunsrück, que se yuxtaponían a explotaciones poco modificadas en los valles y las vertientes (sobre todo las de los viticultores). Se ha indicado la supervivencia del apeos antiguos (centuriación) en casi todas partes, sobre todo en la Italia del Norte (donde la institución seguramente persistió hasta el siglo VIII) y en Túnez, pero también en el norte de la Galia. Desgraciadamente, se trata de una medida fiscal más que agraria, y no hay que sobreestimar su significación para la historia de la clase rural.

En cambio no se comprueba ningún fenómeno evidente de importación. Desde que los primeros historiadores agrarios, con ayuda de un texto de Tácito, pensaban poder señalar a los germanos como responsables de la difusión de la rotación trienal colectiva obligatoria, ha dominado un escepticismo razonable [19].

Se conoce mejor la suerte de las *villae,* aunque a veces se abusa de las estadísticas de los arqueólogos, pues las únicas *villae* bien estudiadas son las que, precozmente arruinadas, no fueron remplazadas por hábitats medievales y modernos. Las *villae urbanae* murieron en proporción impresionante. Muchas ya habían sido destruidas en el siglo III, pero la paz constantiniana había permitido su renacimiento en las regiones ricas —región de Tréveris, Mediodía auvernés y aquitano— a veces bajo la forma austera de establecimientos fortificados. Incluso en este último caso, pocas veces subsistieron más allá del siglo V. Sólo constituyen excepciones duraderas algunos «palacios» reales o episcopales; por lo demás, pierden el admirable ajuar suntuario (termas) y económico (segadoras) de las antiguas *villae* de primer orden [20].

Pero las más de las veces la *villa* constituía una superposición al mundo rural. Parece probable que las masas compesinas nunca abandonaron por completo las aldeas de tipo céltico, formadas por chozas de encañizado y una mezcla de barro y paja, que dejan como únicos testigos arqueológicos los «fondos de cabañas» de difícil localización. En muy escasas ocasiones se ha podido establecer la continuidad entre un hábitat galo y una aldea merovingia. En otros casos, parece que la aldea se haya servido de las ruinas de una *villa* vecina. En resumen, la aldea no es una forma nueva de hábitat, pero da muestras de un gran vigor después de las invasiones, manifestado por la multiplicación casi infinita de estos «cementerios en filas» que reproducen, más allá de la muerte, el ordenamiento y la coherencia de la gente que vive en aldeas.

El florecimiento de las aldeas seguramente es uno de estos numerosos fenómenos de convergencia, en el cual los rebrotes indígenas, que surgieron tras el hundimiento de la fachada romana, se unen a las aportaciones germánicas. Los recién llegados

ignoraban la *villa* de albañilería, incluso desconfiaban de ella (la utilizaban a menudo como depósito o sepultura, en vez de repararla para vivir en ella), mientras que la aldea de chozas les resultaba familiar. Por otra parte, la población aldeana se mostró más receptiva a las influencias bárbaras que la clase de propietarios de *villae:* las primeras influencias germánicas en la Galia se manifiestan por cementerios rurales.

La transición puede ofrecer las formas más variadas. Tomaremos de Böhner [21] las que ha podido distinguir de los campos de Tréveris. Algunos asentamientos galorromanos continuaron su vida sin aportación franca aparente, y las *villae* fueron insensiblemente remplazadas por aldeas, mientras los cementerios no cambiaban ni de lugar ni de aspecto (por ejemplo, Ehrang, en la confluencia del Mosela con el Kyll). Con más frecuencia, un establecimiento franco, con su cementerio particular, se yuxtapone al hábitat romano, (verbigracia, en Wintersdorf, a orillas del Sûre). Aún con más frecuencia los francos se instalan en el centro del poblado romano, respetan su iglesia si existe, pero inhuman sus muertos en el antiguo cementerio, cuyo aspecto cambia (por ejemplo, en Pfalzel). Por último, sobre todo en las mesetas, existen aldeas francas que no suceden a ningún asentamiento preexistente, y crean un cementerio en el que más tarde se edificará una iglesia (por ejemplo, Wallersheim, cerca de Prüm). Los casos de continuidad se encuentran sobre todo, como en Alsacia, en las colinas donde la viña, desconocida por los francos, desempeña un papel dominante.

En la Galia interior las proporciones cambiarían, pero los rasgos de la investigación serían sensiblemente los mismos [21 bis]. Un hecho lingüístico incitaría a creer que las transiciones sensibles de la *villa* a la aldea han sido las *más frecuentes:* la palabra *villa* ha pasado a significar «dominio, aldea». Si se hubiera tenido sensación de discontinuidad, se habría adoptado un vocablo nuevo.

Las supervivencias romanas más acentuadas y la documentación más precisa se encuentran en el clero. Este era completamente romano en la época del bautizo de Clodoveo (pero no necesariamente indígena, pues siempre había aportaciones orientales). En el siglo V, sus cuadros persisten puramente romanos, a juzgar por la onomástica; sólo dos obispos llevan nombres germánicos [22]. Esta reserva hacia los bárbaros se prolongó durante la mayor parte del siglo VI. Una estadística [23] establece que, de 477 obispos galos conocidos, 68 —es decir, una séptima parte— llevan nombres germánicos (mientras que para los laicos citados en la epigrafía la proporción es de la mitad). El Mediodía galo quedó casi indemne: en la Narbonense 6 nombres germánicos entre 153 obispos; 1 entre 34 en la Lyonense I, a pesar del establecimiento de los burgundios. Pero en las provincias de Reims y de Tréveris, los nombres germánicos ya forman el tercio del total, y la mitad en las de Maguncia y Colonia. Sin embargo, una gran parte del episcopado del Norte, incluso de Tréveris, en plena zona de colonización franca, continúa reclutándose en el Mediodía.

Hacia 560-570 se anuncia un cambio. En Tréveris, el primer obispo de nombre germánico, Magnerico, aparece entre 561 y 585. En Burdeos, después de una dinastía de prelados del linaje senatorial de los *Pontii Leontii,* que ocupó la sede durante más de medio siglo, el rey Gontrán,

impone, poco antes de 574, a su pariente Bertechramno. En Mans, el primer franco es un mayordomo de Chilperico, en 581. Podrían multiplicarse los ejemplos como éstos. No obstante, hay que esperar al siglo VII para que el fenómeno se generalice, y la fusión no aparece como completa hasta el siglo VIII (si se hace abstracción de las regiones mediterráneas). Las escasas indicaciones que se tienen sobre el clero medio y bajo apuntan en el mismo sentido: ni huida, ni eliminación, sino compromiso y fusión lenta.

Mientras una parte del episcopado tuvo en cierta medida el sentimiento de no pertenecer a la nacionalidad franca, en la Galia se planteó un problema de conquista y de sumisión. Cuando en el reino merovingio ya no hubo poder eclesiástico de predominio romano frente a los jefes militares germánicos, la fusión se puede considerar terminada.

3. Una nueva civilización

Lo anterior ha demostrado suficientemente que, en las consecuencias del choque entre germanos y romanos, las transformaciones y las evoluciones predominaban sobre las destrucciones. La Alta Edad Media no es la sustitución de una romanidad asesinada por un germanismo triunfante. Ningún reino bárbaro, salvo quizás el de los vándalos, conoció la dictadura de un *Herrenvolk* sobre unas masas privadas de todo derecho. En todas partes hubo compromisos, síntesis más o menos avanzadas de elementos diversos y la creación de una nueva civilización, a la vez distinta de las de la Baja Antigüedad y de la Germania independiente. Se la puede considerar inferior a la civilización clásica, pero no se puede negar su originalidad, ni hacer de ella una «decadencia» indefinidamente prolongada o un apéndice de la historia de las culturas germánicas.

Naturalmente el fenómeno presenta la máxima claridad en los dos únicos Estados que tuvieron cierta duración: la Galia merovingia y la España visigoda. Los ostrogodos no pudieron terminar la síntesis con predominio romano que había preparado Teodorico, y el Estado lombardo comenzó su carrera demasiado tarde para recoger directamente la herencia del Bajo Imperio. Para comprender esta elaboración a lo vivo, estudiaremos algunos problemas arqueológicos y onomásticos relativos a la Galia.

El examen de las sepulturas proporciona un buen índice. Entre finales de la época romana —comienzos del siglo V— y el triunfo de los merovingios —mediados del siglo VI— el aspecto de las tumbas se transformó totalmente. En vez de pequeños cementerios bastante desordenados, difíciles de delimitar, donde se mezclaban inhumaciones e incineraciones, se encuentra una forma espectacular de grandes «cemen-

terios en filas» *(Reihengräber)* que se impone rápidamente y domina en absoluto hasta la época carolingia. Pocos cambios de tipo arqueológico se manifiestan más evidentemente a la atención del historiador.

Los «cementerios en filas»[24] presentan las siguientes características: *a*) Tumbas alineadas en fosas, arcas de piedras planas o, más tarde, sarcófagos trapezoidales monolitos. *b*) Presencia bastante frecuente de ofrendas funerarias, a menudo depositadas en vasos. *c*) Cuerpos inhumados vestidos, con sus joyas en las mujeres y sus armas en los hombres (por lo menos al principio). *d*) Orientación de este (pies) a oeste (cabeza). Las más de las veces no hay signos exteriores (excepto algunos postes de madera o marcos de tablas; las estelas de piedra, muy escasas, se hallan sobre todo en los medios que conservaron una fuerte huella romana). En general, antes del siglo VII estos cementerios están en pleno campo, sin unión inmediata con un lugar de culto, a distancia de las aldeas. El número de tumbas es elevado, de algunas decenas a algunos millares. Cuando se trata de cementerios de sarcófagos, muy costosos, abundan los segundos usos. Naturalmente, este cuadro presenta matices regionales sensibles, que dependen de los materiales disponibles (los cofres de piedras planas dominan en Renania, las cubas monolitas en las regiones calcáreas, las artesas de yeso en la región parisiense), pero no modifican la impresión de una civilización uniforme.

Esta facies arqueológica no puede explicarse sólo por el hecho brutal de la invasión franca. Nadie se atrevería a sostener que estos cementerios corresponden en su totalidad a los invasores. Son de toda una sociedad que ya no es ni germánica ni romana, sino más bien merovingia. Por sus orígenes, este tipo de sepulturas no tienen nada esencialmente germánico: los germanos no lo practicaban antes de atravesar el Rin. Una de sus características más frecuentes seguramente es romana: los sarcófagos de piedra —los germanos libres no trabajaban la piedra y sólo excepcionalmente utilizaban cofres de madera, mientras que los romanos habían conocido siempre esporádicamente, y utilizaban cada vez más en el Bajo Imperio, las cubas de piedra—. Otra característica parece germánica, aunque con menos seguridad: la costumbre de enterrar los hombres con sus armas. Según Tácito los germanos independientes lo hacían, y se tienen algunos ejemplos arqueológicos, a decir verdad poco numerosos, más allá del Rin antes del siglo V (pero algunos galos, rebeldes a las influencias romanas, también lo habían practicado a partir de la época de Hallstatt). Una última componente, finalmente, parece surgida —aunque algunos autores lo hayan negado[25]— de la atmósfera creada por las religiones orientales y el cristianismo: la orientación hacia el Este.

Todos estos elementos sólo se pudieron encontrar y formar una síntesis en algún punto al oeste del Rin, en el antiguo territorio imperial. En general se conjetura, siguiendo a J. Werner, que esto sucedió en el norte de la Galia, en la época en que los colonos y auxiliares germanos al servicio de Roma habitaban en medio de masas que permanecían romanas, pero empobrecidas y adulteradas por rebrotes célticos. Algunos

cementerios del siglo IV en las regiones de Namur, Artois, Picardía, Champaña, Alta Normandía y Orleáns seguramente representan la transición buscada, puesto que ya ofrecen el ordenamiento de los *Reihengräber* con un ajuar funerario mixto. Después de la constitución del Estado merovingio, este tipo de cementerios se extendió por toda la Galia del Norte (salvo la Armórica) y —sin el empleo de sarcófagos— por los protectorados francos situados más allá del Rin (Alamania, Turingia) e incluso algunas regiones que escaparon al dominio de los francos, como la Westfalia; también llegó hasta la Inglaterra meridional. De ese modo nació, del Loira al Elba, una nueva forma, indiferente tanto a los límites lingüísticos como a las fronteras políticas. La invasión sólo es responsable de ello en la medida en que puso en contacto primero los elementos de orígenes diversos indispensables a la síntesis, y luego las distintas regiones de este espacio geográfico.

Se ve claramente que hay que renunciar a utilizar los cementerios en filas como señal de poblamiento germánico. ¿Nos podemos fijar en otros indicios secundarios? Es probable que haya que atribuir a auténticos germanos (francos, pero también quizás sajones) las escasas tumbas de incineración de los cementerios en filas: se trata de un rito anticristiano, abandonado muy pronto y que sólo pudo ser practicado por recién llegados; además no ayuda mucho a la investigación: 4 yacimientos en Holanda meridional, 5 en Renania, 3 en Bélgica y 4 en Francia. Las tumbas con armas no son tan demostrativas, por lo menos después del año 500 (antes de esta fecha quizás se encuentran menos de diez): el empleo de armas es un signo menos de germanismo que de inseguridad, y también de riqueza; también fue en gran medida un asunto de moda. Como el de los cementerios en filas, el uso de las inhumaciones armadas se generalizó en Germania a partir de la Galia merovingia.

Lo que acabamos de decir para las tumbas también se podría demostrar para las *joyas* o la *cerámica*, pero dejando más lugar a las tradiciones indígenas de la Galia.

Durante el siglo III en el arte mobiliario galorromano se generalizaron los retornos al pasado céltico: decoración «flamígera» de algunos objetos de bronce, empleo de materias de colores vivos, estilización de la figura humana o animal. Al mismo tiempo algunos elementos indumentarios, como la fíbula que prendía la capa sobre el hombro o la hebilla del cinturón, adquirían gran desarrollo ornamental en todo el Imperio, desproporcionado con su papel utilitario [26]. Reapareció todo lo que había frenado el clasicismo grecorromano. Los bárbaros aportaron de la estepa eurasiática elementos complementarios (que se citarán en pág. 188), pero la tendencia ya se insinuaba antes de sus conquistas [27].

La época merovingia también presenció el resurgimiento de una nueva cerámica, muy inferior a la del Alto Imperio, caracterizada por una pasta negra, gris o blanquecina bastante tosca, una decoración en círculos formados por cruces o dientes dispuestos en tresbolillo, de formas redondeadas. Sin duda el origen se encuentra en parte en las tradiciones de la Germania independiente, pero desde la época de La Tène la alfarería rústica de la Galia nunca había renunciado por completo a esta decoración en círculos, que a partir del siglo IV había experimentado un resurgimiento deslumbrante en los grandes talleres de Argonne.

En el dominio onomástico dos hechos caracterizan el período posterior a las invasiones: la renovación casi total de la antroponimia y

los cambios, menos profundos pero sin embargo impresionantes, en la toponimia.

El sistema antroponímico del Alto Imperio, basado en los *tria nomina* del ciudadano romano, ya había muerto mucho antes del choque de las invasiones. Salvo en algunos linajes aristocráticos, en el siglo IV sólo habían *cognomina*, y cada hombre llevaba usualmente dos o tres; casi todos eran de una etimología transparente, y tomados de un tema latino o griego por medio de sufijos poco numerosos, sobre todo *-ius* (por ejemplo, Leontius, Ausonius, Gregorius). En un plazo muy breve —menos de un siglo— este sistema fue eliminado por otro, en el que el individuo sólo llevaba un nombre, generalmente formado, a imagen de los nombres reales, por dos temas germánicos reunidos, que no siempre tenían entre ellos una relación muy clara (por ejemplo: *Dagobertus*, «brillante + día»; *Sigibertus* «brillante + victoria»; *Teudericus* «rey + + pueblo»; *Hariulfus* «lobo + ejército»; *Arnulfus* «lobo + águila», etcétera). No hay nombres de familia, pero la relación hereditaria a menudo se expresa por la transmisión de padres a hijos de uno de los componentes de su nombre (por ejemplo *Clodovechus*, Clodoveo, tiene por hijo *Clodomeris*, Clodomiro). Estos nombres, generalmente largos (por lo menos 4 sílabas) a menudo son remplazados en el uso corriente por formas breves, los hipocorísticos (verbigracia, *Dado* por *Audoenus*). Este sistema fue la base de nuestra antroponimia hasta la adopción de los nombres de familia (entre el siglo XII y el XIV); explica la mayoría de nuestros patronímicos y algunos nombres. El mismo éxito tuvo en Italia del Norte y en España (pero no en África).

La difusión de la nueva antroponimia se explica por la moda, el prestigio de la corte, quizás una especie de lealtad hacia el nuevo régimen. Por lo demás los nombres germánicos no aparecieron en el siglo IV como una novedad extraña. Su estructura recordaba los antiguos nombres galos [28]. Y, sobre todo, hacía mucho tiempo que los germanos habían dejado de prescindir de su onomástica nacional al penetrar en el Imperio (como el bátavo Civilis en el siglo I); en efecto, hubo cónsules llamados Ricomero y Merobaudo.

La renovación de la toponimia fue menos vasta. Prácticamente no afectó a ninguna ciudad (salvo Estrasburgo), y no tocó la mayor parte de los *vici*. Pero barrió una fuerte proporción de los nombres de dominios rurales y sobre todo encarriló por nuevas vías las formaciones futuras. Quizás la mitad de los nombres de municipios de la Francia del Norte sería inexplicable sin la aportación de la era merovingia. Una cantidad apreciable de nombres de regiones y de circunscripciones administrativas medievales, incluso en zona romana, son de origen o de tipo germánico.

Las supervivencias de nombres latinos en territorio ya germánico, así como las apariciones de nombres mixtos en territorio aún romano, nos pueden instruir sobre la génesis de la nueva civilización. Pese al hundimiento de la clase dirigente, en la orilla izquierda del Rin sobrevivieron muchos nombres característicos de la estructura patrimonial antigua. Los más típicos, que se tomaban del nombre del propietario por medio del sufijo *-acum*, abundaban en los valles del Mosela, del Rin, del Roer y del Erft (por ejemplo: *Juliacum*, fr. Juliers, al. Jülich; *Tiberiacum*, al. Zieverich; *Matriniacum*, al. Metternich), pero fueron casi totalmente eliminados de las regiones holandesas, sin duda a causa de una evacuación precoz. Pero hay algo más importante que estas supervivencias. El contacto de estos nombres de *fundi* y de *villae* hizo que los germanos modificaran sus propias costumbres onomásticas. Los nombres de aldeas fundados sobre un antropónimo y un equivalente de *villa* (*-heim*, *-dorf*, *-hof*, etc.), faltan del todo en las fuentes antiguas relativas a Germania; dominan absolutamente, tanto al este como al oeste del Rin, a partir del siglo VII. Se ha conjeturado que los francos habían adoptado este tipo onomástico al tomar contacto con los galorromanos desde los siglos V-VI, y que luego lo habían transmitido a otros germanos [29]. Además, uno de estos sufijos, convertido en parte integrante del vocabulario toponímico alemán, *-weiler*, está tomado del latín *villare*. Pese a su estructura puramente germánica, los nombres en *-ing*, *-ingen* también pueden estar calcados de los nombres en *-acum*, a los que a veces sustituyen [30].

Es exactamente este mismo tipo de nombres el que, bajo una forma romana, invade la Galia del Norte entre los siglos VI y X. Durante las primeras generaciones se continuaron formando topónimos en *-acum* a partir de nombres de hombres germánicos (por ejemplo: *Atanacum*, de Atanarico; *Ramnacum*, de Chramn); un tipo en *-iacas* tuvo un instante de popularidad (por ejemplo: Landrecies, *Landriciacas*, de Landerich). Pero el tema pronto dejó de ser fecundo. Fue sumergido por los *-ville* y *-court*, cuya moda culmina en los siglos VII-VIII, y que en la actualidad aún no son totalmente estériles. Su primer término es casi siempre germánico, simplemente porque la antroponimia era completamente germánica en esta época. Su sintaxis duda entre un orden romano, en la periferia del reino primitivo (*ville* y *court* al principio; por ejemplo: Villemomble, Courgains) y un orden germánico, que finalmente predominó (*-ville* y *-court* al final).

De ese modo, se había constituido una especie de comunicación toponímica por encima de la frontera lingüística, que se extendió tanto por el corazón de la *Romania* gala como por la antigua Germania libre. No tiene sus raíces directamente ni en la tradición germánica (a la que, no obstante, debe mucho: en todas partes los antropónimos constituyen la base de estos topónimos, y casi en todas partes es germánica la es-

tructura sintáctica), ni en la tradición galorromana (que seguramente poporcionó la primera inspiración). El marco donde se moldeó esta comunidad es indiscutiblemente el reino merovingio (con sus protectorados). En el interior de esta estructura política se operó una síntesis creadora, que supera en importancia el fenómeno de invasión y de conquista, responsable solamente del desplazamiento de las líneas de demarcación lingüística.

Las interacciones lingüísticas muestran un último aspecto de esta nueva civilización. Los galorromanos que no han adoptado el fráncico, han tomado de él pese a todo importantes elementos de vocabulario. Cualquier denominación es aleatoria, tanto más cuanto que a menudo se trata de términos ya en desuso por referirse a géneros de vida o instituciones desaparecidas hace tiempo, o de vocablos degradados a usos dialectales. Pero la aportación fue considerable, del orden de quinientas palabras por lo menos [31]. Es cierto que el hundimiento de la enseñanza, por una parte, y la evolución fonética rápida del latín vulgar, por otra, colocaron la lengua en estado de receptividad durante las primeras generaciones después de la conquista. Parece como si las puertas se hubiesen cerrado antes de la época carolingia. Pero a pesar de los siglos transcurridos, el francés hablado actual sería inconcebible sin las aportaciones francas.

Naturalmente, los nuevos elementos adoptados incluyen ante todo un vocabulario relativo a las nuevas instituciones (*sénéchal, maréchal, échanson, chambellan, antrustion, aubain, rachimbourg, échevin, maimbourg, plège, namp, essoine, ordalie, alleu, fief, trève, arrière-ban*, etc.) y a las cosas de la guerra (*garder, guetter, épier, gonfanon, fourreau, dard, flèche, blason, étrier*, etc.). Pero también hay muchos términos más significativos en cuanto a la profundidad de las influencias ejercidas: nombres de las partes del cuerpo *(hanche, échine, flanc, quenotte)*, nombres de colores *(blanc, brun, bleu, gris, blafard)*, nombres de puntos cardinales (pero de hecho no se impusieron hasta después de la llegada de los refuerzos escandinavos a Normandía), nombres de plantas y de formas vegetales *(hêtre, troène, roseau, houblon, haie)*, términos agrícolas, por último (*blé, gerbe, fourrage*, etc.).

En esta materia, los francos dieron mucho y tomaron poco. No significa esto que los elementos tomados del latín falten en germánico, sino que la mayor parte se remontan más allá de la era merovingia y son debidos a los contactos entre civiles y soldados a lo largo del *limes*.

Estas consideraciones lexicográficas pueden enmascarar un hecho esencial: latín y fráncico no se sitúan en el mismo nivel. El latín es una lengua escrita, orgullosa de su tradición literaria, epigráfica y religiosa, y el fráncico sólo es una lengua hablada (casi no hay ningún texto rúnico en este dialecto), sin prestigio particular (a diferencia del gótico) y sin soporte religioso. La aristocracia franca de la Galia fue consciente de esta situación: no hizo ningún esfuerzo por escribir el fráncico o darle una literatura. Sólo quedaron consignadas por escrito

algunas breves fórmulas jurídicas; los reyes, desde antes de Clodoveo escribían en latín sobre sus temas más personales, y Chilperico intentó pasar por letrado con el latín. La idea de levantar la lengua del conquistador al nivel de la de los sometidos no nació hasta la época carolingia.

4. Ensayo de balance: las diversidades regionales

La desigualdad de las aportaciones germánicas en las diversas regiones de la antigua *Romania* es extrema. Casi nulas en África y en las islas del Mediterráneo, débiles en el sur de España y en la región romana, en el resto son de una importancia mayor [32].

En Túnez y en la Argelia oriental no quedó prácticamente nada de los vándalos, aparte los textos. Ni una palabra de su lengua, ni un nombre de persona, ni un topónimo. Algunas escasas inscripciones, sobre todo funerarias, han salvado del olvido a algunos individuos, pero no disponemos de nigún documento de archivos, ni de una ley que hubiera emanado de las vándalos. Tumbas y joyas escasean de forma notable. Sin duda la conquista islámica es, en parte, responsable de este olvido; más que ninguna otra, supo eliminar completamente todo lo que había de perecedero en el legado del pasado. Pero no arremetió contra los restos arqueológicos, que abundan tanto del período romano como del período bizantino. Hay que concluir que los vándalos casi no aportaron nada.

En Sicilia, y en menor grado en Córcega y Cerdeña, el Islam también borró mucho. Pero las apariciones efímeras de los godos y los vándalos no dejaron allí nada tangible.

En la península ibérica, para evaluar las influencias góticas y suevas hay que proceder en dos tiempos, separados por la conversión de Recaredo (587). Hasta ella, las aportaciones germánicas no habían cambiado el medio hispanorromano en nada esencial; en cambio, después de la conversión los germanos se incorporaron de forma indisoluble a la tradición histórica española.

Durante el primer período la presencia de los godos y de los suevos es sobre todo un hecho militar. Establecidos formando poblaciones bastante densas, unos en la costa atlántica en torno a Braga, otros en la Meseta Norte, en los actuales «campos góticos» (mapa 1), en el resto de la península sólo estaban representados por algunos soldados y funcionarios. Separados de las masas hispanorromanas por su arrianismo, por la prohibición de matrimonios mixtos y, sin duda, por un derecho particular, se limitaban a gobernar en su beneficio un país que seguramente no se interesó particularmente por ellos. Quizás los visigodos

tenían su cultura intelectual propia (aunque no se sabe nada de la suerte que corrió en España la lengua de Ulfila), seguramente poseían un estilo de vida particular, como atestiguan las tumbas y la orfebrería, un modo de vestir distinto; pero nunca transmitieron nada a los hispanorromanos. Un grupo de éstos, en el Sur y Sudeste, después de 554, pudo escapar durante dos generaciones a la dominación gótica, y cuando se reintegraron a la comunidad ibérica no se encontraron distintos a sus hermanos. La mayor parte de las instituciones que más tarde subrayarán la originalidad del reino de Toledo en el conjunto de los Estados sucesores del Imperio de Occidente, aún no habían tomado forma.

Desde 587 sólo cuentan los godos. Pero su conversión les vale inmediatamente un prejuicio favorable. Bajo Recaredo y bajo Sisebuto, en los cuadros hispánicos se observa la «conciencia y la voluntad de una síntesis creadora» que en seguida conduce a realizaciones duraderas: el Renacimiento intelectual de la era isidoriana, la elaboración de los códigos de leyes del siglo VII, el establecimiento de asambleas tan originales como los Concilios de Toledo en el corazón de las instituciones del reino y, por último, el nacimiento de una nueva doctrina de la realeza, fundada en la unción real [33]. Si la España goda hubiese sido ahogada antes de 587, prácticamente no hubiera dejado ninguna herencia; estrangulada en 711, legó a Europa muchas de las ideas fundamentales en torno a las que se construyó la civilización medieval. Sin duda alguna, en esta síntesis los elementos romanobizantinos predominaron ampliamente sobre los elementos germánicos: Leovigildo ya había abandonado simbólicamente el vestido gótico por el traje principesco bizantino. Y los rebrotes ibéricos en el dominio artístico, sobre todo en el Norte, desempeñan más papel que las aportaciones bárbaras. Pero Hinojosa y Sánchez Albornoz han demostrado la importancia de los elementos germánicos en el desarrollo institucional: *gardingi* que forman el *comitatus* real, *saiones* que ejecutan las órdenes, y por último, tradiciones de derecho privado [34]. Hasta el siglo XI, la España de la Reconquista vivió de los recuerdos dejados por el reino católico de Toledo y recogió piadosamente estos jirones de herencia germánica. Aunque el vocabulario y la toponimia hispanoportuguesa acogieron muy pocas palabras germánicas (sin duda menos de 40), la península tuvo la misma admiración que la Galia por la nueva antroponimia: mezclados con algunos elementos iberovascos, los nombres germánicos dominan absolutamente en la España medieval.

La síntesis cultural realizada en el reino de Toledo tenía mayor valor intrínseco que la que nació en el reino merovingio. Pero el aislacionismo de la España gótica en su último siglo, y luego la catástrofe de 711, le impidieron el mismo alcance inmediato. Estas dos tentativas paralelas casi se ignoraron. Ni siquiera toda la península siguió el ejem-

plo de Toledo: aunque la adhesión del antiguo país suevo fue rápida, el pueblo vasco se replegó en un completo aislamiento, del que no se le pudo sacar ni con la presión armada, y la Bética, aunque su destino particular ya se vislumbra antes de la conquista islámica, fue siempre menos receptiva a las influencias germánicas que a las que llegaban de Oriente.

En Italia no hubo una, sino tres fases distintas de la influencia germánica: la de las incursiones del siglo V, de los jefes bárbaros del ejército romano y de Odoacro; la de los ostrogodos y, finalmente, la de los lombardos. Sus aportaciones a veces se acumulan y a veces se anulan, y la fase intermedia bizantina del siglo VI aún complica más el problema, pues el ejército de Belisario era tan bárbaro como el de sus adversarios.

La primera de estas fases no dejó nada duradero, salvo ruinas. Las incursiones de los primeros años del siglo V habían afectado mucho a los campos de la Italia central y septentrional, y favorecido un bandidaje endémico. Pero muchas ciudades habían escapado a ello, y la mayor parte de las demás recuperaron su antigua fisonomía, tras una reconstrucción más o menos larga, como Milán después del paso de Atila; la más afectada fue Roma. Los hérulos, los esciros y los turcilingos, que formaron el pueblo sobre el que reinó Odoacro, eran poco numerosos, y sus acantonamientos, alrededor de Rávena, Verona y Milán seguramente no fueron más lujosos que los de los bárbaros al servicio de Roma antes de 476. Los acontecimientos de 489-493 los borraron por completo.

La llegada de los ostrogodos tuvo una importancia muy distinta. En primer lugar, no se trata de un golpe de Estado, realizado desde el interior, como en 476, sino de una conquista. La Italia del Nordeste sufrió mucho a causa de ello [35], y la inmigración fue considerable. Luego, la personalidad de Teodorico prestó una nueva dimensión al acontecimiento: quiso ser a la vez el jefe de un Estado romanogótico ejemplar y el jefe moral de los germanos de Occidente. De todas las experiencias de síntesis romanobárbara, la suya fue con toda seguridad la más consciente. Su debilidad fue la de descansar sobre un solo hombre, y luego, sobre todo, de no disponer de un plazo suficiente, lo cual no impidió que dejara una herencia apreciable en todos los aspectos.

Teodorico obtuvo los resultados más notables en el dominio intelectual: favoreció a la vez el desarrollo de una cultura latina fiel al nuevo orden de cosas y el nacimiento de la primera cultura intelectual bárbara. El gótico de Ulfila fue utilizado por algunos autores, sobre todo con fines religiosos [36]. Otros godos emplearon el latín: los oscuros «filósofos» Atanarico, Hildebaldo y Marcomir, citados por el «Cosmógrafo

de Rávena», y más tarde el historiador nacional Jordanes, que no escribió hasta después de la victoria de Justiniano, pero que se alimentó de la cultura elaborada bajo Teodorico. En realidad, estas obras son poco originales: la *Skeireins* quizá está traducida del griego, Jordanes compendia a Casiodoro; no obstante, el esfuerzo es notable, tanto más cuanto que implica la voluntad de interesar a los romanos en el pasado de los godos (Ablabio, del que sólo conocemos el nombre, y el mismo Casiodoro, escribieron Historias de los godos, *Getica*).

En el plano político, el arrianismo de los godos y su situación minoritaria los obligó a adoptar una actitud de segregación. En el seno de los cuadros administrativos del Bajo Imperio, conservados intactos para los romanos, los godos fueron acantonados en la frontera del Nordeste, alrededor de Rávena, en la llanura del Po y en Toscana, bajo el gobierno de *comites Gothorum*, dependientes directamente del rey. En las ciudades, los godos tuvieron sus cuarteles aparte, en torno a iglesias arrianas. Sin duda los godos conservaron su derecho propio —del que no tenemos ningún indicio— del mismo modo que los romanos conservaban el suyo, dentro de los límites trazados por los edictos reales. Eran los únicos que tenían vocación para ocupar ciertos puestos de mando, sobre todo militares. Pero Teodorico proponía tanto a los godos como a los romanos un ideal político común: el que expresa en sus estampillas de tejas *(Regnante Domino Nostro Theodorico bono Romae...)* [37], sus inscripciones monumentales, como la de la vía Appia *(...rex Theodoricus, ...custos libertatis et propagator Romani nominis...)* [38] y sus cartas a Casiodoro, en las que «se preciaba de ser el rey-filósofo según la fórmula de Platón» [39]. Era un ideal puramente grecorromano, a cuyo nivel pretendía situar rápidamente a sus godos, aunque de una manera sin duda utópica.

En el dominio material las aportaciones góticas son limitadas. Es dudoso que los godos tuviesen tiempo de transformarse en población agrícola. Dos tesoros de orfebrería, los de Desana (Piamonte) y de Reggio Emilia, y algunas joyas muestran una participación de los godos en las grandes corrientes del arte «bárbaro». Pero las influencias germánicas no aparecen en absoluto en las importantes edificaciones que Teodorico hizo levantar en Rávena y Roma.

La huella lingüística de los godos es débil y difícil de distinguir de la de los lombardos. Se reduce a algunos topónimos que presentan el radical *Gothi* y, sin duda, a una parte de los nombres de lugares de Lombardía en *-engo;* las palabras góticas pasadas al italiano seguramente pertenecen sobre todo al dominio de la vida práctica y muy poco a los dominios administrativo, jurídico o militar, donde las aportaciones lombardas parecen haberlo invadido todo.

La obra de Teodorico incluye una parte evidente de puesta en escena, de *captatio benevolentiae* dirigida a las clases dirigentes. Pero es probable que fuera sincero. Su ensayo repetía el de los jefes godos del siglo v —Gainas, Tribigildo y Fravitas— que en Oriente habían intentado injertarse en el sistema romano. Las declaraciones de Ataúlfo en Narbona (pág. 174) muestran un ideal semejante. Este continuo esfuerzo de los godos se explica, sin duda, por las semillas de cultura dejadas por la obra de Ulfila, y por el orgullo gótico, que ambicionaba igualar a Roma.

La experiencia de Teodorico rebasa el marco italiano. Antes de los merovingios y durante menos tiempo, pero con pretensiones distintas, ejerció su influencia sobre todos los germanos de Occidente. No vamos a estudiar aquí sus empresas diplomáticas para frenar la expansión franca, proteger a los visigodos y burgundios y moderar a los vándalos. Se hizo escuchar en la Germania independiente e incluyó en su clientela muchos pueblos secundarios: adoptó al régulo de los hérulos de Panonia, Rodulfo; se incorporó como mercenarios la banda de Mundo, un mestizo de huno y gépido que acampaba por la Mesia; recogió los restos de los alamanes de la Recia después de su derrota por Clodoveo; protegió a los bávaros, a los varnos del Rin inferior y, a decir de Jordanes, incluso a noruegos. Sin duda, si se hubiera podido proseguir esta obra, todos estos pueblos habrían entrado en la civilización romana bajo su forma italiana más pura, en tanto que, de hecho, apenas recibieron, a través de los francos, una herencia muy modificada.

Esta política explica el prestigio, sin igual entre los reyes bárbaros, de que gozo más tarde Teodorico entre los poetas épicos[40] e incluso con Carlomagno, que en 801 hizo transportar su estatua ecuestre de Rávena a Aquisgrán[41].

Los lombardos consideraron primero a Italia como un botín más bien que como la base de un Estado, que ni siquiera concebían. La primera generación de su presencia se salda con un balance casi por completo negativo. Pocos períodos fueron tan negros como el medio siglo que separa el desembarco de Belisario, en 536, de la elección de Autario, en 584. Al final de este período apenas quedaba nada por salvar.

Un verdadero poblamiento no se efectuó hasta después de la estabilización. Los ejércitos lombardos *(exercitus)* se instalaron en el terreno. Los jefes sustituyeron a la desaparecida aristocracia romana y se convirtieron en propietarios rurales, se rodearon de campesinos libres lombardos e hicieron trabajar a una masa compacta de romanos, mantenidos en una condición cercana a la de los *coloni* del Bajo Imperio. Los detalles del cambio son poco conocidos, pero no hay ninguna duda sobre su amplitud: aparte los enclaves bizantinos, los romanos perdieron toda influencia. La antroponimia fue casi en seguida lombarda por completo. La toponimia experimentó una aportación masiva, sobre todo en el Milanesado, Véneto, Toscana del Norte y alrededor de Espoleto.

Fue renovada la lengua administrativa, jurídica y militar; el italiano aún conserva casi 300 palabras lombardas. Por último, a pesar de la personalidad de las leyes —más rigurosa en Italia que en ninguna otra parte— el derecho lombardo rápidamente adquirió una posición dominante en la llanura del Po y en Toscana. La huella fue tan fuerte que hasta comienzos del siglo IX la Italia del Norte fue el *regnum Langobardorum* [42], y una de sus regiones aún se llama Lombardía. El fenómeno lombardo en la llanura del Po se parece, e incluso rebasa quizás en intensidad, al fenómeno franco en la Galia septentrional. Pero sólo fue de influencia local; salvo en Baviera durante algunos momentos, el reino de Pavía no ejerció ninguna irradiación. Frente a los francos siempre quedó en una posición de rezagado, a menudo humillado, y constantemente amenazado.

El germanismo del reino lombardo plantea complejos problemas. El lombardo, del que sólo se conservan expresiones jurídicas y nombres propios, seguramente fue hablado hasta el siglo VIII, y durante la época carolingia supervivió algún conocimiento de la lengua. Pero en Italia había muchos otros germanos: un formulario del siglo IX alude a godos, alamanes, bávaros y burgundios. Ninguna de las lenguas respectivas fue escrita, y la clase dirigente, a pesar de estar orgullosa de su nacionalidad, en seguida adquirió un barniz de cultura latina. Pavía fue el foco; aquí, en el siglo VIII grandes y reyes se hicieron grabar epitafios versificados que no tienen equivalente en ningún otro país de Occidente [43]. A finales del siglo VII, en el clero milanés resurgió cierta actividad literaria; en el siglo VIII se pudo hablar de un renacimiento. No obstante, el germanismo de la nobleza se vio reforzado por aportaciones bárbaras y alamanas, incluso posteriores a la conversión definitiva al catolicismo (671).

Un texto famoso de Pablo Diácono afirma la matanza de los nobles romanos y el reparto de los supervivientes entre los lombardos como *hospites* tributarios (pág. 88). La toponimia muestra que en una gran parte del Norte y del Centro los establecimientos lombardos consistieron en grupos familiares o militares llamados *fara* (Fara Vicentina, Fara Novarese, Fara in Sabina). En los puntos estratégicos como Friul y accesos a los collados alpinos, se observan colonias de *arimanni* (libres del servicio militar). Los hallazgos arqueológicos forman franjas continuas al pie de los Alpes, desde Trieste al Piamonte, a lo largo de la vía Emilia y en Umbría, pero evidentemente es imposible señalar si los romanos adoptaron formas lombardas. Las aportaciones artísticas se limitan a una orfebrería alveolada de decoración zoomórfica; están muy imbuidas de influencias orientales (sirias y coptas).

Para juzgar equitativamente la actitud de los lombardos frente a la romanidad, hay que recordar su posición política y militar, casi constantemente amenazada por Rávena o desde más allá de los Alpes; la traición era una constante tentación para sus súbditos romanos. Por último, el problema arriano revistió en Italia, si no características más agudas, por lo menos mayor duración que en ningún otro lugar. Los lombardos sólo se pudieron mantener a base de comportarse más brutalmente que la mayor parte de los conquistadores germanos. Tampoco hay que olvidar que atajaron el acceso a Italia de pueblos aún más

amenazadores. Defendieron el *limes* del Isonzo contra los ávaros y los eslavos, mientras sucumbía la romanidad ilírica, confiada en manos de Bizancio.

La Galia merovingia difícilmente puede ser aprehendida con una sola mirada, pues no es la creación del pueblo franco únicamente. A mediados del siglo VI los merovingios sucedieron al reino burgundio, y administraron esta herencia de forma muy conservadora, sin quitar nada de su vigor a la «nacionalidad» borgoñona; la aristocracia burgundia continuó en los puestos de mando, e incluso sobrevivió la dinastía (en 613 se cita uno de sus descendientes). La herencia visigótica, recibida después de Vouillé, fue mucho más maltratada, pues los visigodos subsistían en tanto que enemigos exteriores y eran arrianos. La clase dirigente y la mayor parte del pueblo vencido se trasladaron a España; ningún godo pudo encontrar lugar entre la aristocracia merovingia [44]. No obstante, algunos arrianos más o menos convertidos (aún constituían preocupación en 541), se quedaron en el Mediodía aquitano; hacia 640-47 un acta de Sigiberto III habla de un grupo de godos en Rouergue, y la supervivencia de una antroponimia gótica sugiere que el caso no fue único. Provenza quedó como un Estado romano en unión personal con los reinos merovingios; hasta mediados del siglo VIII los francos no desempeñaron en él ningún papel. Alamania, Turingia y Baviera, en las épocas en que estuvo sometida, gozaron de una autonomía aún mayor. Incluso en el interior de la Galia septentrional, el antiguo *tractus Armoricanus* no fue sometido absolutamente al mismo régimen político que las regiones de la primera conquista. Por último, diversos pequeños grupos germánicos conservaron su individualidad durante bastante tiempo: taifales de Poitou, sajones del Bessin, suevos de Courtrai, etc.

No obstante, para todo este conjunto se impuso lentamente un nombre nacional común, tomado únicamente de los francos: *Francia*. Utilizado por los autores de la Baja Antigüedad para designar la región de la Germania ocupada por los francos, a partir de mediados del siglo VI designa la parte norte de la Galia, efectivamente dominada por los francos, y luego, bajo la pluma de algunos autores exteriores al país (Gregorio Magno), el conjunto del reino merovingio. Esta acepción no se generalizó hasta el siglo VIII, cuando se dejó, por ejemplo, de oponer *Francia a Aquitania*, puesto que para las regiones situadas al norte del Loira nacieron nuevas designaciones regionales, Austrasia y Neustria [45].

Hasta finales del siglo VII o comienzos del VIII, la población de la Galia se siente consciente de su división en dos entidades: los *romani* y los *barbari* (aunque este último vocablo, al tomar más tarde el sentido de «pagano», cayera en desgracia desde la época de Dagoberto). Todas los biografías de personajes importantes procuran precisar a cuál de estos grupos pertenecían sus ascendientes —incluso si proceden de matrimonios mixtos—, y, en caso necesario, con cuál de los pueblos bár-

baros estaban relacionados. Luego esta noción desaparece o, más exactamente, sólo la conservan los profesionales del derecho, que, al menos en Borgoña y en el Mediodía, continúan planteándose la cuestión hasta el siglo IX (la Galia del Norte no ofrece muchas huellas de la *professio legis*, y, en cambio, se encuentran en la Septimania antes gótica hasta el siglo X). En los siglos VII y VIII el sentimiento de la nacionalidad «étnica» es sustituido con el de una nacionalidad «regional»: más que franco o romano, se es austrasiano, neustriano, borgoñón o aquitano. Sin duda, las aportaciones germánicas de la época de las invasiones no se hallan desligadas de estas actitudes; su éxito también señala el triunfo de la fusión [46].

Las clases dirigentes, a finales del siglo VI, tanto los «francos» como los «borgoñones», los «romanos» u otros grupos admitidos al disfrute del poder (algunos sajones y alamanes, escasos turingios), estaban fundidas en una verdadera unidad, basada en el género de vida y en la civilización material, unidad sellada por la identidad de fe y numerosos matrimonios mixtos.

El hecho fundamental es la adopción por la clase superior germánica del género de vida de los propietarios rurales galorromanos. Ha sido objeto de una detallada investigación de Bergengruen [47] y de Sprandel [48]. El fisco real, inmensamente rico, —además de la herencia del fisco romano, había recibido las tierras vacantes o confiscadas—, distribuyó *villae* por centenares entre la aristocracia franca, en el siglo VI y sobre todo en el VII. Parece que con Clodoveo y sus hijos, la clase dirigente se mantuvo inestable, móvil, con destino en diversos puntos según las necesidades del servicio real, sin relación directa con la colonización rural franca en los lugares donde ésta se desarrollaba [49]. Luego los reyes seguramente la fijaron al terreno, confiándole grandes propiedades, principalmente para ahorrarse su soldada. En la mayor parte de vidas de santos de los siglos VII y VIII, los antepasados de los héroes —casi todos de linaje noble— aparecen establecidos desde hace poco tiempo en la región donde habitan. Este cambio se explica claramente por imitación de la aristocracia galorromana. En todo caso, la nueva clase dirigente no tuvo reparos en servirse de un derecho rural de ascendencia completamente romana. La *villa* de los propietarios francos parece tener la misma estructura que la de los propietarios romanos, aunque en el norte de la Galia jamás hubo *foedus* que asegurara la continuidad jurídica. Por último, como quiera que los patrimonios de los senadores estaban muy dispersos, los de los jefes francos también lo estuvieron: el de una pareja por lo demás desconocida, Vandemiro y Ercamberta, que hacia 690 lo distribuyeron con piadoso desprendimiento, se extendía sobre 13 pagos, desde la región de Beauvais hasta el Maine y el Quercy.

Es inútil multiplicar las referencias sobre los matrimonios mixtos entre las dos ramas de la aristocracia. En Noyon, san Medardo, nacido a mediados del siglo V —es decir mucho antes que Clodoveo— ya es hijo de un franco y de una romana.

Las etapas de la unificación económica y social en las capas inferiores de la sociedad son poco conocidas. En las ciudades, donde la población estaba ya mezclada (sirios, judíos), el elemento franco sin duda fue una minoría más, rápidamente asimilada. En el campo, la arqueología apenas ha proporcionado dos indicios; incluso inmediatamente después

de la conquista son escasos los desdoblamientos de cementerios; en el siglo VIII el agrupamiento unánime de las tumbas en torno a las iglesias muestra que la fusión ya debía de estar realizada desde hacía tiempo. Sea cual fuere su ascendencia, en aquella época los habitantes de la Galia del Norte se consideraban francos.

En esta fusión los factores intelectuales sólo representaron un papel muy débil. Antiguos y recién llegados comulgaron finalmente en una incultura generalizada, más que en el seno de una nueva cultura. El reino merovingio queda en cierto modo rezagado con respecto a los Estados góticos. El Mediodía galorromano conserva cierta actividad, como demuestra la supervivencia de las actas escritas y la abundancia relativa de las inscripciones; es el único que hasta el siglo VII aproximadamente conserva escuelas abiertas a los laicos, y es de esta región de donde provienen casi todos los letrados, muchos obispos y una apreciable cantidad de obras de arte (sarcófagos, capiteles). Pero precisamente este Mediodía escapa a la acción directa de los francos. En el Norte ocurre casi todo lo contrario [50]. Hasta casi finales del siglo VI no se encuentran algunos pocos aristócratas interesados en las actividades del espíritu y que se arriesgan a escribir algunos versos o cartas de estilo afectado. Su modelo y parangón fue Chilperico, rey de Neustria. Nada indica una voluntad de mantener y defender el legado de la Antigüedad, a la manera de Casiodoro o de Isidoro de Sevilla, ni la de crear una cultura bárbara; se trata sólo de un conformismo muy insulso, que, por lo demás, no rebasa unos círculos muy restringidos. Gregorio de Tours, a pesar de ser romano puro, sólo conoce superficialmente las artes liberales, y su esfuerzo por dar a los bárbaros una historia nacional no se puede comparar al de Jordanes; apenas dice nada sobre las tradiciones de los francos antes de sus primeros contactos con la historiografía antigua, y a lo largo de su grueso libro sólo cita o emplea cuatro palabras fráncicas (además de los nombres propios): menos que Fortunato, educado, sin embargo, en Rávena [51].

NOTAS DEL CAPÍTULO V

1. El mejor cuadro del conjunto lo presenta M. GYSSELING, *La genèse...* [n.° 277].
2. En los siglos VII-VIII, la gran plaza comercial de Quentovic pudo ser un foco de germanismo. La germanización del Bolonés estuvo lo bastante avanzada para detener la evolución normal de los topónimos en *-iacum*, pero no para eliminarlos: *Cessiacum* ha dado origen a Quesques (en otro lugar, Chessy) y *Gilliacum* a Guelque (en otro lugar, Gilly). La reconquista romana, iniciada en el Sur, en el siglo IX, se detuvo a finales del XIII en el Aa.
3. El vocabulario romance de una delimitación del 721 (ed. W. LEVISON, *Neues Archiv*, XLIII, 1922, págs. 383-385) atestigua la existencia del islote del Eifel. El de Tréveris ha sido bien estudiado por E. EWIG y sobre todo JUNGANDREAS, *Ein romanischer Dialekt* [n.° 279]. En un radio de una treintena de kilómetros en torno a Tréveris se hablaba un dialecto rural parecido al valón y al loronés, del que dan fe ciertos topónimos (*Tabernae*, que en país germánico da lugar a *Zabern* —de donde proviene Saverne—, se convierte en *Tawern*, cerca de Tréveris) y sobre todo por una multitud de nombres de campos (*Longkamp*, en 920, cerca de Bernkastel; *Ruvereit* en 1127, act. Rorodt = *roburetum*; Castheneith, en 981, act. Kesten = *castanetum*, etc.).
4. La primera etapa, la de la ruina de las estructuras romanas, es bien conocida en la Nórica gracias a la vida de san Severino, escrita en 511 [n.° 15]. Da una relación excepcionalmente viva de los acontecimientos comprendidos entre 453 y 488.
5. Nombres como Waldstetten, Wallstadt, Waldsee, Wahlenhein contienen, pese a las etimologías populares, el término *walah-*, «welche», y textos carolingios citan formas como *vicus Romaniscus*, *Walahsteti*, *Walchse*, etc. La tentativa de A. JANDA, *Die Barschalken* [n.° 463], de considerar a la clase semiservil de los *barschalken*, de la que poseemos pruebas hasta el siglo XIII, como los descendientes de las poblaciones romanas sometidas, parece haber fracasado.
6. Sobre este problema véase W. von WARTBURG, *Die Ausgliederung der romanischen Sprachräume*, Berna, 1950; (trd. fr., París, 1967).
7. Estimación de S. Mazzarino para principios del siglo V.
8. El antiguo prefecto de las Galias, Dardano, se estableció, con los refugiados de Tréveris, en una *villa* fortificada de los Alpes meridionales; otros contribuyeron a la erección del monasterio de Lérins.
9. Véase pág. 77. Sólo un linaje senatorial parece haber sobrevivido en el seno del reino merovingio, el del obispo de Tréveris, Numeriano.
10. A. COVILLE, Les Syagrii, en *Recherches sur l'histoire de Lyon* [n.° 224], páginas 3-29; complétese con C. CIPOLLA, *Monumenta Novaliciensia vetustoria*, I, páginas 13 y sigs. (texto retocado).
11. SIDONIO, *Carmina*, XXII.

12. Cf. BÖHNER, *Die fränkischen Altertümer* [n.° 409], y EWIG, *Trier im Merovingerreich* [n.° 412].
13. Editados por GOSE, *Katalog...* [n.° 4].
14. Karl ZIMMERMANN, Vom Römerkastell Andernach zur mittelalterlichen stadt, *Rheinische Vierteljahrsblätter*, XIX, 1954, págs. 317-340.
15. Henri PIRENNE, Le fisc royal de Tournai, *Mélanges F. Lot*, París, 1925, páginas 641-648.
16. M. FLEURY, *París*, [n.° 401].
17. Véanse págs. 183 y sigs.
18. Además se trataba de tierras bastante mediocres y el carácter definitivo de su abandono se debió sobre todo a las ventajas para la caza, que encontraron en ella los reyes francos. Cf. L. MUSSET, Les forêts de la Basse-Seine, *RA*, 1950, II, págs. 84-95.
19. Véase pág. 184.
20. Existe una continuidad evidente entre la gran *villa* romana y la *villa* real franca (por ej., *Brinnacus*, act. Berny-Rivière, Aisne, descrita por Gregorio de Tours). Pero las supervivencias o reconstrucciones fueron raras, porque la gran *villa* estaba ligada a condiciones sociales transformadas.
21. BÖHNER, *Die fränkischen Altertümer* [n.° 409].
21 bis. Véanse algunos datos relativos a Picardía en R. AGACHE, F. VASSELLE, E. WILL, Les villas gallo-romaines de la Somme, *Revue du Nord*, XLVII, 1965, págs. 541-576.
22. Chiriato de Valence, Arbogasto de Chartres, salidos sin duda de familias francas que habían estado largo tiempo al servicio de Roma.
23. Helen WIERUSZOWSKI, Die Zusammensetzung des gallischen und fränkischen Episkopats, *Bonner Jahrbücher*, CXXVII, 1922, págs. 1-83.
24. Bien definidos por WERNER, *Zur Entstehung* [n.° 311].
25. Especialmente SALIN, *Civilisation mérovingienne* [n.° 308], t. II, págs. 189-192.
26. Véanse por ejemplo, HEURGON, *Trésor de Ténès* [n.° 432].
27. Tomamos una parte de estas notas de R. LANTIER, *Journal des Savants*, 1962, págs. 98-99. Cf. también R. MAC MULLEN, The celtic Renaissance, *Historia*, XIV, 1965, págs. 93-104.
28. Los mismos temas se correspondían a veces, como en los nombres en *-rix*, germ. *-reiks*.
29. Adolf BACH, Zur Frankonisierung des deutschen Ortsnamenschatzes, *Rheinische Vierteljahrsblätter*, XIX, 1954, págs. 30-44.
30. Hay que rechazar, pues, la tesis puesta de moda por W. ARNOLD, *Ansiedlungen und Wanderrungen deutscher Stämme*, 1875, que atribuía, por ejemplo, los nombres en *-ingen* a los alamanes, los en *-heim* a los francos. Se trata, en realidad, de tipos comunes a varios pueblos y fundidos en una misma región. Gracias a estas terminaciones cabe distinguir capas cronológicas, pero no distribuciones étnicas.
31. Los mejores censos, aunque insuficientemente críticos, se encuentran en GAMILLSCHEG, *Romania germanica* [n.° 316].
32. El caso de Bretaña se recuerda en la pág. 102; las romanidades balcánicas se estudiarán en el tomo II de esta obra.
33. Resumimos algunas páginas muy elaboradas de J. FONTAINE, *Settimane...*, IX, 1961, págs. 217-221.
34. Éste es un punto controvertido; cf. pág. 208, nota 111.
35. Algunas ciudades, como *Julium Carnicum* (Zuglio, al norte de Udine), fueron destruidas.
36. Se conservan los restos de un comentario del Evangelio según san Juan, la *Skeireins*, algunas notas marginales y dos cartas. Prácticamente todo lo que

sabemos del gótico proviene de manuscritos italianos (a menudo palimpsestos), pero la lengua de Ulfila también fue utilizada por los godos de Egipto y, sin duda alguna, por los de Aquitania y de España. La lengua desapareció rápidamente y sus documentos fueron perseguidos como arrianos.

37. Herbert BLOCH, Ein datierter Ziegelstempel Theoderichs des Grossen, *Mitteilungen des deutschen archaelogischen Instituts, Röm. Abt.*, LXVI, 1959, páginas 196-203.
38. FIEBIGER-SCHMIDT, *Inschriftensammlung...* [n.° 3], n.° 193.
39. COURCELLE, *Les letres grecques* [n.° 85], págs. 258-259.
40. Véase pág. 193.
41. Este éxito moral posee también su aspecto económico. Teodorico supo explotar las posibilidades que le abría el gran itinerario Aquilea-Panonia-costa báltica. El dinero y el botín llegados de Italia crearon la edad de oro de las islas del Báltico. Tal vez este mismo éxito tuvo también un aspecto artístico y técnico. Se cree que la Italia gótica desempeñó un importante papel en la elaboración del estilo ornamental escandinavo del siglo VI.
42. Sólo a partir de 817 una reacción en favor de la antigüedad resucitó el nombre *regnum Italiae*. La Italia meridional bizantina conservó hasta el siglo XI el nombre de Longobardía.
43. PANAZZA, *Lapidi e sculture* [n.° 9].
44. No reaparecieron en los medios dirigentes hasta después de la reconquista de Septimania de manos de los musulmanes, en el siglo VIII (por ejemplo, san Benito de Aniano).
45. M. LUGGE, *Gallia und Francia* [n.° 405]
46. Deberíamos matizar este compendio demasiado rápido. *Romanus* conservó un sentido «étnico» en Recia y Aquitania hasta mucho más tarde que en otros lugares; a finales de la era merovingia adquirió a veces, en esta última región, un sentido «regional» (como sinónimo de aquitano»). Los bretones permanecieron ajenos a la fusión. A principios del siglo VIII, un pueblo conquistador, no germánico, los vascos, desempeñó un papel cada vez más importante en Aquitania; muchas fuentes llaman *vascones* a los habitantes del sur del Garona, que pasó a ser la *Vasconia*, Gascuña. Sobre todo esto, cf. el notable estudio de EWIG, *Volkstum* [n.° 400].
47. *Adel und Grundherrschaft* [n.° 393].
48. *Der merowingische Adel* [n.° 415].
49. A ello se debe que nunca se haya podido establecer la relación de los epónimos de los innumerables lugares en *-villa*, *-curtis*, *-ingen* o *-heim* y las grandes familias de la época merovingia conocidas por los textos.
50. La oposición ha sido justa y repetidamente señalada por RICHÉ, *Education et culture* [n.° 97], págs. 220-291.
51. No nos vamos a extender sobre las diversidades regionales de la fusión germanorromana. Recordemos, sin embargo, que los merovingios conservaron mecanismos gubernamentales ostrogodos en Provenza; que Poitiers fue, en Aquitania, el último refugio (en 677-678) de una vida municipal a la romana, y que Tours, Bourges, Clermont, Limoges, Burdeos constituyeron, junto con Poitiers, las últimas ciudadelas de la clase senatorial; que en Borgoña la clase dirigente continuó siendo romana durante largo tiempo, aunque la mayor parte de la población adoptó el modo de vida bárbaro...

Conclusión

Cuando la Europa cristiana, hacia el 600, recobró el aliento, su equilibrio se hallaba trastornado. El mundo antiguo había sido un mundo mediterráneo. Las primeras generaciones de Estados bárbaros surgidos de las invasiones no cambiaron en nada este hecho fundamental hasta el 550 aproximadamente: el Occidente continuó dominado por reinos creados por germanos del Este a orillas del Mediterráneo o en sus cercanías inmediatas. Lo que habían realizado los anglosajones en Bretaña y los francos en el norte de la Galia aún tenía poca importancia, puesto que se trataba de regiones tradicionalmente marginales. Pero a mediados del siglo VI todo había cambiado: Justiniano había destruido los estados de Teodorico y Genserico sin remplazarlos por nada estable, mientras que el hijo y el nieto de Clodoveo habían más que doblado la extensión de su reino a base de incorporarle regiones de considerable importancia tradicional (piénsese en el papel de Lyón o Arlés durante el Bajo Imperio). Al mismo tiempo, la mayor parte de la antigua Germania independiente, hasta entonces obstinadamente rebelde a la atracción mediterránea, entraba en el marco de un Estado cuyo foco se hallaba en el antiguo territorio romano. El centro de gravedad de Occidente se había transferido al norte del Loira y de los Alpes. Quedaría fijado allí por mucho tiempo. Este decisivo cambio de papeles constituye verdaderamente la bisagra entre la Antigüedad y la Edad Media [1]. Sin duda, las invasiones sólo cargan con la mitad de la responsabilidad directa —puesto que al principio respetaron el antiguo estado de cosas—, pero sin las invasiones nunca se habrían desarrollado las condiciones indispensables para este profundo cambio.

1. Nos adherimos a la interpretación de K. F. STROHEKER, Um die Grenze zwischen Antike und abendländische Mittelalter, *Saeculum*, I, 1950, págs. 433-465.

SEGUNDA PARTE

DEBATES ENTRE HISTORIADORES Y DIRECTRICES PARA LA INVESTIGACIÓN

Trabajo a realizar sobre las fuentes

Pese a la escasez o la oscuridad de las fuentes, para sacar un partido más completo de aquellas de que se dispone hay que realizar aún un trabajo considerable. El historiador de las invasiones no dispone de instrumentos de trabajo comparables a los que utiliza cotidianamente el historiador de la Antigüedad: no hay ni *Corpus* epigráfico, ni Prosopografía, ni *Realenzyklopädie* ni incluso el equivalente del *Thesaurus*. Algunos trabajos en curso solucionarán parcialmente estas lagunas (la *Prosopographia Imperii Christiani*, o el *Nouveau Du Cange*). Pero aún no ha llegado el momento de realizar síntesis demasiado vastas. Hacen mucha falta inventarios parciales, pero críticos.

Las necesidades más urgentes se encuentran en el dominio de la epigrafía. Desde hace un siglo el historiador de la Antigüedad ha aprendido a no dar un paso sin apoyarse en monumentos inscritos; el historiador de la Alta Edad Media casi siempre los desprecia. Esta disparidad resulta difícil de admitir. Sin duda alguna, a partir del siglo V los textos epigráficos escasean mucho, y su contenido las más de las veces es de naturaleza exclusivamente personal. Pero una investigación penetrante casi siempre consigue sacar algún partido útil para la historia general. El modelo puede buscarse en los trabajos de Christian Courtois. Su gran síntesis *Les Vandales et l'Afrique* [n.º 233] se basa en un inventario crítico de las inscripciones africanas (ap. II, págs. 365-368). Por lo demás, ha renovado un sector de la cronología merovingia a base de explotar inscripciones lionesas [1].

Antes de utilizar los documentos epigráficos, hay que reunirlos en ediciones críticas. En este aspecto el retraso es considerable. En Francia no se ha realizado nada serio desde hace 80 años; otros países, como España, están más avanzados, pero la lista de títulos que damos en la bibliografía general [n.º 1 a 12] no debe engañarnos. Casi todo está por revisar. Sin duda lo mejor sería elaborar buenos inventarios re-

gionales o locales, del tipo del de Gose para Tréveris [n.° 4], antes de iniciar *corpus* generales. Paralelamente habría que realizar estudios concretos sobre las fórmulas y la paleografía de estas inscripciones [2]. Nunca estará de más cualquier estímulo que se brinde a los historiadores para investigar en este fecundo dominio.

El estudio de las fuentes arqueológicas está más avanzado, aunque muchos inventarios se remontan a un período precientífico, no sólo porque los conocimientos sobre la cronología y la tipología eran rudimentarios, sino sobre todo porque entonces la búsqueda del objeto «de colección» predominaba sobre la observación minuciosa de los contextos, sin la cual un hallazgo pierde lo esencial de su valor [3]. El *Manuel des fouilles* de E. Salin [n.° 306] y, en menor grado, su *Civilisation mérovingienne* [n.° 308] servirán para prevenir contra errores de este tipo. Para estar al corriente del progreso de las técnicas se puede consultar la excelente *Revue archéologique de l'Est et du Centre-Est* (Dijon). Pero no es de la incumbencia de este libro enseñar el difícil arte de realizar una excavación.

Por lo demás, la excavación, incluso bien realizada y bien publicada, sólo es un comienzo. Proporciona materiales apenas elaborados, que sólo adquieren verdadero significado dentro del marco de trabajos de síntesis. Estos últimos deben de ser de dos órdenes. La síntesis tipológica es, sin duda, la más necesaria: establecer la extensión geográfica y cronológica, así como las variaciones en el espacio y en el tiempo de un tipo determinado de objetos, de motivos decorativos, de planos de edificios... En francés se encontrarán buenos ejemplos en los trabajos de Denise Fossard [4]. La síntesis regional, mucho más delicada, requiere una verdadera maestría en la apreciación de un material complejo, y sólo puede intervenir en un nivel avanzado de la investigación; como ejemplo citaremos la de Kurt Böhner para la región de Tréveris [n.° 409]. Pero en espera de ello, los catálogos críticos de hallazgos publicados o conservados en los museos proporcionan servicios inapreciables [5]. Insistimos en todos los casos en la importancia fundamental de una cartografía precisa de los tipos y de los hallazgos; un órgano importante de la investigación arqueológica alemana está particularmente consagrado a este aspecto: *Archeologia Geographica* (Hamburgo, desde 1950).

Los arqueólogos han desarrollado de forma desigual las ramas de su disciplina. Los hallazgos funerarios son los mejor explotados: se dispone de innumerables precedentes y de técnicas experimentadas. El estudio de los hábitats de la Alta Edad Media (y sus corolarios, como el estudio de la cerámica doméstica) aún está en la infancia en casi todos sus aspectos. En la Galia, sólo Renania, en sentido amplio, ha dejado de ser una *terra incognita;* Inglaterra está más avanzada, en parte gracias a su revista *Medieval Archaeology*. La arqueología monumental de la

época bárbara apenas comienza a ceñirse a disciplinas verdaderamente científicas, en Francia sobre todo bajo la influencia de los trabajos de Jean Hubert [6]. Sólo Italia está elaborando un inventario regional sistemático de las esculturas de la Alta Edad Media [7]. Sería indispensable extenderlo a todo el Occidente. Incluso sin contar con descubrimientos espectaculares —que, sin embargo, se producen a un ritmo rápido, a causa de la multiplicación de las obras públicas— el historiador puede esperar un más sustancial aumento de sus conocimientos por un empleo racional de los materiales arqueológicos [8].

Las mismas fuentes literarias también requieren aún un gran esfuerzo de inventario y de síntesis. La novedad de los trabajos de Pierre Courcelle [9] es instructiva al respecto. Son difícilmente imitables, pero el inventario de los textos relativos a cualquier tema concreto aún nos puede enseñar mucho [10]. En cuanto a los documentos hagiográficos, todavía quedan muchos hallazgos por hacer [11]. Por último, el estudio del vocabulario puede resultar rico en aportaciones. Aunque ya se han realizado trabajos en el aspecto jurídico, el dominio de la historia de las ideas en la época patrística apenas comienza a entreverse, especialmente bajo la influencia de la holandesa Christine Mohrmann. Habría que prolongar este esfuerzo. En cada párrafo de este libro trazamos un boceto del vocabulario que designa los diversos pueblos bárbaros: apenas se puede imaginar que aún no se haya realizado ninguna síntesis verdaderamente seria del problema. Es fácil ver la inmensidad del campo que se presenta a las buenas voluntades.

NOTAS DE LA INTRODUCCIÓN

1. El advenimiento de Clodoveo II y las reglas del acceso al trono en los merovingios, *Mélanges L. Halphen*, París, 1951, págs. 155-164.
2. El pequeño *Manuel d'épigraphie chrétienne d'après les marbres de la Gaule*, de E. Le Blant, París, 1869, está caducado y, además, centrado sobre un período anterior. El ensayo de Paul Deschamps, Étude sur la paléographie des inscriptions lapidaires, *Bulletin monumental*, LXXXVIII, 1929, págs. 5-86, es superficial y dirigido hacia un período más reciente. Uno y otro descuidan lamentablemente los textos grabados sobre objetos mobiliarios, tan instructivos para la historia de la civilización.
3. Tal es el caso, por ejemplo, de la monumental recopilación de Barrière-Flavy [n.° 289].
4. Les chapiteaux de marbre du VII[e] siècle en Gaule, style et évolution, *Cahiers archeologiques*, II, 1947, págs. 69-85; Répartition des sarcophages mérovingiens à décor en France, *Etudes mérovingiennes*, Poitiers, 1952, págs. 117-126; Les sarcophages de plâtre à décor trouvés autour de Paris, *Paris et Ile-de-France, Mémoires*, XI, 1960, págs. 257-269.
5. El bosquejo de H. Zeiss [n.° 313] puede proporcionar un marco.
6. De los cuales *L'art pré-roman* [n.° 299] marca el punto de partida.
7. *Corpus delle sculture altomedievale*, pub. por el Centro italiano di studi sull'alto medioevo, cuyo tomo I (Lucca) apareció en 1959.
8. Se hallará un modelo de realización práctica en una región poco extensa en M. E. Mariën, Les vestiges archéologiques de la région de Lesse et Lomme des origines aux Mérovingiens, *Ardenne et Gaume, monographie 4*, Bruselas, 1961.
9. *Histoire littéraire* [n.° 106] y *Sur quelques textes* [n.° 107].
10. Para el arte, cf. Knögel, *Schriftquellen* [n.° 300].
11. En la línea del ensayo, un poco anticuado, del abate Tougard, *De l'histoire profane dans les Actes des Bollandistes*, París, 1874.

CAPÍTULO PRIMERO

Problemas de conjunto

1. ¿De dónde proviene la «barbarie» de la Alta Edad Media?

A. ¿«Invasiones bárbaras» o «grandes migraciones de pueblos»?

Existe tradicionalmente una oposición entre medievales franceses y alemanes en esta cuestión de terminología. En el fondo es un dilema ficticio. Pero es preciso evocarlo.

El vocablo «bárbaro» es una herencia del griego. A los ojos de los helenos, bárbaro era todo aquel que no compartía ni la lengua, ni las costumbres, ni la civilización griegas, aunque se tratase de un súbdito de un imperio altamente civilizado, como era Persia. Esta concepción fue adoptada también por el Estado bilingüe que era el Imperio romano: allí era bárbaro todo aquel que no se adhería ni a la cultura griega ni a la latina. Por tanto, los bárbaros son simplemente los extranjeros no asimilados. Sin duda, el término no es halagador: el Imperio tenía demasiada buena opinión de sí mismo para estimar a los extranjeros. Pero tampoco es difamatorio, y esto es tan cierto que los invasores, tras haber triunfado sobre Roma, a veces lo adoptaron como suyo, a falta de mejor designación genérica. Por ello, calificar de «bárbaras» las invasiones del siglo V no es más que la expresión de un hecho evidente, de una tautología: ¡el Imperio fue invadido desde el exterior!

La evolución de la palabra *barbarus* en la Alta Edad Media aún está por describir. El término no debería disociarse de su antitético, *Romanus*, cuyos matices jurídicos han atraído la atención[1], ni de sus derivados, tales como *barbaricum opus* («orfebrería»), *barbaricarius* («dorador, tejedor de hilos de oro») o de los compuestos toponímicos. Por último no habría que descuidar sinónimos como *gentes*[2].

Mientras tanto, señalemos que el concepto de «bárbaro» fue cómodo para los historiadores antiguos, a quienes ahorraba reflexionar sobre la diversidad de sus enemigos. No obstante, en el siglo IV, una mente profunda, Amiano Marcelino, se da cuenta de que el Estado sasánida, por su organización rigurosa, se parece más al Imperio romano que a las tribus germánicas o a los jinetes de la estepa: por tanto renuncia a tratar de bárbaros a los persas. Luego, en el umbral del siglo VI, *barbarus* es empleado por los Estados germanos en el sentido de extranjero, e incluso de ger-

mano. Así, para Teodorico las personas que no son ni romanas ni godas son *barbari;* y para la ley sálica el bárbaro es el no romano que tampoco es franco. Un poco más tarde el término se aplica a los francos y a los burgundios, que lo utilizan ellos mismos. Por último, en el siglo VII sufre una mutación hacia el sentido religioso: «germano no cristianizado, pagano», donde adquiere un significado netamente peyorativo [3].

Paralelamente a la historia de la palabra, la historia de la idea ha sido magistralmente expuesta, para un ámbito muy amplio (insistiendo sobre el Extremo Oriente), por D. Sinor [4]. La han dominado dos concepciones: el bárbaro es el hombre del desórden, de la ἀκοσμία, y el que ignora las más elementales comodidades. Pero bárbaro y civilizado son dos conceptos complementarios: la civilización, egocéntrica por naturaleza, no se concibe sin la contraposición de la barbarie. Estas observaciones sólo son pertinentes hasta el siglo V. ¿Qué ocurre luego? La rehabilitación del bárbaro, intentada por Salviano, apenas tuvo influencia. Por lo demás, aún estamos en la oscuridad.

Por tanto, la Alta Edad Media es bárbara precisamente en la medida en que no es la continuación pura y simple de la Antigüedad romana. El objeto de este libro es determinar las fuentes de esta «barbarie».

Quedaría por justificar el término de «invasiones». Implica una idea de violencia que ofende a los actuales herederos de los germanos y que enmascara el hecho de que los desplazamientos de mayor amplitud —los que se produjeron fuera del *limes*— a menudo debieron de ser pacíficos. Por último, insiste demasiado en una fase inicial del avance, sin reparar apenas en los asentamientos que siguieron y que interesan más. Por tanto, sin duda sería preferible hablar de «migraciones».

La invasión sólo es un aspecto preliminar de un fenómeno mucho más vasto: las acciones y reacciones provocadas por la toma de contacto brutal de sociedades radicalmente distintas: una —la romana—, que había alcanzado cierto grado de esclerosis; las demás, sensiblemente más arcaicas y en vías de evolucionar con una rapidez casi explosiva. La invasión estricta, hecho sobre todo militar, se limita a algunos años. Pero nuestro estudio se extiende a lo largo de muchas generaciones y cubre todos los dominios de la vida social.

No hay que decir que el aspecto social del fenómeno bárbaro interesa infinitamente más que las facetas étnicas o lingüísticas (que, sin embargo, han preocupado en gran medida a los eruditos modernos, imbuidos de conceptos muy extraños a los siglos V-VI). La disparidad de civilización atrajo mucho la atención de los contemporáneos, hostiles o amables con los recién llegados. Salviano se extiende con satisfacción, en su *De gubernatione Dei,* sobre rasgos sociales y morales —justicia, humanidad, castidad— para oponer a los bárbaros, a los que alaba, a los agentes del Imperio, a quienes execra. Inversamente, Sidonio Apolinar (*Carmina,* XII) se venga de los burgundios, a los que tiene que soportar, satirizando su vestido, su tocado y su cocina. La lengua —cuando no es la de buenos autores— no interesa a los discípulos de la tradición literaria antigua. Cuando hablan de ella, sólo es para calificarla de bronca, de espantosa o de incomprensible, a lo sumo para espigar acá o acullá la palabra bien escogida que dará colorido local. Ningún contemporáneo parece haber tenido neta conciencia de la unidad lingüística del mundo germánico. El nombre de *Germani* sólo se aplica a los pueblos situados entre la frontera lingüística

y el Elba; a nadie se le ocurre extender esta noción a los godos, los burgundios o los escandinavos [5].

Por lo demás, si los romanos sentían con fuerza que desde el punto de vista social la «Barbaría» formaba un todo, los bárbaros, en cambio, sólo excepcionalmente tuvieron la misma idea. Teodorico, y casi nadie más, parece que se elevó a la concepción —que coincidía con su interés más inmediato— de una solidaridad política de los germanos de Occidente (sobre todo de los germanos arrianos). El pensamiento de una solidaridad religiosa en el seno del arrianismo aflora en algunos autores [6], pero nada más. Cada uno para sí: ése es el principio inexpresado que se aplica en todas partes y que, por lo demás, es típicamente «bárbaro» a los ojos de los civilizados.

B. Barbarie indígena y barbarie importada

Un problema esencial, pero muy difícil, lo plantean los resurgimientos indígenas, es decir, el afloramiento de un estilo de vida, un arte, unas lenguas y unas instituciones anteriores a la conquista romana, momentáneamente desaparecidas a causa de ésta, pero que luego reaparecieron al amparo de las invasiones, durante el derrumbe general de las superestructuras de la Antigüedad. La «barbarie» no fue sólo aportación desde fuera; pudo ser el resultado de un conservadurismo, de una continuidad profunda con el pasado prerromano. Así se comprueba cada vez más a menudo, sobre todo en arqueología; pero resulta muy delicado distinguir entre estas dos «barbaries» que convergen y cuyo punto de contacto queda disimulado a causa de la superposición de elementos grecorromanos clásicos o cristianos. Algunos hechos resultan evidentes, como el rebrote de elementos indígenas desde la Gascuña hasta la región cantábrica, que dio nacimiento al pueblo vasco. La romanización no había penetrado mucho en este sector (las inscripciones de los Pirineos incluyen una proporción poco habitual de nombres indígenas, divinos o humanos); el hecho curioso y misterioso es que desapareció totalmente en una época imprecisa, entre los siglos IV y VIII. Se ha propuesto —con verosimilitud, pero sin ninguna prueba— considerar la Bagauda española de Tarazona, hacia 449, como un primer movimiento nacional vasco [7]. En todo caso, es seguro que desde finales del siglo V los vascos no dejaron de oponer una resistencia encarnizada a los esfuerzos centralizadores del gobierno visigodo; tal resistencia se mantuvo durante la época musulmana y se extendió hacia el norte de los Pirineos a partir del siglo VIII, como muestra la mala voluntad crónica de los gascones respecto del Estado franco. No nos interesa aquí descubrir a cuál de los elementos prerromanos de la península ibérica se emparentan los vascos (sin duda a los iberos). Sólo cuenta el resultado: una desaparición duradera de la romanidad, en la que las invasiones no intervienen en absoluto, por lo menos de forma directa. Hay que clasificar en el mismo apartado el gran retorno ofensivo del berberismo en África [8].

La dominación vándala dejó escapar una parte de la Numidia y la totalidad de las provincias de la Mauritania, que, sin embargo, estaban comprendidas en el *limes* del siglo IV. La distancia y la ruptura de las comunicaciones marítimas impidieron a las regiones no ocupadas continuar siendo verdaderamente romanas.

El abandono de una parte de África está evidentemente relacionado con los progresos del nomadismo. ¿Éste es la causa o el efecto? La desorganización de la policía del desierto dejó vía libre a los nómadas, que a su vez hicieron la vida imposible a los sedentarios. Los paliativos —especialmente la fortificación de las granjas— resultaron insuficientes. La ciudad podía defenderse, pero perdía su razón de ser cuando el cultivo sedentario desaparecía de los campos de los alrededores. Sólo como recordatorio plantearemos aquí dos problemas económicos aún no resueltos: ¿en qué medida un empeoramiento del clima explica los progresos del nomadismo (sin duda muy débil)?, y ¿cuál fue el papel de la difusión del camello en la agresividad creciente de las tribus nómadas (aparentemente considerable)? [9].

También habría que evocar la vigorosa expansión del celtismo, hacia la misma época, en la Bretaña insular (véase cap. IV), y quizás también en Armórica. En conjunto, el fenómeno afectó sin duda a la quinta parte del territorio del Occidente romano; pero dado que es un fenómeno mudo, sólo aprehensible por sus consecuencias negativas, siempre nos sentimos impulsados a subestimarlo.

Por lo demás la tendencia fue mucho más general de lo que harían sospechar los índices lingüísticos por sí solos. Es un lugar común (pese a la ausencia de estudios precisos) relacionar el arte provincial galo-romano con el arte romano en lo que se refiere a las figuras en relieve. El hiato parecerá muy largo; pero en España está admitido que el arco de herradura de las iglesias visigóticas, luego mozárabes y, por último, de las mezquitas, en último análisis se remonta al arte iberorromano (según Gómez Moreno). La decoración con rodetes en la cerámica merovingia es reminiscencia de las tradiciones galobelgas heredadas de la época de La Tène. La nueva elevación general de los hábitats provenzales sobre los puntos dominantes donde se habían levantado los *oppida* prerromanos pertenecen al mismo orden de hechos, pues la Provenza fue una de las regiones de Occidente menos afectadas por las invasiones. El triunfo general de las aldeas sobre las *villa* romana debe mucho a la supervivencia de los poblados indígenas de tipo galo, por debajo y al margen de la cuadrícula resultante de la redistribución del suelo después de César. En otro lugar ya nos hemos referido a lo que, en las costumbres funerarias de la Galia merovingia, parecía debido a la tradición indígena (pág. 129).

No es difícil percibir la amplitud del problema, uno de los menos conocidos, pero sin duda uno de los más importantes de la Alta Edad Media. Se encuentra a cada paso, incluso en la historia política: el regionalismo de la Galia del Noroeste en el siglo V puede, hasta cierto punto, deberse a un resurgimiento, como lo indicaría la vuelta al empleo del nombre céltico de Armórica para designar la región. Sería imprudente

generalizar, pero el peligro de error no sería mucho menor si en el balance general de las invasiones sólo se considerara como depositarios de la continuidad a los elementos propia y típicamente romanos, y si sólo se cargara en la cuenta de los germanos inmigrados todo lo que en la nueva civilización existe de evidentemente extranjero a la romanidad.

C. La barbarie antes de las invasiones

No sería menos inexacto atribuir a las «grandes» invasiones —las posteriores a 406— la totalidad de las aportaciones germánicas. Ya conocemos la «barbarización» progresiva del Bajo Imperio, pero interesa subrayar su profundidad y generalidad.

Tanto en la cúspide de la sociedad como en su base, el ejército fue el agente más eficaz de esta penetración preliminar. Arriba se encuentran por doquier los innumerables oficiales superiores bárbaros, sobre todo a partir de Teodosio [10]. Abajo, la práctica de reclutar prisioneros bárbaros para llevar a cabo, bajo una jefatura militar, las repoblaciones de las regiones devastadas por otros bárbaros, que se remonta por lo menos a Marco Aurelio, quien la aplicó a los marcomanos en la llanura del Po [11]. En la Galia fue inaugurada por Maximiano en 287: el *foedus* que firmó con Genobaldo preveía la instalación de colonos francos entre el Mosa y el Mosela. Constantino introdujo campesinos bárbaros (camavos y frisones, entre otros) en toda la Galia-Bélgica. Encontramos aquí de nuevo el problema de los «letes», citado antes (págs. 117-118) con ocasión de la Galia. Sea cual fuere la opinión que se tenga sobre sus aspectos arqueológicos y jurídicos, la presencia de núcleos germánicos importantes en el campo no puede ser más segura.

La toponimia ayuda a descubrirlos: *Sermaise* denota los sármatas; *Marmaigne*, los marcomanos; *Alemania*, los alamanes, etc. [12]. Pero los establecimientos de pueblos exóticos e inesperados tienen más posibilidades de haber atraído la atención de los galos que el asentamiento de pueblos familiares como los francos. Y quizás el problema es menos claro de lo que parece a primera vista [13]; en primer lugar, ¿todos estos nombres son realmente colectivos? ¿No puede haberlos hecho nacer un hecho aislado?

Esta práctica de restaurar los terrenos devastados por medio de prisioneros deportados, tan extraña a nuestras mentes desde que nació el nacionalismo, es tan vieja como el mismo mundo. Era corriente en los Imperios orientales desde los asirios y los persas. Se sabe que su renacimiento en la época romana hizo escuela: Bizancio la aplicó hasta sus últimos días.

Estas infiltraciones, mucho antes de la caída del Imperio, pudieron crear modas, que no hay que atribuir sólo al prestigio de los conquistadores. Tres edictos de Honorio, entre 397 y 416, prohíben el vestido bárbaro —capas de piel, cabellos largos— en el interior de las ciudades (en el campo, sin duda, habría sido una pretensión vana). Y, por ejem-

plo, se sabe que santa Genoveva de París, nacida de padres galorromanos, recibió su nombre puramente germánico *(Genovefa)* sensiblemente antes de mediados del siglo V. Estas modas también pudieron afectar a dominios menos fútiles, especialmente el de los usos funerarios o jurídicos. Pero la resistencia indignada de los medios oficiales, los únicos que escribían, siempre nos impedirá saberlo a ciencia cierta [14].

2. Luchas sociales y luchas contra el invasor

En todo período de invasiones se plantea un mismo problema: ¿en qué medida el enemigo exterior ha encontrado complicidades, conscientes o no, en el interior? Las clases sociales oprimidas ¿se han aprovechado de la situación para tomarse el desquite? ¿Los elementos perturbadores han explotado el desorden en su propio beneficio? ¿Y cómo precisar los daños de los invasores y los de los forajidos?

La amplitud de los movimientos sociales que afectan al Occidente latino en el siglo V es impresionante [15]. Sacuden todas las regiones y más especialmente la Bretaña, el oeste de la Galia, el norte de España y África. Resulta delicado caracterizarlos, puesto que las fuentes son muy lacónicas y carecen de objetividad.

En primer lugar se produjo una inmensa extensión del bandidaje que se agravó después de cada irrupción bárbara. Desde finales del siglo IV los códigos se llenan de leyes feroces contra los bandidos y sus cómplices. Pese a la desconfianza del Bajo Imperio, los civiles fueron autorizados por dos veces, en 391 y 403, a dar caza a mano armada a los *latrones publici*. Éstos se constituían en verdaderas corporaciones, que compraban niños para enseñarles el oficio (hubo que prohibirlo en 409 y 451), y tenían su organización para hacer circular el botín. Hacerse bandido es el recurso más inmediato para cualquiera que se encuentra en la miseria, amenazado o simplemente intenta hacer una rápida carrera.

En un nivel superior se sitúan estos misteriosos rebeldes de África, los *circunceliones*, sin duda «la gente que vagabundea alrededor de las cillas (graneros o bodegas)». Su caso es complejo: paro agrícola y miseria, por una parte, y fanatismo religioso, movilizado por el donatismo, por otra, explican las reacciones violentas de estas bandas bereberes. Contribuyeron a hundir el orden romano en una gran parte de la Numidia desde mediados del siglo IV [16].

En la Galia y en el norte de España se trata de un movimiento a la vez social y político, el de los bagaudas. Tanto la palabra como el movimiento parecen tener su raíz en el medio celta aún mal romanizado de la Galia occidental. Pero en el siglo V cuando reapareció, tras la invasión de 406, no era una innovación: la Bagauda tenía una tradición que se remontaba al siglo III. Después de diversas crisis pasajeras, de pronto,

en 435, adquirió un aspecto muy grave. Un tal Tibatto condujo a la rebelión abierta a los descontentos de casi toda la Galia, rebelión netamente separatista (*a romana societate discessit*, dice una crónica) [17]. Vencida con dificultades al norte de los Pirineos, la revuelta volvió a encenderse casi en seguida al sur, en la Tarraconense, hasta 443. Un segundo paroxismo se sitúa hacia 448: un intelectual, el médico Eudoxo, se puso a la cabeza de una Bagauda gala, fracasó y luego se refugió entre los hunos. Al año siguiente, los bagaudas españoles mataron al obispo de Tarazona (cerca de Zaragoza); este último movimiento no sucumbió hasta 454, bajo la represión de los godos enviados por Aecio. Después de esta fecha, los bagaudas desaparecen [18].

Falta hacer la interpretación. El carácter social del movimiento queda demostrado en la *Vita Germani* y en Salviano: se trata de una insurrección de las víctimas de la opresión totalitaria del Imperio herido de muerte, y va dirigida contra el fisco y contra los jueces. Nada indica que afecte únicamente a los campesinos. Debió de tratarse de algún fenómeno muy parecido a las manifestaciones de autonomismo exacerbado a las que se libran, en la misma fecha, en las ciudades de Bretaña, bajo la dirección de sus autoridades locales (cf. cap. IV) [19]. ¿Hay que ir más lejos y buscar en los bagaudas, especialmente los españoles, tendencias heréticas (de tipo priscilianistas), del mismo modo que a veces bajo el autonomismo bretón se cree ver manifestaciones pelágicas? Es muy dudoso. En cuanto a las colisiones entre bagaudas y bárbaros, fueron puramente ocasionales y compensadas por choques tanto o más frecuentes [20].

La contribución de las perturbaciones sociales al derrumbe del orden romano está, por tanto, establecida. Pero parece injusto creer en una colaboración consciente entre un enemigo interior y los bárbaros. Seguramente los bárbaros ni buscaron la alianza con estos movimientos sociales, ni comprendieron verdaderamente su alcance. Los reyes vándalos, a pesar de su lucha a muerte con los dirigentes católicos de África, no tendieron la mano a los *circunceliones*. Godos y alanos sólo vieron en los bagaudas una ocasión para alquilar a Roma, a buen precio, soldados para la represión [21]. La única excepción notable parece ser la del penúltimo rey ostrogodo de Italia, Totila, que, en una época en que su pueblo no tenía nada que perder, seguramente incluso llevó a cabo una política «espartaquista», tendiendo la mano a los esclavos contra los grandes [22]. Pero Totila fracasó, quizás ante la solidez de los lazos de clientela entre patronos y campesinos. En conjunto, los germanos se adhirieron al conservadurismo social. El régimen de hospitalidad, y luego el acceso de sus jefes a la gran propiedad rural, los solidarizó con los intereses de la aristocracia.

La coincidencia de las invasiones, de las luchas sociales y de algunas epidemias impresionó mucho a los contemporáneos, preparados por el cristianismo para ver signos premonitores del fin del mundo. Se han reunido los testimonios literarios relativos al año 398, el 365 después de la Pasión [23] y los que hacen referencia al saqueo de Roma de 410 [24]. El tema merecería ser tratado en su conjunto. Explica en gran parte el derrotismo que aparece tan a menudo. Un representante excepcional de este sentimiento es Salviano, ese cura de Tréveris, refugiado en Lérins, que fustiga a Roma y exalta a los bárbaros de una manera tan singular en su *De gubernatione Dei* [25]. Bajo las antítesis a menudo exasperadas de este retórico se oculta una mentalidad que, sin duda, fue la de una minoría, pero que explica más de una defección. En el siglo V ya no es posible atribuir a la masa cristiana sentimientos de adversión *a priori* en cuanto a la defensa militar del Imperio, pero es evidente que algunos individuos dudaban en comprometerse a fondo en favor de un Estado que respondía tan mal a los ideales morales del cristianismo y que parecía condenado por la fatalidad.

La gran crisis del Imperio contempló la deserción de una gran parte de las clases dirigentes. Las razones son numerosas y complejas. El lugar cada vez mayor que ocupaban el servicio cortesano y las intrigas áulicas en la vida de los Grandes, a costa de los mandos provinciales, enervó la defensa local. El apego creciente de los senadores a su tierra natal apagó el sentimiento de solidaridad entre las diversas partes del Imperio. La repugnancia de las gentes bien nacidas a encontrarse en medio de advenedizos, las más de las veces de ascendencia bárbara, que formaban los mandos del ejército, también explica muchas cosas. Pero la responsabilidad no es unilateral: el Gobierno, asediado por el temor a las conspiraciones, había hecho todo lo posible por apartar a los grandes de las funciones activas. El sistema de los honores, en el siglo IV desviaba a los magistrados de las inversiones útiles y les obligaba a aplicar enormes sumas a fines ostentatorios. Sin duda el pueblo de Roma se aprovechaba de ello, pero con escaso beneficio para la causa pública, puesto que el poder ya no tenía su sede en Roma. Durante este tiempo, el Estado, para procurarse un mínimo vital, debía gravar a muerte a los *humiliores*. La familia de Melania, la amiga de San Jerónimo, disponía de una renta anual de 12.000 libras de oro, y el emperador no conseguía encontrar las 4.000 libras que seguramente costaba la manutención durante tres años del ejército de Alarico, lo cual hubiera evitado el saqueo de Roma... La propia legislación obligaba a los ricos a ser inútiles; pocos eran los que, como el escritor Sinesio de Cirene, se atrevían a transgredir la ley que prohibía tomar las armas sin autorización imperial, incluso en casos de urgente necesidad [26].

En conjunto, la aristocracia se acomodó a su pusilanimidad. Continuó gozando, bajo los reyes bárbaros, de la mayor parte de sus privilegios y de una porción considerable de sus bienes. Sólo los perdió en Italia, durante la segunda mitad del siglo VI, por no haber mantenido la misma indiferencia en las guerras entre godos, bizantinos y lom-

bardos. Esta actitud, que hoy nos extraña, permitió, por lo menos, un salvamento: el de la literatura antigua, que sin duda hubiese muerto si una aristocracia desligada de la acción directa no hubiera aportado todos sus pequeños cuidados a conservar su recuerdo, en manos de un Símaco o de un Macrobio, antes de transmitir la antorcha a los monasterios, a los que ella misma fue a menudo para olvidar sus disgustos, siguiendo el ejemplo de Casiodoro.

*

Un régimen social de una desigualdad repulsiva, un sistema político que desde hacía dos siglos descansaba en la coacción y la desconfianza, una justicia parcial y de una ferocidad absurda y en aumento [27], bastarían para explicar un despego profundo, aunque el sistema hubiese sido eficaz. Pero durante sus últimos años funcionaba de mal en peor y pasaba de un desastre a una capitulación. El prestigio secular de Roma, por grande que aún fuese [28], ya no podía ocultar esa incapacidad. Ya no bastó con buscar cabezas de turco, como Estilicón y luego Aecio. En muchas provincias nació la idea de que sólo se podía contar con sí mismo, fuera de las vías tradicionales de la unidad romana. En el siglo II, en tiempos de Tétrico y de Zenobio, ya se habían manifestado estas reacciones regionalistas, normales en caso de crisis profunda. El siglo V las conoció bajo formas menos explosivas, que no atrajeron mucho la atención de los historiógrafos.

Donde se las puede reconocer mejor es en África, en la Galia y en Bretaña. Allí revisten muchas formas, según los niveles sociales. En la cumbre, es la aristocracia la que se repliega en su patria chica y da preeminencia al apego a una región por delante del juramento a Roma. El fenómeno tiene sus aspectos sentimentales y literarios, que son los más conocidos, pero también sus aspectos institucionales (sólo los italianos conservan su puesto en el Senado romano; la carrera senatorial ya no transfiere a los jóvenes aristócratas de un extremo al otro del mundo mediterráneo) y sus aspectos políticos.

La aristocracia municipal aún era más receptiva que los senadores a las tendencias centrífugas: la conquista de Roma no le interesaba, y sus intereses eran puramente locales. Este ambiente favoreció los movimientos armoricano y bretón, la naturaleza y relación de los cuales supo ver el historiador griego Zósimo: «La Armórica entera y las demás provincias de la Galia, imitando a los bretones, rechazan a las autoridades romanas.» A menudo escuchó la voz de los jefes indígenas ambiciosos —moros o bretones— que le ofrecían su brazo. Vegetar le importaba poco, en tanto que fuese a expensas del fisco.

En las zonas subadministradas y subocupadas —altas mesetas argelinas, el Oeste bretón, por ejemplo— se levantaron jefes tribales

dispuestos a rechazar la autoridad imperial. Algunos fueron verdaderos separatistas, como en África el moro Gildón, en 396-398. La mayor parte, de menor envergadura, sólo aspiraban a recibir o a usurpar una autoridad de tipo romano, desde el *rex gentium Maurorum et Romanorum* de Mauritania, hasta el galo que orgullosamente adopta el título de *protector* [29].

Estos movimientos centrífugos son, en conjunto, más conservadores que revolucionarios. Se trata de una «autodefensa» ampliamente extendida, de un seguro contra la derrota y la incapacidad del poder, más que de un verdadero autonomismo. No nació ninguna «nación» mora o armoricana. El marco donde se verificaron las cristalizaciones duraderas fue el de los reinos bárbaros, no el de las ciudades o el de las tribus autónomas.

Por último, de todas las empresas de los siglos V y VI, la más devastadora e, involuntariamente, la más revolucionaria, fue la reconquista de Justiniano. Sólo ésta se tradujo en verdaderos trastornos sociales, en la desaparición de Roma y de la clase senatorial en la mayor parte de Italia. Tales fueron los efectos de la obstinación de los ejércitos bizantinos, siempre insuficientes para una victoria definitiva, de mantenerse en campaña durante veinte años. Lo que ahorró la estrategia de los generales de Justiniano, fue víctima de las reacciones desesperadas de los godos [30]. En África el balance fue menos gravoso; pero a pesar de algunos esfuerzos, como el del caudillo Salomón, los gobiernos bizantinos no pudieron impedir un empeoramiento progresivo, al mismo ritmo que bajo los vándalos, por no decir más rápido, bajo la presión de los nómadas bereberes.

Prescindiendo de los textos, debería realizarse una investigación profunda, en marcos regionales limitados, sobre los factores probables de destrucción, los signos aparentes de empobrecimiento y los primeros indicios de retorno a la seguridad. A. Audin, por ejemplo, ha demostrado útilmente que el abandono de la antigua estación de *Lugdunum*, sobre la colina de Fourvières, en beneficio de las orillas del Saona, no era consecuencia de la irrupción de los bárbaros, sino de la inseguridad que provocaban los bagaudas, con sus secuelas de destrucción de los acueductos, pillaje de las tuberías de plomo (llaga familiar a nuestras ciudades siniestradas) e imposibilidad, por tanto, de suministro de agua a los barrios elevados [31]. El descenso de la Roma de las Siete Colinas hasta las orillas del Tíber y el Campo de Marte también está relacionado con la inutilización de los acueductos durante las guerras góticas. Inversamente, ¡qué admirable índice de retorno a un orden regular proporciona la restauración de los circos de París y de Soissons por los hijos de Clodoveo, o la del anfiteatro de Pavía por Atalarico! [32].

De ese modo se podrá delimitar más concretamente el período de los desórdenes, y sin duda se comprobará que, en la mayor parte de casos, se inició mucho antes de las grandes irrupciones bárbaras y se detuvo relativamente pronto después de la instauración de las nuevas realezas. Se pueden delimitar aproximadamente los islotes de calma y las zonas

de trastornos: a partir del siglo V, la historia social de Occidente se divide en una serie de historias regionales de ritmos muy desiguales. Los bárbaros no fueron los únicos responsables.

3. Los invasores

¿Qué representan exactamente los «pueblos» germánicos de la época de las invasiones? Algunos parecen ser células elementales muy coherentes, pero poco numerosas; otros presentan el aspecto de vastas confederaciones, en todo momento dispuestas a extenderse por absorción o a disolverse, y existen asimismo todos los grados intermedios. La naturaleza y la evolución de estos *Stämme* han sido objeto de abundantes estudios en Alemania [33].

En la *Stammesbildung* concurren todo tipo de elementos: sociológicos (comunidad de antepasados, matrimonios mixtos), religiosos (comunidad de culto), jurídicos (identidad de costumbre, alcance de la paz entre los miembros), geográficos (hábitat), lingüísticos (particularidades dialectales), pero las más de las veces el determinante es un factor político. Casi todos los pueblos que se repartieron el botín del Imperio tuvieron como aglutinante una realeza dinástica. Sin duda eso no era un rasgo primitivo: la Germania de Tácito, así como la Galia de César, contaban con numerosos pueblos «republicanos»; la constitución monárquica sólo dominaba en el Este. La lucha contra Roma y el reparto de los despojos favorecieron las realezas; sólo escaparon a ello algunos pueblos que permanecieron en segundo plano, como los sajones (pero también nombraron reyes a partir de su desembarco en Bretaña).

El carácter de la realeza germánica es doble, sacro y militar, y la dosificación de estos elementos varía según los pueblos. Las dinastías góticas y anglosajonas, así como más tarde las de Suecia y de Noruega, son consideradas como descendientes de los dioses; las de los francos y los lombardos son más bien de carácter militar; pero en todos lados la realeza conserva un aspecto sobrenatural (es conocido el valor que se da a la cabellera de los merovingios) [34].

La cohesión de los *Stämme* ofrece las variaciones más sorprendentes. La conciencia de la unidad étnica puede sobrevivir a la mayor dispersión geográfica, como ocurre, por ejemplo, con los hérulos [35]. Inversamente, grandes pueblos se hunden en pocos años casi sin dejar huellas, como los vándalos o los ostrogodos bajo los golpes de Justiniano o, en un nivel inferior, los gépidos y los esciros y, antes de ellos, casi todos los pueblos citados por Tácito. ¿Cómo resolver esta contradicción? Se intuyen dos verdades. En primer lugar que las confederaciones de pueblos, sobre todo las más extendidas, sólo persisten en

la medida en que triunfan; varios fracasos repetidos comportan su disolución y la desaparición de su nombre, sus elementos constitutivos recobran su libertad o entran a formar parte de otros agrupamientos. En segundo lugar, que casi todos los pueblos presentan el aspecto de una nebulosa: un núcleo reducido se adhiere con fuerza al nombre nacional y a la dinastía, mientras que unas capas externas, superpuestas a lo largo del desarrollo histórico, presentan menos coherencia; el núcleo, a causa de su extensión limitada, es relativamente fácil de aniquilar, pero mientras resiste, la conciencia «étnica» es fuerte.

Esta tesis, arduamente defendida por Wenskus [n.° 135] (págs. 63-78), resuelve la contradicción entre la exigüidad de las «patrias» asignadas a los pueblos germánicos y la importancia que éstos adquieren en el ápice de su carrera. ¿Cómo es posible que todos los burgundios provengan de Bornholm? ¿O todos los vándalos del Vendsyssel? En realidad, sólo era oriundo de allí el núcleo de cada pueblo, portador de las tradiciones.

Para ser completos hay que citar otro tipo, la «banda guerrera», de la que tanto habla Fustel de Coulanges, pero que es más bien excepcional. Se trata de aventureros, sin tradición común, reunidos por la sola esperanza de unas ganancias.

Aunque el aspecto «constitucional» del problema es difícil de comprender, es preciso tener el valor de afirmar que su aspecto numérico es incognoscible. Hace medio siglo aproximadamente, cuando, después de Beloch, los historiadores de la Antigüedad creían poder cifrar la población de la Atenas de Pericles o de la Roma de Augusto, los medievalistas quisieron proponer asimismo algunas cifras. Ya nadie se acuerda de ellas, ni de las que tomaron de fuentes contemporáneas, ni de las que calcularon ellos mismos a partir de datos inconsistentes o más bien a partir de la idea que se hacían del fenómeno estudiado.

La tentativa más coherente es la de Schmidt, *Die Ostgermanen* [n.° 127], páginas 29-41: 50.000 bátavos hacia el 70 de nuestra era, 20.000 alamanes en Estrasburgo en 357, 10.000 combatientes godos en Andrinópolis, etc. Otro historiador alemán, W. Reinhart, estima los visigodos, a su entrada en España, en 70.000 u 80.000 almas. Los datos relativos a los vándalos —tomados de Víctor de Vita— han sido objeto de examen por Courtois, *Vandales* [n.° 233], págs. 215-218: sin rechazar absolutamente la cifra de 80.000 almas al pasar los vándalos a África, demuestra que no es más que un cómodo lugar común.

Contentémonos con la certidumbre de que los ejércitos de invasión eran poco numerosos; incluso considerando los no combatientes y los cautivos, eran incapaces de anegar las inmensas regiones de que se apoderaban. Pero esta misma certidumbre nos deja desarmados ante los problemas de repoblación. Aunque cabe admitir que, para los visigodos o los vándalos la aportación total bárbara se aproxima mucho a la cifra de la invasión inicial, para todos los demás grandes pueblos hay que considerar la posibilidad de una inmigración continua, atraída por el éxito y extendida a lo largo de varias generaciones. Nada per-

mite evaluar estos desplazamientos secundarios, que las fuentes escritas generalmente no citan.

Paralelamente, se sabe muy poco del modo de subsistencia de los ejércitos bárbaros durante sus desplazamientos a través del Imperio. Los datos más seguros se refieren a los godos [36]. En toda su migración desde la Dacia hasta Aquitania, los visigodos dependieron principalmente del comercio con los romanos, y de las provisiones que éstos les proporcionaban. Desde 369 Valente intentó terminar con los godos instalados al sur del Danubio, cerrando los mercados y organizando un boicot comercial: los godos se vieron obligados a la lucha armada, y del relato de Amiano se deduce que su agricultura no bastaba para alimentarlos. Del mismo modo, en 414 Constancio los obligó a salir de España organizando un bloqueo naval (Orosio, *Hist. adv. pag.*, VII 43, 1). Finalmente firmaron el *foedus* contra promesa de 600.000 medidas de grano, mas los aprovisionamientos regulares que aseguraba la *hospitalitas*. El caso de los visigodos es, sin duda, extremo: eran seminómadas, y para ellos la agricultura siempre había sido solamente una ayuda complementaria; atravesaron el Imperio en una época en la cual la anona y el *cursus publicus* aún tenían cierta eficacia, lo cual permitió a Roma organizar un bloqueo. Los ejércitos siguientes pudieron vivir mucho más tiempo sobre el país; es probable que, paralelamente al saqueo, realizaran cierto comercio, revendiendo su botín a cambio de aprovisionamientos. Estas necesidades alimentarias limitaban los efectivos capaces de operar conjuntamente en un mismo sector. El avance bárbaro, cuando es rápido, necesariamente es llevado a cabo por cuerpos que se separan y reagrupan según los recursos disponibles. Se comprende el éxito de los *foedera:* devolvían a los invasores su existencia normal, la vida rural, y aseguraban la continuidad del suministro. A los bárbaros les interesaba no destruir en absoluto las estructuras preexistentes.

Aunque las batallas en filas no abundaran mucho, la historia de las invasiones es en gran medida una historia militar. Habría que conocer mejor las tácticas y los métodos de combate, pero escasean los documentos precisos [37].

La organización de los ejércitos bárbaros descansaba en el servicio de todos los hombres libres en estado de combatir, equiparse y alimentarse, por lo menos para una corta expedición. Burgundios y francos extendieron este régimen a sus súbditos romanos. En la época de las migraciones, la distribución en cuerpos se hacía sin duda sobre una base tribal. Se basó más tarde en las divisiones territoriales. El mando, primero desempeñado por jefes hereditarios o por los ricos que se hallaban a la cabeza de *comitatus* importantes, pasó en la época merovingia a manos de agentes locales del poder real, los condes. No tenemos indicaciones precisas sobre las unidades inferiores de los pueblos que habían

estado en contacto durante mucho tiempo con los ejércitos romanos de Oriente, es decir, con los godos y los lombardos, donde la organización era rigurosa.

Lo que se conoce mejor, gracias a la arqueología, es el armamento, por lo menos cuando, después del siglo IV, se hizo usual el depósito de armas en las tumbas. Como tantos otros elementos de civilización, cambió mucho entre la fase preparatoria, la de los «letes», y la fase migratoria de las invasiones; por ejemplo, en el dominio franco, el hacha arrojadiza y la espada, no adquirieron hasta el siglo VI su forma definitiva. Cada pueblo tuvo sus armas características. En la página 216 se estudiarán las de los francos, que, como los anglosajones, son sobre todo soldados de infantería. Los alamanes, jinetes, manejan la espada larga. Salvo los burgundios, ninguno de los germanos occidentales concede gran importancia a las armas defensivas ni al arco. El armamento de los godos se conoce poco, pues no depositan armas en las tumbas. Los vándalos, en su mayoría jinetes, utilizan la lanza, la espada larga y el arco, y a menudo llevan coraza.

Entre los problemas relativos a la organización civil de los germanos, uno de los más importantes es el del linaje (al. *Sippe*). Esta noción, que desempeñó un papel central en los sistemas de los juristas alemanes, aún es muy oscura. El término correspondiente es, para la mayor parte de autores, *fara*, comprobable entre los francos (por la misma toponimia: Fère-Champenoise, La Fère) y los lombardos (por la toponimia, la historiografía y las fuentes jurídicas). Los miembros de la *fara* aparentemente son los *faramanni*, término que sólo se conoce entre los burgundios. ¿Pero, qué es exactamente la *fara*? Pablo Diácono, refiriéndose a los lombardos, define: *faras, hoc est generationes vel lineas* (Hist. Langob., II, 9). Por tanto, a primera vista la *fara* parece ser una institución civil, un grupo de personas surgido de un antepasado común. Pero el mismo Pablo Diácono también dice que era la célula elemental del ejército, lo cual confirma el edicto de Rotario. Además los tácticos griegos afirman que los lombardos combaten por familias (φυλαι). En ese caso, ¿se trata verdaderamente de una familia o de una «célula de autodefensa»? El mejor especialista italiano, Bognetti, cree en el carácter de asociación militar. Queda *faramannus.* La ley Gombetta (LIV, 2) lo emplea en el sentido de *consors,* «miembro de la asociación entre romanos y bárbaros para la explotación de una tierra». Fredegario lo utiliza para designar la aristocracia, y el término ha sobrevivido en los dialectos de las regiones de Lyón y Forez en el sentido de «vagabundo». Todo esto no permite elaborar una teoría de conjunto del linaje, y quedamos sumidos en la incertidumbre ante los topónimos franceses e italianos en *fara:* ¿denotan una colonización por grupos familiares o una colonización militar? [38].

Una de las mayores dificultades de la historia de las invasiones se refiere a una actitud mental heredada de la Antigüedad. Frente a una nueva denominación étnica, la historiografía siempre se muestra reservada; si en una estantería de la biblioteca de los buenos autores encuentra un nombre ya asimilado, lo utiliza como un sustituto. De ahí las imprecisiones que se adivinan, el recurso sistemático a términos generales que no se refieren a nada concreto.

Esta tendencia ha afectado especialmente a los pueblos de las estepas: los godos fueron designados como getas; los hunos, como escitas, y los ávaros, como hunos. Marcomanos, cuados y sármatas también gozaron de una larga moda póstuma. Los vándalos, en los relatos hagiográficos, han servido de cómodos prestatarios de nombre para todo tipo de invasores de la Galia, y también los alanos. Sicambrio ha sido un término literario para designar a los francos. Lombardos y sajones han escapado a estos disfraces.

Otro tema de estudio sería la iconografía de los conquistadores bárbaros. Se ha reunido una documentación apreciable sobre los godos [39]: soberanos y simples soldados tienen un tocado reconocible, los cabellos largos les cubren parte de la frente y forman rizos debajo de las orejas. En cuanto a los vándalos, Courtois sólo ha encontrado textos, un mosaico perdido y otro discutible [40]. Salvo las aportaciones de la arqueología funeraria, de los demás pueblos no se sabe gran cosa más. Habría que estudiar paralelamente la desaparición, en la iconografía triunfal (que sobrevive en Oriente), de la figura clásica del bárbaro, heredada de la imagen helenística del gálata, en beneficio de figuraciones realistas, como la de los godos en el obelisco de Teodosio, en Constantinopla.

Las relaciones de Roma con los bárbaros en el siglo V pocas veces han sido estudiadas en el marco de la historia diplomática [41]. ¿Cómo se verificaban los contactos entre Roma y los reyes bárbaros? Habría que llevar a cabo una investigación sobre el papel de los clérigos como intermediarios: se conocen la entrevista del papa León —que, por otra parte, iba acompañado de altos funcionarios— con Atila, la acción de san Germán de Auxerre frente a los bagaudas y los bretones secesionistas, y la de los curas como intermediarios entre los reyes godos de Tolosa y el Imperio [42]. ¿Qué ceremonial seguían? [43].

¿Cuál fue el papel de los tributos pagados por Roma: no sólo su importe, sino también su especie (según parece, los escandinavos sólo aceptaban *aurei*, y ningún *triens*), su base impositiva y su eficacia? Se evalúa lo que Alarico, Atila y Genserico obtuvieron de Roma, ¿pero en qué lo utilizaron? Sin duda, en gran parte para comprar víveres y armas, pero también para atesorar, efectuar envíos a la región de origen y qui-

zás ofrendas. Parece que, contrariamente a lo que sucedió al final del movimiento de los vikingos, su valor económico fue negativo.

Otra práctica afín debe examinarse: las entregas de rehenes en garantía del *foedus*, normales a lo largo de todo el siglo V. En 418 un senador pariente del futuro emperador Avito es puesto en manos de Valia. Durante su juventud Aecio fue rehén de Alarico, y luego en la corte de los hunos; su hijo fue entregado a Atila junto con el hijo de un senador, hacia 448. Sobre todo el ejemplo de Aecio permite entender la importancia de estos episodios para preparar una comprensión entre los reyes bárbaros y la aristocracia romana.

Habría que determinar mejor hasta qué punto los germanos, a lo largo de la migración, estuvieron informados, o incluso guiados, por romanos. Las operaciones delicadas requerían casi necesariamente esta colaboración. Es muy verosímil que los cinco *hispani* llegados a África con Genserico [44] lo habían puesto en condiciones de intentar el paso del estrecho de Gibraltar. En cuanto a Teodorico, el traslado de su pueblo desde los Balcanes hasta Italia y el ataque contra el *limes* de Friul, con toda seguridad fueron facilitados por la presencia, junto a él, del romano Artemidoro, pariente del emperador Zenón, al que recompensó con la prefectura de la Ciudad. Ya antes de la estabilización de los conquistadores, la clase dirigente romana preparaba de ese modo el papel que luego tuvo en la corte de los reyes establecidos en el Imperio. Tras las grandes directrices de los reyes germanos, se descubre a menudo un consejero romano: León de Narbona, en la política conciliadora de Eurico en Aquitania; Casiodoro, en la de Teodorico en Italia; Partenio, en la expansión franca en la Alemania del Sur, bajo Teodeberto, etcétera [45]. Incluso Atila tuvo quizás un inspirador romano, su secretario Orestes. Sería interesante determinar lo que movía a estos realistas, si actuaban impulsados por intereses económicos o por mera ambición, o si su intención no era, en el fondo, servir a Roma a través de un rey bárbaro (seguramente éste fue el caso de Casiodoro, de Boecio o de Partenio).

Para terminar, no hay que perder de vista el peligro permanente que para el historiador representa el empleo de estas abstracciones colectivas: los godos, los francos, los vándalos. En la época que nos interesa, ninguno de estos pueblos existe en estado simple; todos son amasijos, a veces inesperados. Los vándalos de África constituyen una masa de vándalos asdingos, silingos, alanos, algunos suevos y contados hispanorromanos. En los conjuntos visigodos y burgundios se hallan algunos elementos asiáticos. Los ostrogodos de Teodorico iban acompañados de rugios, y en Italia absorben esciros, hérulos, algunos alamanes e incluso aventureros escandinavos. Para todos los demás vale lo mismo. Este solo hecho obligaba a las instituciones de cada pueblo a sufrir confronta-

ciones y adaptaciones, y preparaba la vía para una conciliación con los romanos.

4. La defensa y las víctimas

A. La defensa: las fortificaciones

Al aproximarse los bárbaros, las ciudades, a comienzos del siglo V, no tuvieron necesidad de rodearse de murallas: ya lo habían hecho todas, o bien desde el Alto Imperio o bien durante la crisis del siglo III, y las que no las tenían habían sucumbido [46]. Bastaba con restaurar estas murallas. Este trabajo, de poca envergadura, no dejó huellas reconocibles, salvo en África, que las tormentas precedentes habían dejado de lado. En general los bárbaros continuaron la conservación de los muros urbanos, que de ese modo permanecieron intactos hasta la Edad Media. En muy pocos casos desmantelaron una ciudad, por desconfianza hacia una población urbana hostil, como hicieron los vándalos con Tipasa, en Mauritania o los suevos con Conimbriga en Lusitania.

En el atormentado mundo del siglo V la muralla fue el refugio más seguro, por lo menos a corto plazo. La mayoría de las veces los bárbaros, desprovistos de máquinas de sitio, eran incapaces de tomarla por asalto. Sólo un largo bloqueo, llevado a cabo conjuntamente con la rotura de las canalizaciones, podía permitirles un triunfo. Fue así como los vándalos se adueñaron de Bona en 431, los ostrogodos de Rávena en 493. Las campañas de la reconquista bizantina en Italia se resumen en una serie interminable de asedios de Roma. Sólo las grandes murallas apoyadas en el mar, por donde podía llegar el aprovisionamiento, permitían defensas prolongadas. Pero la ciudad reducida y superpoblada, característica del Bajo Imperio en la Galia o en España, sólo podía resistir algunos días o semanas. Cuando el bloqueo se prolonga, la opinión pública —o por lo menos los *humiliores*— reclama la rendición; por ejemplo, el sitio de Bazas (Gironda) por los visigodos, descrito por Paulino de Pella [47]. En España, Hidacio repite, a propósito de casi todas las ciudades tomadas por los suevos, que fueron ocupadas *per dolum* o *sub specie pacis*. En cuanto a las ciudades de Bretaña, abandonadas por sus elementos activos, seguramente ni siquiera fueron defendidas.

Las ciudades que, por excepción, durante el siglo III no se habían provisto de murallas reducidas, eran indefendibles con los medios locales, es decir, sin el apoyo de un ejército de campaña. Seguramente esto es lo que explica el establecimiento tan fácil de los francos en Colonia (que había conservado su muralla claudiana de 100 Ha) y las cuatro veces que fue tomada Tréveris durante el siglo V, según indica Salviano (la ciudad tenía la muralla gigante de antigua capital, 285 Ha). En cambio Orleáns, con su reducida muralla de 25 Ha, se pudo convertir en el pivote

de la defensa romana a orillas del Loira, y Siagrio se apoyó en Soissons (12 Ha). Quizás la elección final de Toledo como capital de los visigodos se explica en parte por el hecho de que en este reducto de 5 Ha estaban al abrigo de una repetición de la catástrofe de 507, en la cual se habían mostrado indefendibles las 90 Ha de la gran muralla de Toulouse.

Aunque, en conjunto, las murallas urbanas resistieron la prueba de las invasiones, en cambio éstas señalan el final, por tres siglos, de las líneas fortificadas a lo largo de una frontera terrestre o marítima: *limes* (ya abandonado antes del gran asalto) o *litus saxonicum* de la Galia y de Bretaña. Sólo Italia conservó la nostalgia de estas «barreras»; hasta el triunfo de los lombardos, líneas fortificadas cerraron el acceso a la llanura del Po por el nordeste (*limes* del Friul) y por los pasos alpinos, al final de cuyos desfiladeros se multiplicaron las plazas fuertes de *clusurae*, Susa, Aosta, Isola Comacina.

Carecemos de elementos para apreciar lo que hoy llamaríamos la «defensa territorial». En líneas generales, parece que la gran debilidad del Bajo Imperio fue el no haber podido, sabido o querido organizar nunca una «autodefensa» regional, pegada al terreno. Esa incapacidad, que había de desembocar en el suicidio, se explica por el carácter totalitario del Estado y por el temor mórbido y permanente a las conjuraciones y las usurpaciones. Sin embargo, interesa señalar matices regionales. Las fortificaciones privadas (*villae* provistas de torres, granjas que copiaban el plano de los *castella*) abundan en las fronteras de Oriente. En Occidente sólo desempeñaron un papel apreciable en África [48]. En Bretaña las excavaciones, aunque meticulosas, sólo han descubierto unas cinco o seis. En la Galia el caso más neto es muy excéntrico, Bourg-sur-Gironde, el famoso *Burgus* enfáticamente descrito por Sidonio Apolinar [49], *villa* fortificada de Poncio Leoncio.

A falta de defensas militares adecuadas, hay que extrañarse de que el Imperio, convertido al cristianismo, no pensara en defensas religiosas frente a los bárbaros que, en 476, aún eran todos paganos. Convertir a los bárbaros, ¿no habría sido el secreto para disminuir su nocividad, tanto más cuanto que entonces se profesaba una confianza unánime en la eficacia de las armas espirituales? Tres siglos más tarde, el Imperio carolingio, asaltado por el norte y el este aplicó este recurso. Roma no hizo casi nada: absolutamente nada antes de que los bárbaros atravesaran la frontera, y luego muy poco. La Iglesia católica fue incapaz de emprender lo que rápidamente realizarían oscuros misioneros godos, surgidos de los focos arrianos dejados por Ulfila [50].

Esta abstención es tanto más curiosa cuanto que la presencia de cautivos cristianos en tierra bárbara podía, como entre los godos, abrir la vía a la conversión, y dado que la Iglesia de Oriente era activamente misionera. El único obispo que se arriesgó entre los germanos fue un herético y exiliado, Audio. Sólo cabe una explicación [51]: a los ojos de los latinos la tarea misionera más urgente era terminar la

conversión de sus compatriotas, aún paganos en gran parte en el interior de las fronteras, mientras que los griegos, todos cristianos, se hallaban más libres para mirar al exterior.

B. La suerte de los civiles. El botín

Es indispensable ampliar la investigación sobre la suerte de la población civil durante las grandes crisis. Salvo raras excepciones [52], por ahora es muy abstracta. Nuestra época ha aportado una experiencia tal de los problemas de las invasiones lo bastante amplia como para que no se nos pueda plantear en los mismos términos, sobre todo institucionales y jurídicos, que a nuestros predecesores del siglo XIX. Los movimientos de los refugiados, la miseria, la reconstrucción, son más importantes para comprender una época que muchos problemas de derecho o lingüística.

A causa de la naturaleza de las fuentes, es en Italia donde mejor observamos los movimientos de refugiados, su complejidad y el vaivén que comportó todo ello.

Comienzan con la aparición de Radagaiso y luego de Alarico en la Iliria. Una ley del 10 de diciembre de 408 denuncia la reducción a la esclavitud de los ilirios fugitivos, por parte de los italianos. En 410 muchos italianos eran a su vez expulsados a causa del saqueo de Roma. Los ricos se dispersaron en todas direcciones; durante los años siguientes se encuentran en las islas de Toscana, sobre todo en África (no sólo en los puertos, sino también en el interior, hasta Jemila), en Constantinopla e incluso en Palestina. Estos poderosos a veces consiguieron salvar una parte considerable de sus haberes [53]. Los humildes, como en 408, fueron tratados vergonzosamente: Jerónimo acusa a Heracliano, conde de África, de haber organizado la venta de las jóvenes refugiadas a los lupanares de Oriente [54]. Apenas se había calmado este pánico cuando ya llegaba a Italia una nueva oleada de refugiados: los aquitanos que huían de Alarico (que ahora se había trasladado a la Galia): Rutilio Namaciano encontró aquitanos en Toscana en 415.

La irrupción de Atila en 452 se tradujo en la deportación a Panonia de los habitantes de Aquilea, por seis años. El saqueo de Roma por Genserico, en 456, sin duda provocó un nuevo pánico, pero sobre todo se tradujo en una inmensa redada de cautivos, llevados a África. Mientras esperaban compradores fueron instalados en dos basílicas de Cartago.

Treinta años más tarde Italia acogía a los evacuados de la Nórica, dispersados incluso hasta la Campania (488). Luego una expedición burgundia atravesó los Alpes, llevando hacia Lyón tropas de esclavos, de los cuales el obispo de Pavía rescató más de 400 en 495.

El reinado de Teodorico representó una tregua. Pero el torbellino se reanudó a mediados del siglo VI. La invasión lombarda desencadenó una gran huida hacia las costas: Véneto, Liguria y Toscana (pág. 87). Italia se convirtió en un gran mercado de esclavos. Gregorio Magno relata que, a la llegada de Agilulfo ante Roma (592), con sus propios ojos vio romanos atados por el cuello que eran conducidos para ser vendidos en la Galia [55]. En 610, los ávaros llevaron a cabo inmensas redadas en Friul [56]. Y podríamos continuar...

Después de Italia, es África la que ofrece más testimonios. Las peripecias de la dominación vándala obligaron a una parte de los senadores a trasladarse a Italia o a Constantinopla, y luego obligaron al clero católico a refugiarse en el exilio, hacia España, la Galia, Macedonia y Grecia [57]. Las huidas continuaron incluso des-

pués de la reconquista bizantina, ante el aumento de la inseguridad [58]. En la Galia escasean los documentos; aparte de algunos senadores del Norte refugiados en el Mediodía y de los grandes de Aquitania que abandonaron su región a causa de los godos (como Paulino de Pella, que se refugió en Marsella), no sabemos lo bastante para poder deducir movimientos de conjunto [59].

Se imponen dos conclusiones: la incapacidad de las autoridades para proporcionar a los humildes una mínima ayuda, y, en fuerte contraste, la aptitud de los poderosos para encontrar refugio en las regiones más lejanas. Los repliegues organizados son una excepción rarísima —en Occidente sólo conocemos la evacuación de la Nórica—, y las intervenciones del Estado para acomodar a los refugiados o para rescatar a los cautivos casi nunca se produjeron. Las únicas iniciativas en favor de las víctimas civiles provinieron de la Iglesia, y fueron muy limitadas.

Aparte algunas medidas militares, el Estado también se desinteresó de la reconstrucción. Se limitó a algunas desgravaciones fiscales en los casos más graves (Toscana e Italia del Sur en 412). La restauración de Benevento, incendiada por Alarico, se dejó en manos de un rico particular [60]; fue el obispo Eusebio quien tomó a su cargo la reconstrucción de Milán después de Atila [61]. Las más de las veces las cosas se dejaron tal como habían quedado. Los reyes bárbaros no demostraron mucho mayor interés, salvo Teodorico para Roma (pero era cuestión de prestigio más que de beneficencia). Por lo demás, la situación del tesoro, ya reducido a una situación precaria por los gastos militares, tampoco habría permitido ninguna acción eficaz: los contribuyentes habían agotado todas sus facultades [62].

¿Qué pasó con los despojos de Roma? Sin duda la mayor parte quedaron en el mismo lugar, cambiando solamente de manos, en espera de ser recogidos por una institución romana que los atesorara: la Iglesia. La antigua Germania independiente retuvo seguramente muy poca cosa. De forma bastante paradójica, donde se hallan las huellas más limpias es en Escandinavia. El triunfo de los germanos se traduce allí en una verdadera edad de oro: durante los siglos V y VI en las islas bálticas se acumulan las monedas de oro, piezas que circularon poco y que provenían de Italia principalmente. Sin duda debió de tratarse de las remuneraciones de los soldados germanos de los últimos emperadores y de Teodorico, enviadas a estas regiones [63]. En general este oro se fundía y era convertido en joyas, y finalmente enterrado en tumbas o depósitos votivos (uno alcanza los 12 kg de oro puro). No obstante, este metal precioso no enriqueció verdaderamente la vida económica, pues llegó a un Norte todavía en estado premonetario; desde el siglo VII prácticamente desaparece de la circulación. En resumen, los bárbaros aprovecharon poco lo que perdió Roma [64].

Todas estas apreciaciones, aún superficiales, no adquirirán un verdadero valor hasta el día en que en vez de descripciones pintorescas existan censos críticos, que sirvan de base a un trabajo cartográfico. Es perentoria la necesidad de croquis que den, para una región extensa, la distribución de los fuertes y las moradas fortificadas de los siglos IV, V y VI; la de los tesoros hallados (monedas y joyas); la de las destrucciones fechadas y de las escasas reconstrucciones. También sería preciso representar gráficamente las huidas de la población, los desplazamientos de individuos refugiados. Sin duda aparecería un predominio de los movimientos de oeste a este, haciendo de la *pars Orientis* el verdadero reducto de la romanidad, y, secundariamente, algunos repliegues concéntricos desde la periferia del Imperio hacia su corazón mediterráneo.

C. La suerte de los patrimonios

Tenemos conocimiento de los patrimonios de muchos senadores: dominios cuya colosal importancia y dispersión aumentaban su fragilidad. Un célebre fragmento de Olimpiodoro permite efectuar algunas evaluaciones: muchas familias tienen una renta anual de 4.000 libras de oro en numerario, más un tercio en especie; otras perciben de 1.000 a 1.500 libras; Probo se gastó 1.200 libras de oro para celebrar su elevación al cargo de pretor, en 424; el orador Simaco, a pesar de tener una «fortuna mediocre», se gastó 2.000 libras para la pretura de su hijo, y Máximo dilapidó en circunstancias parecidas 4.000 libras en juegos que duraron siete días [65]. Aún más que por su enormidad, estos patrimonios asombran por su dispersión, signo tangible de la unidad del mundo mediterráneo. Melania la Joven y su marido Piniano, a comienzos del siglo V poseían dominios en Roma, en la Italia meridional, en Sicilia, en la Galia, en España, Bretaña, la África proconsular, Numidia y la Mauritania [66]. Simaco tenía bienes en Roma, Capua, Samnium, Apulia, Sicilia y Mauritania cesariana. Paulino de Pella, nieto de Ausonio, tenía casas en Burdeos, un dominio en Bazas, tierras en Marsella y bienes importantes en Macedonia, alrededor de Pella, que le provenían de su madre.

Estos patrimonios demasiado grandes soportaron mal el choque de las invasiones: Melania y Paulino nos son conocidos sobre todo por su caída y sus desgracias. La primera había dejado Roma para trasladarse a Sicilia en 408, luego se trasladó a África, donde vivió y mantuvo los refugiados vendiendo sus dominios. Finalmente se dirigió a Tierra Santa, por Egipto, en 417. Ya no debía de quedar gran cosa de su patrimonio, entonces ya muy mellado por sus caridades. Paulino soportó la invasión de Aquitania por los visigodos sin perjuicios, e incluso consiguió, sir-

viendo a Ataúlfo, evitar la recepción de huéspedes bárbaros en su dominio del Bordelés; pero el fracaso del emperador Atala, del que era conde, lo obligó a abandonarlo todo en la Galia; se retiró a Bazas, pero fue arruinado por los bagaudas, los alanos y los godos conjurados. Entonces quiso trasladarse a Grecia, su país natal, pero su mujer no quiso seguirlo, a causa de lo aventurado del viaje. Se instaló luego en Marsella, donde vivió de una pequeña tierra pesadamente hipotecada; aparentemente, jamás pudo percibir la más mínima renta de sus tierras griegas, pero por suerte pudo vender a un godo una de sus tierras de Aquitania. Para recuperar algunos bienes, sus hijos regresaron a Burdeos, pero murieron sin haberlo conseguido [67]. Estos patrimonios esparcidos por todo el mundo romano ya no se podían administrar desde el año 400.

La gran propiedad no desapareció ni dejó de estar dispersa, pero tuvo que amoldarse a los nuevos cuadros políticos. Como se comprobó de nuevo durante la división del Imperio carolingio, este fenómeno fue un potente elemento de cristalización de las «nacionalidades regionales». Habría que concretar esta impresión general.

5. ¿Existió una oposición ideológica entre bárbaros y romanos?

La historiografía antigua sólo presenta a los bárbaros como un factor negativo: llevan consigo el desorden y la miseria, son incapaces de construir. ¿Este tópico es válido por los acontecimientos de los siglos V y VI? ¿Los bárbaros sólo fueron impulsados por el deseo de apropiarse de los bienes de los demás, de instalarse en tierras más ricas, bajo cielos más clementes y en seguida gozar del fruto de su conquista? ¿O bien estuvieron animados por un ideal más elevado, por ejemplo el de sustituir la *Romania* con otro edificio político, y la Iglesia católica con otra Iglesia?

En el plano político, una tesis como ésta apenas puede defenderse. Pocos reyes bárbaros tuvieron pensamiento político, y cuando existe, en general surge de los cuadros romanos (como, por ejemplo, la realeza «platónica» de que se enorgullecían los Amalos). Incluso Alarico, seguramente buscó un lugar en el Imperio más bien que intentar sustituirlo. El único programa verdaderamente antirromano es el que un famoso fragmento de Orosio (*Hist. adv.* pag., VII, 43) atribuye a Ataúlfo, en una declaración de 414 en Narbona: sustituir el *imperium Romanum* con un *imperium Gothorum*, transformar en *Gothia* lo que había sido la *Romania*, ser para los godos lo que Augusto había sido para los romanos. El mismo Ataúlfo habría reconocido que todo eso rebasaba las fuerzas de los godos y que la única política posible era situarse en el interior del marco romano y «aumentar la gloria de Roma prestándole las fuerzas de los godos». Tanto si esta conclusión fue de Ataúlfo o no, los bárbaros, hasta la desaparición del Imperio, fueron incapaces de concebir un sistema susceptible de remplazarlo.

A. El problema del arrianismo

El problema sólo se plantea realmente en el dominio religioso. Al atravesar el *limes* los bárbaros no aportaron un programa religioso coherente o una doctrina original. Su paganismo era átono, familiar y sobre todo de divinidades subterráneas, en modo alguno conquistador; seguramente se avergonzaban del mismo; una vez asegurado su establecimiento, su primera preocupación fue librarse de él. Sólo los francos y los suevos permanecieron fieles a sus creencias durante la primera generación, y ningún pueblo pasó de aquí [68]. Ningún contemporáneo ha intentado explicar los hechos y los gestos de los bárbaros por el fanatismo pagano.

Por tanto, queda en pie el gran problema del arrianismo germano [69]. Se sabe que la doctrina nació en el Imperio de especulaciones típicamente helenísticas, y que en su origen no tenía ninguna conexión con los bárbaros. Dos hechos casuales explican su difusión: la llegada de Ulfila, el apóstol de los godos, a Constantinopla en una época en que la corte era arriana, y el prestigio de los godos entre los germanos tras su victoria de Andrinópolis. Ni en su doctrina, que no debieron de profundizar mucho, ni en su liturgia, caracterizada sobre todo por el culto nocturno, el arrianismo no tenía nada de especialmente atractivo para los bárbaros. Sólo el uso de la lengua vulgar [70] lo hacía más accesible. Pero los germanos vieron en él, frente al catolicismo que dominaba entre los romanos, un signo de su originalidad, una barrera contra una asimilación demasiado rápida.

A partir de la consagración de Ulfila, en 341, el arrianismo se limitó primero a círculos muy estrechos entre los godos, gente humilde o, como Ulfila, descendientes de prisioneros. En la época del paso del Danubio, en 376, la mayoría aún era pagana; la adhesión masiva al arrianismo data de la estancia en Mesia (382-395). El arrianismo fue la religión oficial de los visigodos hasta 587, y experimentó algunos rebrotes hasta 610 aproximadamente: es su carrera más larga. Los ostrogodos contaban desde el año 400 con algunos grupos cristianos, pero no fueron convertidos verdaderamente hasta 456-472, en Panonia; continuaron siendo arrianos hasta su caída a mediados del siglo VI. Su ejemplo arrastró a dos tribus del Danubio medio, los gépidos (¿hacia 472?) y los rugios (antes de 482).

Todos los pueblos que atravesaron el Rin en 406 eran paganos; se *arrianizaron* muy rápidamente cuando establecieron contacto con los visigodos que se habían trasladado a la Galia. Para los burgundios, el acontecimiento se sitúa, sin duda, durante su estancia en Germania I, entre 413 y 436 [71]. Para los vándalos, debe de datar de su fijación en España, entre 409 y 417 (y no de su estancia a orillas del Danubio, como pensaba Courtois). Los suevos probaron el catolicismo en tiempos

de Requiario (¿h. 450?), y luego se hicieron arrianos hacia 465, para volver a ser católicos hacia 570.

Este primer arrianismo ya estaba prácticamente apagado cuando la invasión lombarda de 568 llevó el arrianismo a Italia. Los lombardos, sin duda, habían recibido su fe a orillas del Danubio medio, hacia 488-505, a través de los rugios[72]; la conservaron intacta hasta 616, y hasta 622 se prolongaron unas tentativas de restauración arriana; el triunfo final del catolicismo no se afianzó hasta 671.

La disparidad de fe entre germanos y romanos planteó problemas políticos en todas partes. En los lugares en que se instalaron en virtud de un tratado, los arrianos formaron comunidades cerradas y generalmente inofensivas. En las regiones conquistadas por la fuerza, la coexistencia fue menos tranquila. Este hecho ha provocado vivas discusiones sobre el fanatismo arriano, centrado en el reino vándalo de África, pero con prolongaciones en la España visigoda y en la Italia lombarda. ¿Los arrianos se levantaron contra los católicos bajo el imperio de un profundo odio religioso, como fue el sentir de todos los autores eclesiásticos coetáneos y continúa siendo el de algunos modernos? ¿O bien hay que pensar que la religión sólo fue un disfraz, como tantas otras veces, de una lucha especialmente social o política?

Reconozcamos ante todo que el arrianismo no tenía nada de agresivo, y que las vías de su difusión entre los germanos parecen haber sido esencialmente pacíficas. Muchos Estados bárbaros supieron conservarle este carácter, como los ostrogodos y los burgundios. Los arrianos, en estos casos, sólo pedían la libre disposición de algunas iglesias en cada localidad en la que eran numerosos (la tradición se remontaba más lejos que la conquista: Ricimero ya había fundado en Roma una iglesia arriana, Sant'Agata dei Goti). Nada de proselitismo, incluso en Rávena, donde, sin embargo, los católicos en 561 tuvieron que reconciliar 6 iglesias góticas. Lo que se entrevé (muy mal, por fragmentos de palimsestos) de la literatura arriana de los godos es puramente exegético, y en ningún modo polémico. Y los santuarios arrianos están edificados sobre una planta tan parecida a los santuarios católicos que, allí donde, como en Salona, no hay ningún texto, su distinción resulta extremadamente laboriosa.

Entre los visigodos, la misma coexistencia pacífica había marcado los reinos de Tolosa y de Barcelona, e incluso los comienzos del reino de Toledo. Isidoro de Sevilla ensalza la tolerancia del rey Teudis (531-548), y la libertad del catolicismo seguramente fue total. Un solo índice destaca en sentido contrario, y es poco importante: el esfuerzo realizado en 465 por un dignatario arriano, antes católico, Ajax, para reconvertir los suevos al arrianismo. La tensión no comienza realmente hasta Leovigildo (568-586); está relacionada con las tentativas de reconquista bizantina en la Bética, y con las amenazas de intervención franca, pero sobre todo es una reacción contra la rebelión de Hermenegildo (cuyos motivos quizás no eran esencialmente religiosos). La persecución se limitó a algunas confiscaciones de iglesias, expulsiones de clérigos católicos, fomento de la controversia arriana y de la conversión

de los católicos al arrianismo; la llamarada se apagó casi en seguida. Éstas son las conclusiones del estudio más profundo, el de Thompson, *The conversion* [n.° 199]. Añadiríamos de buen grado que el episodio es apenas sólo una manifestación de la pasión hispánica por la unidad espiritual, que poco después se traduce, en sentido inverso, en la lucha contra los últimos arrianos después de 587, y luego por la persecución de los judíos.

¿En Italia, tuvo el arrianismo veleidades persecutorias a finales del reinado de Teodorico, cuando el rey hizo ejecutar a Boecio y amenazó al papa Juan con la deposición? Cabe dudar de ello: Boecio y el papa fueron acusados no de catolicismo, sino de simpatías excesivas por Bizancio. Seguramente nunca un ostrogodo pensó en convertir a un católico al arrianismo, y todos los santuarios arrianos parecen haber sido construcciones nuevas.

Por tanto se ve que el arrianismo, salvo en África, no condujo necesariamente al fanatismo o la persecución, sino más bien, más o menos tarde, a la conversión al catolicismo. ¿Por qué en el reino de Cartago las cosas tomaron otro aspecto? ¿Fue debido sólo a los vándalos? ¿O a las circunstancias de su conquista?

Abundan los textos que vilipendian en los términos más violentos la actitud religiosa de los vándalos. Estos ya tenían una mala reputación profana: desde 406 San Jerónimo les lanza el epíteto de *ferocissimi* y el curso ulterior de sus hazañas no incitó a retirárselo. Luego se dijo que el nombre de Genserico era, cifrado, el de la Bestia. Y, sobre todo, el vándalo se convirtió en el prototipo de bárbaro perseguidor de católicos con la *Historia persecutionis vandalicae* de Víctor de Vita (finales del siglo v). ¿Erróneamente o con razón? Desde hace mucho tiempo se considera que el «vandalismo» de este pueblo no había superado en mucho al de sus contemporáneos. Pero es más delicado formular un juicio imparcial sobre el problema religioso: ¿se trata de fanatismo arriano en estado puro (es la tesis de los clérigos de la época)?, ¿de prolongación religiosa de una querella esencialmente social entre los reyes vándalos y la aristocracia rural romana (es el punto de vista de Courtois)? ¿o de un engranaje en el cual la Iglesia de África se vio arrastrada por la brutalidad tradicional de sus posiciones politicorreligiosas, y Genserico por la ausencia de toda noción de los matices (como creemos nosotros)?

Los orígenes de la lucha son claros: a partir de su advenimiento Genserico procedió a confiscaciones en masa que afectaron a los grandes propietarios. La Iglesia ocupaba entre éstos el primer lugar. Los antiguos dueños expoliados fueron deportados, para que no perturbaran el disfrute de los nuevos. Muchos obispos siguieron este destino. Los bienes fueron finalmente atribuidos a vándalos, y las iglesias, por consiguiente, al clero arriano, comenzando por la catedral de Cartago. Las medidas tomadas contra la jerarquía católica eran un aspecto de una

política general dirigida contra los estamentos romanos, pero tuvieron más resonancia que el resto.

Exasperada, la Iglesia de África encontró apoyos fácilmente: en el interior, en la clase de los propietarios, afectada al mismo tiempo que ella y su aliada en las luchas donatistas; en el exterior, en el gobierno imperial, poco resignado a la pérdida de Cartago. Por tanto la resistencia de los clérigos se matizó de conjura política. En 440 ya se reconocen las líneas generales de toda la historia de las relaciones entre vándalos y católicos. Fue una «lucha inexorable», marcada por deportaciones de obispos a las minas de Cerdeña o al Sáhara, de confiscaciones repetidas (todas las iglesias católicas, en 484), de edictos que prescribían la conversión al arrianismo y el rebautismo de los católicos. La crisis duró unos cuarenta años. En 495 las iglesias fueron restituidas y los ánimos se apaciguaron; pero el episcopado fue, hasta el advenimiento de Hilderico, en 523, objeto de medidas restrictivas y minuciosas (prohibición de las elecciones).

En resumen, el arrianismo constituyó más bien la excusa que la verdadera causa del conflicto en el que se enfrentaron la violencia de los vándalos —que no era de origen religioso— y la combatividad de la Iglesia de África, que esgrimió contra los vándalos armas forjadas durante la querella donatista. Las manifestaciones de intolerancia propiamente religiosa sólo aparecen en un estadio avanzado de la lucha y son relativamente breves. Sólo el episcopado constituye una preocupación constante, porque representa el elemento dirigente de la sociedad romana de África, el principal obstáculo político a la unidad espiritual en torno al rey vándalo.

Queda el problema del arrianismo lombardo. Pese a un desfase de un siglo, es muy parecido. Al igual que los vándalos, los lombardos adoptaron, desde su llegada a Italia, una política de fuerza; ningún *foedus* protegía a los romanos. Como en África, la Iglesia católica era solidaria de una aristocracia expoliada; además, la proximidad de Rávena y Roma, ambas imperiales, avivaba las sospechas políticas. Sin embargo los lombardos nunca pasaron de las vejaciones individuales, quizás a causa de las precauciones que les imponía una presencia bizantina tan cercana, o acaso porque habían recogido alguna herencia de la tolerancia gótica. Salvo en su capital, Pavía, aceptaron el mantenimiento de los obispos católicos en sus sedes, y seguramente no hubo confiscaciones masivas de iglesias. Es cierto, además, que el catolicismo italiano era poco propenso al combate, que nunca opuso el mismo frente monolítico que la Iglesia de África (durante mucho tiempo estuvo dividido por la querella de los Tres Capítulos), y que la política de evacuaciones adoptada después de 569 más bien había incitado a romper el contacto que a iniciar una lucha abierta.

Creemos que se puede concluir que el arrianismo occidental no fue manifiestamente perseguidor. Cuando los arrianos trataron mal a los católicos, no fue a causa de un llamamiento de su Iglesia, sino porque era una consecuencia inevitable de la política de sus soberanos hacia los estamentos romanos. Las escenas de fanatismo sólo fueron epifenómenos. Incluso es notable que el arrianismo no explotara todavía más la situación surgida de la conquista bárbara. Las más de las veces admitió tranquilamente una dualidad de cultos que el catolicismo rechazaba con horror; incluso victorioso, en general aceptó una postura humilde y minoritaria. Probablemente la causa reside en la inferioridad intelectual de la jerarquía arriana, mal pertrechada para la controversia, incapaz de concebir un plan misionero. El impulso dado por Ulfila, quizá conservado por algunos clérigos de la Italia ostrogoda, se había apagado rápidamente.

B. La segregación social

A falta de una verdadera ideología que los levantara contra los romanos, los bárbaros arrianos supieron tomar de las leyes civiles y religiosas del Imperio los elementos de una segregación protectora que evitó a su minoría ser inmediatamente ahogada en la romanidad, como había ocurrido con la mayor parte de grupos germánicos admitidos antes de 406 a instalarse sobre el suelo imperial.

La ley romana prohibía desde 370, bajo pena de muerte, el matrimonio entre romanos y bárbaros. Esta disposición exorbitante, contraria al derecho eclesiástico, fue, no obstante, mantenida por muchos reinos bárbaros, ante todo por los Estados góticos. Los ostrogodos la observaron hasta el final, y los visigodos no renunciaron a ella hasta Leovigildo, cuando el ideal de la unidad hispánica los impulsó a emprender la fusión en beneficio del elemento arriano. El derecho burgundio, en cambio, seguramente levantó la prohibición a partir del siglo V (*Lex Burgundionum*, XII, 5). El derecho franco la silencia, sin duda a causa de la conversión precoz al catolicismo. La posición de los vándalos es oscura [73].

Las costumbres completaban la ley. En Italia —único país del que se sabe algo concreto— barrios romanos y barrios bárbaros de las cuidades estaban bastante separados. Tanto en la época gótica como en la época lombarda los arrianos se agruparon alrededor de sus iglesias y de los palacios reales. La Rávena gótica tuvo su *civitas barbarica* y sus 6 iglesias arrianas (llamadas *ecclesiae legis Gothorum* o *legis sanctae*). Grado y Salona tuvieron sus dos polos de atracción en los grupos catedralicios católico y arriano. En Cividale del Friul, importante plaza fuerte, un pequeño muro, entre la muralla romana y el río Nati-

sona, aislaba el barrio lombardo alrededor de la iglesia de San Juan, del *tempietto* famoso en la historia del arte y del cuartel general [74].

La profesión militar y el porte de armas fueron reservados a los bárbaros en muchos Estados, como en los ostrogodos y los lombardos, pero los reyes burgundios abrieron explícitamente la carrera militar a sus súbditos romanos, y los merovingios, sin proclamarlo, hicieron lo mismo. Esto dependía del dualismo de la estructura adoptada por el Estado. Más lejos insistiremos sobre la personalidad de las leyes, otra práctica discriminatoria que contribuía a mantener la originalidad de los grupos bárbaros [75].

Una minoría cree fácilmente en su superioridad; una clase dirigente no duda de ella. De ahí las reacciones de desdén hacia los romanos que se registran en diversos casos, aunque raros (es cierto que disponemos de pocos medios para conocer la opinión de los bárbaros): el prólogo de la ley sálica, que reprocha a los romanos el haber sido unos dueños sin piedad y haber ejecutado tantos mártires (argumento religioso que desplaza un poco la cuestión); la declaración ingenua de un glosador bávaro del siglo VIII *(stulti sunt Romani, sapienti Paioarii)*, y algunos otros textos tardíos de la misma índole. Todo eso no conduce muy lejos y contrapesa mal las profesiones de fe romana de Teodorico. Entre bárbaros y romanos, no cabe hablar de odio racial.

6. Problemas de poblamiento

A. Los límites de la investigación onomástica y arqueológica

Toponimia y arqueología constituyen con toda seguridad los mejores medios para apreciar la profundidad del poblamiento bárbaro. Pero interesa no perder nunca de vista los límites de estas ciencias. Una enérgica advertencia, pronunciada por F. Lot hace veinte años, continúa siendo válida en lo esencial. En primer lugar hay las dificultades propias del método onomástico: necesidad de partir de formas antiguas, minuciosamente establecidas y fechadas, y luego colocadas en series de casos paralelos, llenos de malas grafías, de etimologías populares o eruditas, de transferencias de nombres. Pero nos atendremos principalmente a los problemas que plantea la interpretación histórica de los datos onomásticos, con ayuda de algunos ejemplos tomados en la Galia.

Lot [76] insistió ante todo en la doble necesidad de tener en cuenta el rango demográfico de la estación o hábitat designado por un topónimo y de relacionar siempre los resultados obtenidos con el promedio numérico ofrecido por el conjunto de los nombres de lugares del mismo valor: un nombre de parroquia significa más que un nombre de aldea

o de campamento, y sólo se puede considerar que una región está germanizada si una proporción elevada de estos nombres muestra influencias germánicas. Pero no hay que abusar de esta prudencia: las proporciones no deben ser calculadas con relación a la onomástica actual, sino con relación al material onomástico documentado de una época lo más próxima posible del fenómeno estudiado (p. ej.: porcentaje de nombres germánicos con relación al conjunto de los nombres comprobados antes del año 1000). Un nombre, incluso totalmente aislado, puede tener importancia para trazar los límites o los itinerarios de una penetración o la supervivencia de un islote, si es de una atribución lingüística segura.

Lot también subrayó (a propósito del prelatino *-inco* y del godo y burgundio *-ingôs*) el grave peligro que hacen pesar sobre fracciones enteras de la onomástica las confluencias de formas de una lengua a otra. Son sobre todo devastadoras cuando se trata de lenguas muy parecidas; así, por ejemplo, la semejanza del sajón antiguo y del nórdico hace difícil, incluso imposible, el estudio preciso de los establecimientos sajones del Bessin, y, en menor grado, entre aportaciones góticas y aportaciones francas en Aquitania se pueden producir serias confusiones [77]. Otro peligro: cuando una lengua B, parecida a una lengua A, se instala en una región donde A ya ha formado topónimos, B los remoldea según sus propias leyes y los vuelve irreconocibles; por ejemplo en la Inglaterra oriental, muchos topónimos ingleses fueron «danizados» más o menos superficialmente entre el siglo IX y el XI. Esto incluso se puede repetir muchas veces en la historia de un mismo nombre: *York* proviene de una forma escandinava *Jorvik* remoldeada a partir del inglés arcaico *Eoforwic*, que a su vez es la interpretación germánica del nombre céltico transcrito en latín *Eboracum*...

El papel de las modas es plenamente reconocido por los antroponimistas. No carece de interés histórico. La pululación de nombres germánicos en la Galia merovingia, el de los nombres vascos o ibéricos en la Gascuña en los siglos IX-X no indican colonizaciones directas, pero muestran un dato de civilización apenas menos significativo: el prestigio de una clase dirigente en parte inmigrada. Pero quizás se ha menospreciado en exceso el papel de las modas de toponimia. La repentina difusión de los nombres de dominios en *-curtis* y *-villa* lo demuestra certeramente. Muchas de estas modas no penetraron profundamente y tras ellas sólo dejaron topónimos frágiles [78].

En Francia, los toponimistas han concedido poca atención a la microtoponimia, la de los nombres catastrales (al. *Flurnamen*, ingl. *field names*), para atenerse a los nombres de lugares habitados. Sin duda la vida media de estos nombres es más breve (muy pocos, salvo en el caso de nombres que designaron estaciones desaparecidas, se remontan más allá del año 1000), pero su valor lingüístico es a menudo

grande: han servido para determinar muchos islotes a una y otra parte de la frontera lingüística belga y renana.

En antroponimia habría que considerar más a menudo, aparte la forma bruta de los nombres en una época dada, su distribución en el interior de las familias a lo largo de generaciones. El nombre de Luis, dado por Carlomagno a uno de sus hijos, señala la adopción por los carolingios de cierta tradición merovingia.

Por tanto el valor probatorio atribuido en materia de poblamiento a cada nombre de lugar o de hombre depende de un examen histórico, además de la correspondiente crítica de las fuentes y la crítica lingüística. Cada caso debe ser analizado por separado, y sólo pueden establecerse algunas reglas muy generales. Son muy distintas según que se trate de determinar un área lingüística antigua o un área de civilización, investigaciones que muchos autores no han sabido distinguir.

Es obvio, por ejemplo, y Lot lo ha demostrado recientemente [79], que los innumerables topónimos en *ville* y *court* compuestos con un antropónimo germánico como primero o segundo término no significan nada para la historia del poblamiento franco o de la extensión del dialecto fráncico; en cambio son muy útiles para la historia de la civilización merovingia, sobre todo en su segunda fase, cuando la aristocracia que rodeaba al rey se transformó en una clase de grandes propietarios. Para la hisoria del poblamiento sólo hay que tener en cuenta los nombres puramente germánicos, sobre todo aquellos formados por dos términos unidos según el orden de la sintaxis germánica o derivados de un tema-raíz según los usos germánicos. Hay que desconfiar de los términos simples que habrían podido pasar al dialecto romano local y luego desaparecer; la presencia del artículo a menudo ayuda a descubrirlos; por ejemplo, *La Fère* no demuestra en absoluto la instalación en este punto preciso de un grupo que hablara fráncico, sino sólo que la institución llamada *fara* (pág. 166) era conocida de la gente del lugar, que acaso hablaba romano desde hacía mucho tiempo. Como quiera que esta institución es típica de la sociedad merovingia primitiva, el hecho conserva —pero ya bajo otro aspecto muy distinto— un gran interés para el historiador.

Hace mucho tiempo que los toponimistas han aprendido a expresar por medio del mapa sus principales conclusiones. Pero el historiador debe insistir para que distingan, con signos apropiados, el valor relativo de los puntos que inscriben en el mapa, no sólo en orden a la certidumbre (origen seguro, probable, posible), sino incluso en el del valor probatorio (nombres que prueban una colonización o simplemente una influencia, nombres de hábitats nuevos y nombres surgidos de un simple rebautismo).

Insistamos aún en el hecho de que el origen lingüístico de un nombre no significa nada en cuanto al origen del hábitat esto último sólo se puede deducir del estudio de los textos (raras veces) o del examen arqueológico (caso normal). En efecto, se sabe que decenas de pueblos del este de Francia que tienen un nombre germánico existían ya en la época galorromana..

Dos cuestiones subsidiarias provienen más bien de la casuística que de la historia. ¿A partir de qué proporción numérica una población impone a la aldea un nombre en su lengua? La experiencia de las zonas bilingües de la época moderna enseña que no es indispensable en absoluto ser mayoritario para ello; basta una mayor influencia social. ¿En qué medida el derrumbe del Estado —y especialmente

la destrucción de los registros del catastro romano— favoreció la inmensa renovación de la toponimia en la Alta Edad Media? Se sospecha que muchos nombres dominicales en *-iacum* o *-anum* sólo eran nombres oficiales, poco adoptados por los campesinos, que desaparecieron desde que la autoridad pública ya no los mantuvo.

En cuanto a la investigación arqueológica, ya se ha señalado que si era incapaz de informarnos sobre las cuestiones de nacionalidad (el único caso a exceptuar es de los esqueletos visiblemente extranjeros a la raza europoide), en cambio ofrecía los documentos más preciosos y seguros sobre las cuestiones de civilización. Es sólo gracias a ella que cabe jalonar con observaciones precisas la progresión de un nuevo estilo de vida, la formación del complejo merovingio, las áreas en que dominan las facies franca, burgundia, alamana, goda, lombarda, etc. Sólo ella permite fechar las estaciones, precisar con exactitud su distribución y su carácter económico. Las lecciones que procura son cada día más numerosas, por el perfeccionamiento de las técnicas de excavación y de laboratorio. En resumen, es de la arqueología que hay que esperar, en las generaciones venideras, la más substancial renovación de la materia de esta obra.

La inmensa mayoría de los materiales arqueológicos procede actualmente de hallazgos fortuitos; de ahí el poco valor de los mapas de distribución cuando se refieren a cifras muy pequeñas. Esta proporción disminuirá rápidamente merced a las excavaciones organizadas, cuyo rendimiento es infinitamente superior: son las únicas que permiten plantear metódicamente problemas de conjunto. Mientras que la sepultura, sobre todo de inhumación, atrae la atención del peón más distraído, el «fondo de cabaña» de madera, tierra apisonada o adobe sólo son apreciables por un técnico experimentado. De ese modo desaparecerá un desequilibrio peligroso para nuestra óptica: conocemos directamente el marco de vida de los galos de la época imperial (por lo menos de la clase superior), mientras que los súbditos del rey merovingio sólo son algo conocidos por sus tumbas.

En espera de esta revolución se impone la reserva hacia los trabajos que, a la manera antigua, pretenden una recensión, sin estudio preciso de fecha y de ambiente, de las «sepulturas bárbaras». En efecto, sólo permiten una aproximación *muy tosca*: muchas tumbas bautizadas como «merovingias» pertenecen al siglo VIII e incluso al IX, y muchos «guerreros bárbaros» son campesinos que sólo han recibido de los francos algunas modas indumentarias. El historiador únicamente utilizará los trabajos apoyados sobre discusiones críticas, los diarios de excavaciones lo bastante completos para autorizar todas las verificaciones deseables o los materiales que habrá podido examinar personalmente en los museos.

B. Los bárbaros y la vida rural

Apreciar el papel de los bárbaros en la evolución de los campos cultivados excede esencialmente de los medios de investigación de que disponemos, incluso allí donde el trabajo histórico ha sido llevado

a cabo con mayor intensidad, como en Inglaterra, en la Galia del Norte o en Renania. A medida que profundizamos nuestros conocimientos, los puntos de vista simplistas hasta hace poco erigidos en teorías se van derrumbando. Sólo se entrevén algunos aspectos arqueológicos y jurídicos del problema.

Primer obstáculo: no sabemos exactamente cómo era el régimen agrario del Bajo Imperio. Algunas grandes *villae* constituían importantes explotaciones, ¿pero lo eran todas? El verdadero trabajo de la tierra, ¿a menudo no era realizado por los ocupantes de las aldeas indígenas? De las rotaciones sólo sabemos una cosa, por Plinio: el cultivo de los cereales de primavera aún no era usual en la región de Tréveris en el siglo I; ¿quizás lo fue antes del siglo V, pues se entrevé que el Imperio fue en la Galia un período de múltiples innovaciones (uso de la hoz e incluso de la segadora, molino de agua, generalización de la viña, etc.)? Ignoramos absolutamente —salvo los casos de centuriación— la estructura parcelaria de los terrenos y su modo de cercamiento. No sabemos bien cuáles eran las regiones de hábitat agrupado y de hábitat disperso.

Segundo obstáculo: sabemos aún menos lo que era el régimen de la tierra antes de la redacción de los grandes polípticos del siglo IX (en las regiones que éstos no afectaron demasiado, como el Oeste, esta incertitud se prolonga hasta el siglo XI). En la época merovingia, sólo la historia de la propiedad nos resulta accesible, pero no la de la explotación. Hasta el momento la arqueología rural sólo ha registrado las ruinas de *villae* antiguas, las iglesias y los cementerios; no sabemos casi nada de los nuevos hábitats y nada en absoluto de las herramientas de labor. Rotaciones y estructura de los terrenos se nos escapan. La microtoponimia no se remonta más allá del siglo X.

En estas condiciones es vano querer aplicar los datos de la Baja Edad Media, o incluso de la época moderna, a la era de las invasiones. Nociones que durante un tiempo tuvieron cierta popularidad, como la atribución a las influencias germánicas de la rotación trienal obligatoria en regiones de *openfield*, la de las parcelas irregulares de rotación bienal a las supervivencias galorromanas, actualmente no tienen ningún valor para la historia. Lo mismo cabe decir de los hábitats (como los techos con tejas pretendidas «romanas» del Mediodía y de Lorena) o de las herramientas rurales (como el arado meridional, a veces calificado de romano).

El trabajo histórico ha demostrado que las estructuras «inmemoriales» o «características de una región» sólo se remontaban a algunas generaciones o se encontraban de nuevo fuera de ella en los ambientes más imprevistos. Actualmente se sabe que los islotes de rotación bienal en la Francia del Norte (Alsacia, Roumois) son posteriores a finales de la Edad Media, y que la rotación trienal no fue sistematizada en Inglaterra hasta el siglo XII (en la cuenca parisiense a partir del siglo IX): ¿cómo atribuir una a las supervivencias romanas, y la otra a las importaciones germánicas? En Cerdeña e incluso en Siria se han hallado formas que se creían nórdicas... Todo el trabajo realizado no ha sido vano: pero su conclusión, desde nuestro punto de vista, es negativa: «el orden inmutable de los campos» es un mito; en realidad ha sido afectado por fluctuaciones de gran amplitud dirigidas por la evolución demográfica, económica y tecnológica. Algunas de estas fluctuaciones pudieron sin duda ser orientadas o aceleradas por las invasiones, pero no podríamos señalarlas[80].

¿Qué nos queda después de esta escabechina? En primer lugar algunos datos arqueológicos. La restructuración de muchos terrenos ingleses en la época de la llegada de los sajones (pero el sistema abandonado era indígena, no romano). El respeto, no menos indiscutible, en las regiones más variadas de la Galia, y muy cerca del *limes*, de las estructuras artificiales nacidas del amillaramiento de los agrimensores romanos. La continuidad de algunas estaciones habitadas y la discontinuidad de muchas otras; en resumen, cada región, quizás cada predio, es un caso particular. Aún será preciso disponer de centenares de monografías antes de arriesgar una síntesis, y aun así, ésta sólo aclarará unos pocos aspectos del problema de las invasiones en el medio rural.

En cuanto a los datos jurídicos —que se evocarán más en detalle en otro volumen—, no hay que ilusionarse sobre su alcance. Sólo autorizan una conclusión segura cuando conciernen a una institución muy precisa; por ejemplo, la mención del *jus mancianum* en las tablillas Albertini puede ser considerada como un índice que prueba la supervivencia de las formas de servidumbre romanas en el África vándala. ¿Pero qué pensar de la supervivencia, en la época merovingia, de los términos elásticos como *colonus* o *villa*? Su elección para designar las realidades de la sociedad franca implica una cierta analogía con las instituciones romanas del mismo nombre, pero es imprudente querer ir más allá, sin otros índices. También cabe hacer una comprobación estadística: mientras que las aportaciones germánicas abundan en el vocabulario de las instituciones judiciales, militares o administrativas, faltan casi totalmente, en la zona que se mantuvo romana, para las instituciones agrarias, dominicales o señoriales. ¿Pero qué vale este índice numérico en materia de colonización?

También hay que evitar la atribución a las invasiones de todos los trastornos del poblamiento rural. Por ejemplo, en España se registra una despoblación catastrófica de las regiones interiores de Levante *(Carpetania)*; los germanos no tienen culpa alguna: por casualidad unas crónicas permiten ver en ella la consecuencia de epidemias casi crónicas en los siglos VI y VII.

En resumen, parece que hay que quedarse aún más acá de las posiciones ya bastante prudentes en las que se situó Marc Bloch a finales de una vida de investigación[81]. Habrá que multiplicar los contactos entre las distintas disciplinas (ante todo arqueología, toponimia e historia del derecho) al nivel de las monografías locales, antes de arriesgarse a nuevos cuadros de conjunto.

C. Los bárbaros y las ciudades

¿Encontraron los bárbaros lugar en las ciudades? Seguramente habrá que distinguir los tiempos y los pueblos.

En términos generales nos podemos adherir a la fórmula de Tácito (*Germania*, 16): «Nullas Germanorum populis urbes habitari satis notum est», a condición de no exagerar esta repugnancia: la Germania tenía *oppida*, vastas murallas de tierra,

de piedra seca y de madera, del mismo tipo que las descritas por César en la Galia, que servían de refugio en tiempos de guerra y a veces de moradas semipermanentes. Pero nada indica que tuvieran una actividad económica o un *status* que las distinguiera de la región llana. Ninguna desempeñó el papel de «núcleo preurbano» con respecto a las ciudades de la Germania carolingia (su situación las predispuso, en cambio, para ser remplazadas por castillos). Los pueblos alejados del Imperio permanecieron hasta finales del siglo VIII (cuando nacieron los primeros *emporia* en Frisia y las costas bálticas) en este estadio primitivo; esto explica la incomprensión de los anglos y de los sajones con respecto al hecho urbano en Bretaña.

Pero la mayor parte de los germanos habían tenido contactos con el Imperio en el *limes*, este *limes* que, por razones militares y económicas, era como una calle de ciudades [82]. Sin duda en el siglo IV y a comienzos del siglo V estas ciudades estaban a punto de perder su prestigio: los grandes monumentos estaban derrumbados, las clases dirigentes habían huido, el tráfico disminuía. No por ello ejercían menos atracción a los germanos. Tras una fase de violencias iniciales, todos los germanos se mostraron dispuestos a respetar y utilizar el fenómeno urbano [83].

La irrupción de 406 fue desastrosa tanto en la Galia como en Italia: para convencerse de ello no hay más que leer la famosa —y demasiado literaria— carta de San Jerónimo a Ageruchia, o comprobar en ciertos lugares, como Estrasburgo, la acumulación de las cenizas. Lo mismo ocurrió, según Hidacio, en el norte de España. Pero en ningún modo significó una brecha en la historia urbana comparable a la del siglo III; pasado el temporal, las ciudades de Occidente recuperaron al cabo de unos años el ritmo de su vida, en el mismo marco topográfico, bajo una misma administración más o menos bien restaurada. Hubo revoque, y no ruptura. Algunas ciudades ya sólo ofrecieron a las miradas unos miserables «barracones para siniestrados», pero la mayor parte permanecieron dominadas por los dos edificios típicos de la ciudad del Bajo Imperio: el *praetorium* (palacio del gobernador) y la basílica episcopal.

Como sea que los bárbaros que permanecieron en el territorio del Imperio se convirtieron tarde o temprano en federados, el respeto que tuvieron que profesar a Roma se extendió a las ciudades. La mayor parte de los germanos se instalaron en el campo; pero sus jefes, siguiendo el ejemplo de las autoridades romanas, se fijaron en las ciudades. Cada reino tuvo, para su corte, una residencia urbana [84]. Esto comenzó con los visigodos, en Burdeos y en Tolosa, a partir de 418 (luego en Narbona en 508, en Barcelona en 531 y en Toledo en 551); también los vándalos instalaron sus reyes en Cartago (439); los burgundios, en Ginebra (hacia 443) y en Lyón (hacia 470); los suevos, en Braga (¿entre 430 y 440?), y por último los francos, en Tournai (antes de 481) y luego en París, bajo Clodoveo. Sólo los ostrogodos se atrevieron a elegir, en 490, una capital imperial, Rávena; los demás pueblos, quizás por temor de ser «ahogados» por el elemento romano, se contentaron con

metrópolis o ciudades secundarias; Tréveris o Arlés fueron abandonadas. El caso de estas residencias reales fue evidentemente ejemplar: lo que hizo el rey en su ciudad fue imitado en las demás por los simples jefes.

Gracias a los notables trabajos de L. Blondel[85], conocemos las modalidades según las cuales se operó en Ginebra —uno de los casos más precoces— la inserción de una corte bárbara en una ciudad romana. La ciudad constaba a comienzos del siglo V de un reducto fortificado cuadrangular, encaramado sobre una colina, dominado por el *praetorium*, la catedral y la iglesia de San Germán, y un vasto *suburbium* más o menos abandonado a los muertos y a las capillas. Esta fisonomía se remontaba al siglo III. Los reyes burgundios la respetaron. Se instalaron en el *praetorium*, aprovecharon sus comodidades (baños, hipocausto) y su capilla, sin modificarla durante una generación. Hacia el año 500 un incendio, durante una guerra civil, la destruyó parcialmente; fue en seguida parcialmente reedificado, poco más o menos sobre el mismo plano (no se degradará hasta después de la conquista franca de 534, al convertirse en inútil). La catedral también atravesó sin incidentes la fecha fatídica de 443; cuando el rey Segismundo, convertido al catolicismo, la reconstruyó hacia 513-517, imitó muy conscientemente las grandes iglesias de las metrópolis imperiales. La flanqueó con un mausoleo circular que recordaba los de los emperadores del siglo IV. Por último fue restaurada la muralla, sin duda por Gundebaldo. La implantación de los burgundios en la ciudad había sido esencialmente conservadora.

El rey burgundio no residía siempre en la ciudad: tenía dos grandes *villae* a su disposición, Ambérieu en los Dombes y Carouges a orillas del Arve. Esta última fue también explorada por L. Blondel: se trataba de una *villa* romana muy recompuesta, donde construcciones de madera de tipo germánico habían ocupado el lugar de los edificios de piedra; un foso (¿con empalizada?) la rodeaba. Seguramente el soberano llevaba allí una vida más conforme a sus gustos, y el palacio de Ginebra servía sobre todo para las ceremonias.

Las comprobaciones hechas en Colonia apuntan en el mismo sentido[86]: el reino franco del Rin respetó el inmenso *praetorium* de los legados de Germania y estableció allí, sin duda, su soberano. Dondequiera que ello fue posible, se procedió del mismo modo. Sólo en Bretaña se registró un fracaso total. Italia combinó un respeto completo del hecho urbano con una cierta segregación desconocida en la época romana[87]. En África, algunas destrucciones iniciales no fueron proseguidas[88]. Por último, en España el respeto del marco antiguo fue, en la mayor parte de casos, total, pero hubo que transformar Toledo, ciudad muy pequeña promovida bruscamente a gran capital[89].

El respeto de los conquistadores por la vida urbana no impide que su triunfo marcara el comienzo de una decadencia; pero se les puede incriminar más bien de haberse inhibido que de haber actuado ellos mismos. Un rápido vistazo sobre la evolución de las instituciones basta para convencerse de ello. Cuando llegaron los bárbaros la autonomía municipal ya apenas existía sólo sobre el papel. Las curias habían sido colocadas bajo la tutela de los comisarios del gobierno imperial, el *defensor civitatis*, y un interventor financiero, el *curator*; el papel de los curiales se redujo a menudo a registrar las mutaciones de la propiedad

en las *gesta municipalia*. La pareja antitética curia-*defensor* sobrevivió mucho tiempo a las invasiones. En la Galia, la curia del Mans aún persistía en 642; la de Orleáns, en 651; la de Poitiers, en 677-678, y el *defensor* se mantuvo a veces, en el Mediodía y sobre todo en Borgoña, hasta el siglo IX e incluso el X. Pero estas supervivencias no significan gran cosa en concreto; de hecho, cara a cara sólo quedaban el obispo y las autoridades militares (duque, conde), estas últimas más inclinadas hacia el campo que hacia la ciudad[20]. El espíritu de las antiguas instituciones estaba completamente muerto, sobre todo de decrepitud.

7. Problemas de civilización

A. Los problemas del arte bárbaro

La era de las invasiones coincide con el triunfo de una estética nueva que reinó tres o cuatro siglos sobre las ruinas del arte grecorromano clásico. Evidentemente todas las innovaciones no fueron debidas a los bárbaros. Las grandes corrientes que renovaron la arquitectura (composición de los edificios en función no de las vistas exteriores, sino de los espacios interiores: ocultación de los materiales que desempeñan un papel estructural, bajo revestimientos decorados) o la escultura (preferencia por el relieve ahuecado muy plano más ornamental que figurativo, sobre el alto relieve) no les deben gran cosa: son comunes al Occidente y al Oriente y derivan del arte del Bajo Imperio o bien de importaciones orientales. Ya hemos evocado lo que resultaba del resurgimiento de las tradiciones indígenas prerromanas. Queda por examinar la aportación propiamente bárbara, germánica o iraní, delimitarla y seguir su progresión.

Sin quedar reducidas a ellas en absoluto, estas aportaciones conciernen sobre todo a las artes industriales: orfebrería y trabajo del metal, en menor grado vidriería y cerámica (y quizás las artes textiles, que se conocen muy mal). De ahí un fuerte contraste entre «artes mayores» y «artes menores»: las primeras en general siguen, no sin retraso y torpeza, los impulsos llegados del mundo mediterráneo, mientras que las segundas manifiestan mucha originalidad y vigor creador. El problema radica en la procedencia de esta renovación. ¿Es puramente germánica? Los hallazgos arqueológicos de los tres primeros siglos de nuestra Era en Germania independiente sólo imperfectamente muestran los posibles preámbulos. ¿Hay que atribuirla al arte de las estepas, principalmente al factor iraní? Este último parece haber sido muy minoritario en el movimiento de las invasiones. ¿O bien se debe insistir sobre la renovación del gusto bajo las influencias orientales en el interior del mismo mundo romano, en la víspera de las invasiones? Estas tres actitudes

tienen sendos defensores (todos los cuales, por lo demás, admiten muchos matices) [91].

Para juzgar sanamente hay que distinguir, en la nueva orientación del arte, muchos elementos: *a)* Una revolución estética, que condujo a interesarse más por los colores y el grafismo de los contornos que por la plenitud de las formas y los volúmenes. *b)* Un sentido nuevo del movimiento, concebido como un esfuerzo perpetuamente repetido, que llenaba todos los cuadros hasta hacerlos reventar, una manifestación de vitalidad elemental e incontenible. *c)* Al mismo tiempo se opera una asimilación entre valor estético y valor intrínseco del objeto de arte: el arte más refinado se expresa sobre metal precioso, y el artista nunca olvida que ante todo es un artesano; su virtuosismo se expresa más bien en el dominio propiamente técnico (filigranas, esmaltes, adamasquinados, etc.) que en la investigación de formas o expresiones nuevas. *d)* Por último el arte regresa, salvo raras excepciones, al anonimato; la creación personal se borra ante la tradición colectiva; toda obra se coloca en una serie y no ofrece más que mediocres modificaciones con respecto a obras parecidas.

Nadie duda de que la revolución del gusto, por una parte, y el regreso al anonimato, por otra, sean los rasgos generales de la Alta Edad Media, tanto en los Estados bárbaros como fuera de su territorio, y el arte copto o sirio ofrecerían, sin duda, buenos ejemplos de ello. Toda la discusión se refiere a los otros dos puntos, ante todo el segundo, esa decoración animalista palpitante de vida, pero profundamente estilizada, que invade la orfebrería. Una discusión más precisa concierne a las técnicas y sus aplicaciones.

El estudio de las técnicas resulta aquí muy apropiado para aclarar el debate, ante todo el de la orfebrería *cloisonnée* o alveolada (sobre un fondo de oro labrado, pequeños tabiques o hilos de oro engarzan piedras de color —granates, almandinas, cornalinas, etc.—, esmaltes o pastas de vidrio muy coloreadas). Esta técnica aparece en la Rusia meridional, luego se difunde rápidamente hacia el Oeste, por las rutas de las migraciones góticas y hunas. Lo mismo ocurre con el gusto por las filigranas, el «granulado» y el damasquinado.

Por tanto parece razonable distinguir tres fases. Una primera renovación del arte bárbaro, poco antes de 400, coincide con el comienzo de los establecimientos en territorio romano y debería su origen a influencias meridionales (transmitidas por los federados y los letes). Luego, a partir de mediados del siglo V, las influencias orientales imponen una decoración nueva, fundada en el oro alveolado, las pedrerías coloreadas y algunos motivos animalistas simples. Por último, hacia finales del siglo VI o comienzos del VII se elabora, quizás en la Italia lombarda, una nueva orfebrería también alveolada y una decoración el la que el animal se transforma en entrelazados de una extraordinaria complicación; esta última fase debe mucho a las artes menores romanobizantinas [92]. Se ve que se trata de una lenta gestación, compleja en todas sus etapas, y que nunca se explica solamente por elementos de adopción.

Hacia finales de esta evolución domina el Occidente un estilo nuevo, cuya unidad es asombrosa; como máximo se distinguen grandes varie-

dades regionales: un círculo nórdico y anglosajón, un círculo franco-lombardo que engloba casi todos los pueblos de la antigua Germania, salvo los sajones, y un círculo gótico, finalmente reducido a la península ibérica. Es uno de los ejemplos más patentes del efecto de rebote ejercido por los reinos sucesores de Roma sobre el conjunto del mundo germánico, incluso independiente.

Pero este estilo va siendo derrotado por los rebrotes de influencias mediterráneas expandidas por la Iglesia a partir de Italia, de España y también —hecho que se explica por las circunstancias de su conversión— a partir de la Inglaterra sajona. Motivos como el follaje con pájaros, la palmeta y la hoja de acanto recuperan rápidamente una parte del terreno perdido, mientras que las artes menores, en la época imperial carolingia, pasan de nuevo al segundo plano del desarrollo estético general.

Hay que destacar que los medios menos receptivos con respecto al arte bárbaro no mostraron ningún apego a la tradición romana, auténtica. El arte que prefirieron no tenía nada de clásico. Sus fuentes de inspiración se encontraban en el mundo indígena del Mediterráneo oriental, entonces animado por un vigoroso renacimiento, en los coptos o los sirios, y le servían de vehículo los artistas orientales, aún numerosos en todo el Occidente (salvo en Bretaña), o bien los de Bizancio. Por tanto, en resumidas cuentas su espíritu quedaba bastante próximo al arte islámico, que se constituyó en parte a partir de las mismas bases: aniconismo, gusto por la decoración floral o geométrica, escultura de müy poco relieve. Se explica que España, que en la época visigoda había sido en Occidente el bastión de este estilo oriental bajo su forma cristiana, pudiera demostrar tanta vitalidad creadora cuando, después de 711, le volvió a llegar bajo la forma musulmana.

B. La aportación técnica bárbara

Acabamos de ver que el mundo bárbaro había formado admirables orfebres, capaces de renovar y transformar su arte. Hace mucho tiempo que los historiadores tienen conciencia de esta aportación. Pero una importante escuela de arqueólogos, que sigue a E. Salin y A. France-Lanord, nos muestra que esta superioridad técnica también se extendía a un dominio de una importancia capital, el de la metalurgia y, más especialmente, de la armería [93]. Estos autores demuestran que los bárbaros recogieron o idearon multitud de técnicas, únicamente artesanas sin duda, pero notables por su ingeniosidad y eficacia, en materia de aleaciones, temples, forjas, soldaduras, etc. Supieron fabricar, para el filo de sus espadas o de sus hachas, aceros especiales que no fueron igualados hasta el siglo XIX, infinitamente superiores a lo que producían en serie las manufacturas imperiales del Bajo Imperio.

La parte de Roma en estas innovaciones aparece como despreciable. Unas continúan, perfeccionándolas con extrema sutilidad, las prácticas de las forjas de la protohistoria, y otras derivan de aportaciones orientales. Se las ha estudiado especialmente en la Galia franca. Así, en una misma arma se yuxtaponen a veces elementos de calidad muy diversa

(alma de hierro dulce, filos de acero templado soldados a esta alma), forjados con una paciencia infinita (amartillamientos, soldaduras, torsiones y amolados alternan largamente), y el resultado es un verdadero prodigio de virtuosismo. Se ven espadas cuya alma está hecha con ocho bandas torcidas, arrolladas, plegadas, soldadas entre sí, y de filo también soldado, que en conjunto no tienen más de 5 mm de espesor. Estas técnicas dan armas muy bellas, sólidas y notablemente elásticas (las hojas «contrapeadas», de láminas pegadas una sobre otra, resisten tres veces mejor a la torsión que las hojas simples). Se explica el valor afectivo que se les concedía y que reflejan, con un notable desfase cronológico, la leyenda nórdica o los cantos de gesta. Los textos de la Alta Edad Media casi no traslucen nada de este saber técnico (sin duda porque estaba reservado a iniciados sin contacto con los clérigos); por tanto, toda esta porción de la civilización merovingia habría sido insospechada sin la aplicación reciente de los métodos de laboratorio a la arqueología.

Este descubrimiento ofrece amplio campo a la reflexión. Frente al espíritu ya moderno de la producción galorromana —una calidad mediana, de grandes series— observamos la aparición de la concepción medieval del objeto como obra maestra, siempre único en algún aspecto. Por otra parte, el empirismo experimental de las forjas francas forma un singular contraste con la docilidad de los letrados de la época en seguir el camino trillado de las escuelas. ¿No existía una posibilidad de renovación, inexplotada a causa de la adhesión demasiado precoz de las élites a la tradición antigua?

C. La vida intelectual de la Europa bárbara

Portadores de ideas nuevas en muchos dominios de la historia de las artes y las técnicas, los bárbaros, en cambio, no aportaron nada esencial a la vida intelectual. La mayor parte de las doctrinas por las que demostraron interés —ante todo el arrianismo— habían sido elaboradas en el mundo mediterráneo. Lo que se sabe de la literatura gótica no indica ninguna otra originalidad que la de la lengua. Todos los mediocres ensayos literarios de los reyes germanos, como Sisebuto o Chilperico, se sitúan en la línea trazada por la enseñanza latina. El único elemento verdaderamente nacional de la cultura germánica, la escritura rúnica, no atrajo la atención de nadie, salvo del muy romano Venancio Fortunato, y no sirvió prácticamente para nada. Por tanto, aquí sólo tocaremos dos problemas: ¿en qué medida las invasiones contribuyeron a la decadencia de la cultura antigua?, ¿prepararon el nacimiento, en una época ulterior, de una cultura germánica?

Los coetáneos sólo tuvieron la sensación de una ruptura en algunos sectores, ante todo en la Galia. Nada de esto ocurrió en Italia hasta la invasión lombarda; aún menos en España, donde a comienzos del siglo VII Isidoro de Sevilla aún se adhiere con todas sus fibras a la tradición antigua, aunque con bastante retraso

para discernir que, en la historia de su patria, una fase gótica ha sucedido definitivamente a la fase romana (confía en que, por lo demás, serán igualmente brillantes) [94]. Incluso se puede sospechar de la sinceridad de Gregorio de Tours, al deplorar con énfasis que el estudio de las letras ya haya perecido. Sin ninguna duda su lengua es incorrecta, su técnica literaria deficiente, pero lo poco que conserva de las artes liberales no es infiel a la tradición clásica [95].

Otra ruptura, de alcance igualmente vasto, fue menos apreciada: el «desmembramiento intelectual de la romanidad» (J. Fontaine) que hizo de cada sector del antiguo Imperio de Occidente una entidad casi autónoma. Al igual que el desmoronamiento dialectal (pág. 120), este provincianismo intelectual es muy anterior a las invasiones: desde el siglo IV había realizado progresos decisivos. A veces las catástrofes del siglo V lo borraron. Pero en dos países por lo menos, África y España, continuó extendiéndose después de las mismas. La España gótica permaneció fielmente ligada a sus últimos grandes autores de la época romana (Juvenco, Prudencio y, sobre todo, Orosio), mientras que ignoró prácticamente —pese a los anteriores lazos entre visigodos y ostrogodos— el trabajo realizado en Italia por Casiodoro y Boecio [96]. Este aislamiento fue confirmado y reforzado por la consolidación de los Estados bárbaros: frente a la Galia, Isidoro de Sevilla experimenta, no sólo la ignorancia que cabe esperar, sino además un poco del desprecio y la hostilidad que los godos manifestaron hacia los francos.

Como quiera que la continuidad de la cultura eclesiástica no da lugar a dudas, los esfuerzos de los historiadores modernos se han concentrado sobre la supervivencia de una cultura profana. En un famoso artículo, H. Pirenne ha planteado el problema de la educación de los laicos en la Galia merovingia [97]. Ha creído poder aportar una respuesta positiva, que confirmaría su tesis favorita sobre la continuidad entre Antigüedad y Alta Edad Media hasta las conquistas árabes. Después ha sido preciso rechazarlo [98]: la escuela pública, a la antigua, se refugia en el Mediodía, luego desaparece a finales del siglo V o, en el mejor de los casos, en el primer tercio del siglo VI. Para los aristócratas queda el recurso del preceptor y, más tarde (siglo VII), el de una educación cortesana, cuyo aspecto intelectual no es lo esencial. Sólo la formación jurídica puede quizás adquirirse aún en la escuela. Además los laicos no disponían, para reforzar su cultura, ni de bibliotecas ni de obras didácticas sobre el saber profano. Su interés era otro, el de una civilización guerrera.

En España, el cuadro es menos decepcionante. No sabemos lo que pasó allí con la escuela, pero en pleno siglo VII algunos condes tienen aún una biblioteca, y la cultura técnica está lo bastante extendida para que a finales del siglo VI el obispo de Mérida pueda organizar con muchos *medici* una asistencia médica gratuita [99]. El rey Sisebuto fue un letrado de bastante más valor que el merovingio Chilperico. La España visigoda fue, sobre todo, el teatro del mayor esfuerzo que se realizó en la Alta Edad Media para sintetizar y poner a la disposición de las nuevas generaciones el legado de los escritores del Bajo Imperio y de la edad patrística: las *Etimologías* u *Orígenes* de Isidoro de Sevilla (primer tercio

del siglo VII) sirvieron sin duda y sobre todo a los clérigos, pero la parte que ocupa allí la cultura profana es absolutamente dominante. Como ha demostrado J. Fontaine [100], en todo esto hubo una parte de ilusión: las condiciones materiales y sociales de una cultura viva, a la antigua, habían desaparecido. Pero esta fidelidad obstinada es un símbolo: hasta 711 España rechazó levantar acta de que la Antigüedad había muerto con el Imperio romano.

En Italia, tanto en este dominio como en los demás, la Antigüedad sobrevivió hasta Justiniano, sin experimentar la menor duda, tan vigorosamente que aún manan síntesis originales (ante todo las de Boecio), las sutilezas escolásticas continúan siendo plenamente apreciadas y Teodato se precia de ser, a la manera de los Antoninos, un filósofo coronado. La dominación bizantina estuvo animada por las mejores intenciones: una novela imperial reorganizó la enseñanza superior. Como en España, la cultura técnica sobrevivió [101], y Gregorio Magno suministra la prueba de que Italia aún era capaz, a finales del siglo VI, de producir grandes mentes. Pero el medio portador de esta cultura se había limitado singularmente. Aunque superviviente en Rávena y reconstituido en Roma con grandes esfuerzos, en todos los demás lugares se había abandonado (Venancio Fortunato huyó hacia la Galia en 565). Incluso los que habían sobrevivido físicamente estaban en plena confusión. La retirada fuera del mundo, en su monasterio calabrés de Vivario, de quien había proporcionado durante la época gótica la unión entre la cultura y el gobierno, Casiodoro, adquiere un valor simbólico. La Italia lombarda, mientras fue ante todo guerrera y arriana, representó como una mancha blanca sobre este mapa; cuando se volvió católica era demasiado tarde, y su situación se parecía mucho a la de la Galia franca.

La decadencia de la cultura antigua no es obra de las Grandes Invasiones, entidad abstracta y demasiado general. Sobrevivió bien a algunas de ellas, esencialmente a las de los godos, y cuando murió fue menos por el choque directo que por un trasplante demasiado arriesgado en un medio social que no tenía necesidad de ella, que situaba sus ideales humanos en otra parte.

La época de las invasiones no dio nacimiento, entre los germanos, a una cultura intelectual digna de este nombre. Los esfuerzos dispersos realizados en tal sentido se sitúan o bien antes (creación de las runas, obra de Ulfila), o bien después (autores alemanes de la época carolingia) de esta crisis política y social, evidentemente poco propicia a la maduración de un pensamiento. Pero esta cultura, cuando por fin nació, rememoró con predilección esa brillante época. Las invasiones constituyen el fondo de casi toda la epopeya germánica. El *Hildebrandslied*, transcrito en Fulda hacia 810-820, refleja la lucha de Teodorico contra

Odoacro, y todos los grandes textos consecutivos (*Widsith*, en Inglaterra; cantos heroicos del *Edda* y *Völsungasaga*, en Escandinavia; *Nibelungenlied*, en Alemania) están llenos de recuerdos de los dos siglos que separan el choque de los godos y los hunos en Ucrania, en 375, y la reconquista de Justiniano en Italia. Es impresionante ver cómo los letrados islandeses, hacia el siglo XII, que transcriben los textos édicos heredados de 700 años de tradición oral, reproducen fielmente los nombres de los Cárpatos *(Harfadhafjöll)* y del Dniéper *(Danpr)*, de Ermanarico *(Jörmunrekr)* y de Atila *(Atli)*. Entre los anglosajones, aunque ajenos a los acontecimientos del continente, un poeta de la corte *(scöp)* llena su obra con los mismos nombres góticos y hunos [102]. Tres o cuatro figuras dominan este mundo épico: dos godos, Ermanarico y Teodorico; el huno Atila, y quizás un franco, Thierry, el hijo de Clodoveo que empezó la conquista de Germania [103].

D. El efecto de rebote sobre Germania

Fue una lástima para la civilización germánica que los ostrogodos fracasaran y los francos vencieran. Teodorico sentía hacia los germanos que estaban fuera del Imperio un sentimiento de solidaridad que se refleja en la correspondencia de Casiodoro y en la abundancia de monedas que se encuentran incluso en Escandinavia. Clodoveo y sus descendientes, aparentemente no experimentaron nada semejante; dejaron a sus hermanos del otro lado del Rin que se apañasen como pudieran. Este hecho se demuestra, en el orden intelectual, por la extraordinaria lentitud con la cual el alfabeto penetró más allá del Rin. Las runas, que en el continente sólo habían tenido un éxito limitado, desaparecieron en el siglo VII, dejando un vacío que nada llenó hasta el siglo IX [104].

Esta inhibición se extendió, aún más notoriamente, al orden religioso. Hasta la misión inglesa de finales del siglo VII, la evangelización de Germania fue dejada a algunas iniciativas particulares, surgidas de los medios romanos que habían quedado cerca de la frontera lingüística. Su acción, lenta y tímida, sólo había conseguido reconquistar la orilla izquierda del Rin y establecer algunas cabezas de puente en Hesse y en Alamania [105]. Además, aunque la mayor parte de las clases dirigentes se habían convertido sin duda al catolicismo, a causa del contacto con la corte, y algunas iglesias se levantaban en diversos puntos, no existía ninguna organización eclesiástica, ninguna cultura religiosa. Una incapacidad general parecía invadir la Iglesia franca cuando se trataba de rebasar los límites legados por Roma.

En el orden económico incluso, la Galia merovingia no transmitió a los países situados más allá del Rin este elemento necesario para todo desarrollo que era la moneda. La extraordinaria densidad de los ta-

lleres monetarios merovingios se rarifica singularmente en las proximidades del Rin, y más allá del río no funcionó ninguna ceca; salvo en Frisia (que precisamente escapaba a la dominación política de los francos), el uso de numerario fue ignorado por la Germania transrenana hasta la época carolingia: en esta región predominó el metal precioso pesado con balanzas [106]. No se importó tampoco la civilización urbana.

Tantas negativas plantean un problema, algunos de cuyos aspectos sociales han sido bien estudiados por R. Sprandel [107], quien ha demostrado que pese a la expansión del siglo VI más allá del Rin, el concepto romano de la frontera de la civilización, establecida en este río, había continuado vigente. La nueva aristocracia, surgida de la aproximación entre conquistadores francos y clase media senatorial, se apartó de las regiones orientales. Esta actitud negativa no terminó hasta el ascenso de los Pipínidas, en la segunda mitad del siglo VII, al mismo tiempo que se operaba una transferencia hacia el nordeste del centro de gravedad del Estado franco, hasta entonces establecido en la región del Sena, del Marne y del Oise [108].

Cabe pensar que la política de Teodeberto y de Partenio, en caso de haber sido seguida, habría desembocado en otras perspectivas muy distintas, como la de Teodorico, que le había servido de modelo. Pero el siglo que se extiende desde la muerte de Clotario I (561) hasta la llegada al poder de Pipino de Heristal (679) fue de verdadero derrumbe.

8. Problemas de instituciones

A. El marco jurídico de la sociedad bárbara

El objeto de este libro no es estudiar las instituciones de la Europa bárbara [109]. Pero debemos destacar el hecho de que ésta no se edificó sobre la base de un antagonismo elemental entre «romanidad» y «germanismo». En el momento del hundimiento del Imperio el derecho romano ya no era un bloque monolítico; toda la investigación reciente se esfuerza por descubrir mejor, detrás de la fachada del derecho clásico, que triunfó finalmente con la codificación de Justiniano, un derecho vulgar, el de la práctica provincial, que aparece a veces en la legislación imperial a partir de la época de Constantino.

Parece establecido que los códigos romanos redactados bajo el dominio bárbaro (*Breviario de Alarico,* de 506, para el Estado visigodo; *Lex Romana Burgundionum,* a partir de principios del siglo VI, entre los burgundios; *Edictum Theoderici,* de la misma época, entre los ostrogodos; *Lex Romana Curiensium,* del siglo VIII en Recia) [110] se basan en ese derecho vulgar, cuyo éxito en Occidente no pudo evitar la autoridad im-

perial. Ese derecho también influyó mucho en las leyes destinadas a los bárbaros mismos. ¿Pero el «vulgarismo» iba aún más lejos? Es lo que cree toda una escuela de historiadores del derecho, sobre todo en España [111].

En cuanto al derecho germánico, no nos llega jamás en forma pura, debido a que está redactado en latín. Reviste sus aspectos más arcaicos entre los francos (*ley sálica*, «en 65 títulos», hacia 507-511) y entre los lombardos (*Edicto de Rotario*, 643). Pese a su fecha precoz, la primera ley visigoda (*Código de Eurico*, hacia 470-480) y la ley burgundia (*ley Gombeta*, hacia 501-515) presentan intrusiones masivas del derecho romano. No se ha conservado nada del derecho germánico de los ostrogodos y de los vándalos. Los alamanes y los bávaros ya no gozaban de independencia cuando redactaron sus leyes *(Pactus Alamannorum, Lex Bajuvariorum)*: presentan grandes influencias sálicas, góticas o canónicas. Las otras leyes bárbaras *(ley ripuaria, ley de los turingios, ley de los francos camavos)* son formaciones secundarias aparecidas en los siglos VII, VIII y IX a partir del derecho sálico. Las leyes inglesas, las únicas escritas en lengua germánica (*ley de Etelberto*, de Kent, finales del siglo VI), constituyen un grupo aparte.

Basándonos en los más arcaicos de estos textos podemos descubrir fácilmente un «espíritu» común al derecho bárbaro, caracterizado por los siguientes rasgos: procedimiento únicamente oral y formalista, personalidad de las leyes, intervención de cojuradores y ordalías, tasación de las composiciones pecuniarias *(wergeld)*, solidaridad familiar, etcétera. No cabe duda de que estas características forman parte de un fondo común germánico; muchas de ellas se encuentran en el derecho escandinavo, puesto por escrito a partir del siglo XII, fuera de toda influencia de Roma. Pero ideas romanas o innovaciones se ocultan, sin duda, en más de un recoveco.

La idea misma de una codificación es reveladora: los practicantes romanos las habían multiplicado, en forma privada u oficial, a partir de finales del siglo III *(Código gregoriano)*. No podemos excluir la posibilidad de que la personalidad de las leyes haya sido conocida, al menos tácitamente, gracias a la práctica romana vulgar, en el caso de los letes o de los federados. Ciertas estipulaciones de las tablas de *wergeld* sálicas son tan favorables al poder real (*wergeld* triple para la *gens* del rey, proporción importante de las composiciones destinadas al rey), que representan, sin duda alguna, arreglos introducidos después de la consolidación de la dinastía merovingia [112].

Por otra parte, las ideas romanas actuaron ante la práctica bárbara con rapidez bastante para que varios reinos abandonaran algunos de esos «principios fundamentales». Así, el Estado visigodo —el que ha dejado más monumentos legislativos— renunció a la personalidad de las leyes en favor de la idea romana (y moderna) de la territorialidad. ¿Cuándo y cómo? El debate entre los juristas es bastante animado.

La interpretación tradicional admite que los godos vivían bajo el *Código de Eurico* (hacia 470-480), revisado por Leovigildo (hacia 570-580), y los romanos bajo el *Breviario de Alarico* (506). El *liber judiciorum* de Recesvinto (654), que prohibía bajo pena de multa el recurso a otra ley, habría creado un derecho territorial, apenas revisado luego por Ervigio (*lex renovata* de 681) y sin duda por Egica (693). Pero desde hace tiempo se plantea la cuestión de si una territorialidad de hecho no se estableció a partir de Leovigildo. García Gallo lanzó en 1941 una ofensiva en favor de un mayor papel de la territorialidad [113]; ésta alcanza posiciones extremas. Alvaro d'Ors considera que el *Código de Eurico*, lejos de representar un ejemplo muy antiguo, aunque impuro, del derecho germánico, no es más que un monumento del derecho latín vulgar, compilado bajo la influencia de juristas galos y, naturalmente, territorial [114]. El germanismo no aparecería seriamente, tal vez bajo influencias francas, hasta después de Recesvinto, y los visigodos jamás habrían conocido verdaderamente la personalidad de las leyes.

Es demasiado pronto para decir cuál de estas opiniones predominará. Pero podemos concluir como aventurada la suposición, para un país dado, de la aplicación de la personalidad de las leyes cuando los documentos de la práctica (que faltan en España) no la establecen expresamente por el recurso a la *professio legis*.

Roels ha expuesto dudas similares para la legislación burgundia [115]. Nada asegura que la ley Gombeta, por una parte, y la *lex romana Burgundionum*, por otra, sean dos textos oficiales y paralelos, destinados uno a los súbditos germanos y el otro a los súbditos romanos de la ley burgundia. Es bastante posible que la pretendida *lex romana Burgundionum* (título inventado por los eruditos modernos) no sea más que una compilación privada [116] y que la ley Gombeta haya sido territorial.

Entonces tendríamos que admitir que el derecho godo y el derecho burgundio sólo entraron en un sistema de personalidad dentro del marco del Estado franco, después de la conquista de Borgoña por los hijos de Clodoveo y tras la incorporación de Septimania al reino de Pipino el Breve. Por tanto, un auténtico régimen de personalidad no habría existido al principio más que en el mundo merovingio y en el lombardo, o sea en Estados pertenecientes a la segunda generación de reinos bárbaros.

B. El esqueleto de los Estados bárbaros

Los Estados bárbaros de la primera generación —los fundados por los pueblos ósticos en la cuenca mediterránea— demostraron poca imaginación en el terreno político. Tomaron de Roma, del gobierno de Rávena o de las prefecturas del pretorio, los engranajes esenciales de su administración central y local, y conservaron la distinción esencial establecida a partir de Diocleciano entre servicio civil y servicio militar. Los de la segunda generación —sobre todo los reinos merovingio y lombardo— debieron de innovar mucho más, abandonar grupos completos de estructuras políticas antiguas y renunciar a la ordenación de las jerarquías y las carreras establecida bajo la Tetrarquía.

Los engranajes del gobierno romano se situaban a tres niveles: el de la corte imperial, el de los prefectos y vicarios, y el de los gobernadores de provincias. Sólo los regímenes de Odoacro y de Teodorico, en Italia, los conservaron todos. Situémonos en la época de Teodorico, cuando la correspondencia de Casiodoro permite penetrar mejor en la

estructura del Estado que en ningún otro Estado bárbaro. Lo que queda de las prerrogativas imperiales —el rey godo no las reivindica todas, ni mucho menos— pertenece a Teodorico. En torno a él subsisten los grandes jefes de servicio: *magister officiorum, quaestor palatii, comes sacrarum largitionum,* encargados de las oficinas de la cancillería, de la correspondencia y de las finanzas; todos los titulares de estos cargos son romanos, pues los condes godos únicamente se ocupaban en el servicio privado del príncipe y en los asuntos militares. En el nivel medio, los prefectos del pretoriado de Italia y de las Galias se mantienen en sus puestos, y se conservan los vicarios de Arlés y Roma. En un nivel inferior, las provincias se confían siempre a *consulares, correctores* o *praesides.* En resumen, nada ha cambiado.

Los otros Estados, los que no encontraron en su territorio ninguna capital ni ninguna prefectura, tuvieron que contentarse con engranajes más simples, uniendo a los servicios domésticos de origen germánico, que se encuentran en todas partes, oficinas más o menos calcadas de las de los gobernadores de provincias y algunos elementos imitados de la corte de Rávena o de la de Bizancio. En Toledo el *officium palatinum* mezcla gobierno, justicia, finanzas y funciones domésticas; las provincias se desmembran en comandancias militares confiadas a duques [117]. En Lyón la confusión es un poco menor (existe un *questor palatii,* sin duda un canciller y un mayordomo), pero también desaparecen las divisiones provinciales. En Cartago, un *praepositus regni* cubre él sólo todos los departamentos y se conserva el recuerdo de las provincias en tanto que divisiones geográficas, pero al frente de ellas no existe ya un agente del poder central. En los reinos visigodo y burgundio es un funcionario que el Imperio moribundo apenas tuvo tiempo de establecer, el *comes civitatis,* quien reúne lo esencial de las tareas administrativas. Por último, en todas partes los recursos fundamentales del Estado continúan estando formados por la tributación pública romana, que grava a los habitantes romanos por medio de un catastro romano cuyas matrices se ponen más o menos regularmente al día; la exención general de que gozan los propietarios bárbaros debió de disminuir el rendimiento y aumentar el gravamen a la vez.

En los Estados de la segunda generación se desvanecieron los recuerdos de las oficinas imperiales, la administración civil fue más o menos absorbida por el servicio de la corte o por instituciones militares, y los recursos públicos del soberano no representaron más que un papel totalmente secundario junto a los productos del dominio y de la justicia (la supervivencia de los impuestos indirectos fue mucho más vigorosa). Entre los francos no se conserva nada de los grandes servicios de la administración romana; los antiguos catastros fueron abandonados hacia finales del siglo VI (excepto en Recia, donde se les encuentra hasta el VIII)

y ninguna división recuerda, ni siquiera de lejos, las antiguas provincias; toda la autoridad local pertenece a jefes de origen militar, condes y duques. El palacio del rey lombardo conservó el nombre de *sacrum palatium* y la dignidad de *referendarius* (jefe de la cancillería), tal vez bajo influencias bizantinas; pero la mayoría de los grandes dignatarios *(marpahiz, stolesaz, scipoz)* son de origen germánico, mientras que otros están calcados de la jerarquía del exarcado *(vestararius, cubicularius)*. El impuesto público directo prácticamente desapareció, y las provincias, muy menguadas por el trazado de la frontera con los bizantinos, desaparecieron en favor de los ducados.

La genealogía precisa de las instituciones administrativas de la Europa bárbara sólo se ha establecido en dos o tres casos [118]. El más importante se refiere a la institución condal. El *comes civitatis* apareció en los últimos años del Imperio de Occidente; fue primero un dignatario de la corte imperial (de ahí su nombre: pertenece a la *comitiva*) destacado en algún punto de importancia primordial para ejercer allí temporalmente un mando civil y militar [119]. Pero la generalización rápida de esta institución, aún embrionaria en 476, continúa siendo bastante misteriosa; señala que Occidente, pese a su división política, aún constituía una unidad jurídica sensible. Tal vez el reino godo de Tolosa representó un papel decisivo en esta difusión: el *Código de Eurico* ya considera como normal la existencia de condes en las ciudades. En la Galia, en el siglo VI, aún se trataba de una institución sobre todo meridional; no se generalizó en el Norte hasta el siglo VII [120]. En la Italia gótica sólo era esporádica cuando la reconquista de Justiniano la borró momentáneamente, pero el gran Estado lombardo la adoptó plenamente. En cuanto a los duques, que siempre conservaron una autoridad sobre todo militar, la ascendencia romana es aún más directa, pero en el ambiente godo su poder, especialmente el civil, se desvía hacia el de gobernador de provincia [121].

Debemos recordar la curiosa tentativa de Ernest Babut de comparar la jerarquía administrativa merovingia con la jerarquía militar romana [122]. Es demasiado sistemática, pero su esquema merecería un profundo análisis crítico. Sugiere que a mediados del siglo V se produjo una inflación general de los títulos: casi todos los tribunos pasaron a ser condes, avanzando un grado, y ciertos condes, duques. El establecimiento en las ciudades de esos tribunos-condes se explicaría por el desmembramiento de la anona militar [123].

C. El problema de la hospitalidad

El fundamento jurídico del establecimiento en el Imperio de los primeros grandes pueblos bárbaros lo constituye un tratado *(foedus)* que asegura, por una parte, el respeto (al menos teórico) de los derechos de Roma por parte de los recién llegados y, por otra, precisa las moda-

lidades del acantonamiento y de la subsistencia de los bárbaros a costa de los romanos. La cláusula más importante para la historia del poblamiento es la de la hospitalidad. Este término designa la asignación a cada pequeño grupo bárbaro (familiar o militar) de una propiedad o de un conjunto de propiedades rurales romanas para proporcionarle alimentos y cobijo. Este régimen es en principio, y a menudo también de hecho, bastante conservador: respeta los derechos eminentes de los propietarios, los límites y la estructura de los dominios, pues sólo afecta al usufructo. Evita las confiscaciones y la violencia gratuita: el bárbaro, si es razonable, está interesado en la buena marcha de la explotación, cuyos frutos comparte. En teoría, la ruptura del *foedus* o la partida de los bárbaros para otro acantonamiento restituye al propietario la integridad de sus prerrogativas. De hecho, los bárbaros se incrustaron, pero se les hizo comprender y a menudo imitar un régimen agrario totalmente nuevo para ellos. La hospitalidad, cuando se prolongó lo suficiente, fue un poderoso factor de asimilación.

Los textos establecen que la hospitalidad se aplicó al menos a cinco pueblos: visigodos, burgundios, ostrogodos y, por un breve período, a alanos y vándalos. Además sirvió sin duda de modelo más o menos consciente a otros colonizadores que no estaban comprendidos dentro de un tratado formal. Desgraciadamente, los datos que poseemos sobre esta cuestión esencial son de mediocre calidad; resulta bastante difícil traducirlos en términos concretos, y las interpretaciones propuestas por los historiadores modernos son contradictorias [124]. Ignoramos los detalles de las cláusulas del primero de los grandes convenios de hospitalidad, el que fue firmado en 418 entre el patricio Constancio y los visigodos de Valia. Las modalidades no fueron idénticas en todas partes: variaron según la importancia numérica de los pueblos a asimilar y según la extensión de las regiones asignadas para su acantonamiento: los visigodos y los burgundios, establecidos en sectores bastante reducidos, recibieron por regla general las dos terceras partes de la tierra, mientras que los ostrogodos, más extendidos en Italia, se contentaron con un tercio [125]. Repasemos brevemente los principales elementos constitutivos de la hospitalidad.

Entre los propietarios romanos ¿quién estuvo sometido a esta obligación? Sólo se vieron afectados los grandes dominios de la aristocracia (un texto de 456, que se refiere a los burgundios, sólo cita una partición con los senadores galos) [126]. En algunos casos (conocemos sobre todo el de los alanos en el Valentinois, en 440), los dominios abandonados se vieron afectados con prioridad [127]. Casi siempre el régimen sólo afectó a una región limitada. La preocupación de conservar la cohesión del ejército bárbaro prevaleció sobre una justa repartición de los gravámenes: sólo encontramos un sistema de reparto equitativo en el Estado

mejor administrado, la Italia de Teodorico: los propietarios que no habían entregado un tercio de sus tierras a los godos debían depositar la tercera parte de sus rentas en una caja pública (sin duda para pagar las soldadas de los godos acuartelados en las ciudades o en el *limes*). En otros lugares la dispersión de los grandes patrimonios se encargó por sí misma de restablecer cierta igualdad.

El nombre técnico de la parte asignada al huésped bárbaro es *sors*, «lote». ¿Cuál era su cuota? Entre los visigodos y los burgundios, es de los dos tercios de las tierras (la parte que conservan los romanos se denomina entonces *tertia*); entre los ostrogodos es de un tercio (entonces es la parte del godo la que se llama *tertia*); se ignora cuál fue su cuota entre los alanos y los vándalos. La proporción de un tercio tenía tras sí una larga historia: se aplicaba en el Bajo Imperio a las prestaciones que los propietarios debían hacer a los soldados o funcionarios en misión oficial, provistos de célula de alojamiento, y fue adoptada por Odoacro para el acantonamiento de sus tropas; en Italia los bárbaros fueron tratados del mismo modo que lo eran los soldados que se albergaban en casa del habitante [128]. La proporción de dos tercios en Galia y España parece ser una innovación.

Esta cuota no se aplicaba uniformemente a todos los elementos del dominio. La *Lex Burgundionum*, título LIV, el documento más explícito, indica que el burgundio recibía 2/3 de las tierras, 1/3 de los esclavos, 1/2 de los bosques, de la *curtis* (centro de la explotación) y de los huertos. Estas anomalías se explican mal en detalle, pero su espíritu parece haber sido dejar al romano derechos más amplios sobre la explotación directa que sobre la dejada en arriendo; como quiera que el rendimiento de la explotación directa debía de ser más elevado, el romano tenía finalmente que depositar una parte equivalente a la mitad de las rentas.

Estas reparticiones fueron llevadas a cabo por los funcionarios romanos. En la Italia goda es donde mejor se aprecia su actuación. La dirección del trabajo se confió a un funcionario de gran talento, el prefecto del pretorio Liberio, quien, como agente de Odoacro, ya tenía experiencia de un régimen muy parecido; bajo sus órdenes actuaron *delegatores*, que hicieron las particiones estableciendo actas escritas (llamadas *pittacia*, como las antiguas cédulas de alojamiento).

El gran problema consiste en saber cómo se tradujo concretamente la partición. ¿Los bárbaros recibieron efectivamente el tercio o los dos tercios de las tierras y se pusieron a cultivar esa parte con sus manos, con los esclavos que les correspondían? ¿O sólo se repartieron las cosechas? ¿Los bárbaros se instalaron en una parte de la casa del dueño o se construyeron una vivienda aparte? ¿Los campos de los bárbaros constituyeron un conjunto coherente en el interior del dominio? Parece que las soluciones prácticas variaron dentro del marco general señalado por el *foedus* [129].

El derecho del huésped bárbaro sobre su *sors* sólo lentamente adquirió un carácter de semi propiedad. La ley burgundia convierte al

romano en el único representante jurídico del dominio para las acciones reales y deja al romano la facultad de readquisición en caso de renuncia por parte del huésped. La ley visigoda sólo hace intangible la partición y los derechos del huésped al cabo de 50 años. Como único propietario verdadero, el romano continúa siendo —al menos entre los visigodos— el único sometido al impuesto rural; sólo se le exige el pago sobre la parte de que aún disfruta. Una ficción legal, sobre la que se insiste particularmente en el reino de Teodorico, considera al romano y su huésped como asociados, *consortes*, y su asociación como un usufructo común, *communio praediorum*.

Salvo casos excepcionales (como en materia de roturación, en la ley burgundia), los textos no contraponen nunca más de un romano y un bárbaro. Esto hace pensar que entre los bárbaros existía un jefe de grupo responsable de los suyos. Se ha conjeturado sobre si esto habría favorecido el establecimiento de relaciones más o menos señoriales entre los *optimates* bárbaros y la masa de simples soldados que recibían de ellos el usufructo de la tierra: dos aristocracias, una romana y la otra bárbara, se habrían encontrado así en situación de casi igualdad [130].

Desconocemos las modalidades psicológicas de la convivencia. Hubo un caso en que acabó mal: la de los alanos de Goar, instalados por Aecio, sin duda a orillas del Loira, en 442; esos nómadas no pudieron entenderse con los galos y expulsaron por medio de las armas a los *domini* de las tierras que se les habían asignado. La historia de los vándalos, que prefirieron las confiscaciones puras y simples a la hospitalidad, apunta en el mismo sentido. La partición sólo podía tener éxito entre pueblos ya relativamente civilizados.

La gran ventaja de la hospitalidad fue procurar a los bárbaros las tierras indispensables para su subsistencia, evitando las violencias y haciendo pesar la carga de la operación principalmente sobre aquellos que poseían medios para ello [131]. Los bárbaros obtuvieron ventajas inmediatas al obrar según un procedimiento regular (pues así obtenían, junto con la tierra, una parte de los medios de explotación); pero, a la larga, ciertamente, resultó en beneficio de la civilización romana: divididos en pequeños grupos e integrados en la organización agraria romana, los recién llegados debieron de ser asimilados más fácilmente.

Podemos preguntarnos si los bastiones más sólidos del germanismo no fueron las colonias más compactas instaladas en las tierras fiscales, heredadas del patrimonio imperial o confiscadas a los propietarios fugitivos. No exageremos la importancia de las concesiones de hospitalidad. Sólo afectaron a los Estados de la primera generación, nacidos antes de finales del siglo V en la cuenca mediterránea. Las síntesis más duraderas se realizaron en el curso de la segunda generación y en el norte de la Galia merovingia.

NOTAS DEL CAPÍTULO PRIMERO

1. También hubo matices *religiosos*, como el católico en los reinos arrianos; cf. GREGORIO de Tours, *Lib. in gloria martyrum*, 24: «Romanos enim vocant nostrae homines religionis» (entre los visigodos).
2. Sobre *barbaricarius*, cf. W. G. SINNIGEN, Barbaricarii, Barbari and the Notitia Dignitatum, *Latomus*, XXII, 1963, págs. 806-815.
3. Se hallarán jalones sumarios en LATOUCHE, *Grandes invasions* [n.° 109], páginas 13-15, y en F. THIBAULT, Les impôts directs, *RHD*, XXV, 1901, páginas 708-709, y un resumen más penetrante en EWIG, *Volkstum* [n.° 400], páginas 609 y sigs.
4. SINOR, *Les Barbares* [n.° 545].
5. Esta pertinente observación se debe a FEIST, *Germanen und Kelten* [n.° 119], páginas 52-54.
6. Algunas referencias en THOMPSON, *The conversion* [n.° 199], pág. 7.
7. Claudio SÁNCHEZ-ALBORNOZ, *Settimane...* IX, 1961, págs. 437-438; El senatus visigodos, *Cuadernos de Historia de España*, VI, 1946, págs. 45-46 y sobre todo M. VIGIL y A. BARBERO, Sobre los orígenes sociales de la Reconquista: Cántabros y vascones desde fines del Imperio romano hasta la invasión musulmana, *Bol. R. A. Hist*, CLVI, 1965.
8. Ha sido magistralmente estudiado por COURTOIS, *Vandales* [n.° 233], cuyas conclusiones han sido discutidas por FREND [n.° 235].
9. Véase DEMOUGEOT, *Le chameau* [n.° 428].
10. Cf. para los oficiales francos, STROHEKER, *Zur Rolle der Heermeister* [número 267].
11. Véase un resumen bibliográfico en R. MACMULLEN, Barbarian Enclaves in the northern Roman Empire, *L'antiquité classique*, XXXII, 1963, págs. 552-561. Para el Bajo Imperio, cf. SIRAGO, *Galla Placidia* [n.° 76], págs. 499-500.
12. El ataque contra la interpretación tradicional efectuado por Maurice ROBLIN, Le nom de «Mauritania», *Bull. Soc. Nat. Antiq. France*, 1948-49, págs. 171-182, es poco convincente.
13. Por ejemplo a la lectura de LONGNON, *Noms de lieu* [n.° 321], págs. 127-137. Las posiciones de los toponimistas serían más fuertes si las confirmaran los indicios arqueológicos.
14. La práctica jurídica popular, ¿acaso no había sido germanizada en parte desde antes de la conquista bárbara? Sería un medio de superar el dilema planteado por el origen de las costumbres castellanas: «derecho romano vulgar» o «derecho germánico» (cf. pág. 195).
15. Véase especialmente SIRAGO, *Galla Placidia* [n.° 76], págs. 369-398.
16. COURTOIS, *Vandales* [n.° 233], págs. 147-148; Ch. SAUMAGNE, Les circoncellions d'Afrique, *AESC*, VI, 1934, págs. 351-364.
17. Al mismo tiempo, San Germán de Auxerre defendía en Rávena la causa de los armoricanos, por vías legales.
18. Para el relato de los hechos, véase ante todo Constance de Lyon, *Vie de saint Germain d'Auxerre*, ed. R. BORIUS, París, 1965, y los comentarios de W. LEVISON, Bischof Germanus von Auxerre, *NA*. XXIX, 1903, págs. 95-175; SIRAGO, *Galla Placidia* [n.° 76], págs. 380 y sigs.; LOYEN, *Recherches historiques* [n.° 91], págs. 45 y 65-66.

19. Véase MAZZARINO, *Si puo parlare...* [n.° 72], y Erika ENGELMANN, Zur Bewegung der Bagauden im römischen Gallien, *Festschrift H. Sproemberg*, Berlín, 1956, págs. 373-385.
20. SIRAGO, *Galla Placidia* [n.° 76], págs. 501 y sigs., tiene una tesis aberrante sobre las relaciones entre los letes y los bagaudas. No hay necesidad de recordarla. Los bagaudas más de una vez paralizaron la defensa contra los bárbaros. Muchas causas explican su desaparición después de 454: la relajación del Estado y de sus exigencias; la instalación de los bárbaros en acantonamientos, especialmente a orillas del Loira, que alejó toda posibilidad de éxito a un levantamiento general.
21. THOMPSON, *The settlement* [n.° 198], cree que los visigodos, en los primeros años de su estancia en Aquitania, sintieron la tentación de aliarse con los levantamientos rurales; la rápida intervención del patricio Constancio, que les concedió un *foedus* en 418, habría salvado el orden social. Es posible, pero los indicios son bastante escasos.
22. Ésta es por lo menos la tesis defendida con brío por S. MAZZARINO, *Si puo parlare...* [n.° 72], págs. 415-416.
23. J. HUBAUX, *La crise...* [n.° 65].
24. COURCELLE, *Histoire littéraire* [n° 106], pág. 55.
25. Estudiado especialmente por R. THOUVENOT, Salvien et la ruine de l'Empire romain, *MAHR*, XXXVIII, 1920, págs. 145-163, y por COURCELLE, *Histoire littéraire* [n.° 106], págs. 119-130.
26. Sobre este instructivo episodio, cf. Chr. LACOMBRADE, *Synésios de Cyrène, hellène et chrétien*, París, 1951, pág. 202.
27. Pese al cristianismo triunfante, las penalidades atroces se multiplicaban.
28. Los famosos versos de Rutilio Namaciano demuestran que sobrevivió a la peor catástrofe, la de 410.
29. Cf. págs. 107-108.
30. Abundan los textos (COURCELLE, *Hist. Littéraire* [n.° 106], págs. 189-196): hambres que conducían a la antropofagia, suicidios colectivos, nobles damas reducidas a la mendicidad, deportaciones, detenciones y matanzas de rehenes; no falta nada. No se trata en absoluto, de un lugar común literario.
31. A. AUDIN, *Rev. archéol. de l'Est*, IV, 1953, págs. 61-65, y *Bull. Soc. Nat. Antiq. France*, 1952-1953, págs. 87-88.
32. GREGORIO de Tours, *H. F.* [n.° 23], V, 17; G. PANAZZA, *Lapidi di Pavia* [n.° 9], inscr. 10.
33. Cf. WENSKUS, *Stammesbildung* [n.° 135].
34. Véase el sugerente artículo de DE VRIES, *Königtum* [n.° 141].
35. A comienzos de siglo estaban divididos entre un grupo principal, que quedó en Dinamarca, y una rama que se estableció a orillas del Danubio medio; esta última, descalabrada por los lombardos en 505, a su vez se partió en dos: una tropa que se instaló en el Imperio de Oriente y otra que, conducida por la familia real, fue a juntarse con sus hermanos a orillas del Báltico (hacia 512).
36. E. A. THOMPSON, *The settlement* [n.° 198], págs. 66-67.
37. Véase el principio de F. LOT, *L'art militaire et les armées au Moyen Age en Europe et dans le Proche-Orient*, I, París, 1946, que, por lo demás, sólo es un esbozo. Las invasiones no provocaron una revolución en la táctica romana. Los contactos eran demasiado íntimos para que hubiera sorpresa. Se estaba menos acostumbrado a la táctica de los arqueros montados, basada en la movilidad. Los manuales de táctica del Bajo Imperio muestran la adaptación de las maniobras a los posibles enemigos. En cambio, casi no sabemos nada de la táctica bárbara.

38. Las conclusiones de M. BLOCH, *Les invasions* [número 105], aún son ampliamente hipotéticas. Cf. el siguiente texto de Mario de Avenches para 569: Alboenus... cum omni exercitu... cum mulieribus vel omni populo suo *in fara* Italiam occupavit».
39. Ante todo por FUCHS, *Kunst der Ostgotenzeit* [n.° 175]; véase también D. P. DIMITROV, Les peintures murales du tombeau antique de Silistra, *Cahiers archéologiques*, XII, 1962, págs. 35-52.
40. COURTOIS, *Les Vandales* [n.° 233], pág. 229.
41. En Occidente por lo menos; en Oriente, relatos como el de Prisco, embajador ante Atila, atraen necesariamente la atención: véase el seductor librito de E. DOBLHOFER, *Byzantinische Diplomaten und östliche Barbaren*, Graz, 1955.
42. Sobre este último punto hay una serie de consideraciones penetrantes por parte de RAMÓN DE ABADAL, *Del reino de Tolosa...* [n.° 182], pág. 30.
43. Se hallará en COURTOIS, *Les Vandales* [n.° 233], una lista de los embajadores imperiales en Cartago, pero sin elementos de comentario.
44. Y finalmente condenados por razones religiosas: PROSPER TIRO, *Chron.*, año 437.
45. Una lista parcial de estos consejeros romanos ha sido elaborada por E. EWIG, *Résidence et capitale* [n.° 445], pág. 30.
46. Véase para la Galia, Adrien BLANCHET, *Les enceintes romaines de la Gaule*, París, 1907, y Albert GRENIER, *Manuel d'archéologie gallo-romaine*, t. I, París, 1931, págs. 403-484.
47. PAULINO DE PELLA, *Eucharisticos*, vs. 333-343.
48. Cf. Jerónimo CARCOPINO, Les *castella* de la plaine de Sétif, *Revue africaine*, LIX, 1918, págs. 5 y sigs.
49. *Carmina*, XXII, 101-129.
50. Algunos clérigos que estuvieron en contacto directo con bárbaros tuvieron conciencia de esta falta, e intentaron remediarla; no fueron escuchados (san Niceas de Remesiana, Victricio de Ruán, Amancio de Aquilea).
51. Propuesta por P. COURCELLE, *Settimane...*, IX, 1961, págs. 644-645.
52. Especialmente la de P. COURCELLE, *Histoire littéraire* [n.° 106].
53. Como el tesoro de orfebrería de Ténès: J. HEURGON, *Le trésor de Ténès* [número 432].
54. Los principales documentos han sido reunidos por P. COURCELLE, *Hist. littéraire* [n.° 106], págs. 40-46, y *Sur quelques textes* [n.° 107], y por SIRAGO, *Galla Placidia* [n.° 76].
55. *MGH, Epist.*, I, 319.
56. Además el episodio tiene un sabor legendario: PABLO DIÁCONO, *Hist. Langob.* [número 33], IV, 37.
57. COURTOIS, *Víctor de Vita* [n.° 427], págs. 58 y 81; R. LOUIS, en *Saint Germain d'Auxerre et son temps*, Auxerre, 1950, pág. 49, etc.
58. J. FONTAINE, *Isidore de Séville* [n.° 86], págs. 855-856.
59. Algunas referencias epigráficas en DEMOUGEOT, *De l'unite* [n.° 63], pág. 525.
60. *C. I. L.*, IX, 1956.
61. COURCELLE, *Sur quelques textes* [n.° 107], págs. 32-34.
62. Un hecho corrobora esta hipótesis. Mientras que las invasiones del siglo III, que habían sorprendido un Occidente próspero, se habían traducido por la ocultación de una cantidad incalculable de tesoros, que a veces contenían centenares de kilos de monedas, las invasiones del siglo V raras veces tuvieron efectos como éste.
63. J. WERNER, Zu den auf Öland und Gotland gefundenen Goldmünzen, *Fornvännen*, XLIV, 1949, págs. 257-286.

64. Sobre el botín que quedó allí, en África, cf. COURTOIS, *Vandales* [n.° 233], página 275. Botín de los saqueos de Roma de 410 y de 455: COURCELLE, *Hist. littéraire* [n.° 106], págs. 35-40 y 152-154; COURTOIS, ibid., págs. 194-196. Dos rasgos del saqueo de 455 son especialmente relevantes: la selección metódica de los vándalos (por ejemplo, la apropiación de estatuas, prueba de la adopción, por lo menos parcial, de un criterio romano), y el hecho de que una buena parte del botín fuera mera y simplemente transferida del guardamuebles imperial al de Genserico (entre ellos, el tesoro tomado por Tito en Jerusalén); por tanto, fue económicamente estéril.
65. OLIMPIODORO, *Excerpta*, éd. de la Bizantina de Bonn, pág. 470, fr. 22.
66. Véase Paul ALLARD, Une grande fortune romaine au V siècle, *Revue des Questions historiques*, XLI, 1907, págs. 5-30.
67. COURCELLE, *Hist. littéraire* [n.° 106], págs. 69-74.
68. El hecho ha sido notoriamente demostrado por THOMPSON, *Christianity* [número 150], y *Early visigothic christianity* [n.° 171], pág. 807.
69. Siempre será provechoso consultar a H. VON SCHUBERT, *Geschichte der christlichen Kirche im Frümittelalter*, Tubinga, 1917-1921, y las perspicaces páginas de H. I. MARROU, *Nouvelle histoire de l'Église...*, I, París, 1963, págs. 465-471. Pero la historia del arrianismo germano se está renovando gracias a E. A. THOMPSON: véanse en la bibliografía los núms. [171], [172 *bis*], y [199].
70. Que, en sí, no es arriano, sino oriental, común a todas las iglesias fundadas por la misión bizantina.
71. Véase pág. 56.
72. Véase pág. 83.
73. ¿En qué medida tuvo vigor la prohibición? Es seguro que los príncipes siempre se consideraron exentos. Para los particulares, THOMPSON, *The conversion* [n.° 199], pág. 32, y COURTOIS, *Vandales* [n.° 233], pág. 220, han recogido ejemplos epigráficos de uniones mixtas.
74. La legislación imperial excluía las iglesias heréticas del recinto amurallado; sólo fue respetada en parte. Sin embargo, muchas iglesias arrianas de Italia son *extramuros* (Aquilea, Milán, Nápoles); cf. CECCHELLI, *L'arianesimo* [número 206].
75. Cf. págs. 196-197.
76. Según los datos sobre el poblamiento germánico de Francia proporcionados por los recientes trabajos de toponimia: *CRAI*, 1945, págs. 289-298; L'anthroponymie française, en *Hommage offert à Ferdinand Lot*, París, 1946, páginas 17-37.
77. Es la tesis favorita de BROËNS, *Le peuplement germanique* [n.° 184].
78. De este modo se explica, sin duda, que todos los topónimos formados por un antropónimo franco + la terminación *-iacas* hayan desaparecido de la región de Caux ante el choque con los Normandos. Sin duda la moda no fue aceptada por los campesinos, los únicos que permanecieron allí después de 911.
79. F. LOT, *Noms de lieux en ville et en court* [n.° 322].
80. Se ve cómo los puntos de vista de los historiadores han cambiado desde que en 1934 Roger DION, oponiendo en Francia los regímenes agrarios del Norte y del Sur, escribía con motivo de la línea que los separaba en el siglo XVIII: «Diríase que es un frente de guerra, que limita hacia el Sur y el Oeste alguna potente invasión alemana» (*Essai sur la formation du paysage rural français*, Tours, 1934, pág. 150). El autor ha revisado su criterio desde entonces.
81. BLOCH, *Les invasions* [n.° 105].
82. Citemos, entre las más notables, Colonia, Maguncia, Ratisbona, *Carnuntum*,

Aquincum. Dos residencias imperiales se hallan un poco más al interior: Tréveris y Sirmium.

83. Esta preeducación urbana quizás era mayor en los francos: Nimega y Utrecht, situadas en un territorio que aquéllos ocuparon desde mediados del siglo IV, por lo menos habían conservado su nombre. Quizás allí se desarrolló un proceso que explica el establecimiento de Childerico en Tournai.
84. El problema ha sido admirablemente estudiado en el principio del artículo de EWIG, *Résidence et capitale...* [n.° 445].
85. Muchos artículos resumidos en: Praetorium, palais burgonde et château comtal, *Genava*, XVIII, 1940, págs. 69-87; Le prieuré Saint-Victor, les débuts du christianisme et la royauté burgonde à Genève, *Bull. de la Soc. d'Hist. et d'Archéol. de Genève*, XI, 3, 1958, págs. 211-258.
86. Véase págs. 123-124.
87. Véase pág. 179. Hay que señalar que incluso en los barrios bárbaros, todo —arquitectura, planos, decoración— permanecía fiel a la tradición romana: es imposible imaginar un homenaje más expresivo.
88. La gran transformación de las ciudades de África en los siglos VI y VII es obra de los ingenieros militares bizantinos, que edificaron estrechas ciudadelas con materiales arrancados de los grandes edificios públicos. Este trabajo fue diez veces más destructor del pasado que la acción de los vándalos.
89. La afición de los bárbaros a la ciudad es señalada por un símbolo: varios soberanos se inmortalizan fundando una ciudad con su nombre. Hacia 578, Leovigildo creó Reccopolis (del nombre de su hijo Recaredo), a orillas del Tajo, aguas arribas de Toledo. En África, Hadrumetum (Susa) fue bautizada Huniricópolis. En Recia, Coira fue una efímera Teodoricópolis.
90. Los estudios fundamentales sobre este tema —que será profundizado en el volumen siguiente— son: CHENON, *Le defensor civitatis* [n.° 61]; Joseph TARDIF, Les chartes mérovingiennes de Noirmoutier, *RHD*, 1898, páginas 763-790; Jean RICHARD, Le defensor civitatis et la curie municipale dans la Bourgogne du VIII[e] siècle, *Mém. Soc. Hist. Dr. et Inst. anc. pays bourguignons...*, XXI, 1960, págs. 141-145.
91. El debate fue iniciado en 1904 por la gran obra del sueco B. SALIN, *Die altgermanische Thierornamentik* [n.° 156], que ofreció la primera clasificación satisfactoria de los estilos bárbaros, vistos desde el Norte. La hipótesis irani debe su formulación más clara al ruso Michael ROSTOVTZEFF, primero en su gran síntesis *Iranians and Greeks in South Russia*, Oxford, 1922. Por último la hipótesis romana tuvo por principal abogado el sueco W. HOLMQVIST, *Germanic art* [n.° 154].
92. Que mientras tanto también habían asimilado muchas aportaciones orientales y pónticas: de ese modo la inyección de estos últimos elementos se realizó a muchos niveles de desarrollo cronológico.
93. Véanse sobre todo: SALIN y FRANCE-LANORD, *Le fer à l'époque mérovingienne* [número 309], y de E. SALIN sólo, trabajos menos técnicos: La métallurgie du fer au lendemain des grandes invasions, *CRAI*, 1956, págs. 24-29; *Les techniques de la damasquinure* [n.° 307]; *La civilisation mérovingienne* [número 308].
94. Véanse los textos reunidos por FONTAINE, *Isidore de Sèville* [n.° 86], páginas 817-818.
95. RICHÉ, *Education et culture* [n.° 97], pág. 237.
96. Observaciones muy pertinentes de FONTAINE, *Isidore* [n.° 86], págs. 833 y 843-846.
97. *De l'état de l'instruction* [n.° 96].

98. Cf. RICHÉ, *Education et culture* [n.° 97], págs. 254-291, y sus artículos *La survivance des écoles* [n.° 98] y L'instruction des laïcs en Gaule mérovingienne au VII^e siècle, *Settimane...*, V, 1958, págs. 873-888 y Enseignement du droit en Gaule du VI^e au XI^e siècle, en *Ius Romanum Medii Aevi, Pars I, 5 b*, Milán, 1965.
99. FONTAINE, *Isidore* [n.° 86], pág. 876, n.° 4; *Vitas sanctorum patrum Emeretensium* [n.° 423], pág. 192.
100. FONTAINE, *Isidore*, págs. 880-881.
101. RICHÉ, *Education et culture*, págs. 184-185, ha reunido algunos textos significativos sobre la medicina.
102. Véase Kemp MALONE, *Widsith*, 2.ª ed., Copenhague, 1962. (No hay que hacer caso de las teorías aberrantes de R. L. Reynolds sobre este poema.)
103. Se hallarán resúmenes razonables en BRADY, *The legends of Ermanaric* [número 217], y en ZINK, *Les legendes héroïques* [n.° 220].
104. Cf. MUSSET y MOSSÉ, *Introduction à la runologie* [n.° 148], y sobre todo G. BAESECKE, *Vor- und Frühgeschichte des deutschen Schrifttums*, Halle, 1940-1950.
105. Véase el mapa de L. MUSSET, La conversion des Germains, en *Histoire universelle des missions catholiques*, t. I, París, 1957, pág. 109.
106. Joachim WERNER, Waage und Geld in der Merowingerzeit, *Sitzungsberichte d. Bayer. Akad. der Wiss., Phil.-Hist. Klasse*, 1954, I.
107. *Der merowingische Adel* [n° 415].
108. La Inglaterra sajona, convertida al cristianismo, sintió deberes hacia los viejos sajones del continente, sin duda ante todo deberes de religión, pero también —Beda lo demuestra— deberes de solaridad étnica. Este sentimiento fue uno de los orígenes de la misión anglosajona en Germania.
109. Lo volveremos a encontrar en el volumen *La Alta Edad Media occidental: los poderes*.
110. No es éste el lugar para discutir tales atribuciones tradicionales; recientemente se han manifestado dudas con motivo de la *Lex Romana Burgundionum* (cf. págs. 196-197) y del *Edictum Theoderici* (en el que P. Rasi ve una obra de Gundebaldo, jefe del ejército romano *(magister militum)*, y A. d'Ors un texto surgido de los servicios del prefecto de Galia establecido en Arles hacia 460 (*Estudios visigóticos*, II: *El Código de Eurico*, Roma y Madrid, 1960).
111. El problema es el siguiente: en las costumbres castellanas posteriores a la Reconquista se encuentran elementos extranjeros al derecho romano oficial, a las compilaciones de la época visigótica y al derecho musulmán (venganza privada, cojuradores, «morgengabe»...). ¿De dónde provienen? ¿Importación franca? ¿Supervivencia de costumbres góticas no escritas y colocadas al margen del derecho oficial? ¿Elementos prerromanos que habrían sobrevivido a través de un derecho provincial muy vulgar? ¿Confluencia entre el derecho romano vulgar, las costumbres góticas y las costumbres francas? Han sido propuestas todas estas diversas hipótesis.
112. La personalidad de las leyes no tenía, sin duda, el valor étnico absoluto que se le atribuye a menudo: los clérigos, o por lo menos los prelados en tanto que estamento, eran considerados como romanos, sea cual fuere su ascendencia. Grandes propietarios bárbaros utilizan el testamento, tipo de acto adaptado a su situación de fortuna, pero ignorado por el derecho germánico.
113. A. GARCÍA GALLO, Nacionalidad y territorialidad del derecho, *Anuario de historia del derecho español*, XIII, 1936-41, págs. 168-264; cf. W. REINHART, *Über die Territorialität* [n.° 196].
114. Álvaro d'ORS, *Estudios visigóticos:* II. *El código de Eurico*, Madrid, 1960;

cf. del mismo, La territorialidad del derecho de los visigodos, *Settimane...*, III, 1955, págs. 363-408.

115. Wilfried ROELS, *Onderzoek naar het gebruik van de aangehaalde bronnen van Romeins Recht in de Lex Romana Burgundionum*, Amberes, 1958; cf. la memoria de G. CHEVRIER, *REC*, CXVIII, 1960, págs. 206-209.
116. Lo cual explicaría que «no parece haber sobrevivido mucho y de manera eficaz a la desaparición del reino burgundio» (GAUDEMET, *Survivances romaines* [n.° 448]. pág. 160).
117. En Tolosa ya se anunciaba esta confusión: el *consiliarius* acumulaba las funciones reservadas a en Rávena al *quaestor sacri palatii* y al *magister officiorum*. A. d'ORS ha conjeturado que el rey visigodo de Toulouse se había atribuido la jurisdicción del prefecto de Arlés, pero esta opinión no ha encontrado una adhesión general.
118. Se tratará de las instituciones fiscales en el volumen *La Alta Edad Media: los poderes;* para las instituciones urbanas cf. págs. 187-188.
119. DECLAREUIL, *Des comtes de cité* [n.° 62].
120. BERGENGRUEN, *Adel und Grundherrschaft* [n.° 393], págs. 177-178.
121. Véase sobre todo Rolf SPRANDEL, Dux und comes in der Merowingerzeit, *ZRG, Germ. Abt.*, LXXIV, 1957, págs. 48-84; cf. también BERGENGRUEN, *op. cit.* [n.° 393], págs. 179-181, y Dietrich CLAUDE, Untersuchungen zum frühfänkischen Comitat, *ZRG, Germ. Abt.*, LXXXI, 1964, págs. 1-79.
122. E. BABUT, Recherches sur l'administration mérovingienne, *RH*, CXXXI, 1919, páginas 265-266.
123. Hay que aclarar el origen de las ecuaciones entre títulos latinos y títulos germánicos *(comes = grâvo; dux = herizogo)*. Se fijaron muy tarde. A menudo, en la época carolingia, *grafio = vicecomes*.
124. El mayor esfuerzo de clarificación es el que ha intentado F. LOT, *Du régime de l'hospitalité* [n.° 452]. A. d'ORS, *Código de Eurico, op. cit.*, págs. 173-184.
125. Muchos ostrogodos acantonados en las ciudades, en particular en Rávena, eran alimentados por la anona, y no por la hospitalidad.
126. El hecho había sido puesto en duda para España, erróneamente, según A. GARCÍA GALLO, Notas sobre el reparto de tierras entre visigodos y romanos, *Hispania*, I, 1941, págs. 40-63, pero no es seguro que los visigodos llevaran de Galia a España el régimen de hospitalidad.
127. Se puede suponer que la originalidad del modo de vida de los alanos —nómadas— los colocaba mejor en situación de disfrutar de los *deserta Valentinae urbis* para errar con sus rebaños.
128. Sobre supervivencias posibles de esta cuota en la época lombarda, cf. pág. 88.
129. Se puede observar a propósito del domicilio: en 456, unos burgundios se instalaron en la casa de Sidonio Apolinar (*Carmina*, XII). Más tarde tuvieron sus propias moradas (*Lex Burgundionum*, XXXVII, 7). Las tierras fueron distribuidas por partes iguales (*Ibid.*, título LV). No obstante, ni la arqueología, ni la toponimia permiten descubrir sobre el terreno el fraccionamiento de un antiguo dominio según los cupos legales.
130. THOMPSON, *The Visigoths* [n.° 172], págs. 119-120.
131. Aquí hay un notable cambio de actitud: los senadores, sobre quienes pesaban principalmente los gastos de la hospitalidad, eran favorecidos ampliamente en materia de alojamiento de las tropas (exención de la residencia principal), merced a las antiguas constituciones imperiales.

CAPÍTULO II

Aspectos locales

1. El mundo mediterráneo

A. LAS INVASIONES Y LA RUPTURA DE LA UNIDAD MEDITERRÁNEA

El Mediterráneo aportó coherencia y unión al Occidente romano. No tanto por motivos estratégicos y navales (las escuadras permanentes de Miseno y Rávena habían desaparecido desde hacía tiempo), como, sobre todo, por motivos económicos. Las líneas de los navicularios (armadores privilegiados) representaron un papel fundamental en la economía estatal del Bajo Imperio. Convergían hacia Italia, especialmente a Roma, que no podía prescindir de los convoyes anuales de trigo procedentes de África, Sicilia o Cerdeña [1]. Todos los acontecimientos que ocurrían en el mundo mediterráneo, sobre todo en su parte central, repercutían, por tanto, en la cabeza del Imperio. Por otra parte, los patrimonios de los grandes y las carreras de los administradores se extendían indistintamente por todo el mundo mediterráneo [2].

En cambio, en vísperas de las conquistas islámicas al Occidente bárbaro le falta sobre todo unidad. Las flotas anonarias habían dejado de circular, y Roma ya no era el centro. Los intercambios, en la medida en que sobrevivían, se efectuaban directamente con Oriente, y tuvieron un carácter privado (pese a la intervención del Estado en los puntos de partida y de llegada). Ya no se pasa de un país a otro, excepto los comerciantes y los diplomáticos profesionales, y sólo se pueden poseer tierras en un compartimiento del mundo mediterráneo a la vez, bajo pena de traición. Italia, España, África (y Galia, en la medida en que es mediterránea) reaccionan por separado. ¿Las invasiones son responsables de esta ruptura? He aquí un problema esencial [3].

El primer contacto serio de los bárbaros con el Mediterráneo se estableció en la expedición de Alarico y el saqueo de Roma. Primero tuvo como consecuencia un afianzamiento de la solidaridad mediterránea,

a través de los movimientos de refugiados. La despoblación de Roma [4] debió de llevar aparejada una disminución cuantitativa de los convoyes anonarios, pero cuando los vándalos tomaron Cartago aquéllos aún no habían perdido nada de su significación política y económica.

El mérito de Genserico fue comprender claramente esta situación. Al parecer, la gran fuerza de su política fue un chantaje sobre el trigo. Para que fuera eficaz era necesario poseer las tres principales fuentes de cereales: Genserico poseía África desde el 439, puso pie en Sicilia el año siguiente y ocupó Cerdeña hacia 455. ¿Necesitaba también una flota de guerra? Courtois, que ve en el rey el fundador de un «imperio del trigo», considera que los barcos requisados de la flota frumentaria bastaban para todas las necesidades. F. Giunta, para quien Genserico no es más que un pirata, estima que esa activvidad requería una estructura naval más sólida [5]. Faltan textos que puedan dirimir entre ambas opiniones. En todo caso, mientras vivió Genserico, los vándalos supieron utilizar sus naves para causar el máximo de problemas al mundo romano. Desde 437 hasta 477 encontramos piratas vándalos un poco por todo el Mediterráneo [6]. Su actividad culminó con la toma de Roma en 455, la cual aportó un inmenso botín mobiliario y humano. Bajo los sucesores de Genserico la marina vándala se limitó a las tareas defensivas y mantuvo las relaciones entre África y las islas a través del Mediterráneo central [7].

¿En qué medida sobrevivieron las estructuras antiguas a esta terrible crisis? Odoacro pudo restablecer el tráfico frumentario de Sicilia negociando con Cartago, y Teodorico continuó con ese *modus vivendi*. Las corporaciones encargadas del aprovisionamiento de Roma, *catabolenses* y *navicularii*, continuaron funcionando en la época gótica; traían trigo de Apulia y se les encargaron los transportes en las Galias. Pero, al parecer, los convoyes de África y de Cerdeña se interrumpieron, y eso era lo esencial. La agricultura africana se puso a funcionar en circuito cerrado, e Italia pudo arreglárselas sin sus aportaciones. Las relaciones privadas parecen casi interrumpidas. Luego, la ruina de Roma durante las guerras góticas hizo vanas todas las esperanzas de un retorno al pasado. Justiniano no restableció la unidad económica y social destruida.

El cambio decisivo es, por tanto, ligeramente anterior a la ruina de la institución imperial. A partir de 440-460, debemos considerar cada país del Occidente mediterráneo como una entidad autónoma. Sus reacciones fueron distintas, incluso ante la reconquista bizantina, que los afectó más o menos a todos.

Se ha querido hacer responsable a Genserico de la ruina del Imperio [8]. Es ir demasiado lejos. Pero él provocó el aislamiento relativo en que se encontraron, a partir de entonces, España y África respecto de Italia y, en menor grado, respecto de la Galia. Sólo elementos aislados pasaban de un país a otro.

Un resultado de este fraccionamiento fue sumergir en una oscuridad total la mayor parte de las islas mediterráneas. Nadie se preocupó de ellas entre la caída del reino vándalo y los inicios de la piratería sarracena, hacia 800. Córcega y Cerdeña, pese a los protectorados bizantinos o francos, carentes de resultados prácticos, se organizaron para vivir encerradas en sí mismas, de espaldas al mar. Ya Justiniano sólo poseía en ellas las llanuras costeras y las zonas mineras. La ocupación de Italia por los lombardos y luego la de Cartago por los árabes rompieron los últimos lazos. Las tribus sardas, reforzadas sin duda por deportados africanos, los *barbaricini*, adquirieron una independencia de hecho, comparable a la de los moros del «África olvidada». Cerdeña y Córcega fueron una «Italia olvidada».

Otra víctima fue Dalmacia. Dejada en la *pars Occidentis* por las particiones del siglo IV, siguió la suerte de Italia después de la caída de los ostrogodos. Su seguridad dependía de las relaciones que éstos conservasen con el interior hasta el Danubio. La reconquista bizantina tuvo como resultado hacerle compartir el destino desastroso de los Balcanes. Desde 600, los eslavos bloquearon Salona, que fue destruida por los ávaros hacia 614; los habitantes se encerraron en las ruinas del palacio fortificado de Diocleciano y las reliquias de los mártires fueron transportadas a Roma por el papa Juan IV (640-642). La patria de tantos emperadores del Bajo Imperio dejó de intervenir durante largo tiempo en la vida de Occidente.

Reducido a sus propios recursos, cada uno de los nuevos Estados mediterráneos se vio obligado a abandonar a los rebrotes de la «barbarie indígena» una parte de su territorio. Italia perdió sus islas, excepto Sicilia; España, el país vasco, y África, toda su parte occidental. Se trata de la repetición de un problema familiar.

B. Para una historia comparada de los Estados germánicos en el mundo mediterráneo

En todas las páginas de su historia, se percibe que los Estados fundados por los godos, los vándalos y, en menor grado, los burgundios, proceden de un tipo totalmente distinto del que presentan la Galia merovingia, la Inglaterra anglosajona o la Italia lombarda [9].

Su originalidad consiste, en primer lugar, en una profunda fidelidad a la Antigüedad, no sólo en cuanto a las estructuras intelectuales y políticas, sino también, sobre todo, en el campo económico: la economía monetaria y los intercambios a larga distancia, la gran propiedad rural y la explotación esclavista conservan sus formas del Bajo Imperio. Los romanos continúan representados por su clase dirigente tradicional, los senadores. Además encontramos en todas partes la misma solución para la coexistencia entre bárbaros y romanos: una solución dualista, favorecida por el arrianismo, que sólo establece instituciones comunes a los dos pueblos en la cumbre, en la persona del monarca y sus allegados; los romanos continúan viviendo en sus ciudades, a menudo aún en sus provincias, y los bárbaros forman los cuadros militares; hay dos clases dirigentes que no se fusionan. La reconquista de Bizancio fue

posible allí donde existió este dualismo; se podía eliminar todo vestigio bárbaro —los vándalos y ostrogodos desaparecieron sin dejar trazas— y continuaba existiendo una organización romana, teóricamente a punto de funcionar, mientras que no es posible imaginar qué habría sucedido en la Galia si se hubiera suprimido a los francos. La verdadera frontera entre la Antigüedad y la Edad Media sólo se establece en el momento en que las ruedas antiguas son definitivamente incapaces de girar. Los Estados de Eurico, de Genserico, de Teodorico, de Gundebaldo se hallan acá de ese límite; los de Clodoveo, de Recaredo y de Rotario ya lo han traspasado.

El estudio comparativo podría extenderse a otros campos, como el de las relaciones políticas. El Occidente bárbaro pasó primero por una fase de división, de desconfianza o de hostilidad abierta con el Imperio, que culmina con Genserico; se trata de una rivalidad salvaje entre pueblos. Luego todo cambia, no con la destitución del grotesco Rómulo Augústulo, sino con el establecimiento de Teodorico en Rávena en 493. El mundo bárbaro se organiza; el Estado ostrogodo, decididamente conservador, se convierte en la piedra angular; se restablecen las relaciones con el Imperio; la barbarie —en el sentido peyorativo de la palabra— cede en todas partes. He aquí una dirección fecunda para las investigaciones.

C. De los godos y los suevos

Hemos seguido la migración de las principales ramas del grupo gótico [10]. Pero no se ha dicho la última palabra, aunque ha corrido mucha tinta, a propósito de ramas secundarias oscuras o incluso ilusorias. Debemos evocar rápidamente aquí estos problemas de pura erudición.

Ocupémonos, en primer lugar, de la historia de los pretendidos godos de la India, aparecidos en 1912 de una interpretación errónea de tres inscripciones de santuarios budistas de la región de Puna [11].

Más interesante es el pequeño grupo de los godos de Crimea [12]. Cuando se produjo la oleada húnica de finales del siglo III, unos godos, en vez de huir hacia el sudoeste, se refugiaron en las montañas de Crimea (Yaila Dagh). Cristianos desde su origen, vivieron generalmente en buena armonía con los bizantinos de Kerson, desde el siglo V al XV. Su pequeño principado sobrevivió milagrosamente a las conquistas de las tribus de la estepa y no fue aniquilado hasta 1475, por los otomanos. Se comprueba con sorpresa que el gótico aún se hablaba allí en el siglo XVI: un embajador de Carlos V recogió 68 palabras entre dos oriundos de Perecop, hacia 1560, o sea un milenio después de la muerte de las lenguas ósticas en otras regiones.

Señalemos también que una parte de los godos que entraron en el Imperio bajo Teodosio fue enviada a Egipto. Un papiro de Antinoe da fe de la presencia en ese lugar de godos arrianos, al emplear un texto bilingüe (latín y versión gótica de Ulfila) de la Biblia. Es el único testimonio de este género legado por las innumerables guarniciones bárbaras del Imperio.

El Estado suevo es seguramente uno de los más oscuros y más insignificantes dejados por las invasiones. Las fuentes que se refieren a él son extremadamente sumarias y todas extranjeras a la corte de los reyes de Braga, cuyas tradiciones históricas ignoramos a causa de ello. Un historiador reciente, R. L. Reynolds, se ha basado en esto para proponer una reconstrucción de la historia sueva radicalmente distinta de la que ya hemos expuesto (pág. 54). No nos ha parecido convincente; pero es instructiva: es un buen ejemplo de que los elementos del rompecabezas que constituye la documentación relativa a la Alta Edad Media son tan incompletos, que cualquier montaje basado en ellos, casi siempre puede ponerse en tela de juicio.

Reynolds pretende que los suevos llegaron a España por una migración marítima, comparable a la de los anglosajones (y a las de los hérulos y los bretones, que también acabaron en Galicia). Niega su presencia entre los pueblos que atravesaron el Rin en 406 (pues Jerónimo sólo cita los cuados) [13].

D. El problema del aislamiento hispanogótico

La profunda originalidad del reino de Toledo, la escasez de sus relaciones con el exterior son hechos bien conocidos que ilustra un ejemplo famoso: la conversión de Recaredo fue notificada al Papa con tres años de retraso y por una insignificante embajada de tres monjes, que ni siquiera llegó a Roma. Sin embargo, no cometamos un error óptico: la España gótica no fue un compartimiento estanco. Recibió primero, con simpatía, las influencias ostrogodas, inmediatamente después de Vouillé, y su desconfianza ante las políticas merovingia y bizantina no la eximió de las aportaciones francas y orientales.

Los ostrogodos proporcionaron dos reyes a España, Teudis (531-548) y Teudiselo (548-549), y los hombres de Estado que, después de 507, volvieron a poner en marcha lo que quedaba de las instituciones. Pero los restos concretos de su actividad son escasos: algunos tipos de fíbulas y de broches de principios del siglo VI y tal vez la palabra *saio, sayón*, el agente ejecutivo de las decisiones reales.

Las relaciones con Bizancio, mal vistas por los reyes de Toledo, no son despreciables. Fue allí donde buscaron refugio los exilados católicos como San Leandro o Juan de Bíclar; fue de allí de donde llegó más de una inspiración económica (como la organización del *cataplus*, bolsa reguladora del comercio exterior), y, sobre todo, lo más activo de las corrientes que animan el arte hispanogótico del siglo VII [14]. Esto se explica por la existencia prolongada de un enclave bizantino en la Bética, o bien por los contactos comerciales.

El papel de los francos es más oscuro y más discutido. Las civilizaciones de la España goda y de la Galia merovingia diferían mucho.

El impulso intelectual de la era isidoriana no atravesó los Pirineos, y los libros que produjo no se recibieron en Galia antes de finales del siglo VII, o incluso después de 711 [15]. La ideología de la realeza sagrada elaborada en España, bajo Wamba (672) a más tardar, no tuvo eco en la Galia hasta Pipino el Breve. Inversamente, la España goda fue casi el único de los Estados bárbaros que permaneció refractario a una corriente tan general como la *Tierornamentik*. Pero, por encima de una antipatía cierta, se han señalado indicios de contactos en diversas direcciones. M. Broëns creyó descubrir topónimos de tipo merovingio en Galicia (compuestos en *-curtis* y *-villa*) y los atribuye a la expedición franca de 542 [16]; es una tesis muy aventurada. Zeiss ha señalado un mobiliario franco en un cementerio de Pamplona. Sobre todo, dentro de la controversia que persiste en torno al origen de los elementos no romanos del derecho consuetudinario castellano, una escuela cree en la existencia de influencias ultrapirenaicas [17].

Los mismos lombardos tal vez no carecieron totalmente de contactos con España [18]. En resumen, este ejemplo extremo demuestra que ninguno de los compartimientos del Occidente bárbaro debe ser considerado como una entidad encerrada en sí misma; los intercambios no cesaron jamás totalmente entre las más autónomas.

2. Galia

A. De las primeras etapas del empuje franco

El problema de las defensas romanas en la zona de primer establecimiento de los francos está en vías de renovación a causa de las excavaciones [19]. Nacida hacia 1880 de consideraciones toponímicas, bajo la pluma de G. Kurth, la hipótesis de las fortificaciones del Bajo Imperio que atravesaban Bélgica no lejos de la actual frontera lingüística *(limes belgicus)*, se ha visto ratificada, a partir de 1930, por hallazgos arqueológicos. Algunas eran comparativas: ¿cómo los emperadores, tan ansiosos de cerrar en otros lugares las brechas del *limes*, podían haber dejado abierta la del Rin inferior? Otras eran meramente locales: se señalaban algunos fortines en puntos estratégicos, 5 en total hasta el momento presente. Los defensores del *limes belgicus*, cubiertos de sarcasmos durante cierto tiempo, alzan cabeza. También se descubrieron otras líneas fortificadas en diversos lugares, especialmente una ramificación del *litus saxonicum* en la costa [20]. Las condiciones de la ocupación franca quedan singularmente aclaradas. Pero los arqueólogos harán bien de no sugerir demasiado de prisa la existencia de una relación entre sus descubrimientos y los fenómenos de geografía lingüística.

Nuestros conocimientos son tan someros sobre esta historia primitiva de los francos, que se suplen demasiado a menudo con ideas transmitidas de generación en generación y escasamente fidedignas. De vez en cuando una de ellas se hunde con gran estrépito. Es lo que acaba de ocurrir al viejo clisé que enfrentaba los «francos salios» con los «francos ripuarios», y que aún era respetado en 1955 por Ch. Verlinden. De hecho, la crítica de F. Steinbach, E. Ewig y J. Stengers lo ha destruido definitivamente [21].

El ataque decisivo fue preparado por los trabajos de F. Beyerle sobre el derecho ripuario [22]: establecieron que la *Lex Ribuaria*, lejos de ser la homóloga simétrica de la *Lex Salica*, no es más que una variante secundaria de ésta, aplicable a los austrásicos, y mucho más reciente (no es anterior a 633, y ese nombre sólo es conocido a partir de 803). En cuanto a la misma palabra «ripuarios», no aparece en Jordanes, como se había creído (habla de *ripaliori*, cuerpos auxiliares que guardan las orillas de un río, sin duda el Ródano); no aparece en las fuentes del siglo VI y tampoco en las del VII. Los *riboarii* hacen su aparición tardía en la historia en 726-727, con el *Liber Historiae Francorum:* entonces (y hasta el siglo X) constituye el nombre de los habitantes de la región de Colonia, de Juliers y de Bonn, al oeste del Rin, y del Ruhrgau, al este del río, es decir, aproximadamente la antigua *civitas Agrippinensium*. El nombre proviene probablemente de una jefatura militar de orillas del Rin, más o menos modelada sobre una circunscripción romana. Los ripuarios no constituyeron nunca una tribu ni una rama del pueblo franco. La idea misma de una cohesión entre los francos del Este es discutible. Se puede hablar en sentido geográfico de una *Francia Rinensis*, como hace el Cosmógrafo de Rávena; pero la única entidad política de la que se sabe alguna cosa es el reino de Colonia.

En cuanto a los salios, si bien su existencia es indiscutible, es casi imposible decir a qué realidad precisa corresponden. Pocas certidumbres han sobrevivido al ataque destructor de Stengers. Según parece, el término sólo designó una entidad política antes de la aparición de la dinastía merovingia; luego no es más que un vocablo jurídico o un equivalente literario de *Francus*. El agrupamiento autónomo de los salios no debió de tener más que una existencia breve. ¿Dónde residía? Sólo poseemos dos indicios: uno, la aproximación toponímica entre los salios y el Salland, en la orilla derecha del Rin holandés; el otro, su localización en *Toxandria* —un nombre difícil de interpretar (cf. pág. 70)—, dada por Amiano Marcelino. Por tanto, no hablaremos de los salios más que con motivo de las primerísimas etapas de la progresión franca, desde el Rin hacia el Escalda. Luego es prudente recurrir a la expresión más neutra de «francos del Oeste».

B. El guerrero franco y la asimilación de las conquistas

Un enorme material arqueológico permite establecer el retrato del guerrero franco de los siglos VI y VII. El franco medio es soldado de infantería; sus armas ofensivas más corrientes son bastante originales dentro del mundo germánico: hacha arrojadiza y machete corto de un solo filo, más raramente lanza; sólo raras veces utiliza armas defensivas, como casco y escudo; sólo sus jefes combaten a caballo, con una larga espada de dos filos, como muchos otros bárbaros. El cuadro es idéntico en toda la Galia del Norte y del Nordeste. Este guerrero es el pilar

fundamental del Estado franco; su tumba es en cierto modo el fósil característico de éste. Se ha insistido mucho, y con razón, en el hecho de que la conquista franca señala el triunfo de una *Kriegerkultur* sobre la civilización, aún civil en gran parte, del Bajo Imperio, cultura guerrera que se expresa perfectamente en los «cementerios en filas», que se multiplican a partir del siglo VI (pág. 129) [23].

Se acostumbra etiquetar con nombres clásicos esta descripción del guerrero franco: *francisca*, el hacha; *framea*, la lanza; *scramasax*, el machete. De hecho, estas denominaciones, sumamente dudosas, deben rechazarse, aunque los arqueólogos frecuentemente les sean fieles [24]. El hacha arrojadiza franca, de un solo filo, sólo fue llamada *francisca* (es decir, franca) en España; su nombre únicamente pasó a la historiografía gala a partir del siglo VIII, por mediación de un autor que copió a Isidoro de Sevilla. *Framea* es empleado en las fuentes antiguas con acepciones contradictorias: Tácito lo emplea para una lanza; Isidoro, para una espada; Euquerio, en las dos acepciones; la etimología —seguramente germánica— parece favorable a la acepción «espada de dos filos». *Scramasax* debe su popularidad a Gregorio de Tours, que lo emplea una vez precisando que se trata de un gran cuchillo; pero no se sabe si tenía uno o dos filos. La única arma franca cuyo nombre se conoce con seguridad es el *angon*, «especie de lanza o arpón terminado por un hierro triangular», pero constituía un arma rara.

Este retrato tradicional no es el del conquistador franco; es el del soldado del ejército merovingio. El franco de las invasiones es casi inaprehensible, por carencia de documentos anteriores a Clodoveo cuya atribución a los francos sea indiscutible.

El éxito político y militar condujo a las otras poblaciones de la Galia a adoptar el modelo que ofrecía el guerrero franco. Desconocemos las primeras etapas de este mimetismo, que se remontan a la época de Childerico y de Clodoveo. A partir de los hijos de este último, cabe estudiar la extensión de las costumbres francas en el conjunto de la Galia; se trata de una investigación instructiva, pero ardua y en la cual no se ha dicho la última palabra.

Un ejemplo demostrará la complejidad del problema: el de Borgoña. Cambia de situación política en 533-534, al ser incorporada al Estado merovingio. ¿Cómo reacciona el material arqueológico? El profundo estudio de Hans Zeiss [25] contribuye a precisarlo. Antes de 534 los documentos son poco numerosos, pues el mobiliario funerario es pobre (¿pero se debe a que las tradiciones burgundias eran parecidas a las de los godos, como lo eran las lenguas?, ¿o a que las influencias romano-cristianas fueron precoces y profundas?). Después de 534 se comprueba una multiplicación de las *Reihengräber* con mobiliario desarrollado, es decir una alineación sobre la facies «merovingia» común; el uso de armas típicas, como el machete de un solo filo se extiende, y se trata asimismo de una influencia franca; pero se demuestra, al mismo tiempo, la multiplicación de broches en forma de placas de un tipo sumamente original, con decoración animada, profana (sobre todo de caballos) o bíblica (con el profeta Daniel); se trata de una innovación regional que no debe nada al mundo franco. No tenemos ninguna prueba de una inmigración franca apreciable y el principal cementerio, el de Charnay (Saône-et-Loire), no refleja una verdadera solución de continuidad.

En Aquitania el problema se plantea en términos sólo un poco menos delicados. La expulsión de buena parte de los godos arrianos después de Vouillé es atestiguada

por la historiografía; en cambio, ningún texto menciona una inmigración franca en masa. En consecuencia, los arqueólogos del siglo XIX, como Barrière-Flavy [26], atribuyeron a los godos todas las tumbas «bárbaras» que encontraron. Maurice Broëns ha reaccionado vigorosamente [27], ciertamente con razón: la mayoría son posteriores a 507 y nada corresponde aquí a las necrópolis de la meseta española. La mayoría de los cementerios presentan la facies «merovingia» característica, con el hacha y el machete de un solo filo, tanto más típica cuanto que las tumbas godas jamás contienen armas; además el mobiliario presenta formas exclusivamente locales (sobre todo en Lauraguais, donde se advierte una inspiración en las tradiciones del Mediterráneo oriental). ¿Cómo interpretar esto? Broëns ve el Mediodía aquitano inundado por 150.000 francos, de los cuales se establecen 50.000... Sin hablar de las cifras, que son gratuitas, ¿la explicación en sí es segura? ¿Difieren tanto los hechos de los comprobados en Borgoña?

Los arqueólogos han planteado con demasiada frecuencia en términos de conquista y de poblamiento un problema que debería resolverse en relaciones de asimilación y de civilización, casi de moda. La verdadera victoria de Roma había sido inspirar a sus súbditos el deseo de vivir a la romana; la del guerrero franco fue haber inducido a todo lo que contaba en la Galia a adoptar su modo de vida, cuya expresión más concreta la constituyen, para nosotros, el armamento y el mobiliario funerario.

C. Algunos problemas del reinado de Clodoveo

El reinado de Clodoveo siempre ha apasionado a los historiadores, en tanto que la mediocridad de las fuentes los desesperaba. A ello se debe el nacimiento, seguido generalmente de una muerte precoz, de tantos sistemas explicativos con base demasiado estrecha [28].

La demostración más directa de nuestras incertidumbres la ofrece el constante debate sobre la cronología del reinado. Hasta 1930, reinaba una quietud relativa; luego, en el curso de un vivo diálogo con L. Levillain [29] y F. Lot [30], intentaron Bruno Krusch [31] y después A. Van der Vyver [32] ponerlo todo en entredicho. La tentativa de Krusch, realmente demasiado iconoclasta e insuficientemente fundada, puede considerarse abortada; la de Van der Vyver posee una calidad totalmente distinta. Si la controversia se ha calmado hoy en día, la cuestión, empero, no está resuelta y cabe decir que en el estado actual de la cuestión, dos sistemas cronológicos muy distintos presentan posibilidades sensiblemente iguales.

El debate parte de Gregorio de Tours, *Hist. franc.*, II, 27, que presenta fechas escalonadas de cinco en cinco años para los principales sucesos del reinado: victoria sobre Siagrio, en el año V; victoria sobre los turingios, en el año X; victoria sobre los alamanes y promesa de conversión que prepara el bautismo, en el año XV; victoria sobre Alarico II en Vouillé, también en el año XV. Pero, se sabe con certeza que Vouillé no corresponde a 496 (año XV), sino a 507 (año XXV-XXVI). ¿Este error se extiende también al dato relativo a la victoria sobre los alamanes y al bautismo?

Sobre el bautismo, sólo poseemos dos fuentes antiguas, además de Gregorio: Una carta de San Avito de Vienne, más o menos contemporánea, para felicitar a Clodoveo por su conversión; sólo añade una precisión indiscutible a Gregorio: el día del bautismo (Navidad). Una carta de Nizario, obispo de Tréveris, a la reina lombarda Clodosvinda, nieta de Clodoveo, hacia 567-568; sitúa la promesa de conversión inmediatamente después de una visita a San Martín de Tours, no fechada (antes de Vouillé, Tours estaba en territorio visigodo). Por tanto, nuestras fuentes no se corresponden en absoluto: Gregorio de Tours es el único que testifica una relación entre el bautismo y la victoria sobre los alamanes y el papel de san Remigio de Reims; únicamente Avito da la fecha de Navidad; sólo Nizario habla de una relación con Tours (el silencio de Gregorio sobre este punto es bastante singular). Nada de todo esto proporciona una fecha segura; pero si creemos en el viaje a Tours, éste únicamente fue posible con motivo de una guerra contra los godos: ¿la de 506-507, bien conocida, u otra, simplemente posible, en 498? Si mantenemos el sincronismo con la guerra contra los alamanes, ¿se trata de la de 495-496, atestiguada sólo por Gregorio, o de la de 505-506 demostrada por Casiodoro?

Existen, por tanto, dos medios de satisfacer estos sincronismos. Uno, es permanecer relativamente fiel a Gregorio, situar el bautismo el 25 de diciembre de 497 (Lot), 498 o 499 (Levillain) y creer en la existencia de dos campañas de Clodoveo en Aquitania, así como de dos campañas contra los alamanes. Otro, es fiarse sobre todo de Casiodoro, situar el bautismo y la campaña única contra los alamanes en 506 [33] y dejar diez años vacíos al principio del reinado, del año x al año xx (en el cual nadie discute la guerra contra los burgundios): es el de Van de Vyver. Cada sistema tiene sus puntos flacos: las repeticiones en el primero; el silencio de diez años, en el segundo. ¿Cómo elegir? Sólo un argumento posee cierto peso. Sin duda alguna, Clodoveo se vio favorecido por su catolicismo en la lucha contra los godos de 507; esto se explicaría mejor si ese catolicismo datara de ocho o diez años antes que si sólo se remontara a la Navidad anterior. Pero esta presunción no es una prueba.

Un segundo episodio del reinado —conocido sólo a través de Gregorio de Tours, *Hist. Franc.*, II, 38— ha provocado interpretaciones casi tan divergentes: la entrega a Clodoveo de las tablillas consulares enviadas por el emperador Anastasio. La elevación de Clodoveo al consulado honorario (es seguro que no se trata de un consulado efectivo) no tiene nada de exorbitante; esta distinción ya había sido concedida a bárbaros (que estaban, es cierto, al servicio directo del Imperio); podría tratarse de una medida diplomática para felicitar al rey por su victoria sobre los visigodos y buscar la continuación de su alianza contra los ostrogodos. Pero, ¿qué pensar de los atributos imperiales (túnica de púrpura, diadema) y del título de Augusto?, ¿de la cabalgata de Clodoveo a través de Tours, tan parecida a la procesión inaugural de los emperadores de Oriente? Las reacciones de los historiadores han sido muy diversas. Para unos (sobre todo Fustel de Coulanges), estos hechos tienen un núcleo de realidad: Anastasio quiso legitimar el poder de Clodoveo y convertirlo en su delegado en Occidente; para otros (sobre todo Halphen), se trata pura y simplemente de una leyenda. Entre estos dos sistemas han aparecido defensores de todas las opiniones intermedias. He aquí la que nos parece razonable: Anastasio en realidad sólo habría

concedido un consulado honorario al rey franco; el resto no sería más que una escenificación, debida a una iniciativa local, ya fuera del mismo Clodoveo, ya de los sacerdotes de Tours, deseosos de festejar su liberación de los godos [34]. El mismo Teodorico, pese a su respeto por las prerrogativas imperiales, llevaba la púrpura y la diadema y se atribuyó en la inscripción de Terracina —precisamente hacia 507-511— el título de *semper Augustus:* es evidente que en su opinión estas formas no implicaban una reivindicación del Imperio y de igualdad con Anastasio. Por otra parte, ningún emperador romano había sido reconocido en el norte de la Galia después del asesinato de Mayoriano en 461. Si creemos en el papel de los notables de Tours, se puede pensar que la escenificación estaba destinada a inclinar la realeza frânca en un sentido favorable a los romanos. Si se cree más bien en una iniciativa de Clodoveo, cabe comparar su gesto, no sólo con el de Teodorico, sino también con el de cierto principillo de Aurés, Masties, que se había proclamado *imperator* poco antes.

Sea como fuere, el episodio de Tours no tuvo ninguna consecuencia. No poseemos ninguna otra evidencia de esos títulos ambiciosos, y el reino de Clodoveo y de sus sucesores conservó formas esencialmente germánicas.

3. El mundo atlántico

A. Mitos y hechos históricos en torno a los orígenes ingleses

Buena parte de nuestra documentación sobre los orígenes ingleses, tanto si se la encuentra en la misma Gran Bretaña como en el exterior, presenta una forma épica o mítica manifiesta. Las primeras etapas de la colonización de Kent se han convertido en un drama de tres personajes: el rey bretón Vortigern y los sajones Hengist y Horsa; los orígenes de Wessex se han convertido en la historia de Cerdic y de Port; la derrota final de los bretones se oculta tras la heroica historia del rey Arturo. Y, desde su observatorio oriental, el historiador de Justiniano, Procopio de Cesárea, en su *Guerra de los godos,* mezcla inextricablemente los destinos de Gran Bretaña (que desdobla, además, en dos islas, *Brittia* y *Brittania*) y las leyendas poéticas del más allá que la tradición antigua relacionaba con las islas de los Bienaventurados. La actitud de los historiadores de hace un par de generaciones ante todos estos textos era categórica: no existía en ellos más que una vergonzosa confusión en la cual la ignorancia más crasa y la imaginación menos sana se disputaban la palma. El gran medievalista francés Ferdinand Lot marca el acmé de esta tendencia crítica [35].

Tuvo un trabajo fácil al denunciar las debilidades de todas nuestras fuentes: cronología extraña (de cuatro en cuatro años o de ocho en ocho) de la *Crónica* anglosajona; nombres improbables de Hengist y de Horsa («semental» y «caballo»), e incluso de Vortigern (que no sería más que una retraducción gala de una expresión latina tomada erróneamente por un nombre propio); Port, o sea, «el Pireo tomado por un hombre» (su nombre se debería a una falsa etimología de Portsmouth); la *Historia Brittonum*, responsable de buena parte de estos mitos (entre ellos el de Arturo), es «una novela que sólo data del siglo IX», y Gildas, su mejor fuente está «llena de equivocaciones monstruosas»; Procopio, por último, sólo consideró el noroeste de Europa como un «país de quimeras».

Desde entonces, ha surgido una prudente reacción. No niega ni las equivocaciones, ni las leyendas etimológicas, ni el deseo de personificar en un héroe la historia de todo un pueblo. Pero presta un crédito bastante grande a las indicaciones cronológicas y topográficas de la *Crónica anglosajona*. La historia de los orígenes de Kent, tal como la reconstruyen, por ejemplo, J. N. L. Myres, a partir de datos arqueológicos [36], o K. Jackson, principalmente a base de los documentos lingüísticos [37], da cabida gustosamente en la actualidad —al menos a título de símbolo bien escogido— a la anécdota de Vortigern, Hengist y Horsa. Algunos, como T. C. Lethbridge y C. F. C. Hawkes [38] van incluso más lejos y restituyen a estos héroes la realidad histórica de que se les quiso despojar. Cerdic ha tenido menos suerte: su genealogía anglá, su nombre galo, su tropa juta, todo ello en los orígenes de un reino sajón, le han valido un descrédito unánime, tanto más cuanto que la arqueología ha demostrado que su pretendida zona de desembarco, cerca de Southampton, había continuado siendo bretona durante al menos medio siglo después de la fecha dada para su llegada. Arturo aparece demasiado tarde para encontrar defensores; pero se reconoce que su epopeya representa —como sugería ya Collingwood— una visión sintética no demasiado inexacta de los acontecimientos que Gildas sitúa en torno a Ambrosio Aureliano. Y en el texto de Procopio se descubren bastantes elementos válidos: el papel que se atribuye a los frisios, los métodos de combate (a pie) y de navegación (a remo) de los anglosajones, las relaciones entre los anglos y los varinos, etc.; el desdoblamiento de Bretaña se explicaría por la dualidad de los itinerarios de Bizancio hacia el Noroeste (por la Galia y por la España atlántica) [39], y la mayor parte de sus equivocaciones provendrían de la tradición antigua [40]. Sin embargo, no debemos perder la esperanza de que la investigación histórica vuelva dentro de poco a favorecer relativamente, por uno de esos cambios que le son habituales, las tesis de Lot...

B. Estructuras políticas y sociales de la Inglaterra primitiva

Hasta el siglo XX, la imagen que se forjaron los historiadores de los orígenes ingleses continuó siendo la propuesta por Beda a principios del

siglo VIII. Bajo la influencia de lo que comprobó en su época, Beda se representaba la Inglaterra primitiva como constituida por reinos homogéneos y yuxtapuestos, cada uno de ellos nacido de la inmigración de un grupo étnico coherente: aquí los sajones, allá los anglos, acullá los jutos. La investigación contemporánea se aleja cada vez más de ese clisé simplista [41]: admite que la unidad étnica relativa que existía en los siglos VI y VII no es un dato primario, proporcionado por la migración, sino fruto de la partición geográfica de los territorios bretones entre los conquistadores y de las necesidades militares y económicas que resultaron de ello. Por tanto, sería inútil buscar en el continente el origen preciso de cada «pueblo» de las listas de Beda; todos surgieron de reagrupamientos posteriores a la migración.

Esta nueva posición es ventajosa. Explica la unidad presentada por el viejo inglés, pese a la diversidad de los orígenes alegados por Beda, y ello desde el principio de la era literaria: ningún clan estuvo lo bastante aislado después de su desembarco como para conservar largo tiempo su originalidad dialectal; por fuerza debió de nacer rápidamente una lengua común. Esto explica la mutación que en Inglaterra convirtió a los viejos sajones continentales, pueblo el más «republicano» entre todos los germanos, en súbditos de una serie de dinastías (que invocaban claramente a Woden, el dios de la guerra, como su autor) [42]. Y sobre todo aproxima en cierto modo la historia anglosajona a la de los germanos continentales más próximos, los francos; en efecto, ya subrayamos que todos los elementos esenciales de la civilización franca de la era merovingia fueron elaborados *después* del paso del Rin, entre ellos las agrupaciones políticas.

Aún se puede esperar que la arqueología aclare muchas cosas que no explican los textos sobre los orígenes de los reinos anglosajones. En los últimos 25 años dos excavaciones excepcionales han aumentado considerablemente nuestros conocimientos: la de la tumba en forma de barco de Sutton Hoo, en Suffolk (1939), realizada por R. L. S. Bruce-Mitford, que ha reavivado mucho la historia de los Wuffingas, la dinastía real de Anglia Oriental, y la del palacio de Yeavering, en Northumberland (1953-1957), efectuada por B. Hope-Taylor, que ha aclarado la fase final de la época pagana de Bernicia. Gracias a ellas, se añade un complemento artístico y social a los rudimentarios datos políticos de la *Crónica anglosajona* y de las listas reales.

En Sutton Hoo, a una quincena de kilómetros al nordeste de Ipswich, un gran túmulo ocultaba un navío marino de 27 m de eslora por 4,70 m de manga y 1,50 de puntal aproximadamente, construido con tingladillos y de propulsión a remo [43]. En medio del navío había una cámara funeraria —por otra parte sin sepultura— que contenía un mobiliario notablemente rico: platería bizantina de principios del siglo VI, joyería alveolada, armas, insignias reales y, finalmente, un pequeño tesoro

de monedas de oro merovingias (reunido hacia 660-670 según la mayoría de numismáticos, hacia 625 según Lafaurie). Este cenotafio debió de estar asignado al rey Redwald (muerto hacia 625) o al rey Aethelhere (muerto en 655); la ausencia del cuerpo se explicaría por una conversión al cristianismo, o bien por una muerte en lugar lejano. Revela la confluencia de tradiciones singularmente diversas: mediterráneas (vasos de metal de Alejandría y de Constantinopla), francas (monedas), escandinavas y más exactamente suecas (idea general de la sepultura en forma de barco, casco del tipo de Vendel) y, por último, bretonas (*hanging bowl* de tradición celta). Nada demuestra mejor que Inglaterra no era un mundo aislado, perdido en los bordes del *oikumené*, sino que su aristocracia participaba de todas las corrientes de la civilización europea.

El nivel económico de la sociedad anglosajona inmediatamente después de la colonización es objeto de controversia entre numismáticos. ¿En qué medida sufrió Gran Bretaña una regresión, entre la desaparición del numerario imperial (a principios del siglo v) y la aparición de las monedas merovingias (en la segunda mitad del siglo vi y sobre todo a principios del vii), que la condujo a un nivel premonetario? Para algunos [44], si bien el oro y la plata prácticamente desaparecieron, en el Sur los elementos indígenas se conservaron fieles al cobre, bajo la forma de monedas del siglo iv ya prácticamente fuera de uso, o de imitaciones de una calidad bajísima *(minimi)*; la tradición monetaria jamás se interrumpió completamente y los bretones supervivientes pudieron transmitirla a los sajones. Para otros [45], la ruptura fue profunda y el hiato prolongado; los *minimi* no tienen ninguna importancia (serían, a más tardar, de mediados del siglo v) y los anglosajones sólo concibieron la idea de la acuñación monetaria hacia 670, imitando a los soberanos continentales. El problema aún no está resuelto; pero debemos admitir que la primera tesis emplea más los postulados que los hechos demostrados. Resulta difícil explicar cómo los bretones conservaron el uso de la moneda en las regiones sometidas a los sajones, mientras lo perdieron allí donde continuaron libres. Los partidarios de la continuidad a todo precio han querido ir demasiado lejos.

C. Supervivencias antiguas en la Bretaña celta

Los territorios conservados por los bretones eran los menos romanizados de la isla. Excepto la supervivencia del cristianismo, todo parece indicar una extinción rápida de las tradiciones antiguas: la lengua prácticamente no conservó nada del latín, la vida económica regresó a las formas indígenas primitivas, la sociedad volvió a adoptar una estructura tribal ajena al ideal antiguo.

Pero, actualmente, la epigrafía y la arqueología invitan a reconsiderar el problema: las inscripciones latinas posteriores a la ruptura entre Bretaña y Roma son numerosas en el Oeste [46]. Su estilo es notablemente conservador: empleo de fechas consulares (hasta 540 en Penmachno,

en Gales), menciones de *cives*, de un *magistratus*, de un *protector*, etc. Ahora bien, esto se encuentra en un medio puramente celta (exactamente irobretón) donde habitualmente se escribe en ogam. ¿Qué pensar de estos elementos romanos que se manifiestan a veces hasta el siglo VII, mucho más tarde que en la Galia? ¿Subsistió alguna relación directa entre el Mediterráneo y el mundo celta?

Los textos narrativos sólo ofrecen un indicio muy débil, que señala un itinerario Alejandría-España-Bretaña a principios del siglo VII [47]. Se han encontrado algunas piezas bizantinas de los siglos VI y VII en el sur de Inglaterra. Pero desde hace algunos años, los arqueólogos han descubierto, en una decena de estaciones en Devon, Cornualles, Irlanda del Sur e incluso en las Hébridas, una cerámica originaria del Mediterráneo oriental y ánforas conocidas también en España, en Sicilia y en Grecia [48]. Así se descubre un aspecto marítimo insospechado de la supervivencia romana: un cordón umbilical unía Gran Bretaña con el Mediterráneo pasando por la España bizantina (que se consideraba únicamente como una especie de callejón sin salida).

D. Del problema de la Baja Bretaña

La historia de la Bretaña armoricana presenta más de una paradoja. Se comprueba, por una parte, la profundidad de las influencias galas, atestiguada por los hallazgos arqueológicos así como por los relatos de César sobre el poderío de los vénetos, y, por otra parte, la mediocridad de los restos galorromanos, sobre todo en la parte occidental, hasta el punto de que una larga incertidumbre ha pesado sobre la identificación de las capitales. Este cuadro hace pensar en una romanización únicamente superficial, hasta el punto que en los campos subsistió el espíritu galés. Pero los lingüistas —especialmente a partir de Joseph Loth [49]— enseñan como un dogma que, puesto que la lengua bretona medieval y moderna no presenta ningún resto galés, la extrema Armórica debió de ser latinizada junto con el resto de la Galia y en las mismas proporciones.

Debemos observar inmediatamente: *a*) Que la mediocridad de los restos romanos se extiende a otras regiones del Oeste que nadie defiende que hayan escapado a la latinización. *b*) Que no estamos en condiciones de precisar en qué punto se hallaba la latinización del campo en el resto de la Galia durante el Bajo Imperio; es probable que el gálico sobreviviera hasta principios del siglo V, incluso en un pueblo tan al Este como los treviros. Hasta esa fecha, el destino de la Bretaña no tiene nada de excepcional.

Sin entrar en detalles de filología, se sabe que los lingüistas han dividido las lenguas celtas en un grupo continental (el gálico) y un grupo insular, dividido en dos subgrupos, británico (galés, córnico, bajo bretón) y gaélico (irlandés, gaélico de Escocia). Nuestro conocimiento de las lenguas insulares se basa en un material

abundante y sólido; el del gálico depende únicamente de algunos nombres propios y de inscripciones lacónicas y oscuras. El gálico se considera sólo hipotéticamente como una unidad; de hecho, no sabemos prácticamente nada del gálico del Noroeste ni del del Nordeste (César afirma la existencia, entre los belgas, de particularidades lingüísticas; no estamos en condiciones de reconocerlas). Esto debe incitar a una extrema prudencia, tanto si se trata de negar como de afirmar la posibilidad de supervivencias galas.

La vigorosa reaparición en Armórica, a partir del siglo v, de una lengua celta siempre ha parecido indicar, para ciertos historiadores, la existencia de un sustrato galo, reanimado por la inmigración proveniente de Gran Bretaña (que nadie piensa en negar). Hasta los últimos años, su punto de vista fue rechazado unánimemente como rebosante de fantasía románica. Pero he aquí que una vigorosa reacción, animada por el canónigo Falc'hun [50], intenta rehabilitarla partiendo de consideraciones lingüísticas y especialmente fonéticas. La acentuación tan particular de la región de Vannes representaría una supervivencia gálica ante la acentuación de origen británico de los demás dialectos bretones. Los documentos bretones más antiguos serían falsos y engañosos, porque todos proceden de sacerdotes, y los miembros de la Iglesia eran con toda seguridad insulares inmigrados, los cuales habrían transcrito el habla bretona o una lengua normalizada de acuerdo con el modelo del córnico o del galés. En el estado actual del debate, la historia sólo puede dar un veredicto: *non liquet*. Pero, de todos modos, es bueno que el problema bretón haya sido planteado en términos nuevos.

Tal vez algo se aclarará gracias a las investigaciones en curso de J.-L. Fleuriot, que ha estudiado al microscopio la extensión de las supervivencias y enclaves romanos en el medio bajobretón [51]. Parece haber resuelto algunos puntos, en sentido favorable ora a la tesis de Loth, ora a la de Falc'hun. En la Edad Media parece haber existido un dialecto romano en la Alta Bretaña (donde los elementos celtas constituyen, como creía Loth, una aportación tardía, y no un sustrato vivo, como defiende Falc'hun) y en algunos puntos de la Baja Bretaña, sobre todo en torno a las ciudades y en una parte importante de las costas de las regiones de Vannes y de Léon. La ausencia de supervivencias romanas en casi todo el interior (que, lógicamente, debería haber sido un reducto de la defensa local frente a los invasores procedentes del mar) se explicaría por la supervivencia de un habla gálica. La historia puede esperar mucho de esta batalla de los lingüistas.

NOTAS DEL CAPÍTULO II

1. El trigo egipcio, durante mucho tiempo indispensable, desde Constantino era expedido hacia Bizancio.
2. Sobre los últimos ejemplos de estas carreras, cf. COURCELLE, *Les lettres grecques* [n.° 85], pág. 299, n. 1.
3. La actitud de los bárbaros ante el Mediterráneo aún está poco estudiada. La investigación contemporánea, preocupada sobre todo en verificar las tesis de H. Pirenne, ha dirigido su esfuerzo principal hacia el problema económico, preferentemente al período del siglo VII al IX. Se hallarán algunos datos en ENSSLIN, *Theoderich* [n.° 208]; COURTOIS, *Vandales* [n.° 233] y COURTOIS, Les rapports entre l'Afrique et la Gaule au début du Moyen Age, *Cahiers de Tunisie*, II, 1954, págs. 127-145 y J. ROUGÉ, Quelques aspects de la navigation en Méditerranée au V^e^ et dans la première moitié du VI^e^ siècle, Cahiers d'Histoire (Lyón), VI, 1961, págs. 129-154.
4. El número de «tarjetas de alimentación» *(frumentationes)* habría bajado de 244.000 a 120.000 entre 367 y 419: SIRAGO, *Galla Placidia* [n.° 76], pág. 477.
5. COURTOIS, *Vandales* [n.° 233], y GIUNTA, *Genserico e la Sicilia* [n.° 237].
6. Hasta 468 aproximadamente, las razzias afectaron casi cada año las costas italianas. Hacia 474 hubo dos incursiones en Epiro y Grecia, y un poco antes, dos más en España (una de ellas en la costa atlántica, en Galicia: ¿los vándalos habían conservado informadores en su antiguo hábitat?).
7. Pese a sus orígenes andaluces, el imperio de Genserico no creó ningún lazo duradero entre España y África, ni con Córcega o Cerdeña, que fueron sobre todo lugares de deportación. No se puede comparar este imperio marítimo con las talasocracias que lo habían precedido.
8. J. J. SAUNDERS, The debate on the fall of Rome, *History*, XLVIII, 1963, páginas 1-17.
9. El esfuerzo más vigoroso para comprender su originalidad se debe a STROHEKER, *Die geschichtliche Stellung* [n.° 133]. Lo seguimos de cerca.
10. Cf. págs. 80-101.
11. Véase en último lugar WÜST, *Goten in Indien?* [n.° 174].
12. VASILIEV, *The Goths in Crimea* [n.° 173]; SCHWARZ, *Die Krimgoten* [n.° 168].
13. R. L. REYNOLDS, *Reconsideration of the history of the Suevi* [n.° 392].
14. Véanse ejemplos en ZEISS, *Die Grabfunde* [n.° 202], pág. 126, y en Pedro de PALOL SALELLAS, Hallazgos hispanovisigodos en la provincia de Jaén, *Ampurias*, XVII-XVIII, 1956, págs. 286-292.
15. El estudio de la difusión en Europa de los productos de la cultura visigoda apenas comienza; véanse algunos jalones notables en Jacques FONTAINE, *Isidore de Séville. Traité de la nature*, Burdeos, 1960, págs. 69-83.
16. BRÖENS, *Los Francos y el poblamiento* [n.° 183].
17. Véase pág. 195.
18. Palol Salellas señala joyas típicamente lombardas en la Bética.
19. Un buen resumen de la cuestión en 1947 lo da HEURGON, *L'hypotèse du limes belgicus* [n.° 278]; cf. también FAIDER-FEYTMANS, *La frontière du Nord* [n.° 275]. La impaciencia de VERLINDEN, *Les origines* [n.° 285], págs. 36-43, y los sarcasmos de STENGERS, *La formation* [n.° 283], parecen superados.

20. J. MERTENS, Oudenburg et le *litus saxonicum* en Belgique, *Helinium*, II, 1962, páginas 51-62.
21. EWIG, *Die civitas Ubiorum* [n.° 258]; STENGERS, *La formation de la frontière* [n.° 283].
22. *ZRG, Germ. Abt.*, 1935, pág. 2; y sobre todo el prefacio a la edición BEYERLE y BUCHNER de la Ley Ripuaria (*MGH, Leges*, in 4.°, III, 2, 1954).
23. La idea es explotada a fondo —pero con argumentación un poco discutible— por BERGENGRUEN, *Adel und Grundherrschaft* [n.° 393], págs. 167 y sigs. El problema vuelve a ser tratado, de forma más matizada, por BODMER, *Der Krieger der Merowingerzeit* [n.° 394].
24. Véase una nota de Jean HUBERT, *BEC*, CVI, 1945-46, págs. 140-142; para «francisca»: G. KURTH, *Etudes mérovingiennes* [n.° 261], t. I, págs. 42-43; para «framea»: G. MUST, The origin of framea, *Language*, XXXIV, 1958, páginas 364-366.
25. *Studien zu den Grabfunden* [n.° 232].
26. *Les arts industriels* [n.° 289].
27. *Le peuplement germanique* [n.° 184].
28. Para hacerse una idea razonable de los límites de nuestro conocimiento, cf. HALPHEN, *Grégoire de Tours historien de Clovis* [n.° 259].
29. LEVILLAIN, *La conversion et le baptême de Clovis* [n.° 263].
30. LOT, La victoire sur les Alamans et la conversion de Clovis, *RBPH*, XVII, 1938, págs. 63-69.
31. B. KRUSCH, Die erste deutsche Kaiserkronung, *Sitzungsber. der bayr. Akad.*, 1932, pág. 1060.
32. VAN DE VYVER, La victoire contre les Alamans [n.° 268].
33. Este sistema tiene por corolario rechazar todo lazo entre la famosa batalla de *Tolbiacum* (Zülpich), librada por el rey de Colonia contra los alamanes, y la conversión de Clodoveo.
34. Es la hipótesis de P. COURCELLE, *Le titre d'Auguste* [n.° 256].
35. Hengist, Horsa, Vortigern et la conquête de la Grande-Bretagne par les Saxons, en *Mélanges Bémont*, París, 1913; *Les migrations saxonnes* [n.° 347]; Valeur historique du *De excidio* [n.° 348]; *Bretons et Anglais* [n.° 350]; *Nennius* [n.° 349].
36. *Some parallels...* [n.° 371], págs. 469 y sigs.
37. *Language and History...* [n.° 343], págs. 200 y sigs.
38. En *Dark Age Britain* [n.° 361], págs. 112-122 y págs. 108-111.
39. Sobre este último itinerario, cf. pág. 223.
40. Véase, en último lugar, A. R. BURN, Procopius and the Island of Ghosts, *EHR*, LXX, 1955, págs. 258-261.
41. La crítica más reciente y más vigorosa procede de H. R. LOYN, *Anglo-Saxon England and the Norman Conquest*, Londres, 1961, págs. 24-26. Cf. también LETHBRIDGE, en *Dark Age Britain* [n.° 361], págs. 116 y sigs.
42. Cf. K. SISAM, *Anglo-Saxon royal genealogies* [n.° 354].
43. BRUCE-MITFORD, *The Sutton-Hoo ship burial* [n.° 362], reúne todo lo esencial; sobre la fecha, véase en último lugar LAFAURIE, *Settimane...*, VIII, 1960, página 249.
44. C. V. SUTHERLAND, Coinage in Britain in the 5th and 6th centuries, en *Dark Age Britain* [n.° 361], págs. 3-10.
45. J. P. C. KENT, From Roman Britain to Saxon England, en *Anglo-Saxon Coins*, Londres, 1961, págs. 1-22.
46. MACALISTER, *Corpus Inscriptionum Insularum Celticarum* [n.° 12]; comentario de JACKSON, *Language and History* [n.° 343], págs. 118-120, y G. HASELOFF, *Settimane...*, IX, 1961, págs. 477-496.

47. Vie de saint Jean l'Aumônier, GROSSE, *Las Fuentes* [n.° 188], págs. 412-413.
48. Además de HASELOFF, art. citado, págs. 480-483, cf. RALEGH-RADFORD, *Imported pottery* [n.° 486]; Allen FOX y G. C. DUNNING, Some evidence for a dark-age trading site at Bantham, *Antiquaries Journal*, XXXV, 1955, págs. 55-67; Al. YOUNG, A bronze age pin from South Uist, *ibíd.*, XXXVIII, 1958, páginas 92-94.
49. Ante todo *L'émigration bretonne* [n.° 497].
50. FALC'HUN, *Le breton, forme moderne du gaulois* [n.° 492], y *Histoire de la langue bretonne* [n.° 493].
51. FLEURIOT, *Recherches sur les enclaves...* [n.° 494]. Véase también, del mismo autor, la introducción a su *Dictionaire des gloses en vieux-breton*, París, 1964.

Conclusión general

El estudio de los problemas planteados por las invasiones es, en muchos aspectos, una amplia lección de modestia para el historiador. Ningún fenómeno colectivo escapa tanto a la búsqueda de las causas primeras. En los casos mejor conocidos se reúnen los precedentes, las circunstancias favorables, las ocasiones accidentales, pero nada de todo esto explica la invasión según un encadenamiento evidente y necesario. Referir el problema a los extremos del mundo conocido, hacia el Norte y el Extremo Oriente, como fue moda hace una generación, no añade nada a nuestro mediocre arsenal explicativo, aparte nuevas posibilidades de error. Pero si bien hay que renunciar con demasiada frecuencia a comprender las causas, esto hace más necesaria la comprensión. El fenómeno migratorio sólo se consideraba antaño en su aspecto externo y brutal, el de las expediciones militares o de las construcciones de imperios. El siglo XIX comprendió muy pronto la necesidad de ampliar la investigación recurriendo constantemente a la historia de las instituciones y luego a la lingüística; el siglo XX ha visto extenderse la toponimia, la antroponimia y, sobre todo, la arqueología bajo sus formas más variadas. Así se ha extendido nuestro campo visual. Cada adquisición obliga a revisar las parcelas vecinas del saber. En la última parte de este libro, la historia de las invasiones aparece, tal vez más que ninguna otra, como una tela de Penélope. La certidumbre de próximas revisiones, aún más amplias que las precedentes, nos ha hecho reservar más de una vez nuestra opinión, no por escepticismo, sino por confianza en el futuro del trabajo histórico: el dogmatismo precoz es uno de los peores pecados contra Clío. Así aclarada y ampliada, la historia de las invasiones del primer milenio de la era cristiana, es singularmente instructiva. Enseña que Europa jamás ha dejado de aprovecharse, a través de síntesis innovadoras, de todo lo que se le ofrecía, incluso bajo la coacción. Esta aptitud de absorber modificando, de extraer un elemento nuevo de las ruinas, atraviesa nuestra explicación como un hilo rector. Es el rasgo distintivo de la civilización, por oposición a las culturas primitivas que no saben superar, pese a ciertas apariencias, los «bárbaros» de la Alta Edad Media.

TERCERA PARTE

DOCUMENTACIÓN

Advertencia

La historia de las invasiones se sitúa en el punto de contacto de dos campos de la investigación: la historia de la Antigüedad clásica y la de la Edad Media. Utiliza a la vez todos los recursos de cada uno. Al igual que el historiador de la Antigüedad, el especialista de las invasiones utiliza ampliamente la epigrafía, la numismática, la arqueología monumental, la ceramografía, etc., pero en su tarea encuentra cada vez menos materiales propios de estas disciplinas; en efecto, después del siglo VII, la epigrafía ya no ofrece una ayuda real. Al igual que el medievalista, desea utilizar los documentos de archivos, pero éstos escasean mucho antes del siglo IX: de poco más se dispone que de los papiros de Rávena y algunos diplomas reales merovingios. Lejos de crear un exceso de riqueza, la superposición de todas estas disciplinas apenas permite disimular un hiato.

Por tanto hay que recurrir a ramas de investigación más aleatorias, por ejemplo, a la lingüística, a la toponimia, a la antroponimia. Aunque sean menos familiares al historiador corriente, no podemos explicar aquí sus métodos particulares. Nos hemos contentado con exponer sus límites. Si sus enseñanzas son inapreciables para la historia de las civilizaciones, los datos que se pueden deducir llenan muy pocas veces las lagunas de la historia política.

De hecho la gran falla de la época estudiada es la ausencia de una trama historiográfica continua. Algunos pueblos tuvieron la suerte de contar con grandes cronistas: los francos con Gregorio de Tours, los ingleses con Beda, los lombardos con Pablo Diácono. Pero sólo son islotes en medio de un vasto océano. La mayor parte de hechos únicamente pueden establecerse por medio de documentos de una mediocridad notable: los anales más lacónicos, las vidas de santos más insulsas ya constituyen una gran fortuna. Grandes períodos capitales de la historia de las invasiones no son aclarados por *ningún* texto escrito; por ejemplo, los comienzos de la migración anglosajona.

La bibliografía padece de estas lagunas fundamentales. Como sea que hay que desplegar tantos esfuerzos para establecer el menor hecho, la bibliografía se dispersa demasiadas veces en un polvo de articulillos impalpables. Esta investigación del detalle a menudo olvida la incertidumbre de sus métodos, así como la inseguridad de las grandes construcciones en las que se inserta. Al cabo de generaciones enteras de este trabajo de hormigas, se observa con asombro que las primeras verdades, piadosamente recibidas de nuestros antepasados, a menudo están carcomidas. Durante decenas de años se ha discutido el avance de los francos ripuarios, antes de descubrir... ¡que no había ripuarios en la época de las invasiones! Sin duda, al tema del derecho bárbaro se le preparan crueles hallazgos de este tipo: ¿no se ha razonado demasiado sobre la personalidad de las leyes antes de estar seguros de que efectivamente eran personales? Ya hace una generación que los toponimistas pasan por las mismas amargas experiencias. Están mejor establecidos los detalles que las líneas de conjunto.

La historia de las invasiones está en la edad de la erudición más que en la de las síntesis. Aún permanecerá así mucho tiempo, pues estas síntesis cada vez más exigen unas competencias que raramente se reúnen; nadie debería arriesgarse sin ser no sólo historiador, sino también lingüista, arqueólogo y jurista. Ese desiderátum sólo se encuentra en algunos libros excepcionales. Pero demasiados historiadores de la crisis del siglo V sólo son historiadores y no han extraído de la arqueología todas las lecciones que encierra.

Así se explica el carácter de la bibliografía que sigue, en la que los artículos de detalle forman un porcentaje aplastante de los títulos citados. No obstante, hemos intentado transcribir solamente los que dan material para una reflexión que rebase su limitado objetivo.

Sección I. PUBLICACIONES DE FUENTES [1]

I. Fuentes epigráficas

Las primeras inscripciones de la época bárbara se hallan en los distintos volúmenes del *Corpus Inscriptionum Latinarum* y algunas de ellas en:

[1] Diehl (E.), *Inscriptiones latinae christianae veteres*, Berlín, 1924-31, 3 vols.

a) *Germanos en general*

[2] Arnzt (Helmut), Zeiss (Hans), *Die einheimischen Runendenkmäler des Festlandes*, Leipzig, 1939.

[3] Fiebiger (O.), Schmidt (L.), *Inschriftensammlung zur Geschichte der Ostgermanen*, Viena, 1917; suplementos 1939 y 1944.

b) *Galia*

[4] Gose (Erich), *Katalog zur frühchristlichen Inschriften in Trier*, Berlín, 1958.

[5] Le Blant (Edmond), *Inscriptions chrétiennes de la Gaule antérieures au VIII^e siècle*, París, 1856-65, 2 vols.

[6] Le Blant (E.), *Nouveau recueil des inscriptions chrétiennes de la Gaule*, París, 1892.

c) *España*

[7] Hübner (Aemilius), *Inscriptiones Hispaniae christianae*, Berlín, 1871-1900, 2 vols.

[8] Vives (José), *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda*, Barcelona, 1942.

d) *Italia*

[9] Panazza (Gaetano), Lapidi e sculture paleocristiane e pre-romaniche di Pavia, en *Arte del primo millennio*, Turín, 1952, págs. 211 y sigs.

[10] Rossi (J. B. de), *Inscriptiones christianae Urbis Romae septimo saeculo antiquiores*, Roma, 1857-1888, 2 vols.

e) *África*

Véase Courtois, *Les Vandales et l'Afrique* (n.º 233), apéndice II, págs. 365-388.

f) *Gran Bretaña*

[11] Hübner (Aemilius), *Inscriptiones Britanniae christianae*, Berlín, 1876.

[12] Macalister (R. A. S.), *Corpus inscriptionum insularum celticarum*, Dublín, 1945-1949.

II. Fuentes papirológicas y afines

[12 *bis*] Bonnal (J.-P.), Février (P. A.), Ostraka de la région de Bir Trouch, *Bull. d'Archéol. algérienne*, II, 1966-1967, págs. 239-249.

[13] Courtois (Christian), Leschi (Louis), Perrat (Charles), Saumagne (Charles), *Tablettes Albertini, Actes privés de l'époque vandale*, Paris, 1952.

[14] Tjäder (J. O.), *Die nichtliterarischen lateinischen Papyri Italiens, der Zeit 445-700*, Lund, 1955.

III. Fuentes narrativas [2]

a) *Hasta la destrucción de la unidad occidental*

[15] Eugipio, Vita Severini, ed. H. Sauppe, *MGH, AA*, I, 2, 1877, o ed. P. Knöll, *CSEL*, IX, 2, 1886.

[16] *Notitia Dignitatum*, ed. O. Seeck, Berlín, 1876.

[17] Orosio, Historiae adversus paganos, ed. C. Zangemeister, *CSEL*, V, 1882.

[18] « Prospero Tiro », Chronicon, ed. Th. Mommsen, *MGH, AA*, IX (*Chronica minora*, I), págs. 341-485.

[19] *Ravennatis Anonymi Cosmographia*, ed. J. Schnetz, Leipzig, 1940 ; trad. al., J. Schnetz, Upsala, 1951.

[20] Salviano, De gubernatione Dei, ed. Pauly, *CSEL*, VIII, 1883 ; trad. fran. de J. F. Grégoire y F. Z. Collombet, París, 1893, 2 vols.

b) *Reinos bárbaros*

Se encuentra una orientación general precisa en :

[21] Wattenbach (W.), Levison (W.), *Deutschlands Geschichtsquellen im Mittelalter, Vórzeit und Karolinger*, 1. *Die Vorzeit von den Anfängen bis zur Herrschaft der Karolinger*, por W. Levison, Weimar, 1952 ; Beiheft. *Die Rechtsquellen*, por R. Buchner, Weimar, 1953 [3].

Galia

[22] Fredegario, Chronicon, ed. B. Krusch, *MGH, SS. Rer. Merov.*, II, 1888, págs. 1-108 ; trad. ingl. del libro IV de J. M. Wallace-Hadrill, Edimburgo, 1960.

[23] Gregorio de Tours, *Historia Francorum*, ed. Omont, Collon & Poupardin, París, 1913, o ed. de las *Opera, MGH, SS. Rer. Merov.*, I ; 2.ª ed., 1951 ; trad. franc. de R. Latouche, París, desde 1963.

[24] Mario de Avenches, Chronicon, ed. Th. Mommsen, *MGH, AA*, XI (*Chronica minora*, II), págs. 225-239.

[25] Sidonio Apolinar, Opera, ed. Luetjohann, *MGH, AA*, VIII, 1887 ; trad. fran. de A. Loyen, en prensa en la colección G. Budé.

[26] Venancio Fortunato, Opera, ed. F. Leo y B. Krusch, *MGH, AA*, IV, 1881-1885.

España

[27] Hidacio, Chronicon, ed. Th. Mommsen, *MGH, AA*, XI (*Chronica minora*, II), págs. 1-36.

[28] Isidoro de Sevilla, Chronicon, ed. Th. Mommsen, *MGH, AA*, XI (*Chronica minora*, II), págs. 391-506 ; Historia Gothorum, ed. Mommsen, *ibid.*, págs. 241-303.

[29] Juan de Biclara, Chronicon, ed. Th. Mommsen, *MGH, AA*, XI (*Chronica minora*, II), págs. 207-220.

Italia

[30] CASIODORO, Chronicon, ed. Th. Mommsen, *MGH*, *AA*, XI (*Chronica minora*, II), págs. 109-161; *Variae*, ed. Mommsen, *ibid.*, XII, 1894.
[31] ENODIO, Panegyricus dictus clementissimo regi Theoderico, ed. Hartel, *CSEL*, VI.
[32] JORDANES, Getica, ed. Th. Mommsen, *MGH*, *AA*, V, I, 1882.
[33] PABLO DIÁCONO, Historia Langobardorum, ed. Bethmann & Waitz, *MGH*, *SS. Rer. Langob.*, 1878.
[34] PROCOPIO, *Bellum Gothicum*, ed. del texto griego y trad. italiana de COMPARETTI, Roma, 1895-1898, 3 vols.
África
[35] FERRANDO DE CARTAGO, *Vita Fulgentii*, ed. y trad. fran. de G. LAPEYRE, París, 1929.
[36] VÍCTOR DE TUNNUNNA, Chronicon, ed. Th. Mommsen, *MGH*, *AA*, XI (*Chronica minora*, II), págs. 163-206.
[37] VÍCTOR DE VITA, Historia persecutionis vandalicae, ed. Petschenig, *CSEL*, VII, 1881, o ed. C. Halm, *MGH*, *AA*, III, 1.
Gran Bretaña
[38] BEDA EL VENERABLE, *Historia ecclesiastica gentis Anglorum*, ed. C. Plummer, Oxford, 1896, 2 vols.; trad. ingl. L. SHERLEY-PRICE, Harmondsworth, 1955.
[39] *Crónica anglosajona*. La mejor ed. es: EARLE y PLUMMER, *Two of the Saxon Chronicles Parallel*, Oxford, 1892, 2 vols., reed. por D. WHITELOCK, 1952; versión C: ROSITZKE (Harry A.), *The C-text of old-english Chronicles*, Bochum, 1940; trad. inglesa: WHITELOCK (Dorothy), DOUGLAS (David C.), TUCKER (Susie I.), *The Anglo-Saxon Chronicle*, Londres, 1961.
[40] GILDAS, De conquestu et excidio Britanniae, ed. Th. Mommsen, *MGH*, *AA*, XIII (*Chronica minora*, III), págs. 25-85.
[41] NENNIO, Historia Brittonum, ed. Th. Mommsen, *MGH*, *AA*, XIII (*Chronica minora*, III), págs. 111-222, o ed. F. Lot, París, 1934.

IV. FUENTES DIPLOMÁTICAS Y AFINES

a) *Galia*

[42] PERTZ (K. A. F.), Diplomata regnum Francorum e stirpe merowingica, *MGH*, fol., Hannóver, 1872 (sumamente mala).
[43] BRÉQUIGNY y PARDESSUS, *Diplomata, chartae et instrumenta aetatis merovingicae*, 2 vols., París, 1843-1849.
[44] LAUER (Philippe) y SAMARAN (Charles), *Les diplômes originaux des Mérovingiens*, París, 1908.
[45] LOT (Ferdinand), Liste des cartulaires et recueils contenant des pièces antérieures à l'an mil, *Archivium Latinitatis Medii Aevi*, XV, 1940, págs. 5-24.
[46] TARDIF (Joseph), *Archives de l'Empire, Monuments historiques, Cartons des rois*, París, 1866.

b) *Italia*

[47] AGNELLO, Liber pontificalis ecclesiae Ravennatis, ed. O. Holder Egger, *MGH*, *SS. rer. Langob.*, 1878, págs. 265-391.

c) *Inglaterra*

[48] BIRCH (W. de Gray), *Cartularium Saxonicum*, Londres, 1885-1893, 3 vols.

[49] KEMBLE (J. M.), *Codex diplomaticus aevi saxonici*, Londres, 1839-1848, 6 vols.
[50] HARMER (F. E.), *Anglo-Saxon writs*, Manchester, 1952.
[51] ROBERTSON (A. J.), *Anglo-Saxon charters*, Cambridge, 1939.
[51 *bis*] SAWYER (P. H.), *Anglo-Saxon Charters. An annotated List and Bibliography*, Londres, 1968.
[52] WHITELOCK (Dorothy), *Anglo-Saxon Wills*, Cambridge, 1930.

V. FUENTES HAGIOGRÁFICAS

a) *Colecciones y archivos*

[53] *Acta Sanctorum*, ed. por los bolandistas, Bruselas, desde 1643, 67 vols.
[54] MABILLON (Jean), *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti*, París, 1678-1702, 9 vols.
[55] *Bibliotheca hagiographica latina*, ed. por los bolandistas, Bruselas, 1898-1911, 3 vols.
[56] Passiones Vitaeque Sanctorum Aevi Merovingici, ed. B. Krusch y W. Levison, *MGH, SS. rer. Merov.*, t. III-VII, 1896-1920.

b) *Crítica*

[57] AIGRAIN (René), *L'hagiographie, ses sources, ses méthodes, son histoire*, París, 1953.
[58] DELAHAYE (Hippolyte), *Les légendes hagiographiques*, 4.ª ed., Bruselas, 1955.

SECCIÓN II. TRABAJOS MODERNOS

I. EL LEGADO DE LA ANTIGÜEDAD

a) *La sociedad antigua en vísperas de su ruina*

[59] ALTHEIM (Franz), *Niedergang der alten Welt*, Francfort, 1952, 2 vols.
[60] BLOCH (Herbert), The pagan revival in the West at the end of the fourth century, en *The Conflict between Paganism and Christianity*, ed. A. Momigliano, Oxford, 1963, págs. 193-218.
[61] CHÉNON (Émile), Étude historique sur le defensor civitatis : III. Le defensor civitatis en Occident après la chute de l'Empire, *RHD*, XIII, 1889, págs. 515-537.
[62] DECLAREUIL (J.), Des comtes de cités à la fin du v^{e} siècle, *RHD*, XXXIV, 1910, págs. 794-836.
[63] DEMOUGEOT (Émilienne), *De l'unité à la division de l'Empire romain (395-410)*, París, 1951.
[64] DILL (Samuel), *Roman Society in the last century of the western Empire*, 1898 (reimpr. Nueva York, 1960).
[65] HUBAUX (Jean), La crise de la 365^{e} année, *L'Antiquité classique*, XVII, 1948, págs. 343-354.
[66] JONES (A. H. M.), Were ancient heresies national or social movements in disguise?, *Journal of theological studies*, X, 1959, págs. 280-298.
[66 *bis*] JONES (A. H. M.), *The Later Roman Empire, 284-602. A Social, Economic and Administrative Survey*, Oxford, 1964, 4 vols.

[67] LIEBESCHÜTZ (W.), Did the Pelagian movement have social aims?, *Historia*, XII, 1963, págs. 227-241.
[68] LOT (Ferdinand), *La fin du monde antique et le début du Moyen Age*, París, 1927 (2.ª ed., 1951).
[69] LOT (Ferdinand), *Nouvelles recherches sur l'impôt foncier et la capitation personnelle sous le Bas-Empire*, París, 1955.
[70] MACMULLEN (Ramsey), *Soldier and Civilian in the later Roman Empire*, Cambridge (Mass.), 1963.
[70 *bis*] MACMULLEN (R.), *Enemies of the Roman Order. Treason, Unrest and Alienation in the Empire*, Cambridge (Mass.), 1967.
[71] MAZZARINO (Santo), *Aspetti sociali del quarto secolo*, Roma, 1951.
[72] MAZZARINO (Santo), Si puó parlare di rivoluzione sociale alla fine del mondo antico?, *Settimane...*, IX, 1961, págs. 410-425.
[72 *bis*] MAZZARINO (S.), *The End of the Ancient World*, Londres, 1966.
[73] NESSELHAUF (Herbert), *Die spätrömische Verwaltung der gallisch-germanischen Länder*, Berlín, 1938.
[74] REITTER (Nikolaus), *Der Glaube an die Fortdauer des römischen Reiches während des V. und VI. Jahrhund.*, Münster, 1900.
[74 *bis*] RÉMONDON (Roger), *La crisis del Imperio Romano, de Marco Aurelio a Anastasio* («Nueva Clio»), Barcelona, 1967.
[75] ROSTOVTZEFF (Michael), *The social and economic history of the Roman Empire*, Oxford, 1926.
[76] SIRAGO (Vito Antonio), *Galla Placidia e la transformazione politica dell'Occidente*, Lovaina, 1961.
[77] STEIN (Ernest), *Histoire du Bas-Empire*, París, 1949-1959, 2 vols.
[78] STROHEKER (K. F.), Um die Grenze swischen Antike und abendländischen Mittelalter, *Saeculum*, I, 1950, págs. 433-465.
[79] SUNDWALL (J.), *Abhandlungen zur Geschichte des ausgehenden Römertums*, Helsingfors, 1919.
[80] VITTINGHOFF (Friedrich), Zur Verfassung der spätantiken Stadt, en *Studien zu den Anfängen des europäischen Städtewesens (Reichenau-Vorträge)*, Constanza, 1955-56, págs. 11-39.
[81] WHEELER (Mortimer), *Rome beyond the Imperial Frontiers*, Londres, 1954.

b) *La cultura antigua, ruinas y restos*

[82] BARDY (G.), Les origines des écoles monastiques en Occident, *Sacris Erudiri*, VIII, 1953, págs. 86-104.
[83] BONNET (Max), *Le latin de Grégoire de Tours*, París, 1890.
[84] CHADWICK (Nora K.), Intellectual contacts between Britain and Gaul in the fifth century, en *Studies in Early British History*, Cambridge, 1954, págs. 188 y sigs.
[85] COURCELLE (Pierre), *Les Lettres grecques en Occident de Macrobe à Cassiodore*, París, 1943.
[86] FONTAINE (Jacques), *Isidore de Séville et la culture classique dans l'Espagne wisigothique*, París, 1959, 2 vols.
[87] FONTAINE (Jacques), Le problème de la cultura dans la latinité chrétienne du IIIe au VIIe siècle, *L'Information littéraire*, IX, 1957, págs. 208-215.
[88] LORCIN (A.), La vie scolaire dans les monastères d'Irlande aux Ve-VIIe siècles, *RMAL*, I, 1945, págs. 221-236.
[89] LOT (Ferdinand), A quelle époque a-t-on cessé de parler latin?, *Bulletin Du Cange*, VI, 1931, págs. 97-159.

[90] Loyen (André), *Sidoine Apollinaire et l'esprit précieux en Gaule aux derniers jours de l'Empire*, París, 1943.
[91] Loyen (André), *Recherches historiques sur les panégyriques de Sidoine Apollinaire*, París, 1942.
[92] Manitius (M.), *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters*, Munich, 1911-31, 3 vols.
[93] Marrou (Henri-Irénée), *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité*, París, 1948 (5.ª ed., 1960).
[94] Marrou (H.-I.), La place du haut Moyen Age dans l'histoire du christianisme, *Settimane...*, IX, 1961, págs. 595-630.
[95] Momigliano (Arnaldo), Cassiodorus and Italian culture of his time, *Proceedings of the British Academy*, XLI, 1955, págs. 218-245.
[96] Pirenne (Henri), De l'état de l'instruction des laïques à l'époque mérovingienne, *RBPH*, XLIII, 1934, págs. 164-177.
[97] Riché (Pierre), *Éducation et culture dans l'Occident barbare (VI^e-VIII^e siècles)*, París, 1962.
[98] Riché (Pierre), La survivance des écoles publiques en Gaule au v^e siècle, *MA*, LXIII, 1957, págs. 421-436.
[99] Roger (Maurice), *L'enseignement des lettres classiques d'Ausone à Alcuin*, París, 1905.
[100] Schanz (Martin), *Geschichte der römischen Literatur*, IV, Munich, 1914-1920, 2 vols.
[101] Stevens (C. E.), *Sidonius Apollinaris and his age*, Oxford, 1933.
[102] Tardi (D.), *Fortunat, Étude sur un dernier représentant de la poésie latine dans la Gaule mérovingienne*, París, 1927.
[103] Vielliard (Jeanne), *Le latin des diplômes royaux et chartes privées de l'époque mérovingienne*, París, 1927.

II. Las invasiones. Generalidades

[104] Bloch (Marc), Sur les grandes invasions. Quelques positions de problèmes, *Revue de synthèse*, LX, 1940-45, págs. 55-81.
[105] Bloch (Marc), Les invasions, *Annales d'Histoire sociale*, 1945, I, págs. 34-46, y II, págs. 13-28.
[106] Courcelle (Pierre), *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques*, París, 1948.
[107] Courcelle (Pierre), Sur quelques textes littéraires relatifs aux grandes invasions, *RBPH*, XXXI, 1953, págs. 23-37.
[107 *bis*] Demougeot (Émilienne), Variations climatiques et invasions, *RH*, CCXXXIII, 1965, págs. 1-22.
[108] Fischer (J.), *Die Völkerwanderung im Urteil der zeitgenössischen kirchlichen Schriftsteller Galliens*, Heidelberg, 1948.
[108 *bis*] Hochholzer (Hans), Typologie und Dynamik der Völkerwanderung, *Die Welt als Geschichte*, XIX, 1959, págs. 129-145.
[109] Latouche (Robert), *Les grandes invasions et la crise de l'Occident au V^e siècle*, París, 1946.
[110] Latouche (Robert), Aspect démographique de la crise des grandes invasions, *Population*, II, 1947, págs. 681-690.
[111] Lot (Ferdinand), *Les invasions germaniques. La pénétration mutuelle du monde barbare et du monde romain*, París, 1935 (2.ª ed., 1945).
[112] Lot (F.), *Les invasions barbares*, París, 1937, 2 vols.
[113] Palanque (Jean Rémy), Saint Jerome and the Barbarians, en *A Monument to St. Jerome*, ed. F. X. Murphy, Nueva York, 1952, págs. 173-199.

[114] Riché (Pierre), *Les invasions barbares*, París, 1953 (col. « Que sais-je?»).
[114 *bis*] Stroheker (Karl Friedrich), *Germanentum und Spätantike*, Zurich y Stuttgart, 1965.

III. Los germanos

a) *Generalidades*

[115] Capelle (Wilhelm), *Das alte Germanien. Die Nachrichten der griechischen und römischen Schriftsteller*, Jena, 1937.
[116] Capelle (Wilhelm), *Die Germanen der Völkerwanderung, auf Grund der zeitgenössischen Quellen dargestellt*, Stuttgart, 1940.
[117] De Vries (Jan), *Kelten und Germanen*, Berna y Munich, 1960.
[118] Drögereit (Richard), Die Ausbreitung der nordwestdeutschen Küstenvölker über See, *Neues Archiv für Niedersachsen*, XXIII, 1951, págs. 229-250.
[119] Feits (Sigmund), *Germanen und Kelten in der antiken Überlieferung*, Halle, 1927 (2.ª ed., Baden, 1948).
[120] Gutenbrunner (Siegfried), *Germanische Frühzeit in den Beriehten der Antike*, Halle, 1939.
[121] Gutenbrunner (Siegfried), Jankuhn (H.), Laur (W.), *Wölker und Stämme Südostschleswigs im frühen Mittelalter*, Silesia, 1952.
[122] Hoops (Johannes), *Reallexicon der germanischen Altertumskunde*, Estrasburgo, 1911-19, 4 vols.
[123] Karsten (T. E.), *Les anciens Germains*, trad. F. Mossé, Paris, 1931.
[124] Melin (Bengt), *Die Heimat der Kimbern*, Upsala, 1960.
[125] Much (R.), *Die Germania des Tacitus*, Heidelberg, 1937.
[126] Reinerth (Hans), *Vorgeschichte der deutschen Stämme*, Leipzig y Berlín, 1940, 3 vols.
[127] Schmidt (Ludwig), *Geschichte der deutschen Stämme bis zum Ausgang der Völkerwanderung*: I. *Die Ostgermanen*, 2.ª ed., Munich, 1941; II. *Die Westgermanen*, 2.ª ed., Munich, 1938-40, 2 vols.
[128] Schütte (Gudmund), *Our Forefathers, the Gothonic nations*, Cambridge, 1929-1933, 2 vols.
[129] Schwarz (Ernst), *Goten, Nordgermanen, Angelsachsen. Studien zur Ausgliederung der germanischen Sprache*, Berna, 1951.
[130] Schwarz (E.), Probleme und Aufgaben der germanischen Stammeskunde, *Germanisch-romanische Monatsschrift*, 1955, págs. 97-115.
[131] Schwarz (E.), *Germanische Stammeskunde*, Heidelberg, 1956.
[131 *bis*] Schwarz (Ernst), *Germanische Stammeskunde zwischen den Wissenschaften*, Constanza y Stuttgart, 1967.
[132] Steinbach (Franz), *Studien zur westdeutsches Stammes- und Volksgeschichte*, Jena, 1926.
[133] Stroheker (K. F.), Die geschichtliche Stellung der ostgermanischen Staaten am Mittelmeer, *Saeculum*, XII, 1961, págs. 140-157.
[134] Svennung (J.), *Scadinavia und Scandia. Lateinisch-nordische Namenstudien*, Upsala, 1963.
[134 *bis*] Thompson (E. A.), *The Early Germans*, Oxford, 1965.
[135] Wenskus (Reinhart), *Stammesbildung und Verfassung. Das Werden der frühmittelalterlichen. Gentes*, Colonia y Graz, 1961.

b) *Civilización*

[136] Amira (Karl von), *Grundriss des germanischen Rechts*, 3.ª ed., Estrasburgo, 1913.

[137] Boudriot (Wilhelm), *Die altgermanische Religion in der amtlichen kirchlichen Literatur des Abendlandes vom V. bis XI. Jh.*, Bonn, 1928.
[138] Dannenbauer (Heinrich), Adel, Burg und Herrschaft bei den Germanen, *Historisches Jahrbuch*, LXI, 1941, págs. 1-50.
[139] Dannenbauer (H.), Hundertschaft, centena und huntari, *Historisches Jahrbuch*, LXII-LXIX, 1949, págs. 155-219.
[140] De Vries (Jan), *Altgermanische Religionsgeschichte*, 2.ª ed., Berlín, 1956-57, 2 vols.
[141] De Vries (J.), Das Königtum bei den Germanen, *Saeculum*, VII, 1956, págs. 289-309.
[142] Dumézil (Georges), *Les dieux des Germains*, París, 1959.
[143] Giesecke (Heinz Eberhart), *Die Ostgermanen und der Arianismus*, Leipzig, 1939.
[144] Grierson (Philip), Election and inheritance in early germanic Kingship, *Cambridge Historical Journal*, VII, 1941, págs. 1-12.
[145] Gutenbrunner (Siegfried), *Die germanischen Götternamen der antiken Inschriften*, Halle, 1936.
[146] Kroeschell (Karl), Die Sippe im germanischen Recht, *ZRG, Germ. Abt.*, LXXVII, 1960, págs. 1-25.
[147] Kuhn (Hans), Die Grenzen der germanischen Gefolgschaft, *ZRG, Germ. Abt.*, LXXIII, 1956, págs. 1-83.
[148] Musset (Lucien) y Mossé (Fernand), *Introduction à la runologie*, París, 1965.
[149] Rosenfeld (Hellmut), Buch, Schrift und lateinische Sprachkenntnis bei den Germanen vor der christlichen Mission, *Rheinisches Museum*, XCV, 1952, págs. 193-209.
[150] Thompson (E. A.), Christianity and the Northern Barbarians, en *The conflict between paganism and christianity in the fourth century*, ed. A. Momigliano, Oxford, 1963, págs. 56-78.

c) *Arqueología*

[151] Åberg (Nils), *The Occident and the Orient in the Art of the seventh century*, Estocolmo, 1943-47, 3 vols.
[152] Åberg (Nils), *Den historiska relationen mellan folkvandringstid och Vendeltid*, Estocolmo, 1953.
[153] Holmqvist (Wilhelm), *Kunstprobleme der Merowingerzeit*, Estocolmo, 1939.
[154] Holmqvist (W.), *Germanic Art during the first millennium A. D.*, Estocolmo, 1955.
[154 *bis*] Hubert (Jean), Porcher (Jean), Volbach (W. F.), *L'Europe des Invasions*, París, 1967 (col. «L'Univers des Formes»).
[155] [Mariën (M. E.)], *L'art mérovingien, Musées Royaux d'Art et d'Histoire*, Bruselas, 1954.
[155 *bis*] Otto (Karl Heinz), *Bibliographie zur archäologischen Germanenforschung. Deutschsprachige Literatur, 1941-1955*, Berlín, 1966.
[156] Salin (Bernhard), *Die altgermanische Thierornamentik*, Berlín y Estocolmo, 1904 (reimp., 1935).
[157] Tischler (Fr.), Der Stand der Sachsenforschung, archäologisch gesehen, *35. Bericht der röm.-germ. Kommission*, 1954, págs. 21-215.

d) *Onomástica*

[158] Förstemann (E.), *Altdeutsches Namenbuch*, Bonn, 1900-1916.

[159] Polenz (Peter von), *Landschafts-und Bezirksnamen im frühmittelalterlichen Deutschland*, Marburgo, 1961 y sigs.
[160] Schönfeld (M.), *Wörterbuch der altgermanischen Personen- und Völkernamen*, Heidelberg, 1911.
[161] Schwarz (Ernst), *Deutsche Namenforschung*, Gottinga, 1950, 2 vols.
[162] Woolf (Henry B.), *The old germanic principles of name-giving*, Baltimore, 1939.

IV. Los godos

a) *Generalidades, Orígenes*

[163] (An.) I Goti in Occidente, *Settimane...*, III, 1956.
[163 *bis*] Giunta (Francesco), I Goti e la Romanità, dans *Nuove questioni di storia medioevale*, Milán, 1964, págs. 37-56.
[164] Klein (K. K.), Frithigern, Athanarich und die Spaltung des Westgotenvolkes am Vorabend des Hunneneinbruchs, *Südostforschung*, XIX, 1960, págs. 34-51.
[165] Mansion (J.), Les origines du christianisme chez les Goths, *Analecta Bollandiana*, XXXII, 1914, págs. 5-30.
[166] Oxenstierna (Eric Graf), *Die Urheimat der Goten*, Leipzig y Estocolmo, 1948.
[167] Rosenfeld (H.), Ost-und Westgoten, *Die Welt als Geschichte*, XVII, 1957, págs. 245-258.
[168] Schwarz (Ernst), Die Krimgoten, *Saeculum*, IV, 1953, págs. 154-164.
[169] Schwarz (E.), Die Urheimat der Goten und ihre Wanderung ins Weichselland und nach Südrussland, *Saeculum*, IV, 1953, págs. 13-26.
[170] Thompson (E. A.), The Passio S. Sabae and early visigothic Society, *Historia*, IV, 1955, págs. 331-338.
[171] Thompson (E. A.), Early Visigothic Christianity, *Latomus*, XXI, 1962, págs. 505-519 y 794-810.
[172] Thompson (E. A.), The Visigoths from Fritigern to Euric. *Historia*, XV, 1963, págs. 105-126.
[172 *bis*] Thompson (E. A.), The Visigoths in the time of Ulfila, *Nottingham Medieval Studies*, V, 1961, págs. 3-32.
[173] Vasiliev (A. A.), *The Goths in Crimea*, Cambridge (Mass.), 1936.
[173 *bis*] Wagner (Norbert), *Getica. Untersuchungen zum Leben des Jordanes und zur frühen Geschichte der Goten*, Berlín, 1967.
[174] Wüst (Walther), Goten in Indien?, en Fr. Altheim, *Geschichte der Hunnen* (n.º 549), t. III, págs. 141-189.

b) *Cultura gótica*

[175] Fuchs (Siegfried), *Kunst der Ostgotenzeit*, Berlín, 1944.
[176] Lambert (Élie), La tradition visigothe en Occident et dans l'art omeiyade d'Espagne, *Annales du Midi*, LXV, 1953, págs. 295-300.
[177] Marchand (James W.), Notes on gothic manuscripts, *Journal of English and German Philology*, LVI, 1957, págs. 213-224.
[177 *bis*] Stutz (Elfriede), *Gotische Literaturdenkmäler*, Stuttgart, 1966.
[178] Mossé (Fernand), *Manuel de la langue gotique*, 2.ª ed., París, 1956.
[178 *bis*] Palol Salellas (Pedro de), *Arqueología paleocristiana y visigoda*, Zaragoza, 1954.

[179] Mossé (F.), Bibliographia Gotica, *Mediaeval Studies*, XII, 1950, págs. 237-324, y XIX, 1957, págs. 174-196.
[180] Plate (Rudolf), *Geschichte der gotischen Literatur*, Berlín, 1931.
[181] Schlunk (Helmut), Arte visigodo, en *Historia Universal del Arte Hispánico*, II, Madrid, 1947.

c) *Los visigodos en Aquitania y en España*

[182] Abadal y de Vinyals (Ramón), *Del reino de Tolosa al reino de Toledo*, Madrid, 1960.
[183] Broëns (Maurice), Los francos y el poblamiento de la península Ibérica durante los siglos VI y VII, *Ampurias*, XVII-XVIII, 1955-1956, págs. 59-77.
[184] Broëns (M.), Le peuplemente germanique de la Gaule entre la méditerranée et l'Océan, *Annales du Midi*, LXVIII, 1956, págs. 17-38.
[185] Castro (Américo), *La realidad histórica de España*, México, 1954.
[185 *bis*] Fontaine (Jacques), Conversion et culture chez les Wisigoths d'Espagne, *Settimane...*, XIV, 1966, págs. 87-147
[186] Gamillscheg (Ernst), Historia lingüística de los visigodos, *Revista de Filología Española*, XX, 1932, págs. 118-150 y 229-260.
[187] García Gallo (Alfonso), El carácter germánico de la épica y del derecho en la Edad Media española, *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXV, 1955, págs. 583-679.
[188] Grosse (Roberto), *Las fuentes de la época visigoda y bizantina*, Barcelona, 1947 (*Fontes Hispaniae Antiquae*, IX).
[189] Lantier (Raymond), Le cimetière wisigothique d'Estagel, *Gallia*, I, 1943, págs. 153-188, y *CRAI*, 1947, págs. 226-235; 1948, págs. 154-163.
[190] Lantier (R.), La céramique wisigothique, en *Les invasions barbares et le peuplement de l'Europe*, París, 1953, págs. 23-34.
[191] Lot (Ferdinand), La Vita Viviani et la domination visigothique en Aquitaine, en *Mélanges P. Fournier*, París, 1929, págs. 467-477.
[192] Loyen (André), Les débuts du royaume wisigoth de Toulouse, *Revue des Études latines*, XII, 1934, págs. 406-415.
[193] Menéndez Pidal (Ramón), *Historia de España*, III. *España visigoda*, Madrid, 1940.
[194] Miles (G. G.), *The coinage of the Visigoths of Spain*, Nueva York, 1952.
[195] Reinhart (Wilhelm), La tradición visigoda en el nacimiento de Castilla, en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, Madrid, I, 1950, págs. 535-554.
[196] Reinhart (W.), Über die Territorialität der westgotischen Gesetzbücher, *ZRG, Germ. Abt.*, LXVIII, 1951, págs. 348-354.
[197] Stroheker (K. F.), *Eurich, König der Westgoten*, Stuttgart, 1937.
[198] Thompson (E. A.), The settlement of the Barbarians in Southerm Gaul, *JRS*, XLVI, 1956, págs. 65-75.
[199] Thompson (E. A.), The conversion of the Visigoths to catholicism, Nottingham Medieval Studies, IV, 1960, págs. 4-35.
[199 bis] Thompson (E. A.), The Barbarian Kingdoms in Gaul and Spain, *ibid.*, VII, 1963, págs. 3-33.
[200] Wohlhaupter (Eugen), Das germanische Element im altspanischen Recht, *ZRG, Germ. Abt.*, LXVI, 1948, págs. 166-173.
[201] Yver (Georges), Euric, roi des Wisigoths, en *Études d'histoire du Moyen Age dédiées à Gabriel Monod*, París, 1896, págs. 11-46.
[202] Zeiss (Hans), *Die Grabfunde aus dem spanischen Westgotenreich*, Berlín y Leipzig, 1934.
[203] Zeumer (Karl), Geschichte der westgotischen Gesetzgebung, *NA*, XXIII, 1898, págs. 419-516, y XXIV, 1899, págs. 39-122.

[204] ZEUMER (K.), Die Chronologie der westgotenkönige von Toledo, *NA*, XXVII, 1901, págs. 411-444.

d) *La Italia ostrogoda*

[205] ÅBERG (Nils), *Die Goten und Langobarden in Italien*, Upsala, 1923.
[206] CECCHELLI (Carlo), L'arianesimo e le chiese ariane d'Italia, *Settimane...*, VII, 1959, págs. 743-774.
[207] DEGANI (Mario), *Il tesoro romano-barbarico di Reggio Emilia*, Florencia, 1959.
[208] ENSSLIN (Wilhelm), *Theoderich der Grosse*, Munich, 1947 ; 2.ª ed., 1959.
[209] KRAUS (F. F.), *Die Munzen Odovacars und des Ostgotenreiches in Italien*, Halle, 1928.
[209 *bis*] LAMMA (Paolo), *Teodorico*, Brescia, 1951.
[210] MOMMSEN (Theodor), Ostgotische Studien, *NA*, XIV, 1889, págs. 451-544 (= *Gesammelte Schriften*, VI, 1910, págs. 362-484).
[211] REY (Maurice), Théodoric le Grand, en *Hommes d'État*, ed. Duff & Galy, París, 1936, t. 1, págs. 421-511.
[212] SCHMIDT (Ludwig), Die letzten Ostgoten, *Abhandl. der preuss. Akad. der Wiss., Phi-Hist. Klasse*, 1943, n.° 10.
[213] VAN DER VYVER (A.), Cassiodore et son oeuvre, *Speculum*, VI, 1931, págs. 244-292.
[214] VISMARA (Giulio), Romani e Goti di fronte al diritto nel regno Ostrogoto, *Settimane...*, III, 1955, págs. 409-463.
[215] WREDE (Ferdinand), *Über die Sprache der Ostgoten in Italien*, Estrasburgo, 1891.
[216] ZEILLER (Jacques), Étude sur l'arianisme en Italie à l'époque ostrogotique et à l'époque lombarde, *MAHR*, XXV, 1905, págs. 127-146.

e) *El eco literario de la grandeza gótica*

[217] BRADY (Caroline), *The Legends of Ermanaric*, Berkeley, 1948.
[218] MENÉNDEZ PIDAL (R.), *Floresta de leyendas heroicas españolas. Rodrigo, el último godo*, I, Madrid, 1942.
[219] VRIES (Jan de), Theoderich der Grosse, *Germanisch-romanische Monatsschrift*, XLII, 1961, págs. 319-330.
[220] ZINK (Georges), *Les légendes héroiques de Dietrich et d'Ermrich dans les littératures germaniques*, Lyón y París, 1950.

V. Los BURGUNDIOS

[220 *bis*] BECK (Marcel), Bemerkungen zur Geschichte des ersten Burgundenreiches, *Schweizerische Zeitschrift für Geschichte*, XIII, 1963, págs. 433-534.
[221] BESSON (M.), *L'art barbare dans l'ancien diocèse de Lausanne*, Lausana, 1909.
222] BLONDEL (Louis), Le prieuré Saint-Victor, les débuts du christianisme et la royauté burgonde à Genève, *Bull. de la Soc. d'Hist. et d'Archéol. de Genève*, XI, 1958, págs. 211-258.
[223] CHAUME (Maurice), *Les origines du duché de Bourgogne*, Dijon, 1925, 4 vols.
[224] COVILLE (Alfred), *Recherches sur l'histoire de Lyon du V^e au IX^e siècle*, París, 1928.
[225] DUPARC (Pierre), La Sapaudia, *CRAI*, 1958, págs. 371-383.
[226] JAHN (A.), *Geschichte der Burgundionen und Burgundiens bis zum Ende der 1. Dinastie*, Halle, 1874, 2 vols.

[227] Köhler (G.), Die Bekehrung der Burgunden zum Christentum, *Zeitschrift für Kirchengeschichte*, LVIII, 1938, págs. 227-243.
[228] Lot (Ferdinand), Les limites de la Sapaudia, *Revue savoisienne*, LXVII, 1935, págs. 146-156.
[229] Martin (P. E.), Le problème de la Sapaudia, *Rev. suisse d'histoire*, XVIII, 1933, págs. 183-205.
[230] Perrenot (Th.), *La toponymie burgonde*, París, 1942.
[231] Sauter (Marc R.) y Moeschler (Pierre), Caractères dentaires mongoloïdes chez les Burgondes de la Suisse occidentale, *Archives des Sciences*, XIII, 1960, págs. 387-426.
[232] Zeiss (Hans), Studien zur Grabfunden aus dem Burgundenreich an der Rhone, *Sitzungsber. der Bayer. Akad. der Wiss., Phil.-Hist. Klasse*, 1938.

VI. Los vándalos

[233] Courtois (Christian), *Les Vandales et l'Afrique*, París, 1955.
[234] Courtois (C.), Les Vandales, en Ch. A. Julien, *Histoire de l'Afrique du Nord*, t. I, París, 1951.
[235] Frend (W. H. C.), [The Vandals and Africa], *JRS*, XLVI, 1956, págs. 161-166.
[236] Gautier (Ernest Félix), *Genséric roi des Vandales*, París, 1932.
[237] Giunta (Federico), *Genserico e la Sicilia*, Palermo, 1958.
[238] Heuberger (R.), Vandalische Reichkanzlei und Königsurkunden. *Mitteilungen des Inst. für Österreich. Geschichtsforschung*, XI, 1929, págs. 76-113.
[238 *bis*] Julien (Charles-André), *Histoire de l'Afrique du Nord*, 2.ª ed., t. I, París, 1951.
[239] Le Gall (Joël), L'itinéraire de Genséric, *Rev. de Philologie*, X, 1936, págs. 268-273.
[240] Martroye (Félix), *Genséric, la conquête vandale et la destruction de l'Empire d'Occident*, París, 1907.
[241] Martroye (F.), *L'Occident à l'époque byzantine, Goths et Vandales*, París, 1937.
[242] Pallasse (Maurice), Moyen Age Vandale en Afrique du Nord. Autour des Tablettes Albertini, *RMAL*, X, 1954, págs. 161-168.
[243] Schmidt (Ludwig), *Geschichte der Wandalen*, 2.ª ed., Munich, 1942.
[244] Wrede (Ferdinand), *Über die Sprache der Wandalen*, Estrasburgo, 1886.

VII. Los lombardos y la Italia lombarda

[244 *bis*] [An.] *Problemi della civiltà e dell'economia longobarda, scritti... raccolti da* A. Tagliaferri, Milán, 1964.
[245] Bethmann (L.), Holder-Egger (O.), Langobardische Regesten, *NA*, III, 1878, págs. 225-318.
[246] Blassel (C.), Der Übertritt der Langobarden zum Christentum, *Archiv für katholisches Kirchenrecht*, LXXXII, 1903, págs. 577-619.
[247] Bognetti (Gian Piero), Longobardi e Romani, en *Studi in onore di E. Besta*, Roma, 1939, págs. 353-410.
[248] Bognetti (G. P.), Sul tipo e il grado di civiltà dei Longobardi in Italia, en *Art du Moyen Age dans la région alpine*, Olten, 1954, págs. 41-75.
[249] Bruckner (Wilhelm), *Die Sprache der Langobarden*, Estrasburgo, 1895.
[250] Duchesne (Louis), Les évêchés d'Italie et l'invasion lombarde, *MAHR*, XXIII, 1903, pág. 83 y XXV, 1905, pág. 365.

[251] Löfstedt (Bengt), *Studien über die Sprache der langobardischen Gesetze*, Estocolmo, 1961.
[252] Schaffran (E.), *Die Kunst der Langobarden*, Jena, 1941.
[253] Werner (Joachim), Longobardischer Einfluss in Süddeutschland während des 7. Jh. im Lichte archäologischen Funde, en *Atti del 1.° Congresso di Studi Longobardi*, Espoleto, 1951, págs. 521-524.
[254] Werner (J.), Die Langobarden in Pannonien, *Abhandl. der Bayr. Ak. der Wiss., Phil.-Hist. Klasse*, N. F., n.° 55 A, 1962.

VIII. Los francos

a) *Generalidades y orígenes. Clodoveo*

[255] Bloch (Marc), La conquête de la Gaule par les rois francs, *RH*, CLVII, 1927, págs. 161-178.
[256] Courcelle (Pierre), Le titre d'Auguste décerné à Clovis, *Bull. Soc. Nat. Antiq. France*, 1948-49, págs. 46-57.
[257] De Boone (W. J.), *De Franken van hun eerste optreden tot de dood van Childerik*, Amsterdam, 1954.
[258] Ewig (Eugen), Die civitas Ubiorum, die Francia Rinensis und das Land Ribuarien, *Rheinische Vierteljahrsblätter*, *XIX*, 1954, págs. 1-29.
[259] Halphen (Louis), Grégoire de Tours, historien de Clovis, en *Mélanges Ferd. Lot*, París, 1925, págs. 235-244.
[260] Kurth (Godefroid), *Clovis*, 3.ª ed., Bruselas, 1923, 2 vols.
[261] Kurth (G.), *Études franques*, París y Bruselas, 1919, 2 vols.
[262] Levillain (Léon), La crise des années 507-508 et les rivalités d'influence en Gaule de 508 à 514, en *Mélanges N. Iorga*, París, 1933, págs. 537-567.
[263] Levillain (L.), La conversion et le baptême de Clovis, *Rev. d'Hist. de l'Église de France*, XXI, 1935, págs. 161-192.
[264] Lot (Ferdinand), La conquête du pays d'entre Seine et Loire par les Francs. La ligue armoricaine et les destinées du duché du Maine, *RH*, CLXIV, 1930, págs. 242-253.
[265] Lot (F.), *Naissance de la France*, París, 1948.
[266] Schmidt (Ludwig), Aus den Anfängen des salfränkischen Königtums, *Klio*, XXXIV, 1942, págs. 306-327.
[267] Stroheker (K. F.), Zur Rolle der Heermeister fränkischer Abstammung im späten 4. Jh., *Historia*, IV, 1955, págs. 314-330.
[267 *bis*] Tessier (Georges), *Le baptême de Clovis*, París, 1964.
[267 *ter*] Tessier (G.), La conversion de Clovis et la christianisation des Francs, *Settimane...*, XIV, 1966, págs. 149-189.
[268] Van der Vyver (André), La victoire contre les alamans et la conversion de Clovis, *RBPH*, XV, 1936, págs. 859-914.
[269] Van der Vyver (A.), La chronologie du règne de Clovis d'après la légende et d'après l'histoire, *MA*, LIII, 1947, págs. 177-196.
[270] Verlinden (Charles), De Franken en Aetius, *Bijdragen tot de Geschiedenis Nederlanden*, I, 1946, págs. 1-15.
[271] Verlinden (C.), Frankish colonization: a new approch, *Transact. of the Royal Hist. Soc.*, 1954.

b) *Los problemas de la frontera lingüística*

[272] Bloch (Marc), Peuplement et régime agraire, *Rev. de synthèse hist.*, XLII, 1926, págs. 93-99.

[273] Des Marez (G.), Le problème de la colonisation franque et du régime agraire dans la Basse-Belgique, *Mém. Acad. royale de Belgique*, in-4.°, 2.ª s., IX, 1926.
[274] Dhondt (Jan), Essai sur l'origine de la frontière linguistique, *L'Antiquité classique*, XVI, 1947, págs. 261-286, y XXI, 1952, págs. 107-122.
[275] Faider-Feytmans (Germaine), La frontière du Nord de la Gaule sous le Bas-Empire, en *Mélanges J. Marouzeau*, París, 1948, págs. 161-172.
[276] Gamillscheg (Ernst), Germanische Siedlung in Belgien und Nordfrankreich. Die fränkische Einwanderung und junggermanische Zuwanderung, *Abhandl. der Preuss. Akad. der Wiss., Ph.-Hist. Klasse*, 1937.
[277] Gysseling (Maurits), La genèse de la frontière linguistique dans le Nord, de la Gaule, *Revue du Nord*, XLIV, 1962, págs. 5-37.
[278] Heurgon (J.), L'hypothèse du limes belgicus, état présent de la question, *Revue du Nord*, XXIX, 1947, págs. 212-216.
[279] Jungandreas (Wolfgang), Ein romanischer Dialekt an der Mosel zwischen Eifel und Hunsrück, *Zeitschrift für romanische Philologie*, LXXI, 1955, págs. 414-421.
[280] Kurth (Godefroid), *La frontière linguistique en Belgique et dans le Nord de la France*, Bruselas, 1896-1898, 2 vols.
[281] Petri (Franz), *Germanische Volkserbe in Wallonien und Nordfrankreich*, Bonn, 1937, 2 vols.
[282] Petri (F.), Zum Stand der Diskussion über die fränkische Landnahme und die Entstehung der germanisch-romanische Sprachengrenze, *Rheinische Viertelsjahrblätter*, XV-XVI, 1950-51, págs. 39-86.
[283] Stengers (J.), *La formation de la frontière linguistique en Belgique ou de la légitimité de l'hypothèse historique*, Bruselas, 1959.
[284] Vannerus (J.), Le limes et les fortifications gallo-romaines de Belgique. Enquête toponymique, *Mém. Acad. royale de Belgique, Classe des Lettres*, 1943.
[285] Verlinden (Charles), *Les origines de la frontière linguistique en Belgique et la colonisation franque*, Bruselas, 1955.
[286] Wartburg (Walther von), *Umfang und Bedeutung der germanischen Siedlung in Nordgallien im 5. und 6. Jh. im Spiegel der Sprache und Ortsnamen*, Berlín, 1950.

c) *Arqueología de la Galia en la alta Edad Media*

[287] Arbman (Holger), Verroterie cloisonnée et filigrane, *Kungl. humanistiska vetenskapssamfundet i Lund. Årsberättelse*, 1949-50, págs. 136-172.
[288] Audy (Jean) y Riquet (Raymond), La basilique cémétériale de Montferrand (Aude), contribution a l'étude du peuplement des grandes invasions, *CRAI*, 1961, págs. 185-204.
[289] Barrière-Flavy (M. C.), *Les arts industriels des peuples barbares de la Gaule*, Toulouse-París, 1901, 2 vols.
[290] Blanchet (Adrien), *Les trésors de monnaies romaines et les incursions germaniques en Gaule*, París, 1900.
[291] Böhner (Kurt), Archäologische Beiträge zur Erforschung der Frankenzeit am Niederrheim, *Rheinische Vierteljahrsblätter*, XV-XVI, 1950-51, páginas 19-38.
[292] Butler (R. M.), Late Roman Town Walls in Gaul, *The Archaeological Journal*, CXVI, 1959, págs. 25-50.
[293] Cochet (abate), *La Normandie souterraine. Sépultures gauloises, romaines, franques et normandes*, París, 1854.

[294] Cochet (abate), *Le tombeau de Childéric I^er, roi des Francs, restitué à l'aide de l'archéologie*, París, 1859.
[295] Dhondt (Jan), de Laet (S. J.), Hombert (P.), Quelques considérations sur la fin de la domination romaine et les débuts de la colonisation franque en Belgique, *L'Antiquité classique*, XVII, 1948, págs. 150-156.
[296] Faider-Feytmans (G.), L'aire de dispersion des cimetières mérovingiens en Belgique, en *Études mérovingiennes*, París, 1953, págs. 103-109.
[297] France-Lanord (Albert), Un cimetière de lètes à Cortrat (Loiret), *RA*, 1963, I, págs. 15-35.
[298] France-Lanord (A.) y Fleury (Michel), Das Grab der Arnegundis in St-Denis, *Germania*, XL, 1962, págs. 241-359.
[299] Hubert (Jean), *L'Art pré-roman*, París, 1938.
[300] Knögel (E.), Schriftquellen zur Kunstgeschichte der Merovingerzeit, *Bonner Jahrbücher*, CXL-CXLI, 1936, págs. 1-258.
[301] Lantier (Raymond), Un cimetière du IV^e siècle (Vert-la-Gravelle), *L'Antiquité classique*, XVII, 1949, págs. 373-401.
[302] Lantier (R.) y Hubert (J.), *Les origines de l'art français*, París, 1947.
[303] Lindenschmidt (Ludwig), *Handbuch der deutschen Alterlumskunde*: I. *Alterlümer der merowingischen Zeit*, Brunswick, 1880-89.
[304] Roblin (Michel), Cités ou citadelles? Les enceintes romaines du Bas-Empire d'après l'exemple de Paris, *REA*, LIII, 1951, págs. 301-311.
[305] Salin (Édouard), Sur le peuplement des marches de l'Est après les grandes invasions, *CRAI*, 1945, págs. 498-504.
[306] Salin (É.), *Manuel des fouilles archéologiques*: *I. Les fouilles de sépultures du V^e au VIII^e siècle*, París, 1946.
[307] Salin (É.), Les techniques de la damasquinure en Gaule mérovingienne, *Gallia*, IX, 1951, págs. 31-52.
[308] Salin (É.), *La civilisation mérovingienne*, París, 1949-1959, 4 vols.
[309] Salin (É.) y France-Lanord (A.), *Le fer à l'époque mérovingienne. Étude technique et archéologique*, París, 1943.
[310] Werner (Joachim), *Münzdatierte austrasische Grabfunde*, Berlín y Leipzig, 1935.
[311] Werner (J.), Zur Entstehung der Reihengräberzivilisation, *Archaelogia Geographica*, I, 2, 1950, págs. 23-32.
[311 *bis*] Werner (J.), Frankish Royal Tombs in the Cathedral of Cologne and St. Denis, *Antiquity*, XXXVIII, 1964, págs. 201-216.
[312] Wuilleumier (P.), Audin (A.), Leroi-Gourhan (A.), *L'eglise et la nécropole Saint-Laurent dans le quartier lyonnais de Choulans*, Lyón, 1949.
[313] Zeiss (H.), Die germanischen Grabfunde des frühen Mittelalters zwischen mittleren Seine und Loiremündung, *Bericht der röm.-germ. Kommission*, XXXI, 1941, págs. 5-174.

d) *Problemas de onomástica y lingüística en Galia*

[314] Dauzat (Albert), *La toponymie française*, París, 1939.
[315] Dauzat (A.), *Les noms de famille de France*, París, 1945.
[316] Gamillscheg (Ernst), *Romania Germanica. Sprach- und Siedlungsgeschichte der Germanen auf dem Boden des alten Römerreichs*, Berlín y Leipzig, 1934-36, 3 vols.
[317] Gröhler (H.), *Ursprung und Bedeutung der französischen Ortsnamen*, Heidelberg, 1913.
[318] Johnson (J.), *Étude sur les noms de lieu dans lesquels entrent les élémenst court, ville et villiers*, París, 1946.

[319] LEBEL (Paul), *Les noms de personnes*, Paris, 1946.
[320] LEGROS (Élisée), Le nord de la Gaule. Linguistique et toponymie, *Bull. Comm. roy. toponymie et dialectologie*, XVI, 1942, págs. 161-228.
[321] LONGNON (Auguste), *Les noms de lieu de la France*, Paris, 1920-29.
[322] LOT (Ferdinand), De l'origine et de la signification des noms de lieu en ville et en court, *Romania*, LIX, 1933, págs. 199-246.
[322 *bis*] LÜDTKE (Helmut), Die Entstehung romanischer Schriftsprache, *Vox Romanica*, XXIII, 1964, págs. 3-21.
[322 *ter*] NORBERG (Dag), A quelle époque a-t-on cessé de parler latin en Gaule?, *AESC*, XXI, 1966, págs. 346-356.
[323] ROBLIN (Michel), *Le terroir de Paris aux époques gallo-romaine et franque*, Paris, 1951.
[324] VINCENT (Auguste), *Toponymie de la France*, Bruselas, 1937.
[325] WARTBURG (W. von), *Die Entstehung der romanischen Völker*, Halle, 1939.

IX. LOS ANGLOSAJONES

a) *Orígenes. Generalidades*

[326] ÅBERG (Nils), *The Anglo-Saxons in England*, Upsala, 1926.
[327] BLAIR (Peter Hunter), *An Introduction to Anglo-Saxon England*, Cambridge, 1956.
[328] BLAIR (P. H.), The Origins of Northumbria, *Archaelogia Aeliana*, XXV, 1947.
[329] CHADWICK (H. M.), *The origin of the English Nation*, Cambridge, 1907.
[330] CHADWICK (Nora K.), *Studies in early British History*, Cambridge, 1954.
[331] CHADWICK-HAWKES (Sonia), Soldiers and Settlers in Britain, 4th to 5th century, *Medieval Archaeology*, V, 1961, págs. 1-70.
[332] CLARKE (R. Rainbird), *East Anglia*, Londres, 1960.
[333] COLLINGWOOD (R. G.), The Roman evacuation of Britain, *JRS*, 1922, págs. 74-89.
[334] COLLINGWOOD (R. G.), MYRES (J. N. L.), *Roman Britain and the English settlement*, Londres, 1936.
[335] COPLEY (Gordon J.), *The Conquest of Wessex in the sixth century*, Londres, 1954.
[336] CORDER (Philip). The re-organization of the defences of Romano-British towns in the 4th century, *Archaeological Journal*, LXII, 1955, págs. 20-42.
[337] CRAWFORD (O. G. S.), Cerdic's Landing-place, *Antiquity*, XXVI, 1952, páginas 193-200.
[338] DEMOUGEOT (Émilienne), Les invasions germaniques et la rupture des relations entre la Bretagne et la Gaule, *MA*, LXVIII, 1962, págs. 1-50.
[339] DRÖGEREIT (Richard), Sachsen und Angelsachsen, *Niedersächsisches Jahrbuch für Landesgeschichte*, XXI, 1949.
[339 *bis*] EVISON (Vera I.), *The fifth-century Invasions south of the Thames*, Londres, 1965.
[340] HAWKES (C. F. C.), The Jutes of Kent, en *Dark Age Britain* 361, páginas 91-111.
[341] HODGKIN (R. H.), *A History of the Anglo-Saxons*, 3.ª ed., Oxford, 1953, 2 vols.
[342] HOSKINS (W. G.), *The westward Expansion of Wessex*, Leicester, 1960.
[343] JACKSON (Kenneth), *Language and History in early Britain*, Edimburgo, 1953.

[344] JANKUHN (Herbert), The Continental home of the English, *Antiquity*, XXVI, 1952, págs. 14 y sigs.
[345] JOLIFFE (J. E. A.), *Pre-feudal England, The Jutes*, Oxford, 1933.
[346] LETHBRIDGE (T. C.), The Anglo-Saxon settlement in Eastern England, A reassessment, en *Dark Age Britain* (n.º 316), págs. 112-122.
[347] LOT (Ferdinand), Les migrations saxones en Gaule et en Grande-Bretagne, *RH*, CXIX, 1915, págs. 1-40.
[348] LOT (F.), De la valeur historique du « De excidio... » de Gildas, en *Mediaeval Studies in memory of G. S. Loomis*, 1927, págs. 229-264.
[349] LOT (F.), *Nennius et l'Historia Brittonum*, París, 1934.
[350] LOT (F.), Bretons et Anglais aux v^e^ et vi^e^ siècles, *Proceedings of the British Academy*, 1930.
[351] MYRES (J. N. L.), The « adventus Saxonum », en *Aspects of Archaeology, presented to O. G. S. Crawford*, Londres, 1951, págs. 221-241.
[352] MYRES (J. N. L.), Pelagius and the end of the Roman rule in Britain, *JRS*, L, 1960, págs. 21-36.
[353] SAYLES (G.), *The medieval foundations of England*, Londres, 1948.
[354] SISAM (Kenneth), Anglo-Saxon royal genealogies, *Proceedings of the British Academy*, XXXIX, 1953, págs. 287-348.
[355] STENTON (F. M.), *Anglo-Saxon England*, 2.ª ed., Oxford, 1947.
[356] STEVENS (C. E.), Gildas sapiens, *EHR*, LVI, 1941, págs. 353-373.
[357] SUTHERLAND (E. H. V.), Coinage in Britain in the 5th and 6th centuries, en *Dark Age Britain*, (n.º 361), págs. 3-10.
[358] WHITE (Donald A.), *Litus Saxonicum. The British Saxon Shore in scholarship and History*, Madison, 1961.
[359] WHITELOCK (Dorothy), *The beginnings of English Society*, Harmondsworth, 1952.
[360] WILSON (D. M.), *The Anglo-Saxons*, Londres, 1960.

b) *Arqueología*

[361] [An.], *Dark-Age Britain, Studies presented to E. T. Leeds*, ed. D. B. Harden, Londres, 1956.
[362] [BRUCE-MITFORD (R. L. S.)], *The Sutton-Hoo ship-burial. A provisional Guide*, 6.ª ed., Londres, 1957.
[363] FOX (Cyril), *Offa's Dyke*, Oxford, 1955.
[364] FOX (C. y Aileen), Wansdyke reconsidered, *The archaeological Journal*, CXV, 1958, págs. 1-48.
[365] JESSUP (R. F.), *Anglo-Saxon jewellery*, Londres, 1950.
[366] KENDRICK (T. D.), *Anglo-Saxon Art to A. D. 900*, Londres, 1938.
[367] LEEDS (E. T.), *The archaeology of the anglo-saxon settlement*, Oxford, 1913.
[368] LEEDS (E. T.), *Early anglo-saxon Art and Archaeology*, Oxford, 1936.
[369] LEEDS (E. T.), The distribution of the Angles and Saxons archaeologically considered, *Archaeologia*, XCI, 1945, págs. 1-106.
[370] MYRES (J. N. L.), Cremation and inhumation in anglo-saxon cemeteries, *Antiquity*, XVI, 1941.
[371] MYRES (J. N. L.), Some parallels to the anglo-saxon pottery of Holland and Belgium in the migration period, *L'Antiquité classique*, XVII, 1948, páginas 453 y sigs.
[372] MYRES (J. N. L.), Romano-Saxon Pottery, en *Dark Age Britain* [n.º 361], págs. 16-39.
[373] THOMPSON (J. D. A.), *Inventory of British Coin Hoards*, Londres, 1956.
[373 *bis*] WAINWRIGHT (F. T.), *Archeology and Place-Names and History*, Londres, 1962.

c) *Toponimia, linguística*

[374] EKWALL (Eilert), *The concise Oxford Dictionary of English Place-Names*, 4.ª ed., Oxford, 1960.
[375] FÖRSTER (Max), *Keltisches Wortgut im Englischen*, Halle, 1921.
[376] FÖRSTER (Max), *Der Flussname Themse und seine Sippe*, Munich, 1941.
[376 *bis*] GELLING (Margaret), Place-Names and Anglo-Saxon Paganism, *University of Birmingham Historical Journal*, VIII, 1961, págs. 7-25.
[377] JACKSON (Kenneth), The British Language during the period of the English settlement, en *Studies in Early British History* [n.º 330], págs. 60-82.
[378] MAWER (Allen), *The chief elements used in english place-names*, Cambridge, 1924.
[379] MOSSÉ (Fernand), *Esquisse d'une histoire de la langue anglaise*, Lyón, 1947.
[380] SMITH (A. H.), *English Place-Names elements*, Londres, 1956, 2 vols.
[381] SMITH (A. H.), Place-names and the anglo-saxon settlement, *Proceedings of the British Academy*, 1956, págs. 67-88.
[382] STENTON (F. M.), The historical bearing of place-names studies. A. anglo-saxon heathenism, *Transactions of the roy. hist. Soc.*, 1941, págs. 1-24.

X. PUEBLOS GERMÁNICOS DIVERSOS

Alamanes

[382 *bis*] DEMOUGEOT (Émilienne), Les martyrs imputés à Chrocus et les invasions alémanniques en Gaule méridionale, *Annales du Midi*, LXXIV, 1962, págs. 5-28.
[382 *ter*] LANGENBECK (Fritz), Zwei Ortsnamenprobleme aus der frühmittelalterlichen Elsass, *Beiträge zur Namenforschung*, N.F., I, 1966, págs.2-42.
[383] SCHWARZ (E.), Die Herkunft der Alamannen, *Vorträge und Forschungen*, ed. Th. Mayer, I, 1954, págs. 37-51.

Bávaros

[383 *bis*] BOSL (Karl), *Zur Geschichte der Bayern*, Darmstadt, 1965.
[383 *ter*] WERNER (Joachim), Die Herkunft der Bajuwaren und der «östlich-merowingische» Reihengräberkreis, dans *Aus Bayerns Frühzeit, Festschrift für F. Wagner*, Munich, 1963, págs. 229-250.

Frisios

[384] BOELES (P. C. J. A.), *Friesland tot de elfde eeuw*, 2.ª ed., La Haya, 1951.

Gépidos

[385] CSALLANY (D.), *Archäologische Denkmäler der Gepiden im Mitteldonaubecken*, Budapest, 1961.
[386] SEVIN (Heinrich), *Die Gepiden*, Munich, 1955.

Sajones en el continente

[387] EHMER (Helmut), *Die sächsischen Siedlungen auf dem französischen Litus Saxonicum*, Halle, 1937.
[388] LINTZEL (Martin), *Der sächsische Stammenstaat und seine Eroberung durch die Franken*, Berlín, 1933.
[389] LOISNE (Conde de), La colonisation saxonne dans le Boulonnais, *Mém. Soc. Nac. Antiq. France*, 1906, págs. 139-160.

[390] Salin (E.), Les traces d'industrie et de peuplement saxon ou anglo-saxon en Gaule mérovingienne, *RA*, 6e s., XXXII, págs. 917-925.

[391] Slicher van Bath (B. H.), Dutch tribal problems, *Speculum*, XXIV, 1949, págs. 319-338.
Véase también Tischler [n.º 157] y Lot [n.º 347].

Suevos

[392] Reynolds (R. L.), Reconsideration of the history of the Suevi, *RBPH*, XXXV, 1957, págs. 19-47.

XI. Estudios regionales sobre el occidente bárbaro

a) *Galia*

[393] Bergengruen (Alexander), *Adel und Grundherrschaft im Merowingerreich*, Wiesbaden, 1958.

[394] Bodmer (J. P.), *Der Krieger der Merowingerzeit und seine Welt*, Zurich, 1957.

[395] Boyer (Georges), Remarques sur la charte de Nizezius, en *Études d'hist. du Droit privé offertes à P. Petot*, París, 1959, págs. 39-48.

[396] Buchner (Rudolf), *Die Provence in merowingischer Zeit*, Stuttgart, 1933.

[397] De Laet (S. J.), Dhondt (Jan), Nenquin (J.), Les Laeti du Namurois et l'origine de la civilisation mérovingienne, en *Études d'histoire et d'archéologie Namuroises dédiées à F. Courtoy*, Gembloux, 1952, págs. 149-172.

[398] Dhondt (Jan), L'essor urbain entre Meuse et mer du Nord à l'époque mérovingienne, en *Studi in onore di A. Sapori*, Milán, 1957, págs. 57-78.

[399] Ewig (Eugen), *Die fränkischen Teilungen und Teilreiche, 511-613*, Wiesbaden, 1952.

[400] Ewig (E.), Volkstum und Volksbewusstsein im Frankenreich, *Settimane...*, V, 1957, págs. 587-648.

[400 *bis*] Favez (Charles), La Gaule et les Gallo-Romains lors des invasions du Ve siècle d'après Salvien, *Latomus*, XVI, 1957, págs. 77-83.

[400 *ter*] Faider-Feytmans (G.), *La Belgique à l'époque mérovingienne*, Bruselas, 1964.

[401] Fleury (Michel), Paris du Bas-Empire au début du XIIIe siècle, en *Paris, croissance d'une capitale*, París, 1961, págs. 73-96.

[401 *bis*] Fournier (Gabriel), *Les Mérovingiens*, París, 1966 (col. «Que sais-je?»).

[402] Garaud (Marcel), Le peuplement de Poitou et la conquête franque, *REA*, LII, 1950, págs. 90-102.

[403] Garaud (M.), Note sur la cité de Poitiers à l'époque mérovingienne, en *Mélanges L. Halphen*, París, 1951, págs. 271-279.

[404] Latouche (Robert), De la Gaule romaine à la Gaule franque, Aspects sociaux et économiques de l'évolution, *Settimane...*, IX, 1961, págs. 379-409.

[405] Lugge (Margret), *Gallia und Francia im Mittelalter*, Bonn, 1960.

[406] Maillé (marquesa de), *Recherches sur les origines chrétiennes de Bordeaux*, París, 1959.

[407] Prou (Maurice), *La Gaule mérovingienne*, París, 1897.

[407 *bis*] Wallace-Hadrill (J. M.), *The Long-haired Kings*, Londres, 1962.

b) *Renania, Germania*

[408] [An.], *Germania romana* : I. *Römerstädte in Deutschland* (*Gymnasium*, Beihefte, 1), Heidelberg, 1960.
[409] Böhner (Kurt), *Die fränkischen Altertümer des Trierer Landes*, Berlín, 1958, 2 vols.
[410] Büttner (Heinrich), Das Bistum Worms und der Neckarraum während des Früh- und Hochmittelalters, *Archiv für mittelrheinische Kirchengeschichte*, X, 1958, págs. 9-38.
[411] Demougeot (Émilienne), Note sur l'évacuation des troupes romaines en Alsace au début du v^e siècle, *Revue d'Alsace*, 1953, págs. 7-16.
[411 *bis*] Demougeot (Émilienne), La Gaule nord-orientale à la veille de la grande invasion germanique de 407, *RH*, CCXXXVI, 1966, págs. 17-46.
[412] Ewig (Eugen), *Trier im Merowingerreich, Civitas, Stadt, Bistum*, Tréveris, 1954.
[413] Dwig (E.), Civitas, Gau und Territorien in den trierischen Moselländern, *Rheinische Vierteljahrsblätter*, XVII, 1952, págs. 120-137.
[414] Frings (Th.), *Germania Romana*, Halle, 1932.
[415] Sprandel (Rolf), *Der merowingische Adel und die Gebiete östlich des Rheins*, Friburgo de Brisgovia, 1957.

c) *Suiza, Recia*

[416] Franken (M.), *Die Alamannen zwischen Iller und Lech*, Berlín, 1944.
[417] Heuberger (R.), Das ostgotische Rätien, *Klio*, XXX, 1937, págs. 77-109.
[418] Martin (Paul-Edmond), *Études critiques sur la Suisse à l'époque mérovingienne (534-715)*, París y Ginebra, 1910.
[419] Meyer-Marthaler (Elisabeth), *Rätien im frühen Mittelalter*, Zurich, 1948.
[420] Schmidt (Ludwig), Zur Geschichte Rätiens unter Herrschaft der Ostgoten, *Zeitschrift für schweizerische Geschichte*, XIV, 1934, págs. 451-459.
[421] Schmidt (L.), Zur Geschichte der alamannischen Besiedlung der Schweiz, *ibid.*, XVIII, 1938, págs. 369-379.

d) *España*

[422] David (Pierre), *Études historiques sur la Galice et le Portugal du VI^e au XII^e siècle*, Lisboa, 1947.
[423] Garvin (Joseph N.), *The Vitas Sanctorum Patrum Emeretensium*, Washington, 1946.
[424] Gibert (Rafael), El reino visigodo y el particularismo español, *Settimane...*, III, 1955, págs. 537-583.
[425] Messmer (Hans), *Hispania-Idee und Gotenmythus*, Zurich, 1960.

e) *África del Norte*

[426] Carcopino (Jérôme), Un empereur maure inconnu d'après une inscription latine découverte dans l'Aurès, *REA*, XLVI, 1944, págs. 94-120.
[427] Courtois (Christian), *Victor de Vita et son oeuvre*, Argel, 1954.
[428] Demougeot (Émilienne), Le chameau et l'Afrique du Nord romaine, *AESC*, XV, 1960, págs. 209-247.
[429] Diesner (H. J.), Die Lage der nordafrikanischer Bevölkerung im Zeitpunkt der Vandaleninvasion, *Historia*, XI, 1962, págs. 97-111.
[429 *bis*] Diesner (H. J.), *Der Untergang der römischen Herrschaft in Nordafrika* Weimar, 1964.
[430] Frend (W. H. C.), *The donatist Church*, Oxford, 1952.

[431] GAUTIER (E. F.), *Le passé de l'Afrique du Nord. Les siècles obscurs*, París, 1937.
[432] HEURGON (J.), *Le trésor de Ténès*, París, 1958.
[433] LAPEYRE (G. G.), *Saint Fulgence de Ruspe. Un évêque africain sous la domination vandale*, París, 1929.
[434] LEZINE (A.), PICARD (Mme. C.), PICARD (G.-Ch.), Observations sur la ruine des thermes d'Antonin à Carthage, *CRAI*, 1956, págs. 425-430.
[435] ROMANELLI (Pietro), *Storia delle provincie romane dell'Africa*, Roma, 1959.
[436] SALAMA (A.), Deux trésors monétaires du v^e siècle trouvés en Petite-Kabylie, *Bull. Soc. Nac. Antiq. France*, 1959, págs. 238-240.
[436 *bis*] TENGSTRÖM (E.), *Donatisten und Katholiken, Soziale, wirtschaftliche und politische Aspekte einer nordafrikanischen Kirchenspaltung*, Göteborg, 1964.
[437] ZEILLER (Jacques), L'arianisme en Afrique avant l'invasion vandale, *RH*, CLXXIII, 1934, págs. 535-541.

f) *Italia*

[438] BERTOLINI (O.), *Roma di fronte a Bisanzio e ai Longobardi* (*Storia di Roma*, IX), Roma, 1941.
[438 *bis*] BONFANTE (Giuliano), *Latini e Germani in Italia*, Brescia, 1959 (3.ª ed., 1965).
[438 *ter*] CHASTAGNOL (André), *Le Sénat romain sous le règne d'Odoacre*, Bonn, 1966.
[439] HARTMANN (Ludo-Moritz), *Geschichte Italiens im Mittelalter*, I, 2.ª ed., Gotha, 1923.
[440] HODGKIN (Thomas), *Italy and her invaders*, Oxford, 1880-99, 8 vols.
[441] PARIBENI (R.), *Da Diocleziano alla caduta del Impero d'Occidente* (*Storia di Roma*, VIII), Roma, 1941.
[442] PEPE (Gabriele), *Il medio evo barbarico d'Italia*, 3.ª ed., Turín, 1945.
[442 *bis*] RUGGINI (Lellia), *Economia e società nell' «Italia annonaria». Rapporti fra agricoltura e commercio dal IV al VI secolo d. C.*, Milán, 1961.

XII. PROBLEMAS DE CONTINUIDAD DEL IMPERIO ROMANO EN LA EDAD MEDIA

a) *Generalidades*

[443] [An.], Il passaggio dall'Antichità al Medioevo in Occidente, *Settimane...*, IX, 1961.
[444] AUBIN (Hermann), *Vom Altertum zum Mittelalter*, Munich, 1949.
[445] EWIG (Eugen), Résidence et capitale pendant le Haut Moyen Age, *RH*, CCXXX, 1963, págs. 25-72.

b) *Galia y Germanias*

[446] BÖHNER (Kurt), Die Frage der Kontinuität zwischen Altertum und Mittelalter im Spiegel der fränkischen Funde des Rheinlandes, *Trierer Zeitschrift*, XIX, 1950, págs. 82-106.
[447] GARAUD (Marcel), Le droit romain dans les chartes poitevines du IX^e au XI^e siècle, en *Mélanges G. Cornil*, Gante, 1926, I, págs. 399-424.

[448] GAUDEMET (Jean), Survivances romaines dans le droit de la monarchie franque du v^e au x^e siècle. *Tijdschrift voor Rechtsgeschiedenis*, XXIII, 1955, págs. 149-206.
[449] KURTH (Godefroid), Les sénateurs en Gaule au vi^e siècle, en *Études franques* (n.º 261), págs. 97-115.
[450] LEMARIGNIER (Jean-François), Les actes de droit privé de l'abbaye de Saint-Bertin au haut Moyen Age. Survivances et déclin du droit romain dans la pratique franque, *Rev. int. des droits de l'Antiquité*, V, 1950, págs. 35-72.
[451] LOT (Ferdinand), La nomination du comte à l'époque mérovingienne et la novelle 149 de Justinien, *RHD*, 1924, págs. 272-286.
[452] LOT (F.), Du régime de l'hospitalité, *RBPH*, VII, 1928, págs. 975-1011.
[453] PETRIKOVITS (Harald von), Das Fortleben römischer Städte an Rhein und Donau, *Trierer Zeitschrift*, XIX, 1950, págs. 73-81.
[454] REY (Raymond), La tradition gallo-romaine dans la civilisation méridionale jusqu'à l'invasion sarrasine, *Pallas*, II, 1954, págs. 155-175.
[455] RICHARD (Jean), Tribunal et notariat aux temps mérovingiens, *Annales de Bourgogne*, XXXIV, 1962, págs. 194-195.
[456] STROHEKER (K. F.), *Der senatorische Adel im spätantiken Gallien*, Tübingen, 1948.
[457] TARDIF (Joseph), Les chartes mérovingiennes de Noirmoutier, *RHD*, XXII, 1898, págs. 763-790.

c) *Suiza, Recia, Alemania*

[458] FELLMANN (Rudolf), Neue Forschungen zur Schweiz in spätrömischer Zeit, *Historia*, IV, 1955, págs. 209-219.
[459] LAUR-BELART (R.), The late limes from Basel to the lake of Constance, en *Third Congress of Roman Frontier Studies*, ed. E. Birley, Durham, 1952, págs. 55-67.
[460] MARTIN (P. E.), La fin de la domination romaine en Suisse, *Bull. Soc. hist. et archéol. de Genève*, XVI, 1935, págs. 3-30.
[460 *bis*] VETTERS (Hermann), Die Kontinuität von der Antike zum Mittelalter in Ostalpenraum, dans *Die Alpen in der europäischen Geschichte des Mittelalters*, Constanza y Stuttgart, 1965, págs. 29-48.

d) *Nórica, Panonia, Dacia*

[461] ALFÖLDI (Andreas), *Der Untergang der Römerherrschaft in Pannonien*, Berlín y Leipzig, 1924-26, 2 vols.
[462] IORGA (N.), *Histoire des Roumains et de la Romanité orientale*, II, Bucarest, 1937.
[463] JANDA (Anna), *Die Barschalken, Ein Beitrag zur Sozialgeschichte des Mittelalters*, Viena, 1926.
[464] KAPHAHN (Fritz), *Zwischen Antike und Mittelalter. Das Donau-Alpenland im Zeitalter St. Severins*, Munich, 1947.
[465] KOLLER (H.), Der Donauraum zwischen Linz und Wien im Mittelalter, *Hist. Jahrbuch der Stadt Linz*, 1960, págs. 11-53.
[466] LOZOVAN (Eugen), Byzance et la romanité scythique; Romains et Barbares sur le moyen Danube, en F. ALTHEIM, *Geschichte der Hunnen* (n.º 509), II, págs. 197-244.
[467] SCHWARZ (E.), Die bairische Landnahme um Regensburg im Spiegel den Völker- und Ortsnamen, *Beiträge zur Namenforschung*, I, 1949, pág. 70.

[468] Zibermayr (Ignaz), *Noricum, Baiern und Österreich. Lorch als Hauptstadt und die Einführung des Christentums*, Horn, 1956.

e) *España*

[468 *bis*] Balil (Alberto), Aspectos sociales del Bajo Imperio (s. IV-VI). Los senadores hispánicos, *Latomus*, XXIV, 1965, págs. 886-904.

[468 *ter*] Fontaine (Jacques), Die westgotische lateinische Literatur. Probleme und Perspektiven, *Antike und Abendland*, XII, 1966, págs. 63-87.

[469] Lacarra (José María), *Il tramonto della Romanità in Hispania*, Madrid y Roma, 1961.

[470] Sánchez-Albornoz (Claudio), *Ruina y extinción del municipio romano*, Buenos Aires, 1943.

[471] Sánchez-Albornoz (C.), El tributum quadragesimale. Supervivencias fiscales romanas en Galicia, en *Mélanges L. Halphen*, París, 1951, págs. 645-658.

[472] Sánchez-Albornoz (C.), Pervivencia y crisis de la tradición jurídica romana en la España goda, *Settimane...*, IX, 1961, págs. 128-199.

[472 *bis*] Sánchez-Albornoz (C.), *Estudios sobre las instituciones medievales españolas*, México, 1965.

f) *África del Norte*

[473] Carcopino (Jérôme), La fin du Maroc romain, *MAHR*, LVII, 1940, págs. 349-448.

[474] Courtois (C.), Grégoire VII et l'Afrique du Nord. Remarques sur les communautés chrétiennes d'Afrique au XI^e siècle, *RH*, CXLV, 1945, páginas 97-122 y 193-226.

[475] Gagé (Jean), Nouveaux aspects de l'Afrique chrétienne, *Annales de l'École des Hautes-Études de Gand*, I, 1937, págs. 181-230.

[476] Ménage (J.), *Le christianisme en Afrique. Déclin et extinction*, París y Argel, 1915.

[477] Piganiol (André), En marge des tablettes Albertini, en *Hommage à L. Febvre*, II, París, 1953, págs. 67-70.

[478] Rössler (Otto), Die lateinische Reliktwörter im Berberischen, *Beiträge zur Namenforschung*, XIII, 1962, págs. 258-262.

[479] Seston (William), Sur les derniers temps du christianisme en Afrique, *MAHR*, LIII, 1936, págs. 101-124.

g) *Italia*

[480] Bognetti (Gian Pietro), La continuità delle sedi episcopali e l'azione di Roma nel regno Longobardo, *Settimane...*, VII, 1959, págs. 415-454.

[481] Bognetti (G. P.), L'influsso delle istituzioni militari romane sulle istituzioni longobarde del sec. VI e la natura della « fara », *Atti del Congresso intern. di diritto romano, Verona, 1948*, t. IV, Milán, 1951, págs. 167-210.

[482] Cecchelli (Carlo), Continuità storica di Roma antica nell'alto medioevo, *Settimane...*, VI, 1958, págs. 89-149.

[483] Leicht (P. S.), Gli elementi romani nella costituzione longobarda, en *Scritti vari di storia del diritto italiano*, I, Milán, 1943.

[483 *bis*] Leicht (P. S.), Territori longobardi e territori romani, dans *Atti del I° Congresso di Studio longobardi*, Espoleto, 1951, págs. 177-202.

[484] Vaccari (Pietro), *Ricerche di storia giuridica*: I. *Il colonato romano e l'invasione longobarda*, Pavía, 1907.

XIII. Las migraciones de los pueblos celtas

a) *Generalidades, Gran Bretaña*

[484 *bis*] Dillion (Myles), Chadwick (Nora K.), *The Celtic Realms*, Londres, 1967.

[485] Marcus (G. J.), Factors in early celtic navigation, *Études celtiques*, VI, 1953-54, págs. 312-327.

[486] Ralegh Radford (C. A.), Imported Pottery found at Tintagel, Cornwall, en *Dark Age Britain* (n.º 361), págs. 59-70.

[487] Ridgeway, Niall « of the Nine Hostages », *JRS*, XIV, 1924, págs. 123-136.

[488] Stevens (C. E.), L'Irlande et la Bretagne romaine, *REA*, XLII, 1940, págs. 671-681.

[489] Vendryès (Joseph), Pharamond, roi de France, dans la tradition irlandaise, en *Mélanges Ferd. Lot.*, París, 1925, págs. 743-767.

[490] Wainwright (F. T.), *The Problem of the Picts*, Edimburgo, 1955.

b) *Armórica*

[491] Couffon (René), *Limites des cités gallo-romaines et fondation des évêchés dans la péninsule armoricaine*, Saint-Brieuc, 1943.

[492] Falch'un (François), Le breton, forme moderne du gaulois, *Annales de Bretagne*, LXII, 1955, págs. 202-213.

[493] Falch'un (F.), *Histoire de la langue bretonne d'après la géographie linguistique*, I, París, 1963.

[494] Fleuriot (J. L.), Recherches sur les enclaves romanes anciennes en territoire bretonnant, *Études celtiques*, VIII, 1958, págs. 164-178.

[494 *bis*] Fleuriot (J.-L.), *Dictionnaire des gloses en vieux-breton*, París, 1964.

[495] Giot (P. R.), Un type de céramique antique inédit de Cornouaille et d'ailleurs, *Annales de Bretagne*, LXII, 1955, págs. 164-178.

[496] Largillière (René), *Les saints et l'organisation chrétienne primitive dans l'Armorique bretonne*, Rennes, 1925.

[497] Loth (Joseph), *L'émigration bretonne en Armorique*, Rennes, 1883.

[498] Loth (J.), Les langues romane et bretonne en Armorique, *Revue celtique*, XXXVII, 1907, págs. 374-403.

[499] Reinach (Salomon), Les Francs et la Bretagne armoricaine, *RA*, 1928, I, págs. 246-253.

c) *España*

[500] David (Pierre), Étude sur les églises celtiques de Galice, en *Études Historiques sur la Galice* [n.º 422], págs. 57-63.

[500 *bis*] Bachrach (Bernard S.), The Alans in Gaul, *Traditio*, XXIII, 1967, págs. 476-489.

XIV. Los pueblos de la estepa

a) *Generalidades*

[501] Darkó (Eugène), Le rôle des peuples nomades cavaliers dans la transformation de l'Empire romain, *Byzantion*, XVIII, 1946-48, págs. 85-97.

[502] Grousset (René), *L'Empire des steppes*, París, 1939.

[503] Moravcsik (Gyula), *Byzantinoturcica*, 2.ª ed., Budapest, 1958, 2 vols.
[504] Sinor (Denis), Les Barbares, *Diogène*, n.º 18, 1957, págs. 52-68.
[505] Vernadsky (George), Der sarmatische Hintergrund der germanischen Völkerwanderung, *Saeculum*, II, 1951, págs. 340-392.
[506] Vernadsky (G.), The Eurasian nomads and their impact on medieval Europe, *Studi Medievali*, IV, 1963, págs. 401-434.

b) *Los hunos*

[507] Alföldi (Andreas), Attila, en *Menschen die Geschichte machten*, Viena, 1930, t. I, págs. 229-234.
[508] Altheim (Franz), *Attila und die Hunnen*, Baden-Baden, 1951.
[509] Altheim (F.), *Geschichte der Hunnen*, Berlín, 1959-62, 4 vols.
[510] Altheim (F.) y Haussig (H. W.), *Die Hunnen in Osteuropa, Ein Forschungsbericht*, Baden-Baden, 1958.
[511] Boor (H. de), *Das Attila-Bild in Geschichte, Legende und heroischer Dichtung*, Berna, 1932.
[512] Browning (R.), Where was Attila's Camp?, *Journal of Hellenic Studies*, LXXIII, 1953, págs. 143-145.
[513] Demougeot (Émilienne), Attila et les Huns, *Mém. de la Soc. d'Agric. de la Marne*, LXXIII, 1958, págs. 7-42.
[514] Gordon (C. D.), *The Age of Attila. Fifth century Byzantium and the Barbarians*, Ann Arbor, 1960.
[515] Hambis (L.), Le problème des Huns, *RH*, CCXX, 1958, págs. 249-270.
[516] Harmatta (J.), Hun Society in the Age of Attila, *Acta Archaeologica* (Budapest), 1952, págs. 277-305.
[517] Homeyer (H.), *Attila. Der Hunnenkönig von seinen Zeitgenossen dargestellt*, Berlín, 1951.
[518] Maenchen-Helfen (O.), Huns and Hsiung-Nu, *Byzantion*, XVII, 1944-45, págs. 222-243.
[519] Moór (Elemer), Zur Herkunft der Hunnen, *Beiträge zur Namenforschung*, XIV, 1963, págs. 63-104.
[519 *bis*] Parducz (M.), *Die ethnischen Probleme der Hunnenzeit in Ungarn* (*Studia Archaeologica*, I), Budapest, 1963.
[520] Thompson (E. A.), *A History of Attila and the Huns*, Oxford, 1948.
[521] Werner (Joachim), *Beiträge zur Archäologie des Attila-Reiches*, Munich, 1956.

c) *Los ávaros*

[522] Barišić, Le siège de Constantinople par les Avares et les Slaves en 626, *Byzantion*, XXIV, 1954, págs. 371-395.
[522 *bis*] Erdélyi (István), *L'art des Avars*, Budapest, 1966.
[523] Haussing (H. W.), Die Quellen über die zentralasiatische Herkfunft der europäischen Aweren, *Central Asiatic Journal*, II, 1956.
[524] Kollantz (Arnulf), *Quellenbuch zur Geschichte der Awaren*, Praga, 1944.
[525] Kollantz (A.), Die Awaren, *Saeculum*, V, 1954, págs. 129-153.
[526] Laruda (G.), Cronología de las guerras de Bizancio contra los ávaros y los eslavos a fines del siglo VI, *Byzantinoslavica*, XI, 1950, págs. 166-173.
[527] Lipták (P.), Avaren und Magyaren im Donau-Theiss Zwischenstromgebiet, *Acta Archaeologica Hungarica*, VIII, 1957, págs. 199-268.
[528] Reinecke (P.), Die archäologische Hinterlassenschaft des Awaren, *Germania*, XII, 1928, págs. 87-98.

NOTAS DE LA TERCERA PARTE

1. Véase II parte, Introducción: «Trabajo a realizar sobre las fuentes», pág. 149.
2. Las colecciones de extractos relativos a temas particulares se citan más adelante con las obras modernas, en sección II.
3. Se encontrarán más detalles sobre las fuentes jurídicas en el volumen de esta misma colección *Alta Edad Media occidental: los poderes.*

Cuadros cronológicos

Fechas	El Imperio		Germanos occidentales	Godos	Pueblos de la estepa
	En Oriente	En Occidente			
				341 : Ulfila, obispo de los godos	
350			358 : Los salios en Toxandria		
	364-378 : Valente	364-375 : Valentiniano I			
375		375-392 : Valentiniano II		375 : Los hunos destruyen el reino gótico de Ermanarico	
				376 : Los godos en el Imperio	
				378 : Batalla de Andrinópolis	
	379-395 : Teodosio	392-395 : Teodosio			
	395-408 : Arcadio	395-423 : Honorio			
400				397 : Los godos en Iliria	
			406 : Paso del Rin. Radagaiso en Italia		
	408-450 : Teodosio II				
			409 : Los vándalos en España		409 : Los alanos en España
				410 : Alarico en Roma	
				413 : Los visigodos en Aquitania	
				418 : Fundación del reino de Tolosa	
425		423-455 : Valentiniano III			
			429 : Los vándalos en África		434 : Atila, rey de los hunos
			436 : Destrucción del reino burgundio del Rin		
			439 : Genserico en Cartago		
			443 : Fundación del reino burgundio de Ginebra		
			449 : Hengist y Horsa en Inglaterra		

450	450-457 : Marciano				451 : Batalla de los Campos Cataláunicos
		455-456 : Avito	455 : Saqueo de Roma por Genserico.		452 : Atila en Italia
	457-474 : León	457-461 : Mayoriano			453 : Muerte de Atila
		467-472 : Antemio		466-484 : Reinado de Eurico	454 : Fin del Imperio huno
			h. 472 : Los burgundios en Lyón		
	474-491 : Zenón			473 : Teodorico, rey de los ostrogodos	
475		476 : Deposición de Rómulo Augústulo	476 : Odoacro dueño de Italia	h. 470-480 : Código de Eurico.	
			h. 480-516 : Gundebaldo rey de los burgundios		
			481 : Llegada de Clodoveo al poder		
			486 : Derrota de Siagrio.	484-507 : Alarico II, rey de los visigodos	
				488 : Partida de los ostrogodos hacia Italia	
	491-518 : Anastasio			493 : Teodorico toma Rávena	
			h. 495 : Nacimiento del Wessex		
500			h. 501-515 : La Ley Gombeta.	506 : Breviario de Alarico	
			h. 507-511 : 1.ª redacción de la ley Sálica	507 : Derrota de Alarico II en Vouillé	
	518-527 : Justino		511 : Muerte de Clodoveo		
				524 : Ejecución de Boecio	

Fechas	Imperio de Oriente	Germanos occidentales	Godos	Pueblos de la estepa y eslavos
525			526 : Muerte de Teodorico	
	527-565 : Justiniano	h. 530 : Protectorado franco en Turingia		
		533-534 : Reconquista bizantina en África	531 : Desaparición de la dinastía real visigoda	
		534 : Conquista del reino burgundio por los francos		
		h. 536 : Protectorado franco en Alemania	536 : Comienzo de la reconquista bizantina en Italia	
550			552 : Muerte de Teyas, último rey ostrogodo	
			554 : Capital de los visigodos en Toledo	
		h. 555 : Protectorado franco en Baviera		
			561 : Último levantamiento de los ostrogodos	
	565-578 : Justino II			
		568 : Los lombardos en Italia	568-586 : Leovigildo, rey de los visigodos	
		572 : Los lombardos toman Pavía		570 : Los ávaros en Panonia
		574-584 : Interregno en los lombardos		
575				582 : Los ávaros toman Sirmio
			585 : Anexión del reino suevo por los visigodos	
			587 : Conversión de los visigodos al catolicismo durante el reinado de Recaredo	

590-616 : Agilulfo, rey de los lombardos

597 : Comienzo de la misión cristiana en Inglaterra

600

607 : Conversión al catolicismo del rey lombardo Agilulfo

612-621 : Sisebuto, rey de los visigodos

h. 600 : Los eslavos ante Salona

617 : Los eslavos ante Constantinopla

625

h. 625 : Samo, rey de los eslavos de Bohemia

626 : Los ávaros ante Constantinopla

h. 626 : La capital lombarda se fija en Pavía

628-652 : Rotario, rey de los lombardos

636 : Muerte de Isidoro de Sevilla

h. 640 : Los lombardos toman Génova

643 : Edicto de Rotario

650

654 : El rey Recesvinto promulga el *Liber Judiciorum*

h. 662 : Última reacción arriana de los lombardos (Grimoaldo)

671 : Abandono definitivo del arrianismo

672 : La primera consagración real conocida (Wamba)

675

h. 680 : Los búlgaros al sur del Danubio

700

705 : El jan búlgaro Tervel reconocido César

711 : Los musulmanes en España

Fin del reino visigodo

Indice alfabético*

Abadal (R. de), 61.
ABBEVILLE, 116.
ABLABIO, historiador, 137.
ACAYA, 10.
ADIGIO, río, 44, 80, 120.
ADRIANO, emperador, 20.
ADRIÁTICO, mar, 16, 84, 86.
AECIO, jefe militar, 19, 30, 32, 34, 55, 56, 71, 78, 100, 101, 159, 161, 168, 202.
AEDAN MAC GABRAIN, rey escoto, 108.
ÁFRICA, 3, 18, 20, 22, 29, 33, 34, 38, 47, 49, 52, 54, 74, 81, 114, 122, 131, 134, 149, 155, 156, 158, 159, 161, 162, 164, 168-171, 176-178, 185, 187, 192, 210-212.
ÁFRICA BIZACENA, 52.
ÁFRICA PROCONSULAR, 52, 173.
AGERUCHIA, 186.
ÁGILA, rey visigodo, 42.
AGILULFO, rey lombardo, 87, 171.
agricultura germánica, 12.
AGUSTÍN, SAN, 52.
AIRAN (Calvados), tesoro de, 27.
AJAX, rey suevo, 55, 176.
alamanes, 7, 10, 45, 56, 68, 75, 77-80, 81, 86, 99, 118-121, 138, 139, 141, 164, 166, 168, 183, 196, 218, 219.
ALAMANIA, 10, 11, 67, 77, 95, 98, 130, 140, 157, 163, 168, 193, 194.
alanos, 4, 11, 14, 15, 19, 31, 33-36, 50-52, 159, 167, 168, 174, 200-202.
ALARICO, rey visigodo, 30, 37, 38, 50, 52, 160, 167, 168, 171, 172, 174, 195, 197, 210.
ALARICO II, rey visigodo, 40, 45, 74, 75, 218.
ALATEO, jefe godo, 36.
ALBÁN, reino escoto, 108.
ALBOÍNO, rey lombardo, 82, 83, 84, 86.
ALDUINO, rey lombardo, 49, 83.
ALEJANDRÍA, 223, 224.
ALELUYA, batalla del (429), 100.
ALFONSO II, rey de Asturias, 61.
ALPES, 16, 49, 67, 76-80, 84, 87, 99, 118-120, 139, 146, 171.
ALPES MARÍTIMOS, 57.
ALSACIA, 77-79, 127, 184.
ALTAI, 15.
ALLAINES, 34.
AMALOS, dinastía ostrogoda, 174.
AMALARICO, rey visigodo, 40.
AMALASUNTA, reina ostrogoda, 47.
AMBERES, 70.
AMBERIEU, 187.
AMBOISE, 74, 75.
AMBROSIO AURELIANO, jefe bretón, 100, 104, 109, 221.
AMIANO MARCELINO, historiador, 15, 69, 70, 153, 165, 216.
amsivarianos, 67.
AMUR, río, 14.
ANASTASIO, emperador, 75, 76, 219, 220.
anatolios, 123.
ANDALUCÍA, 34.
ANDECA, rey suevo, 55.
ANDENACH, 124.
ANDERIDA, 102.
ANDRINÓPOLIS, 29, 37, 43, 44, 164, 175.
ANGERS, 71.

* Los nombres de personas y de lugares figuran impresos en VERSALITAS; los nombres de autores, en *cursiva*; los nombres de materias en caracteres ordinarios. Las fuentes, la bibliografía, las notas y los cuadros estadísticos se han incluido en este índice.

ANGLIA, 106, 107, 222.
anglos, 7, 95-106, 186, 221, 222.
anglosajones, 6, 13, 81, 99, 108, 113, 146, 163, 166, 186, 190, 194, 212, 214, 221-223.
ANMAIL, rey bretón, 109.
ANTEMIO, emperador, 23, 109.
ANTINOE, 213.
ANTONINOS, 193.
antropología de los germanos, 11, 12, 57, 58, 102, 104.
antroponimia, en general, 181, 182; — bretona, 110, 111; — franca, 124, 130, 131; — goda, 43; — inglesa, 102, 104; — latina en Galia, 108.
AOSTA, 84, 170.
APENINOS, 84.
APOLINAR, 75.
APULIA, 173, 211.
AQUILEA, 9, 32, 83, 84, 87, 171.
AQUINCUM (BUDAPEST), 14.
AQUISGRÁN, 114, 138.
AQUITANIA, 22, 38-40, 75, 126, 140, 141, 165, 168, 171-174, 181, 217-219.
árabes, 4, 18, 192, 212.
ARBOGASTO, oficial franco, 69, 124.
ARDENAS, 114.
AREZZO, 87.
ARGELIA, 134, 162.
ARGONNE, 130.
ARIOVISTO, jefe suevo, 9, 54.
ARLÉS, 22, 39, 123, 146, 187, 198.
ARLON, 114.
ARMINIO, 9.
ARMÓRICA, 32, 34, 81, 99, 104, 108, 109, 110, 130, 140, 156, 161, 162, 224, 225.
ARNULFO, 131.
arqueología, 149-151, 183, 184.
arrianismo, 36, 40, 42, 43, 46, 52, 55, 57, 75, 83, 87, 88, 134, 137, 139, 140, 155, 170, 175-179, 191, 193, 213, 217.
arte bárbaro, 188-190.
ARTEMIDORO, oficial romano, 168.
ARTOIS, 130.
ARTURO, rey bretón, 220, 221.
ARVE, río, 187.
asambleas germánicas, 13.
asdingos, 34, 51, 52, 54, 168.
ASIA, 4, 10, 12, 14-18, 54, 168.
ASIA MENOR, 10, 44, 95.
asirios, 157.
ASPAR, jefe de la milicia, 43, 44.
ASPARUCH, caudillo búlgaro, 16.
ASSCHE, 114.
ASTOLFO, 88.
ASTORGA, 55.
ATALARICO, rey ostrogodo, 47, 162.
ATALO, emperador, 38, 174.
ATANAGILDO, rey visigodo, 42.
ATANARICO, filósofo godo, 136.
ATANARICO, jefe visigodo, 36, 37, 132.
ATAÚLFO, rey visigodo, 38, 138, 174.
ATENAS, 68, 164.
ATILA, rey de los hunos, 18, 19, 23, 30-34, 39, 43, 57, 100, 136, 167, 168, 171, 172, 194.
Audin (A.), 162.
AUDIO, obispo, 170.
AUGSBURGO, 120.
AUGST, 79.
AUGUSTO, 6, 9, 164, 174.
AURELIANO, emperador, 10, 36.
AURÉS, 220.
AUSONIO, 173.
AUSTRASIA, 77, 79, 80, 140, 141.
AUSTRIA, 80, 82, 83, 89, 119, 120.
AUTARIO, rey lombardo, 86, 87, 138.
AUTUN, 121, 122, 124.
AUTUNNACUM, 124.
AUVERNIA, 22, 39, 75, 126.
ávaros, 3, 4, 16-18, 33, 49, 81-84, 86, 89, 90, 120, 140, 167, 171, 212.
AVENCHES, 79, 119.
AVIÑÓN, 39.
AVITO, emperador, 39, 55, 77, 168.
AVITO, SAN, 57, 58, 219.
AZOV, mar, 16, 95.

BABAI, rey sármata, 44.
Babut (Ernest), 199.
BACTRIANA, 15.
BADBURY RINGS, 104.
bagaudas, 22, 32, 39, 155, 158, 159, 162, 167, 174.
BAJA SILESIA, 8.
BALATÓN, lago, 43.
BALCANES, 16, 30, 32, 34, 37, 43, 44, 45, 82, 89, 119, 168, 212.
BALEARES, 52, 53.
BÁLTICO, mar, 8, 9, 29, 35, 50, 54, 56, 82-84, 96, 186.
BALTOS, dinastía visigoda, 40.
BAMBURGH, 105.
BARCELONA, 38, 40, 176, 186.

Barrière-Flavy (M. C.), 218.
Bas-Quercy, 40.
Basilea, 77, 79, 118, 119, 120.
Basina, madre de Clodoveo, 74.
bastarnos, 6-10, 14, 15, 35.
batavos, 9, 67, 117, 164.
Bath, 104.
Bauto, oficial franco, 69.
Bavai, 20, 69, 124.
Baviera, 7, 10, 29, 66, 77, 80, 81, 89, 119, 120, 138-140, 196.
Bayan, jefe ávaro, 83, 89.
Bazadais, 40.
Bazas, 33, 169, 173, 174.
Beauvais, 141.
Beda el Venerable, 97, 100, 101, 106, 107, 221, 222.
Bélgica, 10, 32, 56, 68, 70, 71, 100, 116, 130, 156, 157, 182, 215, 225.
Belisario, oficial romano, 47, 48, 54, 138.
Beloch (M.), 164.
Benevento, 84, 86, 172.
bereberes, 4, 18, 155, 162.
Bérgamo, 32.
Bergengruen (A.), 141.
Berna, 118.
Bernicia, reino inglés, 101, 105, 223.
Berry, 39, 109.
Bertechramno, 128.
Besançon, 79, 119.
Bessin, 97, 140.
Béthune, 114.
Bética, 42, 51, 95, 136, 176, 214.
Beyerle (F.), 216.
Bitburg, 125.
Bizancio, 16, 18, 37, 42, 47, 54, 81, 83, 84, 86-88, 134, 135, 138, 140, 157, 160, 162, 169, 172, 176, 177, 190, 193, 198, 199, 211-214, 221, 224.
Bleda, 32.
Bloch (Marc), 185.
Blondel (L.), 187.
Boecio, 47, 48, 168, 177, 192, 193.
Bognetti (G. P.), 166.
Bohemia, 76, 89.
Böhner (Kurt), 127, 150.
Bolia, batalla (470), 44.
Bona, 52, 169.
Bonito, militar franco, 69.
Bonn, 78, 124, 216.
Bononia, 20, 69.
Bordelés, V.: Burdeos.
Borgoña, 57, 66, 79, 109, 114, 140, 141, 188, 197, 217, 218.
Borgund, 56.
Bornholm, 56, 164.
Bósforo, 44, 95.
Boulogne-sur-Mer, 114, 116.
Bourg-sur-Gironde, 122, 170.
Brabante, 70, 114, 118.
Braga, 55, 56, 134, 186, 214.
Bratislava, 9.
Brennero, 120.
Brescia, 32, 49.
Brest, 109.
Bretaña, 3, 11, 13, 19, 20, 22, 39, 51, 76, 81, 95-111, 113, 121, 146, 156, 158, 159, 161, 163, 167, 169, 170, 173, 186, 187, 190, 214, 220-225.
Brie, 116.
Bristol, 107.
Britoña, obispado en Galicia, 111.
Broëns (Maurice), 215, 218.
Bruce-Mitford (R. L. S.), 222.
brúcteros, 67, 68, 70, 98.
Bruselas, 114.
Budapest, 14.
budismo, 213.
Bulgaria, 16, 17, 33, 44, 82, 84, 86, 89.
Burdeos, 38, 39, 40, 75, 121, 127, 173, 174, 186.
Burgos, 43.
burgundiones, v.: burgundios.
burgundios, 7, 9, 12, 18, 22, 30, 31, 45, 47, 50, 56-59, 75, 76, 81, 119, 122, 138-140, 154, 155, 164-166, 168, 171, 175, 176, 179-181, 183, 186, 187, 195-198, 200, 201, 212, 217, 219.

Cádiz, 42.
Caistor-by-Norwich, 99, 102.
Calabria, 38, 86, 193.
Calais, 67.
Calpurnio, 107.
Camavos, 67, 68, 70, 157, 196.
Cambrai, 68, 69, 71, 74.
Cambridge, 102.
Campania, 84, 86, 171.
Campina, 118.
Campos Decumates, 56, 78.
Campos Cataláunicos, batalla de los (451), 32.
Canal de la Mancha, 77.
Canche, río, 114.
Cantabria, 155.

Canterbury, 102.
Capadocia, 13.
Capua, 173.
Caracalla, emperador, 98.
Carausio, usurpador, 67, 96, 98.
Cardiff, 107.
Carhaix, 110.
Carieto, 69.
Carlomagno, 4, 6, 16, 81, 88, 89, 90, 98, 116, 118, 122, 124, 129, 133, 138, 174, 182, 186, 190, 193, 195.
Carlos V, 213.
Carlos Martel, 80.
Carnuntum, 9.
carolingio, v.: Carlomagno.
Carouges, 187.
Cárpatos, 14, 35, 37, 194.
Carpetania, 185.
Cartagena, 42, 52.
Cartaginense, 34, 55.
Cartago, 29, 52, 53, 54, 171, 177, 178, 186, 198, 211, 212.
carudos, 10, 78.
Casiodoro, 34, 39, 45-48, 77, 137, 142, 161, 168, 192-194, 197, 219.
Caspio, mar, 29, 33, 89.
Castilla la Vieja, 40.
catolicismo, 139, 159, 170, 175-179, 187, 193, 214, 219.
catos, 67, 71.
catuarios, 67.
Cáucaso, 15, 16.
caucos, 10, 83, 96.
Ceadmon, poeta inglés, 102.
Ceadwalla, rey de Wessex, 102.
celtas, 3, 4, 8, 9, 81, 107, 111, 113, 130, 156, 158, 181, 223-225.
cerámica, 130, 156, 157, 223, 224.
Cerdeña, 53, 134, 178, 184, 210, 211, 212.
Cerdic, rey inglés, 104, 220, 221.
Cesárea, 220.
Ceuta, 42.
Cilicia, 36.
cimbrios, 6, 8, 9, 10, 11, 50.
circunceliones, 158, 159.
Cirencester, 104.
Cividale, 179.
Civilis, 9, 131.
Claudio, emperador, 169.
Clefi, rey lombardo, 85, 88.
clima, variaciones de, 8, 17, 18, 156.
Clodión, rey franco, 68.
Clodomiro, hijo de Clodoveo, 131.
Clodosvinda, nieta de Clodoveo, 219.
Clodoveo, rey franco, 19, 40, 45, 57, 58, 68, 69, 71, 74-79, 81, 109, 116, 122, 127, 131, 134, 138, 141, 146, 162, 186, 194, 197, 213, 217, 218-220.
Clotario, rey franco, 77, 195.
Clotilde, esposa de Clodoveo, 75.
Clyde, 107, 108.
Coblenza, 56, 68, 116.
codificación, 196.
Coire, 119, 120.
Colonia, 20, 67, 70, 71, 75, 76, 78, 117, 118, 122, 123, 127, 169, 187, 216.
Collingwood (R. G.), 221.
Concordia, 87.
condes, 166, 188, 199, 200.
Condidan, jefe bretón, 109.
Constancio, patricio, 38, 78, 165, 200.
Constancio Cloro, 69, 78.
Constantino, 19, 69, 70, 123, 125, 157, 195.
Constantino III, 20, 99.
Constantinopla, 16, 22, 29, 31, 36, 37, 43, 44, 45, 47, 48, 75, 89, 121, 122, 167, 171, 175, 223.
Constanza, lago, 78, 79, 80, 118.
Coptos, 139, 190.
Córcega, 53, 134, 212.
Cornualles, 104, 105, 107, 109, 111, 224.
Cortrat, 118.
costobocos, 10, 14.
Cotswolds, 102.
Courcelle (Pierre), 151.
Courgains, 132.
Courtois (Christian), 149, 164, 167, 175, 177, 211.
Courtrai, 140.
Cremona, 84, 86.
Crimea, 213.
cristianismo, 5, 223.
Croacia, 44.
cuados, 10, 54, 67, 78, 167.
Cumberland, 104, 107.

Champaña, 32, 57, 118, 130.
Charnay, 217
Charrarico, rey suevo, 55.
Cherchell, 52.
Chester, 102, 104.
Chiavenna, 84.

Childerico, rey franco, 69, 71, 74, 124, 217.
Chilperico, rey franco, 57, 58, 128, 134, 142, 191, 192.
China, 4, 15, 18.

Dacia, 10, 36, 44, 51, 121, 165.
Dagoberto, 131, 140.
Dalmacia, 20, 22, 37, 83, 121, 212.
Dalriada, reino escoto, 108.
Danubio, 3, 9, 13, 14, 16, 19, 20, 31, 32, 33, 36, 37, 49, 50, 51, 66, 76-78, 81, 82, 89, 95, 114, 119, 165, 175, 176, 212.
Dathi, caudillo escoto, 107.
Dee, río, 105.
Deira, reino inglés, 105.
Delfos, 3.
Dengizik, hijo de Atila, 33.
Denia, 42.
denominaciones étnicas, 167.
deportaciones, 157.
Desana, 137.
Devon, 104, 107, 109, 224.
Dicuil, geógrafo, 108.
Die, 57.
Diedenhofen, 117.
Dinamarca, 8, 9, 11, 12, 95.
Diocleciano, emperador, 10, 13, 19, 29, 197, 212.
Dion Casio, 51.
diplomacia, 168.
Dniéper, río, 14, 35, 36, 194.
Dniéster, río, 51.
Dol, 110.
Dombes, 187.
Domnonea, 104, 109.
Don, río, 14, 17, 35, 36.
donatismo, 178.
Donges, 110.
Donnar, dios, 11.
Donon, 114, 118.
D'Ors (Álvaro), 197.
Dorset, 104.
Drôme, río, 58.
Duisburgo, 76.
Dunkerque, 114.
duques, 188, 199, 200.
Durance, río, 57.
Dyrham, 104.

Eccles, topónimo, 102.
Eccleston, 102.
«Edda», 11, 57, 193.
Edica, jefe esquiro, 23, 44.
Edimburgo, 102.
Egica, rey visigodo, 197.
Egidio, jefe de la milicia, 122.
Egipto, 173, 213.
Ehrang, 127.
Eifel, 116, 124, 126.
Ejder, río, 97.
Elba, río, 82, 83, 96, 97, 130, 154.
Elmet, reino bretón, 104.
Ellac, hijo de Atila, 33.
Emilia, 88.
Ems, río, 8, 81, 96, 97, 120.
epigrafía, 149, 150, 224.
Epiro, 37, 44.
Ercamberta, esposa de Vandemiro, 141.
Erft, río, 132.
Ermanarico, rey godo, 15, 36, 43, 194.
Ernac, hijo de Atila, 33.
Ervigio, rey visigodo, 197.
Escalda, río, 216.
Escanda, isla, 34.
Escandinavia, 4, 7-13, 34, 35, 45, 50, 56, 82, 95, 106, 108, 111, 124, 133, 155, 168, 172, 181, 184, 194.
esciros, 6, 23, 32, 34, 35, 36, 44, 136, 163, 168.
escitas, 14, 35, 167.
Escocia, 29, 105, 106, 107, 108, 224.
escotos, 4, 99, 106-108.
eslavos, 3, 4, 17, 36, 49, 81, 82, 89, 120, 140.
España, 3, 6, 10, 11, 20, 22, 24, 33, 34, 38-40, 42, 43, 47, 50-57, 67, 74, 75, 81, 87, 114, 128, 131, 134, 135, 140, 149, 155, 156, 158, 159, 164, 165, 169, 171, 173, 175-177, 179, 185-187, 190-193, 196, 197, 201, 210-212, 214, 215, 217, 218, 221, 224.
Espoleto, 84, 138.
Essex, 101.
Estilicón, 20, 37, 38, 49, 99, 161.
Estrabón, 6, 12.
Estrasburgo, 77, 78, 119, 124, 131, 164, 186.
Eudoxio, jefe bagaudo, 32.
Eudoxo, médico, 159.
Eugenio, orador, 69.
Euquerio, 217.
Eure-et-Loire, 34.
Eurico, rey visigodo, 39, 40, 168, 196, 197, 199, 213.

Eusebio, obispo, 172.
Eutarico, príncipe godo, 47.
Ewig (E.), 216.
Exarcado de Rávena, v. : Rávena.

Falc'hun (F.), 225.
Faramundo, rey franco, 68.
Farinmail, rey bretón, 109.
Faroaldo, duque lombardo, 84.
Ferde, 108.
Fiésole, batalla de (405), 49.
Filimer, rey godo, 35.
Firth of Forth, 97, 105, 107.
Flandes, 54, 97.
Flavio, 23, 44.
Fleuriot (J. L.), 225.
Fontaine (J.), 192, 193.
Forez, 166.
Forster (Max), 102.
Fortunato, 81, 122, 142.
Fossard (Denise), 150.
Fourvières, 124, 162.
France-Lanord (A.), 190.
Francia, 29, 88, 130, 131, 140, 149, 151, 181, 182, 184.
Franco Condado, 79.
francos, 3, 7, 10, 16, 30, 40, 42, 45, 47, 58, 66-79, 81, 86-88, 90, 95, 98, 99, 109, 117, 118, 122, 124, 125, 127, 130, 138-142, 146, 154, 157, 163, 165-169, 175, 176, 179, 182, 183, 186, 187, 190-197, 212-220.
Fravita, jefe godo, 138.
Fredegario, 79, 166.
Freyr, dios, 11.
Freyj, diosa, 11.
Friburgo, 118, 119.
Frisia, 96, 97, 98, 186, 195, 221.
frisones, 7, 11, 12, 77, 96, 97, 157.
Fritigerno, caudillo visigodo, 36, 37.
Friul, 32, 84, 88, 89, 139, 168, 170, 171, 179.
frontera lingüística, del bretón, 110, 111 ; — del germánico, 113-120.
Fulda, 193.
Furfooz, 118.
Fustel de Coulanges, 164, 219.

gaélica, lengua, 109, 224.
Gainas, jefe godo, 37, 138.
Gala Placidia, hermana de Honorio, 38, 47.
gálatas, 3, 12, 167.
Gales, 104, 105, 107, 109, 110, 111, 224, 225.
Galia, 3, 6, 8-14, 19, 20, 22, 32-34, 38, 39, 43, 50, 51, 55, 56, 59, 67, 69, 71, 75-77, 81, 84, 87, 88, 95, 97, 99, 100, 102, 107-110, 114, 117-119, 121-123, 126-130, 132, 133, 135, 139-142, 146, 150, 156-159, 161, 163, 167, 169, 170-174, 180, 181, 184-186, 188, 190-193, 198-200, 202, 210, 212-221, 224.
Galiano, emperador, 67.
Galicia, 34, 51, 54-56, 95, 111, 214, 215.
Gamillscheg, 116.
Gapençais, 122.
García Gallo (A.), 197.
Garibaldo, duque bávaro, 80.
Garona, río, 40, 75.
Gascuña, 75, 76, 81, 155, 181.
Geiserico, v. Genserico.
Gelimer, rey vándalo, 54.
Genèvre, monte, 38.
Gengis Jan, 17.
Genobaldo, rey franco, 68, 70, 157.
Génova, 86, 87.
Genoveva, Santa, 158.
Genserico, rey vándalo, 29, 52, 53, 146, 167, 168, 171, 177, 211, 213.
gépidos, 32, 36, 45, 82, 83, 84, 89, 120, 138, 163, 175.
Germán de Auxerre, San, 100, 107, 121, 167.
getas, 167.
Gibraltar, 29, 38, 42, 67, 168.
Gildas, historiador bretón, 100, 107, 221.
Gildón, caudillo moro, 162.
Ginebra, 56, 57, 186, 187.
Gironda, 97, 169.
Giunta (F.), 211.
Glicerio, emperador, 22, 57.
Gloucester, 104.
Goar, rey alano, 33, 202.
Godagiselo, rey asdingo, 51, 58.
Godomaro, 58.
godos, 7, 9-11, 13-15, 24, 29, 30, 32, 34-51, 55, 74, 75, 83, 84, 86, 134-138, 140, 142, 154, 155, 159, 160, 162-168, 170, 172, 174, 175, 179, 181, 183, 189, 190, 192-194, 196-199, 201, 211-215, 217, 219, 220.

Gombeta, ley, 166, 196, 197.
Gómez Moreno, 156.
Gondicario, rey burgundio, 56.
Gonran, rey franco, 22, 127.
Gordiano III, 36.
Gose, 150.
Gotalandia (Suecia), 35, 36.
Gotland, isla, 35
Graciano, emperador, 20, 78.
Grado, isla, 84, 87, 179.
Gran Bretaña, 54, 220, 223-225.
Gran San Bernardo, 118.
Grecia, 3, 10, 11, 37, 47, 53, 89, 153, 171, 174, 224.
Gregorio de Tours, 57, 68, 70, 74, 75, 124, 125, 142, 192, 217, 218, 219.
Gregorio Magno, 140, 171, 193.
grisones, 118.
Güelma, 52.
Güelores, 70.
Gundebaldo, rey burgundio, 22, 57, 58, 75, 187, 213.
Gundioco, rey burgundio, 58.

Hainaut, 116.
Halphen, 219.
Halle, 76.
Hallstatt, 129.
Hampshire, 97, 104.
Hariulfo, 131.
Hastings, 101.
Hawkes (C. F. C.), 221.
Hébridas, 108, 224.
heftalitas, 15, 31.
Hegau, 79.
Hengist, caudillo sajón, 100, 220, 221.
Heracliano, conde de África, 171.
Hermenegildo, príncipe visigodo, 176.
Hermerico, rey suevo, 55.
hermunduros, 10.
hérulos, 10, 24, 32, 34, 36, 45, 82, 83, 95, 136, 138, 168, 214.
Hesse, 68, 79, 98, 117, 194.
Hidacio, obispo gallego, 55, 169, 186.
Hildebaldo, filósofo godo, 136.
Hilderico, rey vándalo, 178.
Hilperico, rey burgundio, 58.
Hinojosa, 135.
hiong-hu, 15.
hispanos, 39.
Holanda, 97, 67, 70, 130, 132, 216.
Holstein, 96.
Honoria, hermana de Valentiniano III, 32, 33.
Honorio, emperador, 37, 38, 100, 157.
Hope-Taylor (B.), 222.
Horsa, caudillo sajón, 100, 220, 221.
Huberl (Jean), 151.
Humber, río, 101, 105.
Hungría, 4, 16, 18, 31, 33, 89, 120.
hunos, 4, 14-17, 19, 29, 30-33, 37, 43, 49, 50, 51, 56, 58, 71, 120, 138, 159, 167, 168, 189, 194, 213.
Hunsrück, 126.
Hunwulf, hermano de Odoacro, 23.

Ibbas, general godo, 46.
Ibérica, península, 134, 135, 155, 181, 190.
iconografía, 167.
Ildibaldo, 49.
Iliria, 37, 43, 44, 50, 140, 171.
Iller, río, 78, 81.
impuestos, 197-199.
incineración, 12, 130, 131.
India, 15, 213.
indoeuropeos, 14.
Inglaterra, 9, 50, 97, 98, 102, 106, 130, 150, 181, 184, 190, 194, 196, 212, 220-225.
Ingolstadt, 81.
Inn, río, 120.
Iona (Escocia), 108.
Ipswich, 222.
Irán, 4, 14, 15, 16, 30, 31, 35, 188.
Irlanda, 104-108, 224.
Irtich, río, 31.
Isar, río, 120.
Isère, río, 57, 58.
Isidoro, San, 42, 43, 142, 176, 191, 192, 215, 217.
islamismo, 4, 42, 134, 136, 190, 210.
Islandia, 11, 108, 194.
Isola Comacina, 84, 170.
Isonzo, río, 19, 44, 140.
Istria, 86.
Italia, 3, 6, 10, 19, 20, 22-24, 30, 32, 34, 37, 40, 42-45, 47-49, 51-53, 57, 74, 75, 79, 81-84, 86-90, 114, 118, 121, 126, 131, 136, 138, 139, 151, 159, 160, 162, 166, 168-173, 176-179, 186, 187, 189-194, 197-201, 210-212.

Jackson (K.), 221.
jázaros, 16, 82.
Jemila, 171.

Jerónimo, San, 70, 107, 160, 171, 177, 186, 214.
Jordanes, historiador godo, 8, 34, 35, 80, 137, 138, 142, 216.
Jovino, usurpador, 38, 56.
Juan I, papa, 47, 177, 212.
Juan de Biclar, cronista español, 214.
Judicael, 111.
judíos, 123, 141, 177.
Juliano, emperador, 19, 68, 70, 78.
Juliers, 216.
Julio Nepote, emperador, 20, 22, 39.
Julio César, emperador, 6, 186, 224, 225.
Jura, 56, 57, 58, 79, 116.
Justiniano, emperador, 4, 16, 24, 34, 42, 47-49, 54, 76, 81-84, 89, 120, 137, 146, 162, 163, 193, 194, 199, 211, 212, 220.
Justino, emperador, 47.
Jutlandia, 9, 10, 50, 96, 97.
jutos, 10, 95-106, 221, 222.
Juvencio, 192.

Kaiseraugst, 119.
Kenneth Mac Alpin, rey escoto, 108.
Kent, 97, 98, 100, 101, 102, 106, 196, 220, 221.
Kerson, 213.
Krusch (Bruno), 218.
Kubán, río, 15.
Kurth (G.), 215.
Kyll, río, 127.

Lacio, 84.
Laconio, senador, 58.
Lafaurie, 223.
La Feuillec, 110.
Lancashire, 107.
Land's End, 105.
Langres, 57, 78.
Lauraguais, 218.
Leandro, San, 214.
Lech, río, 81.
Leeds, 104.
Leman, lago, 124.
León I, emperador, 43, 44.
León I, papa, 32, 167.
León de Narbona, ministro, 39, 168.
Leovigildo, rey visigodo, 42, 55, 135, 176, 179, 197.
Lérins, 160.
Lethbridge (T. C.), 104, 221.
letes, 118, 157, 166, 189, 196.
Levillain (L.), 218, 219.
Liberio, patricio, 42, 201.
Libia, 53.
Lichfield, 104.
Lieja, 114.
Liguria, 87, 88, 171.
Lila, 114.
Limfjord, 50.
Limousin, 75.
Lincoln, 102.
Linz, 120.
Lionesado, v.: Lyón.
Lippe, río, 98.
Liutprando, rey lombardo, 88.
Livenza, río, 87.
Locmaria, 109.
Loira, río, 34, 40, 68, 69, 71, 74, 109, 110, 116, 130, 140, 146, 170, 202.
Lombardía, 3, 4, 7, 49, 50, 77, 80-89, 120, 128, 137-139, 160, 161, 163, 166, 167, 170, 171, 176, 178-180, 183, 189, 190, 191, 193, 196, 197, 199, 212, 215.
Londres, 102.
Longobardia, 88.
Lorena, 116, 184.
Lot (Ferdinand), 180, 182, 218, 219, 220, 221.
Loth (Joseph), 224, 225.
Lucania, 46.
Lucca, 87.
Lugo, 55, 111.
Luis, hijo de Carlomagno, 182.
Lusitania, 34.
Lyón, 22, 57, 124, 146, 166, 171, 198.
Lyonense primera, 57.

Llivia, 39.

Macedonia, 32, 44, 171, 173.
Mâconnais, 122.
Macrobio, 161.
Maestricht, 114.
magiares, 17, 18, 33, 120.
Magnerico, obispo de Tréveris, 127.
Maguncia, 32, 68, 71, 122, 127.
Main, río, 51.
Maine, 79, 111, 141.
Manich, río, 15.
Mans (Le), 128, 188.
Mansueto, obispo bretón, 109.
Mantua, 32, 84.

Marcelino, oficial romano, 20.
Marciano, emperador, 33.
Marco Aurelio, emperador, 9, 98, 157.
marcomanos, 10, 67, 157, 167.
Marcomero, jefe merovingio, 68.
Marcomir, filósofo godo, 136.
Marne, río, 195.
Marsella, 6, 123, 172, 173, 174.
Martín de Braga, 55, 560.
Martín de Tours, San, 55, 76, 219.
Masties, jefe moro, 220.
Mauritania, 22, 52, 156, 162, 169, 173.
Mauritania Sitifiana, 52.
Maximiano, emperador, 10, 69, 98, 157.
Máximo, 173.
Mayen, 124.
Mayenne, río, 110.
Mayoriano, 19, 39, 57, 220.
Medardo, San, 141.
Mediterráneo, mar, 4, 8, 9, 14, 15, 42, 51, 75, 84, 134, 146, 161, 173, 190, 191, 197, 202, 210-215, 218, 224.
Melania, Santa, 160, 173.
Mercia, reino inglés, 101, 104.
Mérida, 42, 55, 192.
Merobaudo, oficial franco, 69, 131.
Meroveo, rey merovingio, 69.
merovingios, 13, 20, 58, 59, 67, 76, 80, 81, 83, 110, 123, 124, 128, 130, 131, 133, 135, 138, 140, 142, 156, 163, 165, 180-184, 191, 192, 194-197, 202, 212, 214-218, 222, 223.
Mesia, 16, 30, 37, 44, 121, 138, 175.
metalurgia, 190.
Metz, 32, 71, 76, 114.
Milán, 19, 23, 37, 45, 78, 84, 86, 87, 136, 172.
Milanesado, 138.
Mincio, río, 32.
Minussinsk, 15.
Miro, rey suevo, 55.
Miseno, 210.
Módena, 86.
Mohrmann (Christine), 151.
Moldavia, 37.
Mondoñedo, 111.
moneda: en Germania, 194, 195; — en Inglaterra, 223.
Mongolia, 12, 15, 17, 89.
Monmouth, 105.
Montaña Negra, 40.
Montreuil-sur-Mer, 114.
Monza, 87.
Morat, 118.
Morava, río, 44.
Moravia, 54.
Morlaix, 110.
moros, 161, 162, 212.
Mosa, río, 68, 114, 157.
Mosela, río, 68, 116, 117, 122, 127, 132, 157.
mozárabes, 156.
Mundo, jefe germano, 138.
Mundziuch, rey huno, 16, 30.
murallas, 169, 170.
musulmanes, 3, 155, 190.
Myres (J. N. L.), 221.

Naiso, 32.
Namur, 114, 118, 130.
Nancy, 116.
Narbona, 38, 138, 168, 174, 186.
Narbonense, 127.
Narsés, oficial romano, 49, 83.
Natanleod, rey bretón, 109.
Natisona, río, 179, 180.
Neckar, río, 54, 78.
Nedao, batalla (454), 33.
Negro, mar, 6, 8, 16, 35, 36, 51, 67, 89.
nemetas, 117.
Nepote, v. Julio Nepote.
Nerthus, dios, 11.
Neustria, 140, 141, 142.
Neuss, 124.
Niall, rey irlandés, 107.
Nicea, 36.
Niedermendig, 124.
Nilo, río, 29.
Nimega, 68.
Nizario, obispo de Tréveris, 219.
Njordhr, dios, 11.
nórdicos (dialectos), 7.
Nórica, 6, 8, 19, 20, 22, 24, 37, 79, 83, 84, 114, 119, 121, 171, 172.
Normandía, 105, 111, 116, 130, 133.
Norte, mar del, 10, 77, 96.
Northumbria, reino inglés, 101, 104, 105, 108, 222.
Noruega, 56, 95, 105, 138, 163.
Novalaise, 122.
Novempopulania, 39.
Noyon, 141.
Numidia, 52, 156, 158, 173.
Nydam, 96.
Nyon, 124.

Oberburgo, 119.
Oder, río, 8, 31.
Oderzo (Friul), 87.
Odín, dios, 11.
Odoacro, rey germano, 19-24, 39, 44-46, 53, 82, 120, 136, 194, 197, 201, 211.
Offa's Dyke, 105.
oguros, 16.
Oise, río, 195.
Olibirio, emperador, 57.
Olimpiodoro, 173.
Oporto, 55.
Orbigo, río, 55.
Ordos, 15.
Orestes, 19, 22, 31, 168.
Orleáns, 32, 34, 71, 74, 118, 130, 169, 188.
Orosio, 174, 192.
ósticos, 7, 12, 14, 50, 56, 197, 213.
ostrogodos, 24, 32, 34-37, 39, 40, 42-44, 46, 48, 49, 75-77, 81, 82, 128, 136, 159, 163, 168, 169, 175-177, 179, 180, 186, 192, 194-196, 200, 201, 212-214, 219.
otomanos, 213.
Otranto, 86.

Pablo Diácono, historiador lombardo, 84, 88, 139, 166.
Paciente, obispo de Lyón, 57.
Pacífico, océano, 14.
Padua, 32, 84, 86.
paganismo germánico, 11, 104, 174, 175.
Países Bajos, 95, 113.
Palatinado, 77-79, 117.
Palestina, 171, 173.
Pamplona, 215.
Panonia, 3, 9, 14, 16, 18, 20, 22, 30-33, 36, 43, 45, 51, 77, 80, 82-84, 89, 114, 119, 120, 121, 138, 171, 175.
Pantagato, senador, 58.
París, 71, 76, 117, 124, 129, 158, 162, 184, 186.
Partenio, patricio, 77, 122, 168, 195.
Patricio, San, 107.
Paulino de Pella, 38, 169, 172, 173.
Paulo, oficial romano, 19, 71.
Pavía, 23, 45, 47, 84, 87, 88, 139, 162, 171, 178.
Pazirik, 15.
pechenegos, 16.
pelagianismo, 159.
Pembroke, 107.
Penda, rey sajón, 104.
Penmachno, 223.
Perekop, 213.
Pericles, 164.
Persia, 18, 49, 82, 153, 157.
Petri (F.), 116.
Pevensey, 102.
Pfalzel, 127.
Piamonte, 137, 139.
Piave, río, 87.
Picardía, 130.
pictos, 20, 99, 106-108.
Pipiano, 173.
Pipino, 90, 98, 195, 197, 215.
Pirenne (H.), 124, 192.
Pireo, El, 221.
Pirineos, 40, 51, 76, 155, 159, 215.
Piteas, 6.
Placencia, 86.
Platón, 137.
Plinio, 6, 7, 10, 35, 50, 96, 184.
Po, río, 37, 83, 84, 86, 137, 139, 157, 170.
poblamiento, 179-188; — gótico en Aquitania, 40; — en España, 43, 135; — en Italia, 47.
Poitiers, 75, 188.
Poitou, 140.
Polonia, 34, 56.
Pomerania, 8, 35, 50.
Poncio Leoncio, 170.
Ponto, 29, 35, 50.
Port, 220, 221.
Portland, 102.
Portrieux, 110.
Portsmouth, 221.
Portugal, 55, 135.
Posnania, 50.
Posidonio, 6.
Póstumo, 69, 125.
prefectura del pretorio, 197, 198.
previkingos, 95-106.
Pripet, 35.
priscilianismo, 159.
Prisco, embajador, 31, 32.
Probo, 10, 67, 78, 173.
Procopio, historiador bizantino, 97, 220, 221.
protocolo real, 40, 45, 46, 58.
Provenza, 22, 24, 39, 75, 76, 81, 140, 156.

Prudencio, 192.
Prüm, 116, 127.
Puna, 213.

Quercy, 141.
queruscos, 9.
Quimper, 110.
Quintiano, obispo de Rodez, 75.

Radagaiso, jefe godo, 37, 44, 49, 50, 171.
Ragnacario, rey franco, 69, 74.
Rávena, 19, 23, 32, 37-39, 43, 45-49, 51, 58, 68, 74, 84, 86, 88, 99, 136-139, 142, 169, 176, 178, 179, 186, 193, 197, 198, 210, 213, 216.
Ravenglass, 107.
Recaredo, rey visigodo, 42, 134, 135, 213, 214.
Recesvinto, rey visigodo, 42, 197.
Recia, 8, 22, 51, 79, 80, 114, 121, 138, 195, 198.
Recia Segunda, 119.
reconstrucción, 171-173.
Redwald, rey inglés, 223.
refugiados, 171, 172.
Reggio Emilia, 86, 137.
Reims, 75, 76, 122, 127, 219.
Reinhart (W.), 164.
religión germánica, v.: paganismo.
Remigio, obispo de Reims, 75, 219.
Remismundo, rey suevo, 55.
Renania, v.: Rin.
Rennes, 76, 110.
Requiario, rey suevo, 55, 175.
Réquilo, rey suevo, 55.
Respendial, rey alano, 33.
Reynolds (R. L.), 214.
Rhuys, 110.
Rialto, 87.
Ricchario, jefe merovingio, 69.
Ricimero, patricio, 19, 22, 43, 57, 69, 176.
Ricomero, oficial franco, 131.
Rignomerio, rey franco, 69.
Rímini, 86.
Rin, 3, 6, 8, 10, 19, 20, 29, 32, 33, 45, 49, 50, 51, 54, 56, 66-71, 77-79, 96, 97, 99, 114, 117, 118, 123-125, 129, 130, 132, 138, 150, 175, 182, 184, 194, 195, 214-216.
Riotimo, rey bretón, 109.
ripuarios, 68, 196, 216.
Riwallon, 111.
Ródano, río, 22, 34, 57, 216.
Rodez, 75.
Rodulfo, jefe panonio, 138.
Roels (W.), 197.
Roer, río, 132.
Roma, saqueos de, 37, 53, 160, 171, 172, 211; — ciudad, 47, 48, 49, 163, 169.
romanche, 118.
Romania, 113, 120, 121, 134.
Romaña, 88.
Rómulo Augústulo, emperador, 22, 23, 31, 213.
Roncesvalles, 40.
Rotario, rey lombardo, 86, 88, 166, 213.
Rouergue, 140.
Roumois, 184.
roxolanos, 14, 15.
Rua, rey huno, 30.
Ruan, 125.
rugios, 7, 24, 32, 34, 36, 44, 82, 83, 168, 175, 176.
Ruhr, 98.
Ruhrgau, 216.
Rumania, 16, 31, 89, 120.
rúnico, 9, 11.
Rusia, 4, 17, 18, 189.
Rusticiana, hija de Simaco, 48.
Rutilio Namatiano, poeta latino, 171.

Saale, río, 77.
sabiros, 16.
Saboya, 57.
Safrac, jefe alano, 36.
Sahara, 178.
Saint-Brieuc, 109.
Saint-Gall, 118.
Saint-Omer, 114.
sajones, 7, 10, 11, 12, 13, 39, 71, 83, 84, 95-109, 130, 140, 141, 167, 184-186, 190, 220-223.
Sajonia, 77, 96, 97, 104.
Salin (E.), 150, 190.
salios, 68, 70, 215, 216.
Salona, 176, 179, 212.
Salónica, 44.
Salviano, escritor latino, 39, 71, 123, 154, 159, 160, 169.
Salzburgo, 120.
Salland, 216.
Sambida, rey alano, 34.
Sambre, río, 114.

Samnium, 173.
San Agustín, v.: Agustín, San.
San Avito, v.: Avito, San.
San Germán de Auxerre, v.: Germán de Auxerre, San.
San Isidoro, v.: Isidoro, San.
San Jerónimo, v.: Jerónimo, San.
San Leandro, v.: Leandro, San.
San Martín de Tours, v.: Martín de Tours, San.
San Medardo, v.: Medardo, San.
San Patricio, v.: Patricio, San.
San Remigio, v.: Remigio, San.
San Severino, v.: Severino, San.
Sánchez Albornoz, 135.
Sangibán, rey alano, 34.
Santa Genoveva, v.: Genoveva, Santa.
Saona, río, 57, 124, 162.
Saône-et-Loire, 217.
sardos, 212.
sármatas, 14, 15, 84, 157, 167.
sarracenos, 212.
sasánidas, 15, 30, 153.
Save, río, 84.
Saverne, 78.
Schleswig, 98, 99.
Schmidt (L.), 164.
Schwarz (E.), 7.
Segismundo, jefe burgundo, 45, 58, 187.
Segovia, 43.
segregación, 137, 179, 180.
seldjúcidas, 18.
Sena, río, 74, 124, 125, 195.
Senado, senadores, 24, 46, 58, 121, 122, 162, 202.
Sens, 122.
Septimania, 39, 40, 75, 76, 81, 141, 197.
sepulturas, 129, 130. V. también: incineración.
Serbia, 31.
Sermaize, 14.
Severino, San, 80.
Severn, río, 104, 105.
Severos, familia, 210.
Sevilla, 42, 43, 55, 142, 176, 191, 192, 217.
Siagrio, 19, 22, 58, 74, 122, 170, 218.
Siberia, 16.
sicambrios, 67, 167.
Sicilia, 38, 52, 53, 81, 134, 173, 210-212, 224.
siculos, 33.
Sidonio, 39, 75, 122, 154, 170.
Siena, 87.
Sigiberto, rey franco, 76, 131, 140.
Silesia, 31, 50, 51.
silingos, 50, 51, 52, 168.
Silvano, jefe franco, 69.
Simaco, 48, 161, 173.
Sinesio de Cirene, escritor, 160.
Singiduno, 32.
Sinor (D.), 154.
Sion, 124.
Siria, 123, 139, 141, 184, 190.
Sirmio, 32, 89.
Sisebuto, rey germano, 42, 135, 191, 192.
Sistova, 44.
sociedad germánica, 12-14.
Sogdiana, 15.
Sognefjord, río, 56.
Soissons, 19, 71, 74, 122, 162, 170.
Soleure, 79, 119.
Somerset, 104.
Somme, río, 34, 68, 71.
Somport, 40.
Sonderjylland, 96.
Southampton, 221.
Sprandel (R.), 141, 195.
Steinbach (F.), 216.
Stengers (J.), 216.
Stour, río, 104.
Strathclyde, 104, 105.
Straubing, 81.
Stroheker (K. F.), 122.
Sturluson (Snorri), 11.
Suabia, 54, 56, 78.
Suecia, 12, 35, 95, 163.
suevos, 39, 42, 50, 51, 54-57, 78, 81, 84, 134, 136, 140, 168, 169, 175, 186, 213, 214.
Suffolk, 106, 222.
Suiza, 20, 56, 58, 79, 116.
Sulpicio Alejandro, 68, 70.
Sûre, río, 127.
Susa, 84, 170.
Sussex, 101.
Sutton Hoo, 222.

Tácito, 6, 10, 11, 35, 54, 82, 96, 126, 129, 163, 185, 217.
taifales, 36, 84, 140.
Támesis, río, 98, 101, 102, 104.
Tánger, 52.
Tarazona, 155, 159.

Tarifa, 52.
Tarraconense, 22, 39, 159.
Tasilón III, duque bávaro, 81.
Taulé-Carantec, 110.
Taza, 52.
Tees, río, 105.
tencteros, 67.
Teodato, 47, 48, 193.
Teodeberto, rey, franco, 76, 77, 83, 168, 195.
Teodelinda, reina lombarda, 87.
Teodemiro, rey suevo, 55, 68.
Teodobaldo, rey merovingio, 83.
Teodorico el Grande, rey ostrogodo, 22, 23, 39, 43-47, 53, 55, 75, 79, 131, 136-138, 146, 154, 155, 168, 171, 172, 177, 180, 193-195, 197, 198, 201, 202, 211, 213, 220.
Teodorico I, rey visigodo, 19, 32, 39, 40, 76, 77.
Teodorico II, rey visigodo, 39.
Teodorico Estrabón, jefe godo, 44.
Teodosio II, emperador, 32.
Teodosio, 37, 38, 157, 167, 213.
Termópilas, 32.
Terracina, 220.
Tesalónica, 89.
Tétrico, 161.
Teudis, rey ostrogodo, 40, 176, 214.
Teudiselo, rey ostrogodo, 42, 214.
teutones, 6, 8, 10, 78.
Teyas, jefe ostrogodo, 49.
Thierry, rey merovingio, 76, 77, 194.
Thionville, 117.
Thompson (E. A.), 177.
Thor, dios, 11.
Tibatto, 159.
Tíber, río, 162.
Tiberio, 82, 89.
Tierra Santa, v.: Palestina.
Tipasa, 52, 169.
Tirol, 120.
Tiudimer, rey godo, 23, 43, 44.
Toledo, 40, 42, 43, 55, 135, 136, 170, 176, 186, 187, 198, 214.
Tolomeo, 6, 7, 15, 35, 96.
Tonantio Ferreolo, prefecto, 122.
Tongres, 20, 69, 114, 116.
toponimia: generalidades, 179-183; — bretona, 110; — burgundia, 58; — franca, 116-118, 131-133; — inglesa, 102, 104; — gótica en Aquitania, 40; en España, 43; en Italia, 47; — lombarda, 139, 140.
Toscana, 38, 84, 86, 87, 137-139, 171, 172.
Totila, rey ostrogodo, 49, 159.
Toul, 68, 71.
Tolosa, 38-40, 55, 74, 75, 122, 167, 170, 176, 186, 199.
Tournai, 71, 100, 114, 124, 186.
Tours, 55, 57, 70, 75, 109, 122, 124, 125, 142, 192, 219, 220.
Tracia, 10, 15, 30, 36, 37.
Transilvania, 33.
Trasamundo, rey vándalo, 45, 52.
Trent, río, 104.
Tréveris, 71, 122, 123, 125, 126, 127, 150, 160, 169, 184, 187, 219.
treviros, 224.
Tribigildo, jefe godo, 138.
tribocos, 117.
tributos, 167, 168.
Trieste, 139.
Tripolitania, 22, 52.
tubantes, 67.
Tuluino, general germano, 46.
Túnez, 126, 134.
turcilinguos, 24, 136.
Turingia, 8, 10, 45, 74, 75, 77, 81, 84, 89, 98, 130, 140, 141, 196, 218.
Turquestán, 14.
Turquía, 4, 15, 16, 17, 30, 89.
Tyr, dios, 11.

ubianos, 117.
Ucrania, 9, 15, 30, 31, 33, 194.
ugrofineses, 4, 17.
uguros, 16.
Uldin, rey huno, 16, 30.
Ulfila, obispo godo, 11, 13, 34, 36, 135, 136, 138, 170, 175, 179, 193, 213.
ulmerigios, 34.
Ulster, 108.
Umbría, 139.
Ural, río, 16.
Urales, montes, 17.
usipetos, 67.

Vaison, 57.
Valais, 118, 124.
Valamero, jefe godo, 43, 44.
Valaquia, 31, 32.
Valence, 34, 39.

VALENTE, emperador, 37, 165.
VALENTINIANO III, emperador, 32, 47, 52.
VALENTINOIS, 200.
VALIA, rey godo, 38, 51, 168, 200.
VALONIA, 116.
vándalos, 7, 9, 22, 32, 34, 42, 47, 48, 50-54, 74, 81, 128, 134, 138, 149, 156, 159, 162-164, 166-169, 171, 175-179, 185, 186, 196, 200-202, 211-213.
VANDEMIRO, jefe franco, 141.
Van der Vyver (A.), 218, 219.
vangiones, 117.
VANNES, 76, 110, 225.
varascos, 79, 119.
VARDAR, río, 44.
varegos, 36, 88, 95.
varinos, v.: varnos.
varnos, 45, 50, 98, 138, 221.
vascos, 42, 81, 135, 155, 181, 212.
VELEYO PATÉRCULO, 82.
VENANCIO FORTUNATO, 119, 191, 193.
VENDEL, 223.
VENDSYSSEL, 50, 164.
VENETO, 10, 37, 54, 84, 86-89, 138, 171, 224.
VERDÚN, 74.
Verlinden (Ch.), 216.
VERO, obispo de Tours, 75.
VERONA, 23, 32, 44, 49, 136.
VERSALLES, 116.
VERT-LA-GRAVELLE, 118.
VESUBIO, 39.
VÉZERONCE, 58.
VICENZA, 32.
VÍCTOR DE VITA, escritor africano, 164, 177.
VIENA, 219.
VIENNE, 58.
VIENNENSE, 57.
VIKINGOS, 4, 84, 95, 97, 108, 168.
VILLEMOMBLE, 132.
VIMNACO, 32.
VIRE, río, 110.
VIRGILIO, 39.
visigodos, 22, 30, 34-40, 42, 45, 51, 54, 58, 69, 71, 74, 75, 81, 87, 95, 109, 128, 138, 140, 155, 156, 164, 165, 168-170, 173, 175, 176, 179, 186, 190, 192, 195-198, 200, 202, 219.
VÍSTULA, río, 8, 35, 51, 56.
VITIGES, rey ostrogodo, 48, 83.
VIVARIUM, monasterio, 47, 193.
vocabulario germánico, en español, 136; — en francés, 116, 117, 133, 134; — en inglés, 102; — en italiano, 88, 137-139.
VOLGA, río, 16, 17.
VOLUSIANO, obispo de Tours, 75.
Von Wartburg, 116.
VORARLBERG, 118.
VORTIGERN, rey bretón, 100, 101, 220, 221.
VOSGOS, 114, 118.
VOUILLÉ, batalla de (507), 40, 75, 140, 214, 217-219.

WACO, rey lombardo, 83.
WALLERSHEIM, 127.
WAMBA, rey visigodo, 43, 215.
WANGEN, batalla de (610), 79, 119.
WANSDYKE, 104.
WASH, río, 98.
Wenskus (R.), 164.
Werner, J., 118, 129.
WESER, río, 8, 96, 97.
WESSEX, 101, 102, 104, 109, 220.
WESTFALIA, 8, 9, 98, 130.
wésticos (dialectos), 7.
WESTMORELAND, 104.
WIGHT, 97.
WINCHESTER, 102.
WINDISCH, 79, 119.
WINTERSDORF, 127.
WITHINGTON, 102.
WODEN, dios, 222.
WORMS, 74, 124.
Wotán, dios, 11.
WUFFINGAS, dinastía inglesa, 222.

XANTÉN, 20, 67, 70, 118.

yacigos, 14.
YAILA DAGH, 213.
YEAVERING, 222.
YORK, 102, 105.

ZARAGOZA, 40, 159.
Zeiss (Hans), 215, 217.
ZENOBIO, 161.
ZENÓN, emperador, 22, 24, 33, 39, 44, 168.
Ziu, dios, 11.
ZÓSIMO, historiador griego, 100.
ZOTTO, duque lombardo, 84.
ZULPICH, batalla de, 78.
ZURICH, 79.

EDITORIAL LABOR, S. A.

BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES
BOGOTÁ - CARACAS - LISBOA - QUITO
RÍO DE JANEIRO - MÉXICO - MONTEVIDEO